

**REPRESENTACIONES, PRÁCTICAS Y SENTIDOS EN LA LITERATURA
COLOMBIANA DEL SIGLO XX**

Cristian Fabián Pulga Infante

Alexis Vladimir Pinilla Díaz
Director

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

FACULTAD DE HUMANIDADES

LICENCIATURA EN CIENCIAS SOCIALES

BOGOTÁ

2018

“El secreto de los grandes corazones se encierra, en una palabra: Perseverar”

Víctor Hugo


A mis padres, mis hermanas y Lunita

Agradecimientos

En primer lugar, quiero extender mi más sincero agradecimiento a mis maravillosos padres Ezequiel y Pilar por todo el amor y el sincero apoyo que me han brindado a lo largo de mi vida. En definitiva, sin su humildad, su paciencia, su ejemplo, su tesón y su trabajo, mi existencia no tendría mayor sentido y mis modestos logros serían sólo imágenes de la nada. También quiero agradecer a mis hermanas Jeimy y Ana María por las palabras de ánimo, las risas, el afecto y los innumerables favores recibidos. Por supuesto extendiendo mi agradecimiento a mi adorada sobrina Luna Victoria, cada que pienso en ella emerge como luz en la oscuridad una sonrisa que alivia mi espíritu, indudablemente ella tiene grandes créditos motivacionales en la elaboración de este trabajo.

Desde luego quiero agradecer al profe Alexis por su amistad, apoyo y confianza manifestada no solo en la elaboración del proyecto, sino a lo largo de años en la Universidad, definitivamente fue un gran detalle el hecho de acercarme a la historia cultural y vincularme en los proyectos que adelantó en el departamento en torno a esta maravillosa corriente historiográfica. Sin sus conocimientos y sus comentarios hubiese sido muy difícil la realización de esta tesis.

Agradezco a los amigos que permanecieron junto a mí en estos años, de manera especial agradezco a Adriana por su incondicional apoyo. Finalmente agradezco infinitamente a la Universidad Pedagógica Nacional y al departamento de Ciencias Sociales, los cuales con sus limitaciones y problemas me brindaron una serie de espacios valiosísimos donde pude descubrir lo maravilloso que es estudiar, lo bueno de la amistad, el invaluable sentido de luchar y fundamentalmente, lo agradable que es vivir.

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Formación de Profesores</small>	<i>FORMATO</i>	
	<i>RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE</i>	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 4 de 4	

1. Información General	
Tipo de documento	Trabajo de grado
Acceso al documento	Universidad Pedagógica Nacional. Biblioteca Central
Título del documento	Representaciones, prácticas y sentidos en la literatura colombiana del siglo XX.
Autor(es)	Pulga Infante, Cristian Fabián
Director	Pinilla Díaz, Alexis Vladimir
Publicación	Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional, 2018. 169 p.
Unidad Patrocinante	Universidad Pedagógica Nacional
Palabras Claves	NARRATIVA; HISTORIA CULTURAL; REPRESENTACIONES; PRÁCTICAS; SENTIDOS.

2. Descripción
<p>La siguiente investigación busca resaltar, en primer lugar, a la corriente historiográfica de la historia cultural como una opción viable, válida y acertada que responde a las dinámicas y nuevos paradigmas para el estudio del pasado. En segundo lugar, y gracias a los referentes de la historia cultural, utilizar la literatura, más exactamente 23 novelas escritas en Colombia a lo largo del siglo XX como fuente primaria de investigación. Y, por último, rastrear los sentidos del pueblo colombiano alrededor de la crisis social, política y económica en este periodo de tiempo.</p> <p>El trabajo está pensado como una reflexión que integre en un diálogo común a la historia y la literatura. Dichos acercamientos posibilitan poner en órbita aquellos elementos que quizá son obviados y poco referidos en otras investigaciones. Además de proponer unos vínculos a principios, mediados y finales de</p>

siglo, en lo que respecta al sentido de la vida y la significación de la realidad por parte de los actores sociales del pasado, que en este caso son los personajes comunitarios de las novelas.

3. Fuentes

ALAPE, Arturo. (1995). *Ciudad Bolívar la hoguera de las ilusiones*. Bogotá. Planeta.

ALAPE, Arturo. (2003). *Noche de pájaros*. Cali. Editorial Atenas E U.

ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo. (1885). *Cóndores no entierran todos los días*. Bogotá. Editorial la

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo. (1954). *Siervo sin tierra*. Bogotá. Editorial Oveja Negra.

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo. (1983). *El cristo de espaldas*. Bogotá. Editorial La Oveja Negra.

CEPEDA ZAMUDIO, Álvaro. (1967). *La casa Grande*. Buenos Aires. Editorial Jorge Álvarez.

FAYAD, Luis. (2006). *Los parientes de Ester*. Bogotá. Arango Editores.

FLORES, Carlos. (1975). *Tierra Verde*. Bogotá, Iqueima.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1962). *La mala hora*. Madrid. Editorial talleres de Gráficas Luis Pérez.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1996). *Noticia de un secuestro*. Grupo Editorial Norma.

MEJÍA ECHEVERRY, Arturo. (2013). *Marea de ratas*. Bogotá. El peregrino ediciones.

MEJÍA VALLEJO, Manuel. (1963). *El día señalado*. Barcelona. Ediciones destino.

MENDOZA, Plinio. (1980). *Años de fuga*. Bogotá. Editores Colombia Ltda.

OSORIO LIZARAZO, José. (1979). *El día del odio*. Bogotá. Carlos Valencia Editores.

PALACIOS, Arnoldo. (1949). *Las estrellas son negras*. Bogotá. Editorial Iqueima.

RESTREPO, Laura. (1997). *Leopardo al Sol*. Bogotá. Grupo Editorial Norma.

RIVERA, José Eustasio. (1958). *La vorágine*. México. Editorial Diana.

ROSERO, Evelio. (2007). *Los ejércitos*. Barcelona. Tusquets editores S.A.

SALOM BECERRA, Álvaro. (1976). *Un tal Bernabe Bernal*. Bogotá. Ediciones Tercer Mundo.

SALOM BECERRA, Álvaro. (1983). *Don Simeón Torrente ha dejado de deber*. Bogotá. Editorial la Oveja Negra.

VALLEJO, Fernando. (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá. Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A

VÉLEZ, Alirio (2009). *La Sargento Matacho*. Bogotá. ARFO Ltda.

ZALAMEA, Jorge. (1952). *El gran Burundún- Burundá ha muerto*. Bogotá. Carlos Valencia Edi.

ACEVEDO, Jhon Jairo. (2018). El encanto de las ideologías: de conservadores a liberales – de derecha a izquierda. Recuperado de: <https://www.las2orillas.co/el-encanto-de-las-ideologias-de-conservadores-liberales-de-derecha-izquierda/>

AGUILERA, Mario (2013) *Claves y distorsiones del régimen disciplinario guerrillero*. Bogotá. Análisis político n° 78, mayo-agosto, 2013: págs. 45 – 62.

AGUIRRE Carlos. (2003). El Queso y los Gusanos: un modelo de Historia crítica para el análisis de las culturas subalternas. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1590/S0102-01882003000100004>.

ARIAS, Yulman. (2014). *Religiosidad, radicalismos y violencia en Colombia*. Revista Académica e Institucional Páginas de la UCP, N° 95: p.25-38.

AUGE, Marc. (2004). *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*, Barcelona. Gedisa Editorial.

AVENDAÑO, Johan (2017) Representación territorial de inseguridad, delincuencia y miedo en el espacio urbano de Bogotá: Formas simbólicas de apropiación y vivencialidad de la ciudad. Cali. *Revista Sociedad y Economía*, núm. 33, 2017, pp. 55-75 Universidad del Valle. Recuperado de: <http://www.ub.edu/geocrit/coloquio2014/Johan%20Andres%20Avendano%20Arias.pdf>.

AYALA, Fernando. (1981). *Análisis literario aplicado*. Medellín. Bedout.

BAJTIN, Mijail. (1991). *Teoría y estética de la novela*. Madrid. Editorial Taurus.

BENJAMIN, Walter. (1991.) *El Narrador*. Madrid, Editorial Taurus.

BRATOSEVICH, Nicolás. (1980). *Métodos de análisis literario aplicados a textos hispánicos*. Buenos Aires. Hachette.

CARR, David. (2015). *Tiempo, narrativa e historia*. Buenos aires. Prometeo libros.

CASANOVA, Mauricio. (2014). La evolución del concepto de narración histórica: auge y crisis de la idea

dialéctica de narración, Mendoza. *Revista anual del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas.* / sin 1515–7180 /p. 234-240. Vol. 16 n° 2.

CASTAGNINO, Raúl. (1979). *El análisis literario*. Buenos aires. Editorial Nova.

CASTAÑEDA Andrés. (2013). *Representaciones y expresiones territoriales de la pobreza urbana en el sur de Bogotá D.C. (localidades de Ciudad Bolívar, San Cristóbal y Usme)*. París. EHESS-París.casra.

CASTAÑEDA, Andrés. (2013). Derrotar las tinieblas: alumbrado público en Cali entre 1910 y 1930. *Anuario regional de Historia y las fronteras*. Vol. N° 18 pág. 85-98.

CASTRO, Jairo., MORENO, Erika., MENDOZA, Lizeth. (2012). *Investigación literaria: postulaciones políticas en la novela colombiana del siglo XX*. Bogotá, XXVII Congreso Nacional y I Internacional de Lingüística, Literatura y Semiótica, Universidad Cooperativa de Colombia.

CHARTIER, Roger. (1992). *El mundo como representación*. Barcelona. Gedisa.

CHARTIER, Roger. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México, Fondo de Cultura Económica.

CHARTIER, Roger. (2007). representaciones de las prácticas y prácticas de la representación. *Historia, Antropología y Fuentes Orales* No. 38, ATRAVESAR EL ESPEJO (2007) pp. 29-34. Recuperado de: https://www.jstor.org/stable/25703110?seq=1#page_scan_tab_contents.

CNMH. (2013) *Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá. CNMH.

CNMH. (2017). *Medellín, memorias de una guerra urbana*. Bogotá. CNMH.

CURCIO, Antonio. (1975). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto colombiano de Cultura.

DANE (2004) *Documentos técnicos sobre mercado laboral Bogotá D.C., informalidad laboral en las trece principales áreas y ciudades colombianas*. Bogotá. DANE.

DANE. (1987). *Proyecciones nacionales de población, Colombia 1950-2025*. Bogotá: DANE.

Dávila, L. F. (2016). Violencia urbana, conflicto crimen en Medellín: una revisión de las publicaciones académicas al respecto. Bogotá. *Revista Criminalidad*, Volumen 58, número 2, mayo-agosto 58 (2): 107-121. ISSN 1794-3108. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/crim/v58n2/v58n2a03.pdf>.

DIAN y UIAF. (2006). *Tipologías de lavado de activos relacionadas con contrabando*. Bogotá. DIAN y UIAF.

DÍAS, Carlos. (1997). *La constitución o construcción del sentido*. México. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores. Recuperado: <http://iteso.mx/~carlosc/pagina/documentos/sentido3.htm>.

DURKHEIM, Emile. (1986). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid. Alianza Editorial.

ECHAVARRÍA, Juan José., VILLAMIZAR, Mauricio. (2008). El Proceso Colombiano de Desindustrialización. Recuperado de: <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra361.pdf>.

ESCOBAR, Augusto. (2011). *La violencia: ¿Generadora de una tradición literaria?* Bogotá. Pontifica Universidad Javeriana.

FALS BORDA, O., GUZMÁN CAMPOS., UMAÑA LUNA, E. (2009) *La violencia en Colombia*. Bogotá. Taurus.

FEVBRE, Lucien. (1993) el problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais. Madrid. Akal.

FORERO, Marco. (2016). *Breve historia de Bogotá*. Bogotá. Ariel. Editorial Planeta.

GANGO, Fernando., CONTRERAS, Mauricio., (1998). *Crítica y ficción una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá. Editorial piedra del sol del magisterio.

GEERTZ, Cleeford. (1972). *El juego profundo, notas sobre las riñas de gallos en Bali*, Barcelona. Paidós.

GIRALDO, Luz Mary. (1994). *La novela colombiana ante la crítica 1975-1990*. Santiago de Cali. Editorial Universidad Javeriana.

GIRALDO, Luz Mary. (2008). *En otro lugar, Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea*. Bogotá. Pontifica Universidad Javeriana.

GUATARÍ, Juan Carlos Roa., GARCÍA, Andrés., RODRÍGUEZ., Mauricio. (2011) El perfil de la informalidad laboral en Colombia. *Serie documentos de trabajo No. 95* Universidad del Rosario. Recuperado de: http://www.urosario.edu.co/urosario_files/84/84048d18-e754-4f80-afc5-f80d4b092260.pdf

HAYDEN, White. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica.

HERING, Max., PÉREZ, Amanda. (2012). *Historia cultural desde Colombia*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, Javeriana, Andes.

HUIZINGA, Johan. (1999). *Homo Ludens*. Madrid. Alianza Editorial.

JARAMILLO, Mercedes., OSORIO, Betty., ROBLEDO, Ángela. (1995) *literatura y diferencia, escritoras colombianas del siglo XX*. Bogotá. Editorial Universidad de los Andes.

JIMÉNEZ, Vivian. (2014) García Márquez: "Los periodistas son escritores, y tienen que aprender a escribir como escritores" Recuperado de: <https://www.diariolibre.com/opinion/lecturas/garca-mrquez-los-periodistas-son-escritores-y-tienen-que-aprender-a-escribir-como-escritores-FFDL589941>

KLITGAARD, R. (1994). *Controlando la corrupción. Una indagación practica para el gran problema social de fin de siglo*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana S.A.

LÓPEZ, Héctor. (2007). Las adicciones y sus fundamentos clínicos. *Lazos*, 203 p. ISBN: 987-98877-2-7. Recuperado de: http://redbiblio.unne.edu.ar/pdf/0101-031862_I.pdf.

LOZANO, Germán. (2015). Historia de los partidos políticos en Colombia. *Revista Universidad Santo Tomás* / Vol. 10, N.º 1 / enero-junio 2015 / Bogotá, D. C. / pp. 11-42.

MARÍN, Colorado, Paula. (2007). *Acercamiento a la Novela Colombiana de los Setenta*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. Seminario Andrés Bello.

MARROQUÍN, L. y RIVAS, J.M. (1986). *Pax*, Bogotá. Editorial la Oveja Negra.

MENDIOLA, Alfonso. (2005). Hacia una teoría de la observación de observaciones: la historia cultural. *Historias, revista de la dirección de estudios históricos*. ISSN: 1405-7794 N° 60 2005 Pág. 19-35.

MENTON, Seymour. (2007). *La novela colombiana, planetas y satélites*. México. Fondo de cultura económica.

Metrosalud. (1994). *Diagnóstico de la situación de salud de Medellín 1984-1993*. Medellín: Metrosalud, Municipio de Medellín.

MOJICA, Sarah. (2002). *Constelaciones y redes, literatura y crítica cultural en tiempos de turbulencia*. Bogotá. CEJA Instituto Pensar.

MORENO, Jose David. (2014) Relaciones cívico-militares en Colombia: supremacía y control de los partidos políticos sobre la organización militar. Bogotá. - *Revista Científica General José María Córdova*, enero-junio, Historia - Vol. 12, Núm. 13, pp. 333-352 issn 1900-6586. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/recig/v12n13/v12n13a13.pdf>.

NORIEGA, Teobaldo. (2001). *Novela colombiana contemporánea: incursiones en la posmodernidad*. Madrid. Editorial Pliegos.

Oscar Calvo y Marta Saade,(1998). La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis. *Anuario Colombiano de historia. social y de la cultura*. Número 29, p. 286-287, 2002. ISSN electrónico 2256-5647. ISSN impreso 0120-2456. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/17069>

OSORIO, Oscar. (2014). *El narcotráfico en la novela colombiana*. Cali. Editorial Universidad del Valle.

PALACIOS, M. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

PÉCAUT, Daniel. (2012). *Orden y violencia. Colombia 1930-1953*. Medellín. Fondo Editorial Universidad Eafit.

PÉCAUT, Daniel. (1997). Presente, pasado y futuro de la violencia. *análisis político*. no. 30 ene/abr 1997

Instituto de estudios políticos y relaciones internacionales (IEPRI) Universidad Nacional de Colombia. p 1-43.

PEÑA, Isaías. (2002). *Ensayos y contraseñas de la literatura colombiana (1967-1997)*. Bogotá. Editorial de la universidad central.

PÉREZ, Julián., GARDEY, Ana. (2011) *Definición de análisis literario*. Recuperado de: (<https://definicion.de/analisis-literario/>)

PESAVENTO, Sandra. (2013). Más allá del espacio por una historia cultural de lo Urbano. *Anuario N°25 escuela de historia, revista digital*. Facultad de Artes y Humanidades UNR. Recuperado de: <http://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/3734/301-1178-1-PB.pdf?sequence=1>

PINEDA, Sebastián. (2012) *Breve historia de la narrativa colombiana siglo XVI-XX*. Bogotá. Siglo del hombre Editores.

PIOTROWSKY, Bodgran. (1988). *La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea (aspectos antropológico-culturales e históricos)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

PLANO, Ricardo. (2012). Historia de la cerveza en Colombia. Recuperado de: <http://www.historiacocina.com/es/cerveza-colombia>.

REVÉIZ ROLDAN, É. (2012). *Pasado, presente y futuro de la corrupción en Colombia*. Bogotá. Instituto de Estudios del Ministerio Público - IEMP.

RICOEUR, Paul. (1995). *Tiempo y narración La configuración del tiempo en el relato histórico*. México. Siglo XXI Editores.

RODRIGUEZ, Ana Luz. (2004). *Pensar la cultura, los nuevos retos de la historia cultural*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.

RODRÍGUEZ, Jaime. (2014). *Pájaros bandoleros y sicarios, para una historia de la violencia en la narrativa colombiana*. Bogotá. Universidad Javeriana.

RUEDA, M. H. (2008). *Nación y narración de la violencia en Colombia (de la historia a la sociología)*. Bogotá. Revista Iberoamericana pág.223, 345-359.

SARLO, Beatriz. (1998). *La máquina cultural: Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires. Ariel.

SERNA, Justo., PONS, Anaclét. (2005). *La historia cultural Autores, obras, lugares.*, Madrid. Akal.

SUÁREZ Rondón, Gerardo. (1966). *La novela sobre la violencia en Colombia*. Bogotá. Ediciones Luis F.

Serrano.

URIBE, Carlos. (1992). *La mentalidad del colombiano*. Bogotá. Albotada.

WEBER, Max. (1993). *Economía y sociedad*. México. Fondo de Cultura Económica.

WILLIAMS, Raymond. (1991). *Novela y Poder en Colombia*. Bogotá. Editorial Tercer Mundo.

4. Contenidos

Esta investigación tiene como objetivo analizar el contenido de varias obras literarias que describan sucesos del siglo XX en Colombia, para delinear las representaciones, las prácticas y los sentidos de la sociedad a lo largo del siglo. La tesis está orientada en gran medida a responder al constante interés por el estudio de la historia y su relación con la literatura. En este marco de oportunidades se da origen a una integración entre disciplinas que posibilita el abordaje de la pregunta problema.

El trabajo posiciona el constante escenario de crisis en Colombia y las convulsiones que se generaron a partir de dichas crisis. Cosa que hizo que los habitantes de Colombia percibieran, clasificaran y dieran sentido al mundo en el que vivieron. Así pues, las representaciones del campo, la ciudad, lo religioso y lo lúdico, se ponen en diálogo con las prácticas sobre las crisis por parte de curas, militares, políticos, habitantes de la zona rural y urbana. Así pues se buscó realizar un estudio en torno a la historia cultural de Colombia atendiendo al contenido de las novelas y a las voces que en ellas se escuchan, propiciando un acercamiento a la sociedad que las produjo y en la que se despliega la narración.

5. Metodología

El método de investigación que se utilizó para la realización de la investigación fue el análisis documental. Las normas que guiaron su ejecución están enmarcadas en la clasificación del texto y su análisis. Se debe pensar que el valor de la fuente se potencializa en su uso y el trato que se le da al documento y que realmente eso es lo que la convierte en fuente de investigación histórica

Por tal razón, en cuanto a la clasificación del texto, se toman documentos literarios, los cuales reflejan un

proceso histórico que da cuenta de la realidad social. A pesar de tener una naturaleza con un notorio carácter subjetivo y ficticio, ésta no es razón para descartar su potencial como fuente de investigación, puesto que es producto de una acción humana del pasado que está cargada de información. Esta información que refleja aspectos de la realidad, brinda a la novela una riqueza particular como testimonio histórico, haciendo que lo sugestivo de la literatura sea precisamente, su capacidad para transmitir el sentimiento sobre la vida en el pasado. Lo que se ha llamado aquí representaciones, prácticas y sentidos y que quizá en otras fuentes pueden pasar por alto.

6. Conclusiones

El carácter de las novelas como fuente nos hizo reconocer que en muchas ocasiones las implicaciones de las obras son inaccesibles a los propios autores y lectores de la época, por lo tanto, deben desplegarse y explicarse con el paso del tiempo, abordadas con nuevos conocimientos y métodos. Por eso el leitmotiv que dio coherencia y orden a este texto, fue la pregunta por el sentido de las crisis, entendiendo éste como el objetivo de la existencia, la razón de ser, de los seres históricos que habitaron Colombia en el siglo XX, ya que, como dijese la historiadora cultural brasilera Sandra Pasavento “la tarea del historiador sería captar la pluralidad de los sentidos y rescatar la construcción de significados” (Pasavento, 2013, pág. 42).

A continuación, se presentará a modo de conclusión las representaciones de las prácticas más dicientes sobre los sentidos sobre lo colombiano. En primer lugar, se encuentra la representación de la pobreza con las prácticas de supervivencia, el segundo cruce es la representación del miedo, a decir verdad, es justificada dicha construcción, pues debido a los procesos violentos vividos a lo largo y ancho del país dieron origen a las prácticas de resistencia. La tercera relación es la que se da entre la representación de decadencia con la práctica de la corrupción, y finalmente están las representaciones religiosas y lúdicas, con las prácticas que determinan el ejercicio del poder.

la segunda conclusión, la cual pone de manifiesto un tema central que se trabajó a lo largo del documento y que tiene que ver básicamente con las sintonías y distancias de las representaciones y las prácticas sobre la violencia a lo largo del siglo. Después mencionar reiterativamente que los sistemas de referencia y significación se dan por medio de representaciones y prácticas específicas, se puede complementar esta idea con la acotación de que cada uno representa desde el lugar en que fue criado y con las prácticas que vio con antelación en otros. Eso de entrada catapultó la idea que definitivamente existe una continuidad violenta en el sentido de la vida de los actores históricos.

La última conclusión rescata otro concepto dentro de la propuesta de Chartier, el cual también es importante en el marco analítico del historiador francés. Estamos hablando del concepto de *apropiación*. Reconocemos que la presente investigación no alcanzó este nivel de análisis y que nos hubiese encantado ver la apropiación de los discursos de paz, la apropiación del ateísmo en un país tan católico, hasta la apropiación de lo cómico y picaresco en la cultura colombiana. Desde la literatura estas apropiaciones y otras más completarían la investigación, alcanzando un panorama más completo sobre los sentidos del siglo XX.

Elaborado por:	Pulga Infante, Cristian Fabián
Revisado por:	Pinilla Díaz, Alexis Vladimir

Fecha de elaboración del Resumen:	23	11	2018
--	----	----	------

TABLA DE CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN.....	16
2. JUSTIFICACIÓN	18
3. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	19
4. OBJETIVOS.....	20
4.1 Objetivo general.....	20
4.2 Objetivos específicos	20
5. METODOLOGÍA	20
6. ESTADO DEL ARTE	23
6.1 Construcción de sentidos.....	23
6.2 Narración histórica.....	26
6.3 Análisis literario	30
6.4 Conclusiones del estado del arte.....	32
7. MARCO TEÓRICO	34
7.1 Construcción de sentidos.....	34
7.2 Narración histórica.....	43
7.3 Análisis literario.	52
7.4 Cierre analítico	57
8. CAPÍTULO 1. REPRESENTACIONES Y SENTIDOS DE LO SOCIAL Y LO CULTURAL EN LA NOVELA COLOMBIANA	59
8.1 Representaciones sobre el campo	63
8.2 Representaciones sobre la ciudad.....	66
8.3 Representaciones sobre lo religioso	81
8.4 Representaciones Lúdicas.....	93
8.5 Cierre analítico	101
9. CAPÍTULO 2. NARRATIVAS HISTÓRICAS, PRÁCTICAS Y CONFLICTOS EN LA NOVELA COLOMBIANA	103
9.1 Prácticas crisis política	107
9.2 Prácticas crisis económica	119
9.3 Prácticas crisis social.....	129
9.4 Cierre analítico.....	145
10. CAPÍTULO 3. REALIDAD CREADORA DE LA NARRATIVA COLOMBIANA.....	147

10.1 Cierre analítico 169
11. CONCLUSIONES 170
12. BIBLIOGRAFÍA 175
13. ANEXOS 184

1. INTRODUCCIÓN

"La literatura y más concreto, la novela, es un recordatorio muy eficaz para los historiadores respecto a esa dimensión del pasado (y del presente) en la que lo imaginado y lo posible es tan históricamente relevante como lo acaecido y lo real"

Javier Marías, sobre la novela, 1993, pág.120

La siguiente investigación busca resaltar, en primer lugar, a la corriente historiográfica de la historia cultural como una opción viable, válida y acertada que responde a las dinámicas y nuevos paradigmas para el estudio del pasado. En segundo lugar, y gracias a los referentes de la historia cultural, utilizar la literatura, más exactamente 23 novelas escritas en Colombia a lo largo del siglo XX como fuente primaria de investigación. Y, por último, rastrear los sentidos del pueblo colombiano alrededor de la crisis social, política y económica en este periodo de tiempo.

El trabajo está pensado como una reflexión que integre en un diálogo común a la historia y la literatura. Dichos acercamientos posibilitan poner en órbita aquellos elementos que quizá son obviados y poco referidos en otras investigaciones. Además de proponer unos vínculos a principios, mediados y finales de siglo, en lo que respecta al sentido de la vida y la significación de la realidad por parte de los actores sociales del pasado, que en este caso son los personajes comunitarios de las novelas.

El fundamento metodológico se ubica en el análisis documental, las normas que guiaron su ejecución están enmarcadas en la clasificación del texto y su análisis. Para lo cual se seleccionaron las novelas que, por su carácter histórico, reflejaran el contexto concreto de cada época. Para el análisis textual se partió de una lectura cuidadosa de las novelas, extrayendo los apartados más dicentes, cosa que permitirá el diálogo con las fuentes secundarias y por su puesto la construcción de la reflexión.

En cuanto al marco teórico se utilizaron tres categorías, éstas a su vez juegan un papel importante en la organización del documento, pues cada una de ellas responde al contenido de un capítulo.

En primer lugar se encontrará la categoría construcción de sentidos. Desde la comprensión de una serie de procesos y elementos de diversos autores adscritos a la corriente de la historia cultural, se llega al consenso que toda historia de la cultura debe pensar y atender las distintas maneras en que los actores sociales les dan sentido a su realidad. Esta categoría está acompañada de manera transversal del concepto de representación. En palabras de Chartier (1992), la representación se puede entender como el reflejo de una ausencia (la no presencia de lo que se representa) o bien, una presencia simbólica de lo representado. Además de servir para analizar la manera en que se observa la realidad.

La segunda categoría propuesta es la narración histórica. Ésta es una de las formas de la narración que hace referencia a hechos históricos que son relatados por una voz que permite complementar el aporte que cada obra cumple en la construcción de las relaciones de los pueblos y sus configuraciones. La literatura, en este sentido, puede tomarse como herencia cultural y como comprensión de acontecimientos. En esta dirección, Carr (2015) recalca que la mejor forma de entender la producción cultural, es a partir del modelo de producción textual reflejado en la experiencia de los sujetos. Al igual que la anterior categoría, el concepto que la acompaña es el de práctica. Se puede acotar que las prácticas son las acciones concretas de sujetos o grupos determinados en un lugar y tiempo específico.

Finalmente, está la categoría de análisis literario, la cual permite ubicar y estudiar con mayor detenimiento el contexto y el mensaje de los textos. La aplicación de ésta consiste en la disyunción de las diferentes partes del documento, por lo cual se da un reconocimiento más exacto de las mismas, permitiendo ubicar mejor las razones por las cuales el autor escribió dichos relatos y la simbología que se utilizó. El análisis literario permite ir más a fondo en la obra para poder llegar a un nivel de comprensión mayor.

El trabajo posiciona el constante escenario de crisis en Colombia y las convulsiones que se generaron a partir de dichas crisis. Cosa que hizo que los habitantes de Colombia percibieran, clasificaran y dieran sentido al mundo en el que vivieron. Así pues, las representaciones del campo, la ciudad, lo religioso y lo lúdico, se ponen en diálogo con las prácticas sobre las crisis por parte de curas, militares, políticos, habitantes de la zona rural y urbana. Vamos a ello.

2. JUSTIFICACIÓN

Esta investigación tiene como objetivo analizar el contenido de varias obras literarias que describan sucesos del siglo XX en Colombia, para delinear las representaciones, las prácticas y los sentidos de la sociedad a lo largo del siglo. La tesis está orientada en gran medida a responder al constante interés por el estudio de la historia y su relación con la literatura. En este marco de oportunidades se da origen a una integración entre disciplinas que posibilita el abordaje de la pregunta problema.

Se busca realizar un estudio en torno a la historia cultural de Colombia atendiendo al contenido de las novelas y a las voces que en ellas se escuchan, propiciando un acercamiento a la sociedad que las produjo y en la que se despliega la narración. Para la elección de las obras literarias se establecieron los siguientes criterios de selección: que sean de naturaleza histórica, es decir que su contenido narre sucesos ocurridos en el siglo XX, que tengan una caracterización de épocas, clases e individuos, que sean recurrentes en el relato de situaciones económicas, sociales y políticas, y por último, que las problemáticas narradas mantengan relación con algunos conflictos en la actualidad.

Las novelas, como fuente primaria, permitirán a través de su contenido dos cosas. En primer lugar, encontrar el testimonio vivo de una sociedad y el espíritu de la época, en la que se manifiesta sus diversas prácticas, representaciones y sentidos, y, en segundo lugar, ver cómo éstos se configuran, negocian y transforman a través de las tramas y los personajes.

Así pues, la elaboración del marco de análisis, será la configuración social, política y económica codificada en los textos. Cosa que permitirá, por un lado, leer al país por medio de la relevancia histórica de su literatura y, por el otro, seguir aportando a la construcción de la historia cultural de Colombia.¹

¹ Se han adelantado importantes trabajos alrededor de esta corriente historiográfica en el país entre los que se destacan: Rodríguez Ana Luz. (2004) *Pensar la cultura, los nuevos retos de la historia cultural*. Medellín. Editorial Universidad del Antioquía y Hering Torres Max S, Pérez Benavides Amada Carolina (2012) *Historia Cultural desde Colombia. Categorías y debates*. Bogotá. Editorial Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de los Andes.

3. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Con el desarrollo de la historia cultural en los últimos tiempos como corriente de investigación historiográfica, se abre la posibilidad de estudiar las tradiciones de la cultura popular o en general todas las interpretaciones culturales e históricas para Burke, “la importancia de los encuentros culturales de nuestra época provoca una necesidad cada vez más apremiante de comprenderlos en el pasado” (Burke, 2008, pág. 146). De esta manera, al vincular las representaciones, las prácticas, los aspectos simbólicos y la vida cotidiana en la tarea de recrear las traducciones culturales, se busca explicar los aspectos sociales, vinculados con el sentido de las crisis, acaecida en el país a lo largo del siglo pasado.

La historia cultural otorga la posibilidad dentro de la investigación histórica de estudiar las relaciones humanas a través de diversos elementos culturales. “El común denominador de los historiadores culturales mantiene una preocupación por lo simbólico y su interpretación. Conscientes o inconscientes los símbolos se pueden encontrar por doquier desde el arte hasta la vida cotidiana” (Burke, 2008, pág. 15). Dentro de este cúmulo de símbolos se tomó la literatura como expresión cultural de la actividad histórica.

Se puede afirmar que literatura ha sido un recurso intrínseco de la historia, no solo porque cuenta cronológicamente las experiencias sociales de las épocas, sino también por las posibilidades que le otorga al lector de definir los hechos en situaciones específicas. Más allá de considerar el texto literario como una construcción ficcional que se inclina a fines netamente estéticos, si éste se maneja con unos procedimientos precisos, y si se le hacen las preguntas adecuadas, una obra literaria puede convertirse en una puerta abierta al pasado.

Por otro lado, la literatura colombiana ha sido próspera en el cultivo de su narrativa, a tal punto que puede afirmarse que existe una novelística fortalecida y fácilmente representativa. Gracias a esta posibilidad puede articularse el contenido de las obras con la investigación histórica. Esta cuestión pone de manifiesto la oportunidad de analizar qué representaciones, y qué prácticas en torno a la crisis se hayan en las obras, ya sea económica, política y social y de qué forma se han manifestado en el campo, la ciudad, las construcciones religiosas y las prácticas lúdicas.

Nuevamente se recalca que en la relación entre historia, cultura y literatura se ubica el objetivo de esta investigación y que, a partir de la lectura de las novelas como documentos históricos,

portadores de construcciones culturales, se puede comprender los vehículos de una sociedad que se pensaba a sí misma. Así pues, la pregunta que se pretende responder es: ¿Cuáles son los sentidos sobre lo colombiano, relacionado con los conflictos políticos, sociales y económicos, en las novelas que narran acontecimientos del siglo XX?

4. OBJETIVOS

4.1 Objetivo general

Comprender los diversos sentidos de la sociedad colombiana en relación con los conflictos políticos, económicos y sociales en Colombia durante el siglo XX mediante las novelas que narren sucesos en este periodo de tiempo.

4.2 Objetivos específicos

- Definir las representaciones sobre la crisis y sus características, en torno al campo, la ciudad, lo religioso y lo lúdico en las obras literarias que narran sucesos del siglo XX.
- Identificar por medio de la narrativa histórica las prácticas alrededor de la crisis política, económica y social del país durante el siglo XX.
- Enunciar los elementos de la realidad creadora y social de las obras por medio del análisis literario.

5. METODOLOGÍA

El método de investigación que se utilizó para la realización de la investigación fue el análisis documental. Las normas que guiaron su ejecución están enmarcadas en la clasificación del texto y su análisis. Se debe pensar que el valor de la fuente se potencializa en su uso y el trato que se le da al documento y que realmente eso es lo que la convierte en fuente de investigación histórica.

Por tal razón, en cuanto a la clasificación del texto, como se ha mencionado con anterioridad, se toman documentos literarios, los cuales reflejan un proceso histórico que da cuenta de la realidad social. A pesar de tener una naturaleza con un notorio carácter subjetivo y ficticio, ésta no

es razón para descartar su potencial como fuente de investigación, puesto que es producto de una acción humana del pasado que está cargada de información. Esta información que refleja aspectos de la realidad, brinda a la novela una riqueza particular como testimonio histórico, haciendo que lo sugestivo de la literatura sea precisamente, su capacidad para transmitir el sentimiento sobre la vida en el pasado. Lo que se ha llamado aquí representaciones, prácticas y sentidos y que quizá en otras fuentes pueden pasar por alto.

En el siguiente punto de la clasificación del texto, se fijó las circunstancias espacio-temporales del mismo. Las novelas que se tomaron como fuente de investigación fueron escritas en Colombia entre los años de 1903 al 2013, las localizaciones y circunstancias históricas de los textos van de las primeras décadas de siglo XX con textos que retrata la vida cotidiana en las primeras décadas del siglo en Bogotá con Don Simeón Torrente ha dejado de deber, pasando por las descripciones de la explotación cauchera con La Vorágine, y la masacre de las bananeras con La casa grande. Transitando por los libros que retratan la época de la violencia. Para el caso rural está el texto El Cristo de espaldas, a nivel urbano se encuentra Córdones no entierran todos los días, inclusive una crónica antes de la 1pm del 9 de abril de 1948 se retrata en el libro El día del odio. Transitado por las décadas de los 60 y 70 con un muy panorama adverso, fruto de las secuelas de la época anteriormente referida, se encuentran libros tales como La Sargento Matacho, que retrata el suplicio de una mujer que tiene que enlistarse en los grupos clandestinos, Marea de Ratas, que muestra la decadencia interna de un brazo de las fuerzas armadas o los Parientes de Ester que deja la imagen de una Bogotá sumida en una crisis social. Finalmente, en las últimas décadas del siglo la violencia bipartidista mutó dando paso al flagelo del narcotráfico, ahí se encontraron textos tales como Leopardo al Sol o La Virgen de los sicarios. Estas novelas son sólo algunas para mostrar el tránsito por unos contextos específicos y situaciones socialmente concretas.

El último paso en la clasificación del texto corresponde a fijar el destino del mismo, es decir a quién se dirige el texto y cuáles son sus propósitos concretos. En ese sentido se acota que las novelas con indiferencia de su género, extensión o temática, son un texto público de reproducción masiva. Reflejo de esto son los tirajes de miles de ejemplos en varias ediciones. Los textos van dirigidos históricamente a un tipo de público, evidentemente pudo mutar a lo largo de los años, pero en definitiva el objetivo sigue siendo el mismo, acercar al lector a unas historias allí descritas, con el deseo de compartir una visión de mundo; las interpretaciones y las significaciones

generadas a partir de la lectura, constituyen otro tema de estudio, tratado ampliamente por Roger Chartier, uno de los exponentes más importantes de la historia cultural.

En cuanto al análisis de los textos, el primer paso correspondía a la lectura atenta y detenida de 23 obras literarias, escogidas con los criterios de selección referidos páginas arriba. En el proceso de lectura se buscaron fragmentos que fueran de gran ayuda para abordar la pregunta por los sentidos de la crisis.

Bajo las categorías de construcción de sentido, narración histórica y análisis literario, y amparados por dos conceptos fundamentales de la historia cultural², se hizo el acercamiento y la explicación del contenido textual, teniendo en cuenta las relaciones descriptivas y progresivas, para lo cual se realizó un conjunto de agrupaciones de citas, teniendo como apoyo unas hojas de formato Excel donde se situaban a cada uno bajo la figura de representaciones de la ciudad, campo, religión o lúdicas, o bajo las prácticas de crisis sociales, políticas y económicas.

Buscando una explicación en conjunto, se siguió un orden de reagrupar desde el interior de cada tema los diferentes contenidos. Es así como se dividió el texto en tres capítulos, correspondientes a cada una de las categorías y de los objetivos.

Teniendo en cuenta que la escritura en Colombia ha ocupado un lugar preponderante, se analizó la relación de la historia y la literatura con la actividad política, económica y social. En toda obra literaria se halló una o varias experiencias que impulsan la acción y construyen un sentido. Bajo esta premisa se orientó la metodología en la indagación de nuevos terrenos de la vida cultural de la sociedad colombiana del siglo XX.

Se resalta que más allá de la pluralidad de enfoques, intereses e influencias, los historiadores españoles Pons y Serna (2005) indican que hay una serie de historiadores de renombre que comparten un modo de hacer historia cultural. Los importantes escritos de Peter Burke, Carlo Ginzburg, Natalie Zemon-Davis, Robert Darnton o Roger Chartier, pueden proporcionar alguna indicación sobre los asuntos que con más éxito y mejores resultados han sido trabajados por la corriente metodológica a la que se adscribe este trabajo. “Recordemos que la predilección por los literatos, no es extraña entre estos historiadores de la cultura, y que, antes, al contrario, es casi un

² Chartier y su famoso libro: El mundo como representación (1992) historia cultural. entre la práctica y la representación analiza el devenir de los conceptos de representación y práctica para el análisis histórico.

signo de su quehacer práctico, usando las narraciones no solo como objeto de estudio sino como fuente, como metáfora y como inspiración metodológica” (Serna y Pons, 2005, pág.159).

6. ESTADO DEL ARTE

Este apartado da cuenta de las investigaciones que han tenido como objetivo analizar la literatura colombiana del siglo XX. Los textos estudiados constituyen un primer referente del material disponible para la puesta en marcha de la propuesta analítica. Así pues, partiendo de una lectura intertextual se busca poner en evidencia las construcciones llevadas a cabo en Colombia desde 1955 hasta la primera década del siglo XXI.

La bibliografía disponible permitió identificar, en cierto grado, las intenciones de los investigadores entorno al contenido de las novelas y su análisis como fuente de producción cultural. De igual manera, la forma en que los documentos se prestaron como punto de encuentro entre las categorías establecidas para el abordaje de la investigación y el contenido teórico de los mismos.

Este texto da cuenta de la revisión de 18 obras que comparten la preocupación por la literatura colombiana del siglo XX, los autores en su mayoría son colombianos con la participación de algunos extranjeros. La información recopilada y analizada para el presente documento forma parte de memorias recogidas en congresos literarios, tesis de grado e investigaciones académicas, todos entrelazados por un objetivo común: el estudio del desarrollo de la escritura en Colombia.

A continuación, se da paso a la presentación de las distintas perspectivas e ideas centrales que nutrirán el debate conceptual e incrementarán la visión acerca de los contenidos propios de los estudios históricos y literarios de la producción novelística colombiana durante el siglo XX.

6.1 Construcción de sentidos

El interés en esta categoría está puesto en poder identificar cómo los autores desde la literatura, constituyen unos elementos que dan como resultado la construcción de una serie de sentidos. Dichos elementos se plantean entre la producción literaria y su contexto espacio temporal. Las formas culturales asociadas a estos planteamientos revelarán las maneras de pensar y actuar del

pueblo colombiano en las novelas. Además de eso, se origina un interés por ver cuál es el papel del lenguaje en la generación de significados y cómo vehículo de condensación cultural.

El primer paso a la hora de ejercer un acto de apropiación y de construcción se da por medio del lenguaje, el cual cumple el rol de condensar la realidad espacio-temporal. “La primera y más radical relación de pertenencia a la obra es la lengua de que está hecha, relación de pertenencia que no tarda en extenderse a otros aspectos de su filiación tales como la idea de patria o de nación, en cuanto lugar de su irrupción o tradición que hace las veces de capullo” (Gangoa y Contreras, 1998, pág. 175).

El lenguaje se entrevé como el primer elemento dentro de la constitución de una serie de sentidos que se ajustan a una manera particular de entender la realidad, en el entramado cultural la multiplicidad de este lenguaje corresponde a la variedad de espacios, tiempos y personas. Giraldo (1994) resalta cómo en cada momento la lengua, es lengua de la alteridad, que se transforma y fluye, haciendo que cada relación humana sea distinta.

Así pues, el lenguaje corresponde a unos valores y unos principios propios de los usuarios de la cultura, y es por medio del mismo que se construyen las relaciones que serán codificadas en las obras literarias. Éstas dejan ver los modos particulares de cada sociedad, permitiendo identificar el flujo permanente de sentidos.

Para algunos autores, la novela es considerada como el vehículo que mejor ha sabido hacer la tarea de evidenciar el proceder de aquellos grupos humanos que sintieron la constante necesidad de procurarse una imagen de sí mismos, de sus sentimientos, imaginarios y conductas.

La producción escrita surge de la sensación que genera compartir una serie de vivencias, que van variando dependiendo de las características de cada momento y lugar. Por tal razón, las novelas se convierten en expresiones dotadas de historia y cultura, que emergen del acto de describir a una nación con sus múltiples manifestaciones. La pregunta sería; ¿Por qué la novela tiene ese rasgo particular de ser el elemento escogido por todos los investigadores para realizar una propuesta de análisis sobre la sociedad colombiana?

En primer lugar, por considerar que la novela es el género literario más apto para captar o aprehender la realidad, en segundo lugar, porque la novela es el instrumento mediante el cual la palabra supera su función referencial, es decir, el marco de la realidad exterior, y llega a sugerir,

suscitar y comprender toda una cosmovisión y todo un mundo que, antes, y de otra manera no nos era posible conocer (Williams, 1989, pág. 273).

A manera de ejemplo, Rueda (2008) otorga un papel protagónico a la novela, ya que desde la literatura se construye una estructura política del país, con un claro sentido de libertad, a veces contradictorio, a veces polémico, a veces doctrinario.

Por otro lado, el ejercicio de la novela es el reflejo más fiel de la construcción social y cultural de nuestro país. La novela ha servido para rescatar y conservar formas de habla popular, anécdotas pueblerinas y costumbres familiares, a la vez que corrobora la realidad cultural, social y política de Colombia. “La novela rescata memorias olvidadas, denuncia con dolor, focaliza víctimas y victimarios o salva del olvido, constituye una cantera de motivos pertenecientes a un imaginario de conflictividades irresueltas que, sin duda, determina modos de ser, de sentir y de actuar” (Rueda, 2008, pág. 351).

A continuación, se presenta algunos ejemplos que demuestran la manera en que la literatura ayuda a la formación de la conciencia social y política del pueblo colombiano, y también cómo brinda la posibilidad de configurar pensamientos y comportamientos.

Las prácticas de la población influyen en la construcción del sentido y son modificables según los intereses de determinados grupos en particular. Esto se evidencia en la producción literaria de la élite política colombiana, que reafirma su condición hegemónica mediante el uso de las obras literarias. “La lucha fratricida inducida por los dirigentes de los partidos políticos, había sido larga e intensa y había creado una cultura. Alrededor de ellas crecieron leyendas, fantasmas, prejuicios, modos de pensar, códigos lingüísticos, una temperatura y atmósfera fueron aprendiéndose, y las pesadillas de la violencia se representaron en la literatura” (Peña, 2002, pág. 42).

Una de las instituciones que más ha permeado la creación y configuración de los sentidos, es la Iglesia Católica, esto se da por su mayoritaria influencia en el grueso de la población. Ruiz (2005) muestra cómo el sincretismo religioso va posibilitando otras motivaciones y reacciones en cuanto a la noción de vida, todo entremezclado con leyendas, ficciones, que conforman la más aceptada concepción de hombre.

Por otro lado, se pudo ver, cómo dentro de las prácticas constructivas de la realidad colombiana con su simbología popular y su tradición oral, se va cediendo un lugar a una novelística más

preocupada por lo cotidiano, donde se pretende, sobre todo, interpretar el fenómeno de la vida urbana.

El espacio ciudadano adquiere presencia en la literatura como telón de fondo, la novela urbana ya no estaría interesada en el paisaje de las calles y plazas, ni en la descripción de tipos, dialectos y costumbres, sino que penetrarían una nueva psicología: la del ser humano formado en la ciudad masificada, letrado, bombardeado por los medios de comunicación quien ha perdido o está en vías de perder la familia y los últimos vestigios de su ancestro regional (Giraldo, 1994, pág. 106).

En cuanto a las propuestas de los autores en la categoría de construcción de los sentidos, se abre la posibilidad de estudiar la novela como fuente construcción de paradigmas de comportamiento. Además de afirmar que los planteamientos expuestos en los escritos marcan un derrotero en la concepción y construcción de la sociedad colombiana, recalando en el accionar de grupos que recurren a la literatura como tendencia de autoafirmación y acentuación de rasgos culturalmente particulares.

6.2 Narración histórica

Lo encontrado en relación a esta categoría es de suprema importancia para la investigación, ya que a la hora de pensar la historia dentro de las novelas se puede llegar a determinar que ésta se trabaja aisladamente como un elemento temático argumental o como un simple recurso para novelar, pero ante esto, se debe abogar por el marco de posibilidad que brinda la narración histórica en el conocimiento de nuestras condiciones actuales por medio del pasado codificado en las obras.

Después de leer las investigaciones se descubrió que el tema más recurrente y determinante en la relación historia-narración, es la violencia, considerándola como el principal eje narrativo durante el siglo XX.

A continuación, se describirá el antes y el después del periodo de la violencia en lo que respecta a la narrativa nacional. Huelga mencionar que en ningún momento de la creación narrativa durante el siglo XX se abandona el matiz violento que subyace en la sociedad colombiana. Posteriormente, se centrará la atención en la producción y la crítica literaria de la novela de la violencia como tal.

Décadas antes al fenómeno de la violencia, el oficio de la escritura era un cúmulo de premisas que describían y nombraban el arsenal cultural que transitaba en la cotidianidad del pueblo colombiano.

La novela de los primeros años del siglo pasado se mueve entre la novela de costumbres y la novela de protesta social, estos primeros años definen una típica rusticidad y unas urbes pequeñamente pobladas. Para los años 20, surge al lado de la novelística de la lucha de clases, con más soltura y sentido de actualidad la crítica social a los viejos símbolos institucionales como los curas, las monjas, los gamonales, los políticos y los arribistas criollos. Para los años 30 es el conflicto político y el desarrollo capitalista lo que caracteriza este nuevo decenio, las formas culturales se corresponden a estos rasgos; se abre camino la novela psicológica, la novela del fenómeno urbano propiamente burgués, se cultiva también el relato fantástico y fantasmagórico. En los años 40 la literatura se manifiesta de manera relativamente excéntrica y más bien opaca, se puede decir que la cosmopolización de Bogotá progresa en la diversión para las grandes masas debido al cine y la radio (Uribe; 1992, pág. 70).

Para las últimas décadas del siglo XX cambian las acepciones culturales y la violencia muta, esta vez bajo la forma del narcotráfico. Noriega (2001) menciona la manera en que un fragmento de la historia colombiana se satura otra vez de violencia, haciendo que se acentúe nuevamente ésta como un discurso social y objeto de articulación literaria.

El papel protagónico que tomará el relato de la violencia bipartidista, entre los años 1951 a 1971, se debe a que fue el tema obsesionante de varios novelistas colombianos, por su importancia en la historia social y en las letras. “Los historiadores suelen identificar tres periodos de la violencia asociados principal, pero no exclusivamente, con la lucha entre liberales y conservadores (1946-1953), con el bandolerismo (1954-1958) y con los guerrilleros revolucionarios (1959-1965)” (Menton, 2007, pág. 151).

Suárez (1966) recuerda que la obra no sale de la nada, no es vano entretenimiento, ni mentirosas historias, al contrario, es un esfuerzo más digno de atención, por descubrir a ese gran desconocido que es el hombre y por desentrañar toda la problemática de la sociedad en la que vive y se desangra. Alrededor de la atmósfera literaria no puede dejar de pensarse que la materia prima era desbordante, la realidad del país daba para escribir innumerables relatos.

En este sentido, es necesario examinar los antecedentes de la violencia, éstos se pueden ubicar, según Williams (1989), en la ideología política, los marcados regionalismos, las modificaciones sociales impuestas por las necesidades económicas y la decadencia de la vida social. Todos estos factores han encontrado un campo para manifestarse de manera prolongada en las páginas de la novela colombiana.

Estas referencias, ponen en contexto la pregunta sobre ¿Cómo la violencia influyó directamente en la vocación literaria del país? En respuesta se puede recalcar que en la lectura de los textos analíticos se ubica un especial interés por reflejar los diversos hechos que rodearon la atmósfera de violencia en Colombia. Mirando los títulos y las síntesis de las novelas publicadas durante las últimas décadas, se puede empezar a concluir que, entre la gran cantidad de novelas producidas, se marca una tendencia bastante clara a literaturizar la violencia y elevar la estructura literaria a la realidad sociopolítica del país.

La relación violencia-escritura, es un punto importante en la comprensión del sentir colombiano en la segunda mitad del siglo XX. “El acercamiento a la violencia en la escritura, en cualquier contexto, aparece con frecuencia acompañado de un cierto malestar, tanto por la brutalidad de los eventos observados, como por la incapacidad del texto para remediar aquello que constituye su objeto” (Rueda, 2008, pág. 351).

Esto lleva a pensar sin vacilaciones, que si algo define a la novela colombiana del siglo XX es su relación implícita con la violencia. Piotrowsky (1988) sostiene cómo la novela de la violencia empezó a formarse como un nuevo género, dentro de la literatura colombiana, en el cual el compromiso no concernía directamente con una sola raza sino a toda la sociedad.

En relación al compromiso social, empieza a hablarse de los desplazados, en su gran mayoría campesinos que a causa del conflicto son obligados a abandonar el campo y trasladarse a las urbes, mediante las obras se empieza una denuncia sistemática ante esta situación. “Las formas literarias de este problema se expresan en los conflictos y en cómo las escrituras del desplazamiento convergen ahora en las ciudades, así pues, tanto histórica, como literariamente, el siglo XX centra su atención en los desplazamientos” (Giraldo, 2008, pág. 175).

Se evidencia la clara relación entre exclusión y crisis. Los campesinos al ser expuestos cargan en el seno de sus familias empobrecidas, las limitaciones propias de enfrentarse al Estado y al

monopolio del capital. Tal situación desbalanceada privilegia a una clase, mientras que pone en medio de la guerra a individuos ajenos a los intereses de los partidos. Situación que se sigue novelando dejando a la violencia como el reflejo de la decadencia del pueblo colombiano.

Por otra parte, Jaramillo (1995) muestra cómo es la transformación de los textos en torno a la crisis social que va marcando la época por el desplazamiento de los diversos intereses ideológicos. Aquí se entra a cuestionar la intencionalidad de las novelas, rotuladas bajo el género de la violencia, varios autores empiezan hacer un análisis propio a este tipo de literatura, la cual, en la mayoría de casos, es considerada incompleta y de poca calidad. A continuación, se mencionan algunas de esas consideraciones.

Los autores concuerdan que, en la totalidad de las novelas escritas bajo el apelativo de género de la violencia, es fácil observar el carácter puramente anecdótico e informativo, más cercano a la crónica periodística y muy cercana al panfleto insultante.

Quien se tome el trabajo de leer en forma sistematizada las novelas de la violencia, podrá corroborar la siguiente afirmación: luego de leer cinco obras tomadas al azar, podrá con el solo conocimiento de la tendencia política del autor, adivinar cuál va a ser el mensaje de cada una de las restantes. El compromiso de nuestros escritores es de tal manera, que, con muy contadas excepciones, les impide totalmente ver el fenómeno con un lente distinto del de su color político, circunstancia en la que ponen todos los críticos la base de todos los defectos de la novela de la violencia (Suárez, 1966, pág. 133).

Entonces ¿dónde está la novela que plantee a través de sus personajes la causa verdadera y profunda de la violencia? Después de escribir un libro sobre la novela de la violencia en Colombia, Suárez (1966) se excusa por el atrevimiento de afirmar que tal novela no existe.

Los historiadores tienen una clasificación para el periodo de la violencia, mientras que por el lado de la literatura el tema es más complicado. Sin embargo, los autores concuerdan en que todavía no se ha elaborado una buena teoría que sirva para clasificar las más de cuatro decenas de obras que se han publicado sobre el tema.

Las indagaciones críticas sobre este fenómeno en recientes trabajos, confirman el significado que éste sigue teniendo en el contexto de la producción literaria nacional, relacionado con la posibilidad de vincular corrientes historiográficas en la narración literaria. “Parece haber contacto

claro entre la historia de las mentalidades y la historia literaria cuando esa se dedica a rastrear lo que podríamos llamar los temas favoritos propios de la historia de las mentalidades: la muerte, la vida cotidiana, la fiesta, etc.” (Rodríguez, 2014, pág. 346).

En esta categoría parece de suma vitalidad analizar la manera en que la narrativa colombiana se alimenta de la más inmediata y a la vez constante realidad, aquella que ha determinado su historia, su desestabilización y sus sentidos. Este empeño por reconstruir una parte de la historia social y cultural de la narrativa colombiana, exige una lectura consciente y vigilante del carácter discursivo que atraviesa las textualidades literarias, traducida en conflictos sociales y económicos. “La violencia colombiana exige una explicación culturalista, esta explicación involucra los factores de la ideología, los cambios de actitudes, la intolerancia o la incapacidad para el respeto de las ideas ajenas, además de ese excesivo deseo de ostentar el poder en un monopolio partidista” (Curcio, 1975, pág. 290).

6.3 Análisis literario

En esta categoría existe un especial interés en evidenciar el valor del análisis literario en relación a la historia y más propiamente la historia cultural. En el análisis literario es donde se ubica y estudia con mayor detenimiento el contexto y el mensaje de las obras, dando la oportunidad de analizar la producción cultural no como un hecho aislado, sino como un elemento valioso dentro del campo social y por lo tanto historiográfico. Algunas de las implicaciones de las obras son inaccesibles a los propios autores y lectores de la época, por lo tanto, deben desplegarse y explicarse con el paso del tiempo, abordadas con nuevos conocimientos y métodos.

La crítica literaria es un elemento más que fundamental en este proceso de construcción del conocimiento. En su mayoría los investigadores dedican parte de su tiempo a esta tarea. “Aunque la literatura no necesita de crítica para asegurar su existencia, es mucho lo que ésta aporta al conocimiento e interpretación tanto de las formas como de los procesos culturales, históricos, sociales, literarios y lingüísticos a los que ésta pertenece o hace referencia” (Giraldo, 1994, pág. 225).

El análisis literario permite comprender cómo se ha venido convirtiendo la novelística en un verdadero campo de batalla, en el que se hacen los más curiosos y extravagantes ataques y se le da a la palabra la función de crear y recrear la realidad. En esa instancia la historia tiene muchas

posibilidades interpretativas accediendo al análisis de las obras, en pro de develar la enorme cantidad de información cultural, explícita o implícita. Un ejemplo de esto son las novelas que pretenden dar voz y protagonismo a distintos personajes olvidados en la historia.

Esta es la única forma artística en donde con mayor vehemencia y efectividad se haya dado voz a las protestas contra la injusticia social, a los comunes anhelos de reedificar los fueros de las clases menesterosas y del hombre del pueblo, las gentes humildes habían estado representadas con exclusividad rezagada y el campesinado manso alejado de los problemas colectivos. (Curcio, 1975, pág. 275)

El primer paso de todo análisis literario es la lectura de la obra y el reconocimiento de su contexto histórico, a partir de ahí hay que determinar una serie de rumbos de acuerdo al análisis que se desea elaborar.

Dentro del análisis literario se dan una serie de métodos a la hora de abordar los textos. Marín (2007) ubica una interesante teoría para el acercamiento a los mismos, esta es la teoría sociocrítica, encargada básicamente de abordar la obra de una manera crítica, es decir, analizando una propuesta significativa y coherente de una problemática histórico-social, fruto de expresiones, contradicciones y concepciones diversas de mundo.

Esta propuesta teórica metodológica no puede ser parte solamente de una conciencia individual, sino tal conciencia debe estar relacionada con la manera con que una sociedad enfrenta su realidad espacio-temporal y que en la obra se percibe por medio de la estructura narrativa y la manera como el escritor organiza los motivos del relato a través de su exposición verbal.

Si se ubica a la sociocrítica en relación con el estudio de la historia, se ve que desde ésta propuesta teórica se coloca a la obra en un tiempo determinado. Para la sociocrítica la novela es una práctica social, que no se puede desligar de los imaginarios, las mentalidades e ideologías de una época.

Con mayores o menores logros, se ve que la narrativa de esos últimos años ha definido las épocas de transición que van de la narración de las costumbres, pasando por los sucesos propios de la violencia, flagelo del narcotráfico y las posturas más actuales sobre los rezagos de toda esta tradición violenta. Negar la existencia de una novelística colombiana, en constante proceso de gestación y de ebullición, es desconocer los procesos creativos que, a lo largo del siglo, lograron la

consagración de un nobel y el reconocimiento de la literatura colombiana a nivel hispanoamericano y mundial.

La perspectiva sincrónica o de corte transversal que representa apenas un momento de la historia, tiene la suficiente amplitud para dar cuenta del pluralismo ideológico y cultural que existe en el país. Una vez establecidos los límites del abanico, a saber, lo mítico y lo moderno, los niveles intermedios estarían ocupados por la novela histórica, la regional, la urbana y la cosmopolita (Williams, 1989, pág. 129).

Dentro de esta categoría parece de mucha utilidad comprender la génesis, transformación y consolidación de la vocación literaria del país, para esto se echará mano de la teoría conocida como sociocrítica, ya que esta es la expresión más clara a la hora de analizar la estructura narrativa y la exposición verbal del relato, que da cuenta de la realidad temporal de la sociedad que transita en la obra.

6.4 Conclusiones del estado del arte

La atención estuvo siempre puesta en la variedad de elementos que permitían perfilar las categorías y en la comprensión de aquellas ideas que han venido teniendo eco en las investigaciones que comparten la preocupación por la historia del pueblo colombiano retratado en sus letras. Algunas de las posturas dejan de relieve las más importantes críticas y su relación en torno a la construcción y consolidación de los diferentes sentidos sobre lo colombiano, en su narración histórica y su análisis literario.

Las conclusiones están relacionadas con la clasificación de la novela, las condiciones de construcción de la misma, la falta de estudios orientados desde la historia cultural, la riqueza en la variedad y diversidad del pueblo colombiano y, finalmente, la violencia como principal eje narrativo.

La novela colombiana responde a una clasificación en tres periodos: el primero que incluye las obras publicadas entre 1925 y 1945, caracterizado por una visión libre e ingenua de la realidad nacional. El segundo periodo corresponde a las obras de 1945 a 1955 con una visión crítica de la realidad nacional, el grupo de la novela de la violencia se podría decir que es un tránsito entre el segundo y el tercer periodo. El tercer periodo transcurre entre los años 1965 a 1978 y presenta en sus obras una visión “realista” de la realidad nacional, persistente en la denuncia.

A través del análisis de los documentos, se aprecia claramente la preocupación de los investigadores por generar una crítica consciente de las distintas condiciones que giran en torno a la novela. Amparados por este elemento temático, buscan determinar cómo estas condiciones nacidas y dictadas por sus inmediatos contextos sociales aportan a la elaboración de la creación literaria como producción social, cultural e histórica.

Existen evidencias investigativas suficientes sobre el impacto de las novelas en calidad de la crítica literaria, pero se nota que hay aspectos dejados de lado por la investigación historiográfica, puesto que no se encontraron documentos que apunten directamente al cómo y en qué condiciones las novelas aportan propiamente a la historia cultural y la construcción de sentidos relacionado con la crisis económica, política y social durante el siglo XX.

La diversidad es un elemento muy importante, ya que por medio de ésta se conocen los límites y las fronteras de los rasgos particulares del pueblo colombiano en sus diferentes tiempos y espacios. Así pues, la convivencia de tonos, arbitrariedad de distintos gestos, el énfasis en el humor, el erotismo y el juego, la irreverencia, las creencias y su desacralización, lo popular y lo culto denotan la multiplicidad de percepciones, nociones e ideas.

El papel del novelista se basa en la responsabilidad de poner sobre la mesa la realidad nacional, que no es otra que una patria plagada de abusos, auspiciada por la violencia surgida del conjunto de fuerzas de carácter marcadamente ideologizado, sumado a la decadencia de valores y actitudes y el desajuste socio-económico sufrido a lo largo del siglo XX.

Las pesquisas bibliográficas realizadas evidencian que existen posturas encontradas, haciendo que la cuestión colombiana en términos de elaboración de sentidos no esté completamente consensuada ni próxima a ser una cuestión definitiva. Se tiene la sensación de haber andado un interesante camino a través del cual se ha conocido el panorama de un rico territorio literario.

Así pues, en línea con todas las investigaciones revisadas, se resalta la crucial importancia de la literatura como eje articulador de la esencia y el sentir de las comunidades que habitaron en Colombia. El cúmulo de conflictos, la difusión del conocimiento, la trasmisión de cultura, y los conceptos abordados en los libros, posicionan a la literatura como canal efectivo de investigación social e histórica.

7. MARCO TEÓRICO

7.1 Construcción de sentidos

En el siguiente apartado se presentará los resultados de la revisión documental que consistió en el acercamiento a distintas fuentes de información, que tuvieran como fundamento teórico la aplicación de la categoría analítica construcción de sentido y su directa relación con las representaciones.

En primer lugar, se realizará una aproximación desde la semiótica, para definir qué es el sentido y cuál es su papel en el entendimiento del mundo, para dar una referencia en lo que respecta al estudio literario. Posteriormente centrará la atención en los postulados de Roger Chartier en sus libros, *El mundo como representación* y *Conversaciones con Roger Chartier*. Siguiendo esta línea, se hará un breve comentario a las investigaciones de Robert Darton y Carlo Ginzburg. Para finalizar, se presentará dos trabajos de autores colombianos, que utilizan la categoría de representación en el estudio de pinturas como fuente de investigación de la historia cultural.

¿Qué es el sentido? Esta es la pregunta que dará inicio a la comprensión de una serie de procesos, categorías y elementos que configuran el estudio histórico de diversos autores que concuerdan en que toda historia de la cultura debe pensar y atender las distintas maneras en que los actores sociales les dan sentido a sus prácticas, discursos y representaciones.

En el momento de responder esta pregunta, y atendiendo al interés por la literatura, se hace un acercamiento a la propuesta de comprensión de la categoría elaborada por la semiótica, en donde se encuentran invaluable apreciaciones, teniendo en cuenta que ésta trabaja desde hace poco menos de un siglo, en la construcción de las herramientas teórico – epistemológicas que le permitan posicionarse como la ciencia capaz de explicar la cultura como un acto de comunicación.

Díaz (1997) dice que por sentido puede entenderse, en principio, una cualidad del pensamiento. Al ser una cualidad del pensamiento, se convierte el sentido en una construcción propiamente humana que se hace a partir de la realidad perceptible. Los seres humanos, en un primer momento, buscan con persistencia si las cosas tienen o no sentido. Pero las cosas siempre tendrán un sentido, es inevitable, no existe elemento en el mundo que carezca de éste, en el momento que se dice que algo no tiene sentido en verdad se está diciendo que no tiene sentido para aquel que lo dice. Pero irremediablemente siempre tendrán un sentido ya sea para un reducido número de personas o para grandes mayorías.

El mundo que se percibe se constituye no solo por las cosas sino también a partir de acciones. Al hablar del sentido de las acciones se parte de la idea de que toda acción humana es respuesta a un estímulo. Hay que ver el sentido como una cualidad de construcción propia del pensamiento humano, que se genera a partir de las acciones mediadas por la cultura. En conclusión: la cultura construye los sentidos. Ahora, es importante preguntar ¿cuáles son las propiedades que deben concurrir en una acción para que pueda ser catalogada como acción con sentido?

Toda acción con sentido debe tener las siguientes propiedades: tener una causa, seguir un recorrido y perseguir un objetivo. “Dichas acciones pueden ser de varias clases de sentidos: atendiendo a las causas, pueden ser por necesidad o por ideales; atendiendo al recorrido, puede ser estratégico o táctico, rápido o lento, ordenado o caótico, directo o derivado; y atendiendo al objetivo, puede ser económico, político, cultural, científico o ideológico” (Díaz 1997, Pág. 45). Así pues, cuando se habla de *tener sentido* se hace referencia a un elemento que circula en las acciones naturales de la vida de los seres humanos.

Hacer sentido: la expresión quiere decir que se establecen conexiones, que se hace un sentido, precisamente como se hace algo nuevo a partir de materiales que se han encontrado o que se han impuesto. Hacer sentido es una práctica intelectual que, por supuesto, no ejercen sólo los intelectuales. Aunque los intelectuales hayan tenido como oficio hacer sentidos, ofrecer explicaciones y discutirlos, la fabricación del sentido es lo que podría llamarse una práctica cultural tan inherente a la sociedad como los lazos materiales” (Sarlo, 1998, Pág. 89).

Desde esta mirada semiótica se puede decir que la producción del sentido se da cuando se toma la conciencia del sentido y una crítica del mismo. Además de eso el sentido parte desde la

experiencia con el flujo de los signos de los que se está rodeado, prácticas culturales que van y vienen para dar origen al sentido de la realidad.

Después de comentar un poco esta perspectiva, se da paso a los postulados asociados a la historia cultural, teniendo como referencia las obras: *El mundo como representación* (1992) y *Conversaciones con R. Chartier* (1996). Una noción muy importante en los trabajos de Chartier es la llamada apropiación de sentido o sentidos de los libros por parte de los lectores, y esto se refleja en la delimitación del libro como objeto de estudio, en donde centra su atención en el contexto de la impresión, la edición y lectura.

Cualquier reflexión metodológica se arraiga, en efecto, en una práctica histórica particular, y en un espacio de trabajo específico. La reflexión de Chartier se orienta a través de la pregunta ¿cómo en las sociedades del antiguo régimen entre los siglos XVI y XVIII, la circulación multiplicada de lo escrito impreso transformó las formas de sociabilidad, autorizó pensamientos nuevos y modificó las relaciones de poder? Para el abordaje de esta pregunta se empieza a hacer importante la relación del mundo del texto con el mundo del lector, y se postulan dos hipótesis para la investigación:

La primera hipótesis es considerada la operación de construcción de sentido efectuada en la lectura (o la escucha) como un proceso históricamente determinado, cuyos modos y modelos varían según el tiempo, los lugares y las comunidades. La segunda considera que las verificaciones múltiples y móviles de un texto dependen de las formas a través de las cuales es recibido por los lectores (o auditores) (Chartier, 1992, pág. 45).

La primera hipótesis es muy interesante, ya que se demarca una preocupación por la construcción de sentido en el encuentro entre el sujeto lector u oyente y el libro. Ahora la pregunta es ¿cómo se construyen esos sentidos en dicho encuentro?

La manera en que se empieza a gestar un sentido, parte evidentemente del momento en que hay un contacto del individuo o la comunidad con el texto, se puede llegar a tener la idea de que los textos actúan en el lector con su mensaje y sentido meramente semántico, pero hay que ver que en el encuentro hombre-libro existe una materialidad, un formato, unas imágenes, una portada, una distribución, etc. Es decir, va cargado de elementos que importan mucho y en los que hay que poner especial atención.

Se empieza a recalcar la materialidad del libro como elemento fundamental en la construcción del sentido. De hecho, Chartier hace una crítica a la historia de la literatura, en donde en varios estudios acerca de los textos han olvidado que los libros no existen fuera de una materialidad que les da existencia. “Esta materialidad generalmente es un objeto o un manuscrito, o un impreso, pero también puede ser una forma de representación del texto en el escenario, una forma de transmisión vinculada a las prácticas de la oralidad: recitar un texto, leerlo en voz alta, etc.” (Chartier, 1999, Pág. 36).

Como primer elemento está la materialidad. Ahora hay que continuar resaltando lo que refiere el autor en cuanto a la producción de sentido en el momento que se hace la lectura del libro, donde indiscutiblemente el marco de posibilidades de construcción es muy amplio.

De entrada, hay que decir que las obras no tienen un sentido estable, universal, fijo, sino que están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en el encuentro del lector y el objeto libro. En el momento de ejercer el acto de la lectura, dice Chartier (1992), es imposible escapar, puesto que leer, mirar o escuchar son en efecto, actividades intelectuales que, lejos de someter al consumidor a la omnipotencia del mensaje ideológico y/o estético, autorizan la reapropiación, el desvío, la desconfianza o la resistencia. Como máxima se puede decir que la historia de una lectura es siempre producción de sentido a partir de la experiencia del lector.

Se entiende, pues, que en el encuentro hombre-comunidad y lectura del libro, se parte de la multiplicidad de sentidos. En dicho encuentro el sentido se forma por las posturas de carga significativa del texto y las percepciones anteriores a la lectura que traía el lector.

Esta idea de que no hay un sentido fijo o congelado, sino inestable y múltiple, es importante, puesto que, al existir la inestabilidad de sentido, se puede evitar lo que a largo de la historia han intentado hacer los creadores y las autoridades, que es aspirar siempre a fijar el sentido y articular la interpretación correcta que debería tener la lectura.

Esto conduce a comprender cómo los textos son inestables en su funcionamiento lingüístico, puesto que pueden generar reapropiaciones múltiples, lo que permite la construcción de sentidos diversos. Al ver esta pluralidad de lecturas y construcciones surge un problema en el cómo se pueden relacionar la cantidad de personas que leen a diario y los millones de sentidos que se

dispararían para todos lados. Se hace necesario, entonces, buscar las normas, reglas y costumbres en las que todos estos millones de actos singulares se ubican.

Me parece que lo que podemos hacer en la historia de la lectura no es restituir las lecturas de cada lector del pasado o del presente, como si tratáramos de llegar a la lectura del primer día del mundo, pero sí organizar modelos de lectura que corresponden a una configuración histórica dada en una comunidad particular de interpretación. De esta manera no se logra reconstruir la lectura, sino descubrir las condiciones compartidas que definen, y a partir de las cuales el lector puede producir esta invención de sentido, que está siempre presente en cada lectura (Chartier, 1999, Pág. 40).

El momento culminante del objeto libro se da cuando se llega la etapa de la lectura en público. Es así que la lectura simultánea cobra un papel determinante en la explicación de la construcción del sentido o significado de los libros. De esta manera Chartier marca el camino por donde se definirá que lo fundamental está en la lectura y no en la escritura.

A continuación, se comentará dos conceptos que Chartier considera esenciales para el estudio de la historia y el análisis cultural, y que sirven para entender la producción de sentido. En primer lugar, está el concepto de representación. Acorde con la preocupación de Chartier la historia cultural puede ser entendida ya no como una disciplina que genera conocimientos sobre el pasado, sino como una que produce representaciones de acontecimientos pasados.

Estas mismas representaciones están enmarcadas en la pluralidad de formas. A manera de ejemplo piénsese en una obra de teatro. Alrededor de ésta, hay distintas representaciones que pueden ubicarse en la corte, en la ciudad y en las representaciones impresas para la gente que no ve la pieza pero que la lee, de hecho, inclusive hay una última para aquellos que no saben leer, pero la escuchan en voz de otros. De esta manera, hay cuatro formas diferentes de representación: la de la corte, la de la ciudad, la del libro impreso y la del oyente, cuatro relaciones con el mismo texto y cuatro públicos. “El público de la corte no es el público urbano del teatro ni el público de los lectores, mediante estas tres formas, estas tres relaciones, estos tres públicos, tenemos la producción de sentidos diversos para la misma obra” (Chartier, 1995, Pág. 54).

Así pues, las representaciones son las formas de visualizar y enunciar la realidad estableciendo de qué manera es visto el mundo desde una perspectiva individual o colectiva. Para Chartier (1995) es importante comprender los mecanismos que operan en la formación de representaciones

colectivas y los efectos que dichas representaciones tienen en la orientación de la acción social. Poner de manifiesto la necesidad de examinar la función activa de la representación, en tanto no sólo como un rasgo del contexto, sino como un elemento que da lugar a la identificación y posterior análisis de las prácticas sociales.

De esta manera, aparece las *prácticas* como *el* otro concepto clave para el análisis de la historia cultural. Las prácticas pueden definirse como las maneras de hacer. Estudiando la actividad humana en los escenarios de ocurrencia. Las prácticas están relacionadas de manera muy estrecha con las representaciones, ya que la acción del sujeto está mediada por la representación, que asigna sentido a las acciones y las convierte en portadoras de sentido. Estas *maneras de hacer* son entonces, un producto social, que tiene como soporte una representación del mundo.

Puede decirse que existe una estabilidad, debido a que cuando cambian los contextos en los que las prácticas son llevadas a cabo, cambian los actores que realizaban las mismas. El resultado de este movimiento es que las relaciones cambian, haciendo que se aparezcan nuevas significaciones y nuevos sentidos.

Chartier (1992) recalca que, al inscribirse en un trabajo situado en una historia de las prácticas, históricamente diferenciadas, y en una historia de representaciones inscritas en los textos o producidas por los individuos; se puede comprender el camino por el cual se construyen y producen los sentidos.

Para terminar, se pone de manifiesto la pregunta completa por parte del entrevistador Antonio Saborit en el libro *Conversaciones con Roger Chartier*, en donde se remarca la insistencia de la construcción de sentidos dentro de la historia cultural. Se referencia de manera completa la respuesta de Chartier, por su valioso contenido en pro de la construcción del sentido.

SABORIT: Yo quisiera agregar que, en esta historia cultural, llama la atención la insistencia de ciertos autores en la construcción del sentido de la misma. Pero lo que parece hermanar a estos autores, más que un método o la confesión de una ausencia de método, es al parecer un temperamento, una manera de hacer historia, es decir de escribir historia y también pensarla.

CHARTIER: Quizá la fórmula sería que el interés compartido se traduce en las construcciones conflictivas de sentido, lo cual se observa si retomamos los nombres. Para Darton la construcción de sentido parte de la construcción de toda la literatura prohibida y clandestina que él ha estudiado desde el punto de vista de su producción editorial, que es importante. Y aquí el conflicto se establece

entre la censura real y la lectura de las diversas comunidades de lectores. En una dinámica política que se constituye a partir de la circulación, cada vez más amplia de esta literatura prohibida y que se define como un rechazo al orden tradicional de la monarquía. En el caso de Ginzburg, particularmente en sus primeros libros, se trata de la construcción conflictiva de sentido entre el inquisidor y los Beneandanti, entre el inquisidor y Menocchio, entre los textos leídos por éste y la lectura que hace de estos textos; así es como se construye conflictivamente el sentido (Chartier, 1999, Pág. 83).

Chartier en su respuesta menciona a Robert Darnton, un autor bastante interesante por su manera original de rescatar a los olvidados en la historia y comprender cuáles eran sus características en la formación de sentido. La obra que se trae a colación es *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Este libro apareció originalmente en 1984 y de inmediato se convirtió en un referente básico de un nuevo tipo de historia cultural.

Pensando propiamente el título del libro, es de gran asombro encontrar que no tiene mucho que ver con el compendio del texto, y que sólo dedica un capítulo a analizar la matanza de gatos cometida por unos artesanos parisinos en la calle Saint-Séverin. Es un suceso extraño, pero más extraño es aún la actitud que adoptaron aquellos trabajadores cuando recordaban su acto y las risas que les provocaba recordarlo.

Este hecho aislado de la historia de Francia, hace parte de una red de significados del contexto, que hay que descifrar, es algo que hay que traer al tiempo actual. De ese modo, lo que en principio parecía un acto extraño, hasta sorprendente, excepcional e irrelevante, acaba siendo una posible vía de acceso que permite comprender los sentidos de la cultura francesa de los años setecientos.

Si los artesanos de la imprenta de Jacques Vincent no hubieran organizado una matanza de gatos, entonces no habrían dejado rastro alguno y su nombre se habría perdido y por tanto nada habríamos sabido de lo excepcional y de lo ordinario que envolvió la vida de aquellos antepasados. Es decir, estos casos raros muestran la producción de un determinado tipo de documento que no es común entre las clases populares, balas de papel que construyen a los personajes, los sentidos y discursos que los perfilan, los rellenan y los inscriben (Serna y Pons, 2005, Pág. 153).

Así pues, con escasas fuentes y sin rastros firmes para rescatar a esos individuos, lo que hace Dalton es buscar los resquicios, por estrechos que parezcan, en pro de comprender la vida de aquellas gentes sin historia. Con ello, un ejercicio de exaltación de las concepciones sobre el

sentido y la existencia por medio de las acciones de las que eran partícipes y, a su vez, las prácticas culturales con que invistieron sus actos.

De igual manera Chartier nombra a Carlo Ginzburg, quien de forma similar a la de Dalton en su obra *El queso y los gusanos* publicada en 1976, busca entender a través de la figura de Doménico Scandella “Menocchio” la cultura campesina de la Italia del siglo XVI. Ginzburg consiguió acercarse al pensamiento de un individuo que nació en una cultura casi exclusivamente oral y que, como tantos otros millones de personas, estaba destinado a no dejar huella o a dejarla de manera muy difusa.

En el caso del curioso molinero, es de mucha utilidad observar cómo todo se hace posible gracias a la lectura (momento crucial en la construcción de sentido), la renovación de su concepción de mundo, el cual expresó en forma de creencias, ideas y fantasías, que además con audacia y firmeza, compartió con algunos campesinos y explicó a sus jueces. Se rescata la abrumadora ruptura que suponía el fin del monopolio de la cultura escrita por parte de los doctos y del monopolio de los clérigos sobre los temas religiosos, que buscaban imponer un sentido a toda la feligresía.

Ejemplificado por Ginzburg en *El queso y los gusanos*, y que tal vez sea su rasgo más característico y original, es su insistencia en tratar de reconstruir dichas culturas subalternas no desde una óptica "externa", aunque pueda incluso ser solidaria con los oprimidos, sino más bien desde una perspectiva o visión "interna" a su propio objeto de estudio, que asuma el desafío de preguntarse y de refigurar intelectualmente cómo esas mismas figuras y fenómenos culturales eran vistos, asimilados, y percibidos, pero también contruidos, proyectados y actualizados por sus propios detentadores, por sus mismos protagonistas, es decir, por dichas clases subalternas de la sociedad. (Aguirre, 2003, Pág. 8)

Así pues, se puede ver cómo para el autor de *El queso y los gusanos*, el espacio de la cultura es a un mismo tiempo un campo de batalla permanente, donde se enfrentan sin cesar la cultura hegemónica y la subalterna, en donde ambas versiones culturales intercambian todo el tiempo, sentidos, elementos, cosmovisiones y configuraciones culturales. La lectura e interpretación de Menocchio creó una situación nueva en la que, como refiere Chartier, en la entrevista: se da una constante construcción conflictiva de sentidos.

Para finalizar, se muestran dos estudios de historiadores colombianos que hacen su análisis a partir de dos obras de arte. Aunque cada uno de los textos trata temas y periodos distintos, en los

dos el concepto de representación, entendido desde Chartier (la representación como forma de construcción de sentido) está referido a una materialidad concreta y para los dos estudios, los cuadros religioso portugueses y los retratos virreinales, no se estudian como simples reflejos de la realidad, sino como objetos con una existencia material concreta e insertados en entramados simbólicos que les dan sentido y que, a la vez, producen sentido.

Yobenj Chicangana estudia una pintura del renacimiento portugués, con el cuadro La adoración de los magos con el objetivo de situar en un contexto simbólico e iconográfico la presencia de un indio de Brasil en dicha obra. La apuesta consiste en romper las percepciones acerca del porqué la representación de un indio en una obra cuyo tema es los reyes magos. “Los sentidos que poseen las imágenes no son perennes, constantes ni universales, pues estos son contruidos e interpretados, resignificados y mantenidos o alterados en el tiempo y en cada uso social” (Chicangana, 2012, pág. 246) Este autor indaga en las tradiciones antiguas y medievales referentes a dicho episodio sagrado, para comprender cómo se empezaron a construir los sentidos en el arte religioso europeo.

Por otro lado, Jaime Borja centra la atención en las imágenes de un personaje neogranadino de finales del siglo XVIII, Joseph Solís Folch de Cardona, quien fue virrey y luego tomó el hábito de franciscano. Los retratos de dicho personaje se entienden como representaciones. La investigación desarrollada por Borja incluye un estudio de las características, las funciones y los usos que tuvo el relato colonial y un análisis de los diferentes elementos que componen al personaje en cuestión.

El retrato del virrey tenía la función de plantear el cuerpo del poder a partir de la construcción de su autoridad moral e intelectual. Estas imágenes de Solís, compartían tres fuentes de sentido “generaban una retórica de la imagen, es decir, daban valor a la representación como presencia de lo ausente, pretendían establecer un imaginario de autoridad ante sus espectadores y una fuente de poder que exhibía los valores de esa sociedad y, en tercer lugar, autodesifraban una compleja cultura simbólica” (Borja, 2012, pág. 283).

Después de explorar un poco la elaboración y las distintas acepciones de la categoría construcción de sentido, es indispensable concluir que la atención y el protagonismo en su aplicación estará colocada en la propuesta analítica de Roger Chartier y todo lo que emerge de las categorías representación y práctica.

7.2 Narración histórica

En el siguiente escrito se presentará las construcciones teóricas en torno a la categoría analítica de narración histórica. El panorama que se avecina es un amplio debate entre filósofos, historiadores y críticos literarios. El interés de estos cruces está puesto en determinar los puntos que den más luces para el abordaje del problema de investigación.

En un primer lugar, se definirá qué es narración y cuál es su directa relación con la historia. Posteriormente se presentará la postura de Hayden White quien fue el primer historiador que desarrolló la reflexión epistemológica narrativista. Paso seguido, se presentarán los planteamientos de Paul Ricoeur, quien aportará desde su trabajo filosófico la cuestión sobre la composición narrativa, y las relaciones entre el tiempo del relato, la vida y la acción. Posteriormente se presentará el estudio de David Carr, el cual está pensado como una contribución desde la filosofía de la historia para entender a partir de la narrativa la construcción de la comunidad. Finalmente, el ensayo de Walter Benjamín titulado *El Narrador* donde se expone las razones por las cuales el arte de narrar llega a su ocaso y cómo la causa de esa pérdida es la ausencia de experiencia. Para concluir, se sentará posición y se postulará una forma de asumir la narración histórica.

La narración histórica es una de las formas de la narración, que hace referencia a hechos históricos que son relatados por una voz narrativa, que puede ser la de un personaje (ficticio o real) de carácter omnisciente, un personaje principal, o un personaje secundario. Éstas bien pueden ser orales, como las narraciones periodísticas que relatan un hecho histórico, aquellas que se suelen hacer en documentales, programas de radio o las usadas en la narración oral de historias y sucesos pasados, así como también las condensadas en libros de texto.

De manera sencilla se puede decir que la narración histórica es la acción de contar algún hecho histórico que ha sucedido. El debate ante la noción de narración histórica, comienza a tomar un camino escabroso cuando los relatos hechos por los historiadores empiezan a ser vinculados con los discursos propios de la ficción literaria, cosa que empezará a considerar la historia narrativa como una manifestación del pensamiento irreal de la reflexión histórica.

Desde una mirada puramente filosófica Casanova (2014) coloca la narración en relación con las corrientes filosóficas más significativas, la narración como modelo analítico (filosofía analítica), la narración como competencias del discurso práctico (teoría crítica), la narración como

mecanismo de legitimación (posmodernismo), la narración sin estructura (post-estructuralismo) y la narración como necesidad transcultural (hermenéutica).

Al hacer una mezcla entre narrativa e historia, huelga decir que cada una cumple un papel fundamental en la construcción de las relaciones de los pueblos y sus configuraciones. Por un lado, la literatura es ante todo herencia, puesto que deja los vestigios de una época pasada ya que todo el proceso de creación literaria está fuertemente condicionado por el contexto social en que se inserta.

El autor de una novela, independientemente de las coordenadas espacio-temporales donde sitúe su obra, está mediatizado por su entorno y, en gran medida, sus escritos reflejan aquellos temas y asuntos que tienen una cierta relevancia en su época. Estas cualidades propias de la novela permiten al historiador evaluar aquellos aspectos que fueron noticia o sembraron polémica en un periodo histórico determinado, así como las soluciones y las tendencias a que dieron lugar, razón por la cual podemos pensar siempre la literatura como un exponente del dinamismo social, del cual la historia echa mano.

Por otro lado, el historicismo planteó que la única forma de comprender el sentido de un evento particular es revelando la relación entre dicho acontecimiento y el resto de sucesos que rodean su campo de acción. Esto no era posible formulando unas leyes generales, sino mediante el texto narrativo, tomando como ejemplo la novela, en donde el sentido de los acontecimientos del protagonista se expresa en el contexto de los hechos mismos del relato.

A pesar de esta correlación que se acaba de mencionar la relación historia –literatura está inscrita en una larga polémica, entre historiadores y creadores literarios. La disputa está inscrita, principalmente, a la hora de ajustar las fronteras entre historia y ficción, cosa que impide una consolidada concepción sobre lo que es, y debe ser, la una y la otra disciplina. Para la historia por encima de todo está la importancia de la verdad histórica a través del hecho constatado, para la literatura lo primordial será lo ficticio, el hecho inventado, de ahí los enfrentamientos y las descalificaciones que surgen frecuentemente entre ambas disciplinas.

Se puede rastrear que la filosofía de la historia y la teoría de la literatura corrían de forma paralela sin demasiada influencia recíproca, hasta la aparición del libro: *Metahistoria, la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, de autoría de Hayden White. Esta obra

decisivamente influyente cuyo autor no es filósofo ni crítico literario, sino historiador de las ideas, se basa en el análisis de las narraciones literarias, especialmente el de los estructuralistas, y lo aplica en detalle a escritos de historiadores clásicos y filósofos de la historia del siglo XIX.

La reflexión de White, planteada en este texto, fue la detonante que dio paso a la constante pugna por parte de los filósofos de la historia, en torno a la categoría de narración, ya que para éste “lo decisivo no es si los hechos realmente ocurrieron, sino qué sentido se les dio cuando se integraron en un discurso” (White, 1992. pág. 194). Es así como considera las obras históricas sólo como estructuras verbales, ignorando la relación que pueda darse entre el texto y la realidad externa en la que se fundan los historiadores.

White (1992) inicia haciendo un recorrido histórico por la configuración de la palabra (narración). Desde el punto de vista etimológico la palabra proviene de la raíz “aga” que aparece en griego y en latín con la connotación de conocer, lo conocido, o lo cognoscible. Con el paso del tiempo, y ubicados en la atmósfera de conflictos religiosos del siglo XVI, aparecen dos aspectos que caracterizarán lo narrativo. Por un lado, el que tiene que ver con la versión fidedigna de los hechos, y otro que tenía que ver con un alegato o controversia; éstos dos pueden combinarse con el original sentido de narración que es el de conocer, pero no fue sino hasta el siglo XVIII que el término narrativa empezó a utilizarse como sinónimo de historia.

Como tesis central, White propone que la narración es considerada como algo acomodado a los propósitos del historiador, estos propósitos tienen un carácter de composición literaria y no de investigación científica. La única diferencia, aclara el autor, entre la literatura y la historiografía, no es su forma, sino su contenido, en la medida en que en la segunda los datos existen fuera de la conciencia del historiador. Así pues, en el orden con el cual el historiador organiza los hechos narrados, radica el significado del texto.

Existen reglas similares, culturalmente heredadas, para los narradores en cualquier cultura, y los historiadores invocan esas reglas como algo obvio para dar una forma general a sus narrativas, para revelar qué es lo que está “en realidad sucediendo” en ellas, debajo o detrás de los relatos que refieren. Las estructuras de la trama cargan las fases de un relato de diferentes falencias o cargas afectivas, de manera que podemos leer el relato con una significación, cómica, trágica o irónica, según el caso. Estos son los modos de las estructuras básicas de la trama en la historiografía occidental (White, 2010, pag.241).

Lo que se rescata de este autor después del acercamiento a sus postulados, es su carácter para analizar los dispositivos internos de producción de la realidad textual o forma literaria dentro de las diferentes obras históricas. Además de haber sido el pionero de este tipo de estudios retóricos. Sin embargo, junto a estos reconocimientos, también se comparten las críticas hechas por los diferentes historiadores que concuerdan en el reproche por haber presentado toda la investigación histórica solo como una rama de la retórica y como un discurso próximo a la narración literaria y ficticia.

Otra forma de contrarrestar la posición de White es mediante las construcciones teóricas de Edwuar Carr, en su texto *¿Qué es la historia?* donde recalca que la ciencia histórica es un proceso de recreación del pasado, hecha a partir de los vestigios, y la vital participación del historiador, asegurando que sin historiador no habría Historia.

Para Carr (2001), la historia se presenta cuando una persona interactúa con diferentes hechos del pasado, cuando puede darse un diálogo entre lo que ocurrió ayer y lo que pasa hoy, cuando el presente empieza a preguntarse cómo llegó a ser lo que es y busca la respuesta en lo que ocurrió antes; es en ese momento cuando surge la Historia. “La condición de hecho histórico dependerá de una cuestión de interpretación. Este elemento interpretativo interviene en todos los hechos históricos” (Carr ,2001 pág. 56).

Por tal razón, es necesaria la apuesta interpretativa del autor en la que se da un diálogo entre el presente y el pasado por la simple razón de que para poder conocer los sucesos del pasado se tiene que partir del presente, para ir recogiendo los datos o huellas que éste deja, claramente la idea central se condensa en que sólo se puede captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente.

A continuación, se expondrá las ideas Paul Ricoeur (1995) recogidas en su libro: *Tiempo y narración: Configuración del tiempo en el relato histórico*. En este texto el tiempo humano es siempre algo narrado, y la narración, a su vez, revela e identifica la existencia temporal del hombre. El tiempo apunta a la narración y ésta apunta a un sentido más allá de su propia estructura.

Así pues, el relato histórico tiene una pretensión de verdad, igual que el relato de la ficción. Es importante respaldar esta idea con un elemento que Ricoeur incluye en su análisis: ambos géneros

tienen como referente común el carácter temporal de la experiencia, cosa que permite a la narración en su conjunto adquirir una condición identificadora de la existencia temporal. Así pues, la narratividad, por lo tanto, determina, articula y clasifica la experiencia temporal.

En otras palabras, la experiencia temporal se manifiesta en la narración, esto de entrada ya es verdadero, pues tanto la historia, como la narración ficticia obedecen a una única operación configurante que las dota de inteligibilidad y establece entre ellas una relación esencial. Así pues, la experiencia unida al ámbito de lo práctico, será lo que importe en el relato. Ricoeur (1995) establece la importancia y la utilidad de la narración histórica, puesto que sin ella no hay identificación posible ni del individuo ni de las comunidades. Gracias a la narración es posible responder a la pregunta por un sujeto, por un hombre, por una identidad, por un grupo y una sociedad.

Algo vital en esta propuesta es la necesidad transcultural que sienten los hombres de narrar las historias de carácter temporal de su experiencia. En ese sentido el autor insiste en que es menester ampliar la interpretación científica de la filosofía analítica a la interpretación cultural de la filosofía hermenéutica: “el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de existencia cultural” (Ricoeur, 1995, pàg.113).

Siguiendo con la línea de la necesidad narrativa, se encuentra que los modos de construcción de la trama, son los resultados de una tradición de escritura a los cuales el historiador no puede escapar y al contrario pone en práctica. Este aspecto de tradicionalidad es muy importante, puesto que el historiador como escritor se dirige a un público que se reconoce en la narración. Las estructuras narrativas no son, pues, reglas inertes, sino formas heredadas de una tradición cultural.

Ricoeur rescata el carácter verdadero de la narración debido a que ésta no se reduce a un sumario de su propio aparato crítico, entiendo por esto su aparato conceptual o documental, sino porque explica el por qué algo ocurrió y describe lo que ocurrió, una narración que no consigue explicar y describir nada tiene de narración.

La narración histórica describe una secuencia de acciones y experiencias hechas por cierto número de personajes reales o imaginarios. Estos personajes son representados en situaciones que cambian o reaccionando a cambios de estas situaciones. A su vez estos cambios revelan aspectos

ocultos de la situación o de los personajes, engendran una nueva prueba que apelan al pensamiento, a la acción o los dos. La historia de esta prueba lleva a la historia a su producción (Ricoeur, 1995, pàg.251).

Escribir es reescribir, en esto hay afinidad entre el historiador y el escritor. El primero hace lo mismo que el segundo, cuando la lectura de un texto recibido, o la de una interpretación recibida aparece discordante respecto a otros hechos aceptados por el historiador o el escritor, ellos reordenan el detalle para hacer nuevamente inteligible el conjunto. En ese sentido, se entiende la narrativa como una innovación semántica, en la que el lenguaje le aporta algo nuevo al mundo. En lugar de describir el mundo, lo re-escribe.

Con la carga temporal del texto se pretende expresar que la afinidad con la tradición cultural es originaria y constitutiva, y que en ese sentido lo central de la identidad estructural de la narración no es entonces la cuestión epistemológica de la historiografía, sino el carácter temporal de la experiencia humana, pudiéndose concluir junto a Ricoeur: “el mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal” (Ricoeur, 1995, pág.39).

El historiador David Carr en su libro *Tiempo, narrativa e historia*, propone que la principal motivación para el emprendimiento de la escritura del texto, es el resultado del debate acerca de la relación entre historia y narrativa. Es muy importante ver la practicidad del relato histórico, y el talante de la normatividad comunitaria.

En principio, Carr denomina la narrativa como “acto primario de la mente”. Es decir, que la narrativa será el modo primario de organizar y dar coherencia a la experiencia. De entrada, el autor pelea contra la concepción según la cual la imaginación literaria es algo que se le impone a los acontecimientos reales, o que les atribuye un mundo ficticio o inventado, es decir una estructura ajena a la vida real. Esta visión fue la que consideró a la narración incapaz de representar el mundo, de hecho, esta misma visión dice que en los textos históricos y literarios, se construyen las experiencias en forma narrativa, pero al hacerlo, invariablemente son falsificadas.

Siguiendo este postulado de acto primario de la mente, nada será entonces más natural en efecto, que la estructura narrativa de los acontecimientos humanos, personales o sociales. Ésta es una idea fuerza en la propuesta del autor: los acontecimientos forman configuraciones significativas, que posteriormente los humanos las moldean reflexivamente como característica de

la manera de vivir en el tiempo. La narrativa, pues, es una característica natural e invariable de la existencia humana.

El hecho de que frecuentemente necesitamos narrarnos acontecimientos o acciones, a fin de clasificarnos en una situación, trae a la luz una cuestión importante; la actividad narrativa, incluso al margen de su función social, tiene una función práctica en la vida, es decir, es parte constitutiva de la acción, no es solo un adorno, un comentario o un accesorio.

Así pues, el acto de contar y recontar narrativamente lo que ocurre, tiene por, sobre todo, un carácter práctico, descubrir o redescubrir el relato, retomar el hilo y recordar en dónde se está, dónde se ha estado y hacia dónde se va, son un típico modo de discursos práctico narrativos.

Las narrativas ficcionales e históricas pueden considerarse de índole práctica. Es decir, tales narrativas pueden servir para organizar y dar sentido a la experiencia y la acción de sus autores y de sus lectores, centrando su atención en ciertas direcciones y orientando sus acciones hacia la consecución de determinados objetivos. Si las novelas juegan este papel práctico sobre todo en las vidas de los individuos, las historias lo hacen principalmente para los grupos (Carr, 2015. Pág. 115).

Es importante entrar a examinar las consideraciones entorno a la noción de sujeto comunitario, para explicar la continuidad entre vivir y narrar la historia. Carr (2015) recuerda cómo el entender al hombre en una relación con su comunidad resulta crucial para todos aquellos interesados en la representación del pasado, no solo en cuanto disciplina histórica, sino también, eventualmente, para aquellos que quieran apreciar el significado cultural en muchas obras histórico-literarias.

Esta cuestión de la construcción del proceso comunitario de la narración, está vinculada directamente con la aspiración narrativa del nosotros, la intención de hacer una historia basados en la estructura condensadora de experiencias en el tiempo, es la manera como una comunidad existe.

La diversificación de funciones en la acción comunitaria se convierte en una característica de la estructura narrativa de los grupos y de la existencia comunitaria. En opinión del autor se requeriría que los miembros del grupo compartieran un relato, pues cuanto más complejas y amplias sean las empresas, mayor es la necesidad de realizar un inventario de la narrativa con el fin de responder a las circunstancias.

Los acontecimientos que comparece la vida de la comunidad, pueden ser una crisis económica, una lucha por el liderazgo, el fracaso o el éxito de un proyecto colectivo, etc. En la secuencia de

estos acontecimientos estrictamente comunitarios lo que figura en la narración acerca de la existencia del grupo es la función de pertenencia, de sentirse recogido por el relato de un “nosotros”.

Aun así, cualquiera sea su tamaño o grado de complejidad, en una comunidad existe un texto narrativo que no es de ninguna manera accidental o externo a las acciones o las experiencias de la vida real, sino que es parte de su estructura. La narrativa no es sólo constitutiva de la estructura temporal de los acontecimientos comunitarios, que toman la forma de inicios, medios y finales, sino también es una reflexión retrospectiva de los acontecimientos, los cuales se relatan por necesidad.

¿Qué es lo que describen o reconstruyen los historiadores? En la medida en que las acciones y las experiencias de los individuos y las comunidades constituyen los objetos de su investigación, los historiadores tratan con narrativas y evalúan narrativas de principio a fin. Para Carr (2015), la narrativa se encuentra dentro de los objetos que deben ser predilectos para la investigación histórica.

Puede, en efecto, ser cierto que la investigación histórica a menudo penetre en las relaciones causales que se dan en los acontecimientos y las acciones, y que estaban ocultas, incluso para los mismos agentes históricos. Pero esto no implica negar que estos agentes vivieran de modo narrativo. Lo que se ha intentado describir aquí con la ayuda del concepto de narrativa, es la manera con la que Carr representa su forma de entender, experimentar, actuar y de vivir como individuos y como comunidades.

Para finalizar este recorrido teórico por el concepto de narración histórica, se dará un espacio para presentar las consideraciones de Walter Benjamín en su ensayo *El narrador*. Benjamin cuenta cómo la capacidad de narrar se ha extinguido a causa de la pérdida y la ausencia de experiencia. Teóricamente es necesario centrarse en la siguiente pregunta: ¿cómo encontrar en la narración literaria una verdadera manifestación de la experiencia?

Es necesario aclarar que para Benjamin una experiencia no es cualquier vivencia, ni cualquier encuentro con el mundo, sino más bien es una elaboración de ese material en la forma de un relato significativo para otros. Es así que la crisis de la experiencia es, en realidad, la constatación del

hecho de que “una facultad que nos pareciera inalienable, la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencias” (Benjamin, 1991, pág. 112).

La narración es algo profundamente humano, es útil porque termina en un refrán, una advertencia, una recomendación, algún mensaje, etc. Precisamente porque su origen estaba inscrito en la experiencia, pero al recordar cómo los soldados volvieron de la I Guerra Mundial mudos, sin poder contar nada, “¿No se advirtió que la gente volvía enmudecida del campo de batalla?” (Benjamín 1991, pág. 4). El autor plantea la tesis por la cual se llega al final de la experiencia como algo comunicable, lo que conlleva a que el arte de narrar llegue a su fin.

Hay que tener en cuenta que todo lo que se contó de la guerra fue escrito por personas ajenas a la guerra. Se cree que ahí está el conflicto propio del autor con la novela, puesto que la considera un producto técnico mediado para la circulación de discursividades debilitadas. La consecuencia más directa de esto sería que la comunidad queda desplazada y se instale en el centro de cualquier relato al individuo en solitario.

Al considerar la novela como la sustituta de la narración, como se mencionó con anterioridad, se da paso a la mutilación de narración colectiva, pasando al fomento de una lectura individual, caracterizada por una profunda desorientación humana, cosa que interrumpe el carácter artesanal de toda narración y, además, provoca la ruptura de la tradición oral de la que ésta dependía.

Otra forma con la que el autor pone su posición de desacuerdo es con la prensa ya que ésta es la nueva forma de comunicación verdaderamente contraria a la narración. Se está informado de las novedades, pero se es extremadamente pobre en experiencias extraordinarias. La prensa, en este contexto, sería el punto más alto de la homogenización de todo contenido de experiencia, modificando la temporalidad, llevando constantemente a un presente fugaz, lo que denominará experiencia colectiva.

Ahora bien, respondiendo a la pregunta inicial, a sabiendas que para Benjamin las novelas no son formas de narración auténtica, pero comprendiendo que son el insumo para esta investigación, lo que se busca entonces con Benjamin es darles a las obras el talente prioritario para colocar muy por encima a la narración auténtica.

El destino de la literatura estará entonces enfrentado ante una realidad inscrita en la cultura de masas donde las formas de la narración se ven alteradas y la experiencia de lo humano se

encuentre en un constante devenir en crisis, a decir verdad, en una prolongada crisis, impulsada por las formas de compartir experiencias, disueltas en el espectáculo, el chisme y el chat, el blog, el muro, etc. La literatura amparada por unos criterios de selección será la salvadora de nuevos ejercicios narrativos, por la inquietud reflexiva que la da la literatura misma como conexión con las formas de vida en el presente y el pasado.

Se trató de leer los textos y comentarlos en función del interés propio por hallar la claridad teórica en el ámbito de la historia cultural y encontrar luces para la construcción de la categoría. Pudiéndose localizar elementos valiosos en cada una de las propuestas, ya que todas aportan de manera significativa a esta investigación.

La mirada interpretativa es propia de un marco de posibilidades que busca encontrar dos lugares comunes en los estudios: el primero, que todo texto escrito constituye un paradigma de la cultura, ya sea en su componente histórico o literario. Y el segundo, que una narración histórica puede tomarse como respuesta a la pregunta por el conocimiento humano.

Contemplar la narrativa como una herramienta de construcción comunitaria propia del sentir de una época, además de dar una importancia a la experiencia de aquellos acontecimientos, puede dar un significado rico, insólito o imprevisto a datos de una experiencia que no es la actual, se trata de interrogarse por unos hechos humanos que parecen secundarios, pero que, vistos de otra forma, se presentan a los contemporáneos, como trozos de vida histórica.

La mejor forma de entender la producción cultural, es a partir del modelo de producción textual reflejado en la experiencia de los sujetos, la interpretación de la cultura a través de la narrativa histórica de las prácticas, que deja de manifiesto que el mundo del texto, es el mundo de la sociedad.

Por último, hay que tener en cuenta que la literatura en su componente de narración histórica sobre todo en el caso de la novela, ha tenido siempre un fuerte protagonismo puesto que pone de relieve el carácter ejemplarizante y aleccionador de la historia; eso explica que haya sido precisamente en los momentos de crisis social, económica o ideológica cuando este género haya experimentado su verdadero esplendor.

7.3 Análisis literario.

En este apartado se establecerá los parámetros a utilizar para el análisis literario. En un primer momento se definirá qué es análisis literario. Paso seguido se presentará una propuesta de análisis para textos latinoamericanos y una desde la estructura de análisis estilístico. Para finalizar, se sentará posición sobre el método de análisis más acorde a los intereses de la investigación.

Perez y Gardey (2011) entienden que el análisis literario es un concepto que se encuentra formado por dos términos que en sí mismos encierran sentido individual y auténtico. Por un lado, se encuentra el análisis que consiste en el examen de una realidad susceptible de estudio intelectual que, a través de la distinción y la separación de sus partes, permite conocer sus elementos constituyentes y principios. Y por el otro, se encuentra la parte literaria que es aquello que es perteneciente o relativo a la literatura, es un arte que tiene a la lengua como medio de expresión y está vinculado con la práctica de la escritura.

En otras palabras, el análisis literario consiste en una evaluación que busca desgrosar y reconocer los distintos aspectos que conforman una obra. Para este caso se ha querido resaltar que, en el uso del análisis literario, se puede conocer qué recursos utilizó el autor de una obra en particular, con qué intención los empleó y qué cosas tuvo en consideración a la hora de desarrollar una determinada obra. En el acercamiento al análisis de la obra se puede discernir más a fondo todo lo que se encuentra ligado a ella y llevarla a un nivel de comprensión mayor. Roland Barthes recalca que el análisis literario no traduce la obra, porque no hay nada más claro que ella, sino que engendra cierto sentido derivándolo de lo que es la obra: "La crítica literaria desdobra los sentidos, hace flotar un segundo lenguaje por encima del primer lenguaje de la obra" (Barthes, 1972, pág. 57).

Como toda ciencia, arte o técnica, la literatura maneja una serie de términos los cuales les da significado especial. Para leer a cabalidad una obra literaria es menester analizarla, lo cual requiere penetrar en su universo y desintegrarla cuidadosamente a fin de reconocer los diversos aspectos que la conforman. Este trabajo permitirá evaluar y comprender su contenido desde la perspectiva de la historia cultural.

Ayala (1981) propone una serie de pasos para el análisis de textos latinoamericanos, pensando en una manera práctica y eficaz de hacer el análisis de los documentos. Hay que centrar la atención en el objeto de los estudios literarios, por medio de ellos el hombre puede encontrar vestigios de una realidad creadora y social, llena de significados y mensajes diversos.

El primer paso en el análisis de Ayala es leer una biografía del autor, seguidamente leer la obra y, por último, realizar una autoevaluación de los contenidos más significativos.

El segundo paso es formular el tema, teniendo en cuenta las ideas generales que son las ideas más significativas dentro de la obra en su orden de aparición. El principio estructurador, que es el sentido totalizante en que se estructuran las ideas.

El último paso corresponde al análisis del tiempo y el espacio. Para el análisis del tiempo se encuentran los estados de tiempo cronológico. Éste se entiende como el lapso desde el inicio de la obra hasta su fin. El tiempo subjetivo, que es la duración vivencial de un acontecimiento que sucede al margen del tiempo cronológico. El tiempo histórico, es la época que la obra literaria refleja y, finalmente, el tiempo verbal, que es el modo en el que está dado el verbo narrativo.

Para el análisis del espacio, se propone las categorías de espacio imaginario que no tiene una referencia en el plano de la realidad, y espacio real que es el que tiene referencias concretas con un nombre y una historia.

La literatura comienza con la obra literaria brotada al conjunto de la emoción y el arte en la pluma de un creador y cumple su razón de ser cuando el texto despierta en el alma del lector o espectador emociones, del enfoque desde el punto de vista del análisis de la relación pensamiento, intención, afectividad y expresión, de la consideración del complejo de vivencia, inspiración, tema, contenido, desarrollo y estructura, arranca la marcha de la investigación literaria denominada de índole estilística.

En el plano estético, la realización de la persona presupone conciencia y voluntad de estilo, no el estilo que ignora que lo es; o sea todo aquello comprendido dentro de la espontaneidad de lo familiar, lo coloquial, de los rebosamientos de la vulgaridad y la incultura. Por otra parte, la obra literaria es la captación de la vida consiente o subconscientemente que destilan las esencias de lo coloquial, de lo familiar, de lo vulgar tanto como de lo psicológico, lo individual y lo social (Castagnino, 1981, pág.29).

Así pues, para el conocimiento y el análisis de las obras literarias, se propone una tarea de constante desmembramiento e interpretación del texto para captar la letra subyacente sobre la letra impresa, es decir, mediante el texto, descubrir cómo cada autor imprime a las palabras de todos, a las voces convencionales del lenguaje, un tono particular.

Como lo asevera Castagnino (1981) la obra literaria es de cierto modo un ser viviente que contiene en ella todo el arsenal lingüístico de intercomunicación entre los hombres, vivencias, emociones, sentimientos, todo el mundo intelectual y espiritual del cual procede. En el análisis de los contenidos de la obra se busca el registro funcional de los siguientes aspectos:

1. El tema: para determinar si es real o ficticio, si se apoya en lo actual o ficticio si hay en los desbordes fantasiosos para precisar la relación entre el asunto, motivos o argumento y las características genéricas que reviste; para determinar la presencia de contenidos sociales, individuales; de orden material, sentimental, intelectual, moral, etc., evidentes tácitos u ocultos.
2. Ubicación del tema en el espacio: con el objetivo de delimitar la presencia del medio geográfico a través de la creación literaria y los distintos alcances de su inserción.
3. Ubicación en el tiempo: para configurar las características de época, tanto en las de ficción literaria como en las históricas.
4. Acción: para comprobar su carácter accesorio o fundamental, si se sobrepone a la vida anterior o ésta la configura; si el clima gravita positiva o negativamente sobre ella.

Estas características son importantes para la comprensión de las novelas, ya que pueden brindar un perfil de los sentidos de la crisis en Colombia.

En primer lugar, se quiere resaltar el conocimiento del tema, apuntando a comprender la materia del texto, es decir el asunto que elabora el tema literario, el cual puede estar fundando en la realidad inmediata o puede ser de resonancia lejana, totalmente imaginaria. El tema tiene una derivación hacia el orden personal- sentimental, social, estético en el espacio y el tiempo.

A la hora de hablar del autor, es indispensable ubicarlo en su medio social, este medio es importante ya que no hay algo más social que la literatura, por el hecho de valerse como medio expresivo del lenguaje, instrumento social por naturaleza. Otra característica es que toma como fuente temática la vida en cuanto hecho social. En ese sentido se rescatan los aportes de Bajtín (1991) en lo que respecta al cuidadoso estudio del lenguaje dentro del análisis literario, evidentemente lo que interesa al análisis es la novela, la cual es una forma puramente compositiva de organización de masas verbales.

La obra literaria es en cierto modo un ser viviente que contiene materia viva, ya que en ella está todo el arsenal lingüístico, la intercomunicación entre los hombres, las vivencias, las emociones, los sentimientos y todo el mundo intelectual y espiritual del cual procede.

A la hora de acercarse al documento debe verse cómo la forma y el contenido se unen en la palabra, en el lenguaje y el vocabulario, dando origen a un fenómeno que penetra todas las capas de la realidad social. “Cada enunciado está implicado en el lenguaje único y al mismo tiempo en el plurilingüismo social e histórico. En este lenguaje de un día, de una época, de un grupo social, de un género, de una corriente, etc. De cada enunciado se puede hacer un análisis completo y amplio, descubriéndolo como unidad codificadora y tensa” (Bajtín, 1991. pág. 90).

Otro aspecto para complementar el abordaje de las obras es la función artística, dichos aportes pueden ubicarse la persona de de Hipólito Taine y su texto *Filosofía del arte*, en el cual da a lo social una especial preponderancia en su intento de explicar la producción de la obra artística. “La obra está determinada por un conjunto de factores que resultan del estado general del espíritu y de las costumbres circunstantes” (Taine 2000, pág. 224). Y como toda sociedad es de un tiempo, de un lugar y un conglomerado humanos a los que refleja, los productos de dicha sociedad serán inevitablemente productos de un medio, de un tiempo, de un país y de una raza.

El aporte de Taine ha sido valioso para la historia y para el análisis literario en la medida que logró explicar muchos rasgos de los autores y de las obras por razones artísticas, culturales y sociales, en cuanto prestó atención a factores de gusto e ideología, de organización estatal y familiar, de orientación y espíritus colectivos.

Los anteriores sólo son algunos de los variados métodos que existen. Bratosevich (1980) reconoce que a menudo la obra va en busca del método o la combinación metodológica que mejor encuadra, por eso es posible la combinación de métodos para un esclarecimiento más lúcido de los fenómenos culturales que se siguen llamando obras literarias. En ese sentido para ésta investigación se recurrirá a los elementos más destacados dentro de la propuesta de Ayala y su análisis de texto aplicado a obras latinoamericanas y a los postulados de la Castagino en relación a la estilística. Esto se da por las afinidades que comparten los dos métodos en la descripción del autor, la ubicación del tema, y el reconocimiento del espacio geográfico e histórico.

Después de este recorrido, se entiende que existen varias maneras de elaborar un análisis literario. Depende también de la complejidad y la intención que se tenga al acercarse a las obras. En esta investigación no se busca una rigurosidad analítica desde el ámbito literario, es decir, conocer y explorar de manera detallada todos los múltiples elementos de los libros. Lo que se busca es rescatar los fundamentos que son más valiosos en línea con la necesidad de ver en las obras los sentidos sobre la crisis mediante las representaciones y prácticas desplegadas en ella.

7.4 Cierre analítico

Después de haber presentado las principales posturas teóricas que gravitan sobre las tres categorías propuestas para la investigación, se desea aterrizar de manera concreta cómo estos elementos intervendrán en el análisis de los textos.

Cabe resaltar que las novelas serán la fuente y no el objeto de investigación, es decir, que el interés estará puesto más en el contenido que en la forma, por lo cual la aplicación de las categorías en cuestión buscará poner a las obras en el peldaño máximo como documento de la cultura, evitando un riguroso examen afiliado a un estudio literario.

Además de eso, hay que hacer la salvedad que, de cierta manera es complejo determinar juicios de veracidad irrefutable, puesto que, al tener las novelas como fuente, es inevitable asimilar que éstas por su naturaleza deben tener un cierto grado de ficción. Como investigadores de la cultura inscritos en un terreno histórico se quiere asimilar que lo que pasa en las novelas son narraciones ancladas a una serie de sucesos propios de la realidad histórica nacional.

Las aplicaciones de las categorías permitirán señalar los elementos que son de mayor interés en la hermenéutica del ejercicio investigativo, ya que las novelas no representan en su totalidad un material homogéneo. Así pues, los constructos dentro de las categorías darán unos importantes criterios de selectividad, que permitan amarrar los elementos que sean de mayor valor en cuanto registros culturales.

A continuación, se expondrá dichos elementos, categoría por categoría, para ver cómo serán llevados en un plano más concreto dentro de las obras. En primer lugar, está la categoría de construcción de sentido. En ésta se aplicará el concepto de representación asociado a la propuesta de la investigación de la historia cultural de Chartier. Por representación se comprende el

instrumento esencial del análisis cultural, el cual opera otorgando una pertinencia operatoria a la construcción del sentido o significado por el cual las sociedades representan ya sea la ausencia o la presencia de algo, mediante una imagen presente o un objeto ausente. Se desea ver cuáles son las representaciones de las sociedades que trascurren en los relatos en relación a la crisis manifestada de forma directa en la ciudad, el campo, la religión y las manifestaciones lúdicas.

En cuanto a la categoría de narración histórica lo que se busca es ver cómo se da, en primer momento, la necesidad de narrar las prácticas alrededor de la crisis social, política y económica dentro de las obras, acompañadas de sucesos fundamentales y ajustadas a una trama y una temporalidad específica. Todo en pro de evidenciar dónde están, dónde han estado y para dónde van los sujetos que transitan el libro. En otras palabras, las narraciones históricas de las prácticas condensadas en experiencias comunitarias temporales permitirán ver cómo las sociedades del pasado percibían y le daban sentido al turbulento mundo donde vivían.

Por último, está la categoría de análisis literario; ésta permitirá ver los vestigios de una realidad creadora y social llena de significados y mensajes diversos, que no son del todo evidentes en una primera lectura. La manera de hacerlo será mediante el análisis que se propone estudiar: la biografía del autor, el tema, la ubicación espacio-temporal y el comentario.

Así pues, elementos tales como: representaciones, prácticas y análisis estilístico, darán el impulso teórico, que se necesita para componer el camino por el cual se producen, negocian y transforman los sentidos sobre las crisis en Colombia reseñados en obras literarias, escritas a lo largo del siglo XX.

8. CAPÍTULO 1. REPRESENTACIONES Y SENTIDOS DE LO SOCIAL Y LO CULTURAL EN LA NOVELA COLOMBIANA

Al hablar del concepto de representación se pone de manifiesto la posibilidad de trabajar con una de las categorías centrales de la historia cultural. Esta categoría nace de la reflexión de Roger Chartier, con el objetivo de dar respuesta a una crisis generalizada dentro las ciencias sociales finalizando la década de los ochenta. Esta crisis estaba dada por: “el abandono de los sistemas globales de interpretación, de esos paradigmas dominantes que, en una época, fueron el estructuralismo o el marxismo, así como el rechazo de las ideologías que las llevaron al éxito” (Chartier, 1992 pág. 45).

En el famoso artículo: *El mundo como representación*, publicado en la revista de los Anales en 1989, Chartier se abre paso, al impase de la crisis anteriormente referida y a las limitaciones a las que había llegado la historia de las mentalidades, al basar sus análisis en recursos cuantitativos y

estratificaciones sociales. Así pues, la propuesta de Chartier dio una vitalidad a la investigación histórica, en solución a las falencias de las últimas décadas del siglo pasado.

El atractivo del concepto de representación pasó a convertirse prácticamente en un sinónimo de historia cultural. Gracias a su potencial analítico, empezó a ser parte del andamiaje conceptual de los historiadores dedicados al estudio de la cultura, gestionando una disposición propensa a revisar el papel desempeñado por las representaciones colectivas en el mundo social.

Ahora, es necesario entender ¿qué es una representación? ¿cuáles son sus características? y ¿cómo se pueden abordar?, además de fijar el estado de realidad que éstas brindan en el momento de acceder al pasado. En principio, la representación se puede entender como el reflejo de una ausencia (la no presencia de lo que se representa) o bien, una presencia simbólica en la que lo representado remite a una serie de signos. La representación se refiere a una homología, es decir un elemento que está en el lugar de otro, lo representado que permanece ausente y aquello que lo representa que está presente.

A modo de ejemplo piénsese en una guerra, puede ser cualquiera, lo que se buscaría con este enfoque y esta categoría es no estudiar la guerra como tal, sino las representaciones de la misma, y esto significa que no se estudia un objeto ni un hecho del pasado, sino las observaciones de ausencias o presencias que se hagan de este objeto por los actores sociales de un lugar y momento específicos del pasado.

A su vez, una representación se asume como la encargada de designar una imagen de sí, es decir los constructores de una representación además de tener observaciones de su realidad externa, también cuentan con una mirada intrínseca que los hace constructores consiente e inconscientemente de representaciones de sí mismos. Detrás del estudio de las representaciones lo que está en juego es la construcción de la significación de los autores sociales, lo que se ha denominado “sentido” por los cuales las comunidades perciben y comprenden su entorno, su sociedad y su historia. “Dispensar sentido a las acciones que acometemos, como señaló Max Weber, es imprescindible para la vida frágil y amenazada del individuo” (Serna y Pons, 2005, pág. 8).

Ahora bien, es necesario aclarar que el resultado de este análisis a partir de las representaciones no va a dar una versión definitiva de la realidad del pasado, sino que se tendrá una serie de

versiones acerca de la sociedad en un momento dado, de modo que “no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos den sentido al mundo que les es propio” (Chartier, 1992, pág. 50). Se debe dejar sobre la mesa la salvedad que se trabajará con una categoría que no describe el pasado, en su entera veracidad, sino que lo representa.

También es menester aclarar que Chartier elabora su estudio acerca de la lectura en la Francia del Antiguo Régimen, a partir de las representaciones y las prácticas, en torno a los mecanismos y modalidades de apropiación y circulación de los textos impresos, el relieve puesto en las representaciones colectivas de los sistemas de percepción y la apropiación de los objetos culturales. Todos estos elementos ponen de manifiesto la significación y la construcción de la realidad social.

En este caso no hay grandes acercamientos en lo que respecta a las representaciones de la lectura y apropiación de los textos, lo que sí hay es un arduo recogimiento en el trabajo desde esta perspectiva, ya que se encuentra referenciada en numerosos estudios, que apuestan por un abordaje de temas ampliamente trabajados. “Chartier abordará a profundidad la construcción de sentido, las representaciones y las prácticas a través de la circulación del texto impreso entre los siglos XVI y XVIII. En el occidente europeo, sin embargo, los alcances de su propuesta de historia cultural están por ser explorados y las nuevas investigaciones están en proceso” (Mendiola, 2005, pág. 44).

En este capítulo se hará alusión a las representaciones que dan sentido a la realidad, y que están directamente relacionadas con la crisis en el campo, la ciudad, lo religioso y las manifestaciones lúdicas. Como anteriormente se mencionó, las distinciones cambian dependiendo de la observación que se use para configurar la representación. En definitiva, esta primera categoría se traduce en uno de los más grandes aciertos a la hora acceder a los mecanismos de significación rescatados en la literatura colombiana en el siglo XX.

Las cuatro representaciones tienen como intención, en primer lugar, ubicar el panorama sobre las cuales fueron construidas, para luego articularlas con las prácticas sociales³ alrededor de las crisis que ha atravesado Colombia en el siglo XX. La definición del diccionario de la RAE dice

³ En el segundo capítulo llamado – Narrar las prácticas, crisis económicas política y social- se abordará todo correspondiente a las prácticas, puesto que Chartier (1992) puntualiza que no existe práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones.

que la crisis es un cambio negativo, una situación complicada, difícil e inestable durante un proceso social político o económico. Determinar algunos elementos que hay detrás de las crisis a partir de las representaciones, es el principal objetivo en este capítulo.

En el siguiente cuadro se podrá encontrar cada una de las representaciones, en su orden de exposición dentro del texto.

REPRESENTACIONES CAMPO
1. Migraciones del campo a la ciudad como solución a los problemas de la vida rural y provincial.
2. Nostalgia e identidad, una vida en el campo.
REPRESENTACIONES CIUDAD
1. Ciudad de Cali - La calle entre la soledad y el miedo.
2. Ciudad de Medellín- Una sombra negra cae, la desconfianza se apodera de la vida urbana.
3. Ciudad de Bogotá- Bogotá provincial.
3.1 Ambiente decadente, la ciudad y sus habitantes.
REPRESENTACIONES RELIGIOSAS
1. Asumiendo la regulación, la iglesia católica manda.
2. La voluntad de Dios es la respuesta.
3. Un pueblo de piedad popular.
4. Fe y violencia.
REPRESENTACIONES LÚDICAS
1. Las peleas de gallos y la hombría.
2. La ingesta de alcohol.
3. Relación sociedad y música.

8.1 Representaciones sobre el campo

La ruralidad es un espacio en el que ha acaecido múltiples conflictos sociales a lo largo del siglo. La aglomeración de problemas que gravitan entre la tenencia de tierras, la producción, el empleo y la violencia sólo por mencionar algunos, deja un desolado escenario, donde los actores históricos intervienen y perciben lamentables situaciones sociales, económicas y políticas. Muchas son las investigaciones que desde las diferentes disciplinas sociales hacen una apuesta interpretativa sobre este tema de gran trascendencia. En este caso se quiere rastrear las construcciones representativas de los campesinos sobre su territorio e identidad.

Como se sabe de antemano, la fuente de trabajo son las obras literarias. Por tal razón, las representaciones que a continuación se expondrá son reflejo de la ruralidad en la novelística. Los contrastes encontrados entre campo y ciudad en los escritos, hace pensar que a pesar de que a lo largo del siglo XX la mayoría de población tenía vocación rural, la escritura estuvo volcada al fenómeno de las ciudades y su crecimiento, esto parece entendible en la medida que el lugar de producción literaria es la ciudad, como lo recuerda Elkin Restrepo en su poema ‘El don’⁴ “Ningún lugar mejor/que la ciudad para/pensar en ciervos/y bosques.”

En este apartado hay dos representaciones. La primera se denomina: *Migraciones del campo a la ciudad como solución a los problemas de la vida rural y provincial*. Ésta tiene que ver con lo mencionado anteriormente, puesto que los autores de las novelas son escritores con tendencias urbanas, que en su mayoría centran la atención en el aspecto de la emigración campo-ciudad. La segunda representación se denomina: *Nostalgia e identidad, una vida en el campo*, en la cual se demarca el estilo de vida y la orientación política de los habitantes del campo y las provincias.

La primera representación está frente a uno de los fenómenos más convulsos por los que atravesó la población rural en Colombia a lo largo del siglo pasado: el exponencial incremento

⁴ Poema -EL DON-

Ningún lugar mejor/ que la ciudad para/ pensar en ciervos/y bosques,
para hacer del momento/ una pura ensoñación,
la vida que queremos/ y no existe, /o existe en otra parte.
Por un instante/ soy aquel/ que, primitivo,
se libra al destino/ de un mundo naciente y áureo.
Y pacta acuerdos/con la ruda Ley/que ofrece por sueño/ la vida.
La vida salvaje y bella, / donde copular, cazar, pescar, /cambiar con el tiempo nómada,
es suficiente, /y donde no cabe/ ilusión distinta/a la labor de cada día,
y el sueño es simple/descanso, / es el dios que vela tus fatigas.

demográfico en las diferentes ciudades del país. Esta realidad pasa como una de las consecuencias propias de la crisis, frente al turbio panorama producido por la violencia, Machado (1990) puntualiza que, en definitiva, la historia nacional se presenta como un cuadro donde se conjugan todo tipo de situaciones, siendo la violencia el eje principal de la evolución política y social en Colombia.

Ante esto muchas personas nacidas y criadas en los campos, asumieron una actitud de desarraigo territorial. Con una suerte de incertidumbre, ante la cual era mejor irse que seguir habitando en las zonas rurales “-No había una sola muchacha, en este último año se fueron. — ¿Todas? —Todas y todos, Ismael. —Me miró con reconvención—. Lo más sensato que pudieron hacer. —No les irá mejor. —Tienen que irse para averiguarlo. Aquí no se puede seguir viviendo” (Rosero, 2007, pág. 54).

El campesino colombiano comenzará a ver en la ciudad un sinónimo de futuro, al cual se llegaría con la disposición de emplearse en cualquier labor con tal de tener cómo vivir y cómo colaborar a sus familias. “Cuando Tránsito estuvo en edad de servir, a los quince años, su madre la condujo a la ciudad para colocarla en alguna casa. No sólo dejaría de ser gravosa para su familia, de labriegos humildes, sino que ayudaría con su salario a reparar las pérdidas que las heladas o el verano causaban en la pequeña sementera de dos hectáreas” (Osorio, 1979, pág. 9).

Así pues, la delineación de la representación empezará con la huida. Una imagen del pasado que deja hombres con rostros fuertes, manos grandes, ademanes cargados de timidez y pertenencias resguardadas en costales, en el decorado visual de Bogotá, Medellín y Cali. “Aquellos hombres de ruanas oscuras, de sombreros alones, confundidos en las filas con extranjeros, eran simples campesinos venidos a la ciudad en busca de empleo. La violencia en los campos los empuja a buscar patrias más acogedoras” (Zapata, 1963, pág. 105). Esta situación, conllevará a la reafirmación de una identidad campesina, que carga vestigios de una representación de sí mismos construida en el medio rural. Cosa que traerá consigo una serie de actitudes del hombre del campo en la ciudad y del ciudadano para con el hombre del campo, estas relaciones se analizarán a continuación.

En esta segunda representación: *Nostalgia e identidad una vida en el campo*, la atención se colocará sobre el ser del campesino y sus costumbres, el campesino tiene una identidad propia muy de la mano con su trabajo, la cual conserva en la nostalgia de su tierra ¿acaso, qué

sentimiento puede despertar el regreso o la remembranza de la compañía familiar? No puede ser otro sino éste:

Todo se concitaba para que Gregorio interiormente diera vuelta grata a sus impresiones de ese día. Y por la carretera, con algún intervalo, pasaban camiones llevando a algunos campesinos de regreso al rancho, después de la faena; y Gregorio miró al campo, y por allá en los caminos de travesía se veía lo mismo: hileras de campesinos con sus herramientas al hombro, en trance de ir a sus casas; casi les adivina incluso las canciones que cantaban, pues su tío y su nono, cuando él era muy niño, mucho antes de "aquellos tiempos", regresaban al rancho cantando. Él no pudo explicarse inmediatamente, pero lo cierto fue que se sintió como húmedos los ojos, reflexionó en ello, y vio que no sólo era por tristeza, sino que en su interior halló también un poquito de alegría; sólo que hasta ahora en su vida vino a saber que al hombre también se le pueden humedecer los ojos por un arrebatado de alegría y nostalgia (Flórez, 1975, pág. 72).

Esta representación de nostalgia correlacionada con el sentimiento de alegría, da luz sobre los elementos que le son propios al ser y reconocerse como campesino: independencia, capacidad de trabajo, honradez, inteligencia y la viveza, todos son elementos distintivos de esta construcción que se complementará con los siguientes bloques de representaciones lúdicas y religiosas que se expondrá más adelante.

Otro elemento a tener en cuenta es la apropiación por parte de los campesinos a un partido. Como bien se sabe durante casi todo el siglo XX se reafirmó un sistema político bipartidista, que trasladó los problemas políticos a las zonas rurales trasgrediendo sustancialmente la vida en el campo. Son precisamente estas divisiones las que dan a los habitantes de las provincias y zonas rurales una característica más en la construcción de representación identitaria.

Los viejos tenían la ruana todavía puesta, aunque ya apretara el calor, y un sombrero de anchas alas en la cabeza y en el rostro una barba de varios días que en el monte se les cubre de escarcha por las mañanas. Son gente honrada y silenciosa. Los parameros jóvenes tenían la piel curtida por el frío y el viento, y se anudaban a la garganta grandes pañuelos rojos, porque todos eran liberales (Caballero, 1954, pág. 59).

Evidentemente esto trajo repercusiones sustanciales en la constitución de la pertenencia a los grupos que tenían en común una lucha por alguna forma de poder, esquivar u intentar omitir una afiliación traía consecuencias. "No tenían otro pecado que el de nunca haber dicho a qué partido

pertenecían y aunque no tenían cara de liberales, como ya esto se había acabado en los campos, había que empezar por acabar con los conservadores tibios. Las patrias no estaban para aguas calientes y el campo debía ser conservador” (Álvarez, 1985, pág.127).

Así se perfila la representación de identidad política con un grado de relación de pertenencia, junto a los símbolos como el color del partido y la adopción de una doctrina económica y religiosa. Los campesinos, sin embargo, reconocían las terribles consecuencias de la lucha contra los otros campesinos iguales a ellos, asumiendo que las masacres eran el resultado de un conflicto absurdamente justificado desde la ciudad por los líderes políticos. Ante esta situación, la representación del campo, se puede resumir como una dicotomía entre sufrir y gozar.

Por ahora no nos interesa a nosotros, el pueblo, sino saber trabajar, sufrir y gozar; pues en la vida siempre habrá que sufrir y gozar al mismo tiempo. Saber vivir entre todos, para todos y para nosotros mismos; así hasta que la existencia nos cargue a la espalda eso que se llama "vida". Tener confianza, criar hijos, ya que no pueden evitarse así y no más y levantarlos bien. Cuidar el campo, limpiar la tierra y sembrarla. (Flórez, 1975, pág. 186)

De tal manera que las representaciones anteriormente descritas, dan cuenta del mensaje codificado en los fragmentos, en formas diversas tales como: la ausencia de prosperidad, la búsqueda de la identidad y la ciudad como incertidumbre y la nostalgia. Reflejar el sentir campesino nacional que se recoge en estas vicisitudes permite ver la circulación de las representaciones y su acercamiento a la realidad histórica de estas comunidades.

8.2 Representaciones sobre la ciudad

Es necesario empezar reconociendo que no es novedoso el acercamiento al mundo social desde la literatura con énfasis en la ciudad. Al igual que el apartado anterior, numerosos estudios se han adelantado, desde la historia de la literatura y los estudios literarios, que intentan relacionar estas dos dimensiones, tratando de leer la ciudad desde las obras, para posicionar, problematizar y entender lo que la sociedad va escribiendo sobre el espacio urbano. Es natural que exista preponderancia por hacer de la ciudad un objeto de estudio y análisis por parte de varios investigadores sociales, pues como lo dice Giraldo:

La relación de reciprocidad entre literatura y ciudad, como hemos planteado, en la literatura se leen en dos dimensiones: la ciudad misma y los habitantes, la multitud. Durante mucho tiempo la

ciudad se ha reconocido como el lugar donde todos los caminos se cruzan. Sin embargo, en los últimos años, tanto la literatura como diversas ciencias sociales y humanas se han preocupado por estudiar, analizar y comprender su historia, tradición, renovación, desarrollo y evolución, los modos de vida y de comportamiento que propicia, las relaciones establecidas por sus habitantes y transeúntes y sus expresiones artísticas y culturales. Ahora se evidencia que, además de ser espacio construido y poblado, es cuerpo complejo que va más allá de los límites geográficos y de la población demográfica. Resultan insuficientes las definiciones que la muestran como un “conjunto de calles y edificios” y a su habitante, el ciudadano, como “natal o vecino de una ciudad (Giraldo, 2001, pág. 11).

Nuevamente se recalca que el carácter analítico busca acceder a la ciudad mediante las representaciones, es decir aquellas observaciones históricas que se manifiestan en ausencias o presencias de sus habitantes, tanto de procesos, lugares, objetos, como de sí mismos. Esto se articula con las ideas centrales de Pasavento (2013) quien retoma el argumento de la crisis de los paradigmas explicativos, de la realidad a finales de siglo XX, por cuanto la historia cultural tiene un amplio campo de aplicación en los estudios a realizar sobre las representaciones sociales de la ciudad.

Para comprender de manera específica el fenómeno urbano como una acumulación de bienes culturales, se pretende rescatar la ciudad a través de las representaciones. Considerando a la ciudad como un espacio propicio para la construcción de significados. Esto se hará mediante la observación de los espacios, para posibilitar el cruce de datos, obras, trazos, señales y fragmentos del pasado que llegan bajo la forma de narraciones literarias, para tener una clara posibilidad de leer la ciudad desde la historia cultural.

Las representaciones de la ciudad contarán con una relación ambigua entre la ausencia y la presencia, en todo caso la representación tiene el carácter de presentar un ausente que está representado a través de una imagen mental o material, a esta distancia se le atribuye la característica de construir el sentido. “Según esta tendencia la tarea del historiador sería captar la pluralidad de los sentidos y rescatar la construcción de significados que preside a lo que llamarían, las representaciones del mundo” (Pasavento, 2013, pág. 42).

Las lecturas de la ciudad a través de sus representaciones están mediadas por unos esbozos que se presentan a continuación: entre los años 20 y 40 Bogotá tenía un aire de ciudad de provincia

europea, que expresaba de forma marcada las jerarquías sociales en el paisaje urbano. Al pensar en esa Bogotá es difícil alejar la imagen de una ciudad tranquila, señorial, virreinal, de tranvías, aldea de chismes, tertulias, cafés, poetas y trajes. Por otro lado, los años sesenta y setenta en la ciudad de Cali, a pesar de su avance en los aspectos sociales y culturales, no logró romper con los esquemas de la hegemonía política y religiosa oficial. Por último, la ciudad de Medellín de los años 80 y 90 fue rotulada bajo la sentencia de la ciudad más violenta del mundo. El narcotráfico le mostró al mundo que por plata se podía hacer cualquier cosa e hizo que la ciudad fuese más insegura y peligrosa. “En la ciudad, el homicidio es la primera causa de mortalidad general desde 1986 y su participación en el total de muertes se incrementó del 3,5% en 1976, al 8,0% en 1980, al 17,0% en 1985 y alcanzó el máximo del 42,0% en 1991” (Metrosalud, 1994, pág. 53).

Desde la perspectiva que se está utilizando, deben entenderse los fenómenos urbanos como parte de la construcción cultural de la nación, teniendo a la ciudad como espacio de suma importancia para la elaboración de significados y el estudio histórico de los mismos. Rescatar todos estos elementos bajo la forma de representación, significa no juzgar la ciudad desde el ahora, sino captar la sensibilidad del pasado. Como dijese Lucien Febvre “un hombre del siglo XVI debe ser inteligible no en relación a nosotros sino a sus contemporáneos” (Febvre, 1993, pág.13). A pesar de que el pasado es un lugar distante, una suerte de tiempo no experimentado, donde los hechos no son observables y las voces son extrañas, se espera un acercamiento acertado a la realidad urbana del siglo XX en Colombia.

Las representaciones de ciudad tienen un carácter distinto a las analizadas en el ambiente rural, ya que el escenario de producción cuenta con una mayor preponderancia de observaciones e independencias al momento de consumir, percibir y vivir la ciudad. Se pueden encontrar de forma contigua personajes de la élite económica, la clase media obrera y los considerados como deshecho social. Es así que mientras para unos la urbe puede ser vista como sinónimo de progreso, dinero, bienestar, modernidad y civilización, para otros es al mismo tiempo un lugar de decadencia, perdición, criminalidad y repudio.

Las ciudades que se prestan para el análisis fueron aquellas con más reiteraciones en las fuentes literarias, siendo Bogotá la que mayor referencia tuvo. Para efectos organizativos las primeras representaciones serán las de Cali y Medellín dejando al final un espacio más amplio para la capital del país.

Así pues, la primera representación corresponde a la ciudad de Cali, ésta titula: *La calle entre la soledad y el miedo*. En los años finales de la década de los 40 y los 50, los habitantes de la ciudad estaban a la merced de las orientaciones de gamonales y caciques locales de uno y otro partido. Este tipo de violencia desembocó en la manera en que el habitante de Cali era sometido a una suerte de encierro dentro de la urbe, el mecanismo empleado para tal represión era el toque de queda, es decir la radical prohibición establecida por un partido de circular libremente por las calles en las horas de la noche, ejerciéndose así un poder privativo de la cotidianidad de vida noctámbula.

La noche establece una representación cultural de miedo asumiéndose la oscuridad como sinónimo de pánico. De día se vive temeroso y de noche se duerme con horror, la relación de la libertad nocturna y el sonido de proyectiles y camiones rondando por las calles modifica la percepción en la que la ciudadanía representa su ciudad bajo los imperativos de muerte, soledad y silencio.

El toque de queda también transformó los hábitos. Sonaba como un silbido de culebra delgada y penetraba los oídos dejando una sordera seca de aviso, de temblor. A las siete de la noche se escuchaba como un grito de auxilio —la alarma que se espera para despertar la vida—, la sirena de los bomberos, anunciando algo que nunca fallaba: abandonar las calles, desaparecer, sumergirse en las casas. Aguda sirena, voz de mando, orden que debía cumplirse. Visualizó el apresuramiento más que necesario de los hombres por montarse al bus, colgarse, arrastrar los pies con la velocidad, insultar al chofer para que no fuera tan despacio y así llegar a casa temprano y salvar su vida (Alape, 2003, pág. 72).

Esto da a la calle el estatus de soledad, al mirarla carcomida por el calor, la imagen del ambiente derritiéndose en el asfalto, es el reflejo más común de las noches caleñas. Desde la implantación del toque de queda a las siete de la noche pululaban entre la oscuridad y el bochorno personajes sin alma que mataban. Salían con actitud de sabuesos, sin reglas e inundados de alcohol. “No existen para ellos, hombres carnetizados por la Gobernación del Valle del Cauca y de profesión sicarios, armados por el Directorio Conservador, nimios inconvenientes. Son los dueños de las noches de Cali” (Alape, 2003, pág. 23).

Hay que recordar que el alumbrado público en Cali llega sobre la década de 1920 convirtiéndose en un aspecto clave dentro de la relación de los habitantes de Cali con la noche.

Castañeda (2013) muestra cómo era necesario derrotar el manto encubridor de peligros, es decir la noche, puesto que en ella se desarrollaban los aspectos que daban a la ciudad una imagen desordenada y poco civilizada. Entre estos aspectos la ubicación de las prostitutas, el arreglo y embellecimiento de calles y parques, la reubicación de espacios públicos las casas de lenocinio, las chicherías y cantinas, los botaderos de basura y las casas de juego. Con la llegada del alumbrado la ciudad se transforma y se adecúa a las nuevas lógicas de la noche, ahora más luminosa y activa, haciendo que los espacios anteriormente descritos sean más asequibles, ordenados y seguros.

Ante esta situación, el día para una juventud inquieta, desprovista de oportunidad de andar y sentir el alargamiento del día, el refugio lo tenían que encontrar en otro estilo de vida fuera de los espacios nocturnos frecuentados tales como parques, discotecas, billares, tabernas, entre otros. Las horas de luz natural eran el chance para alcanzar un poco la noción de vivir y sentir la ciudad.

Para los muchachos de la esquina, la mayor experiencia de libertad y sentirse hombres era escaparse de la escuela en la tarde y embocarse a pleno sol, en la aventura de atravesar el barrio San Antonio; caer sobre las márgenes del río Cali, de camino encontrar el río como pintado por grandes manchas de acuarela, en los trazos de los vestidos de las lavanderas y por la ropa extendida sobre la hierba; matar pájaros a punta de cauchera y comer las frutas de los chiminangos, llegar al charco del Burro, una curva ancha del río golpeando doscientos metros de agua sobre las rocas; nadar en El Pedrón para desterrar el sudor espeso y seguir por el río que no terminaba (Alape, 2003, pág. 60).

Ante esta sentencia de vida en la ciudad, la representación de la urbe caleña que se asemeja a una idea de síntesis entre el hombre y el concreto, la noche, la ausencia y la impotencia. Pudiéndose concluir junto al escritor Arturo Alape (1999) el cual recalca que el destino del hombre, es el destino de la urbe.

A continuación, se desarrollará la representación de la ciudad de Medellín: *Una sombra negra cae, la desconfianza se apodera de la vida urbana*. Decir que la Medellín de la época del narcotráfico se convirtió en el territorio más violento e inseguro de Colombia no es una novedad, ni que la guerra interna por el dominio del territorio por parte de los carteles dejó numerosas muertes, puesto que no han sido pocos los estudios que se han ocupado de la violencia urbana, el conflicto armado, la seguridad, el crimen y el delito en Medellín. Como lo demuestra Dávila (2016) donde hace una revisión bibliográfica de los estudios sobre la violencia urbana mediante la búsqueda y selección de las investigaciones que indagaran sobre dichos temas, tanto en libros

como en artículos académicos y en informes entre los años 2000 y el 2015. Como resultado, el autor resalta que la situación es paradójica ya que mientras que el homicidio en la ciudad ha decrecido en los últimos 25 años, la producción académica presenta un crecimiento importante, tanto en su cantidad como en su calidad.

Ante este panorama se pone de manifiesto la intención de analizar la formación constitutiva de la observación propia de la ciudad de Medellín, a partir del conflicto y de una entrañable representación histórica de la violencia. Se desea colocar a los ciudadanos en relación con los siguientes interrogantes: ¿cuál es el lugar de la ciudad y la cultura en el ambiente violento de los años 80 y 90? ¿cómo se da la filiación a las comunas? y ¿qué significa vivir en Medellín?

El narcotráfico perpetuó las formas y las maneras de percibir el espacio. Es innegable su culposidad como patrocinador de varios procesos culturales y simbólicos dentro de la sociedad. Uno de ellos fue auspiciar en los habitantes una completa pérdida de los vínculos y lazos de confianza entre los mismos sujetos que cohabitan en la ciudad.

Surgieron los de la moto de entre una nube de polvo y la multitud disparando. ¿Saben a quién le dieron? ¿a dónde desvió sus balas mi señora Muerte? A otra señora, embarazada. Le entamaron de plomo la barriga y allí mismo, en pleno Junín, falleció con su feto. ¿Y los de la moto, se fueron? ¡Ja! Se fueron con el impulso de la muerte rumbo al derrumbadero de la eternidad: por sus respectivos occipitales, cuando huían, Alexis les voló la cabeza. Y otra vez a irnos yendo entre el tropel, entre escándalo, en esta ciudad tan alharacosa y caliente, con el olor espantoso de fritangas con aceite rancio. Y la desconfianza a flor de piel. (Vallejo, 1994 pág. 73)

Era imposible caminar con algo de confianza, pues se era testigo de cómo en Medellín el pan de cada día eran las masivas manifestaciones de inseguridad, violencia y criminalidad, convirtiéndose para los años 80 y 90 en una ciudad agónica, marcada por la puja entre la fortuna, la vida y la muerte.

El problema era cómo encontrar a Pablo Escobar en una ciudad martirizada por la violencia. En los primeros dos meses del año de 1991 se habían cometido mil doscientos asesinatos —veinte diarios— y una masacre cada cuatro días. Un acuerdo de casi todos los grupos armados había decidido la escalada más feroz de terrorismo guerrillero en la historia del país, y Medellín fue el centro de la acción urbana. Cuatrocientos cincuenta y siete policías habían sido asesinados en pocos meses. El DAS había dicho que dos mil personas de las comunas estaban al servicio de Escobar, y

que muchos de ellos eran adolescentes que vivían de cazar policías. Por cada oficial muerto recibían cinco millones de pesos, por cada agente recibían un millón y medio, y ochocientos mil por cada herido. El 16 de febrero de 1991 murieron tres suboficiales y ocho agentes de la policía por la explosión de un automóvil con ciento cincuenta kilos de dinamita frente a la plaza de toros de Medellín. De pasada murieron nueve civiles y fueron heridos otro ciento cuarenta y tres que no tenían nada que ver con la guerra (García, 1996, pág. 209).

En el trasfondo de esta desconfianza se develan la existencia de marginaciones culturales de amplios sectores de la población. Los más afectados eran los jóvenes de los barrios populares, quienes eran vistos como carne de cañón, ya que se prestaban para matar por cualquier centavo, el mismo centavo por el que los matarían a ellos. Estas situaciones agudizaban las conflictividades que históricamente han estado presentes. Medellín es la segunda ciudad de Colombia con mayor recepción de personas desplazadas de otros lugares del país. Con relación al lugar de llegada se observa que 4.6 millones de migrantes internos acumulados (54.3%), medidos por la participación sobre el volumen total de inmigrantes, tienen como destino la Capital de la República (31.2%), la ciudad de Medellín, (10.6%) y el departamentos del Valle del Cauca (6.3%)⁵. En otras palabras, la ciudad es un albergue de población desplazada, por lo cual los impactos y transformaciones no se han hecho esperar.

Desde arriba o desde abajo, desde un lado o desde el otro, como mi niño Alexis. Por donde lo mire usted. Rodaderos, basureros, barrancas, cañadas, quebradas, eso son las comunas. Y el laberinto de calles ciegas de construcciones caóticas, vívida prueba de cómo nacieron: como barrios «de invasión» o «piratas», sin planificación urbana, levantadas las casas de prisa sobre terrenos, robados y defendidos con sangre por los que se los robaron no se las fueran a robar (Vallejo, 1994, pág. 62).

Esta misma juventud empieza un proceso de auto-representación, marcada por un sesgo de inhumanidad, la escasa manifestación de sentimientos y la construcción de un poder auspiciado por el porte de un arma o el consumo de droga. Todo esto da como resultado el falso derecho de decidir quién vive y quién muere, lo curioso es ver cómo se perpetua esta auto-representación en el inconsciente y la cultura paisa. “A la Plaga lo conocí también en el cuarto de las mariposas, pero nuestro amor no prosperó: me dijo que tenía novia y que la pensaba preñar para tener un hijo que lo vengara. —¿Y de qué, Plaguita? -No, de nada, de lo que fuera. De lo que no alcanzara él” (Vallejo, 1994. Pág. 41).

⁵ Datos ofrecidos por el DANE (1995) en su informe: Las migraciones internas en Colombia, 1988 – 1993.

Presentar a Medellín en clave de representación histórica, es apostar por un nivel de comprensión del pasado desde la cultura, para sugerir apuestas, que indiquen que el problema mutó a lo largo de esas décadas, en esencia no por las armas, ni los carteles, ni el Estado, sino por el ambiente cultural de los pobladores de la ciudad. En donde imperaba la idea de que por el hecho de ser una raza echada para adelante, necesariamente debía conseguirse las cosas, de manera inmediata y sin importar a qué precio.

La idea desarrollada por el CNMH (2017) es que los actores y las formas que la violencia tomó en esta ciudad entre 1980 y 2014 tuvo unos fuertes impactos y generó formas de resistencia social y cultural. El inicio es el grado de familiaridad que se adaptó para con la crisis, es decir, de cierto modo la violencia en la ciudad de Medellín se hizo tan cotidiana, que empezó a existir una cierta adaptación a ella, con este ambiente marcado por emociones colectivas y las dinámicas de una sociedad conocida por ser emprendedora, el ambiente cultural no tardó en sufrir una drástica modificación en los valores, las normas y los hábitos de la población.

En los distintos espacios de participación que se convocaron en el marco de este proceso de reconstrucción de memoria histórica, las personas de muy distintas latitudes de la ciudad afirmaron con vehemencia que los impactos más profundos que ha dejado el conflicto en Medellín están en la cultura, en la forma en que las personas sienten, desean, piensan y valoran (CNMH,2017, pág. 221).

Si a esto se le suma el ambiente generado por el narcotráfico que reforzaba el modelo de vida adaptado al hedonismo, a lo profundamente efímero y la consecución del dinero fácil. “Esta cultura del dinero fácil aparece como un factor explicativo importante y en relación con lo que se considera una mentalidad propia de los antioqueños” (CNMH,2017, pág. 323). Existe pues un daño con la manera de desear, porque lo que se desea es material, lo que se desea es abundancia, lo que se desea puede conseguirse de cualquier manera.

Los habitantes de esta ciudad son muy propensos al dinero fácil, o sea, esta ha sido una ciudad donde a la gente le ha gustado mucho hacer fortuna. Entonces desde el siglo XIX viene esa mentalidad, ¿cierto?, y se dice siempre que la cultura paisa es echada pa’ adelante, que es una verraca pa’ los negocios. Entonces ahí está como el caldo de cultivo para que acá los narcos hicieran como su nicho, porque es una ciudad en donde la gente quiere todo rápido (CNMH, Entrevista hecha a un hombre del taller de memoria con educadores, 2015. Pág. 325).

Esto se proyectó sobre diversos sectores sociales, dejando una huella profunda en el espíritu de la ciudad, que, en sintonía con las demandas no satisfechas, buscó mediante el fenómeno más cercano, es decir el narcotráfico, sus formas rápidas de enriquecimiento, reafirmando por un lado la comunión de la ciudad con las drogas y la muerte y por el otro, la justificación de la violencia.

Luego de explorar la noche de Cali y la desconfianza de Medellín, se da paso a las representaciones de la ciudad de Bogotá, en este punto se analizará las construcciones alrededor de Bogotá como una aldea en las primeras décadas del siglo y el ambiente decadente entre los años 60 y 70. Al momento de analizar cualquier tipo de representación hay que tener en cuenta su objetivo principal, el cual es presentar concreciones de las formas y las maneras de ver una materialidad, la realidad del mundo en un lugar y en tiempo específico. Por eso, el siguiente apartado busca analizar, por un lado, de qué manera era vista Bogotá en dos diferentes momentos del siglo XX y, por el otro, cómo se configuraron esos sistemas de referencia y significación del espacio para los habitantes de la capital.

Bogotá, es ese maremágnum endemoniado de contradicciones, incongruencias, contrasentidos, por fuera de todas las normas establecidas, hay que decirlo, es esta ciudad. En su atmósfera cambiante y tensa, mediatizadas aparecen y desaparecen imágenes estables y fugaces, imágenes de pronto pintadas en las paredes, quizás huyendo para luego esconderse y entre tantas apariciones, el hombre ciudadano, incluso llega a perder el control y la razón de sí mismo, al confundirse con las imágenes fugaces que huyen, "imágenes en que emerge la figura del hermafrodita" porque el hombre lleva lo visible como lo invisible en una especie de tatuaje sobre la nuca (Alape, 1998, pág. 14).

Estudiar históricamente la ciudad más importante de Colombia, no es tarea fácil. Detrás de cada representación, existe un cúmulo de experiencias, que hacen visible una construcción representativa que desemboca en una práctica que otorga sentido a la realidad dentro de la metrópoli. Este espacio ha sido calificado desde muchos flancos como un lugar con texturas variadas, decir que Bogotá tiene un ambiente apesadumbrado e inseguro en su totalidad es una falacia, al igual que decir que es un foco de progreso para todos sus habitantes.

En ese sentido para comprender el contexto cultural de la ciudad es necesario ver los lados más tipificados, dada su variedad y la múltiple cantidad de espacios de los que está constituida la ciudad. La primera representación desarrolla algunos planteamientos acerca de la manera como son observados los espacios y personas en la Bogotá en las primeras décadas del siglo XX.

Al iniciar el siglo XX la mejor manera de representar a la ciudad de Bogotá es como una aldea. La vida en la naciente urbe se asumía como la de cualquier provincia de Colombia. El hecho de conocer a la mayoría de las personas, llamarlas por su nombre o saludarlas de la mano, permitía un alto grado de cercanía y comprensión. Con esto se quiere decir que el ambiente era propicio para colocarse en el lugar de los demás, cosa que desarrollaba el sentimiento de compasión frente a las desgracias del prójimo, la sensación de humanidad podía palpase en las relaciones y en la cotidianidad.

En 1904 Bogotá carecía de automóviles y buses y camiones y motocicletas y radios y televisores y de todos esos artefactos infernales que matan, enloquecen o idiotizan al hombre de nuestro tiempo, pero poseía sentido de la solidaridad humana; las gentes compartían el dolor ajeno y se congregaban solícitas alrededor del lecho de un enfermo desconocido o junto al cadáver de un vecino a quien jamás habían visto anteriormente. Carecía de los dos millones de cuerpos que hoy se agitan, empujan atropellan en las calles, cines y buses, pero poseía cien mil almas capaces de sentir, de gozar, de padecer, de conmoverse con un poema y arrojarse con una sinfonía (Salom, 1983, pág. 22).

El clima de las relaciones era propicio, ya que la futura ciudad era para la primera década del siglo un lugar con poca extensión donde se representaba el carácter mestizo tanto en sus construcciones como en sus habitantes. Como lo expone Forero (2016), por un lado, empezará a surgir unas primeras edificaciones de lujo donde vivía la clase alta, situadas en los barrios de La Candelaria y La Catedral, amobladas con accesorios traídos de Europa; por otro, casas de un solo piso ubicadas en Las Aguas, Santa Bárbara y Las Cruces donde habitaban los obreros y, por último, chozas hechas con variados materiales ubicados en el Paseo Bolívar donde vivían aquellos de condición más humilde. Esta conjugación arquitectónica y de sujetos era la representación paisajística de la aldea.

En 1904 Bogotá era una aldea que limitaba por el norte con la Iglesia de San Diego; por el sur con la de Las Cruces; por el oriente con la de Egipto y por el occidente con la de La Capuchina. Veinticinco calles y quince carreras empedradas por las que caminaban parsimoniosamente los cachacos con solemnes cúbilos o bombines y bastones de empuñadura de plata; las señoras "jailosas" tocadas con enormes sombreros de plumas; las criadas envueltas en pañolones de fleco y los artesanos ataviados con ruanas, sombreros de jipi-japa y alpargatas (Salom, 1983, pág. 20).

Bogotá de las dos primeras décadas del siglo no contaba con todos los beneficios propios de una ciudad, la precariedad de la consolidación de una red de servicios públicos era notoria. Los

habitantes de Bogotá ante esta situación vivían una existencia, según las condiciones de posibilidad, siendo la calidad de agua uno de los conflictos con más resonancia pública por su alta tasa de mortalidad.

El agua no circulaba, como ahora, por los tubos del acueducto sino por el cauce de los ríos San Francisco, San Agustín, San Cristóbal y el de "El Arzobispo" y la única que se podía beber era la que manaba del "Chorro de Padilla", que era llevada a las casas en múcuras de barro. En cuanto a luz, la del sol era más radiante que en nuestros días, pues aún los sabios atómicos no le habían robado su energía; pero de noche la de la luna era insuficiente y los bogotanos tenían que quemarse físicamente las pestañas con la llama de velas y espermas, si querían ver algo... distinto de la más impenetrable oscuridad (Salom, 1983, pág. 46).

En razón del evidente deterioro del servicio de agua y su característica de no ser apta para el consumo humano, según Forero (2016), para el año 1918 se inició la compra de los predios que estaban en los nacedores y la clorificación del agua y en 1923 se iniciaron los trabajos para la conducción de las aguas del río San Cristóbal y la construcción de la planta de Vitelma. Era una respuesta necesaria por parte de Bogotá puesto que era inminente su acelerado crecimiento. Aun así, todos los esfuerzos que fueron dirigidos en la década del 30 para la construcción de la regadera del Sur y la planta de tratamiento de Tibitó. "En la década del 50, la capital se acercaba al millón de habitantes (715. 250) y el 40% de la población carecía del servicio" (DANE, 1987, pág. 51).

Este ingrediente introduce otra característica de la representación: la sobredimensión y acelerada expansión de la ciudad. Testigo de esto son los habitantes que nacieron iniciando el siglo. El mapa de transformación de la aldea que va de los años 10, a la industrialización de los 20, pasando por los múltiples cambios políticos y las resonancias de la violencia del 40 y las migraciones del 50, produjo todos los cambios imaginables en el espacio público y las relaciones.

Era el año de 1964. La explosión demográfica y la inmigración producida por la violencia habían decuplicado la población de Bogotá. La aldea que había asistido horrorizada al bautismo de Simeón se había convertido en una metrópoli. Edificios de veinte y treinta pisos, grandes avenidas, inmensos almacenes, enormes residencias, restaurantes de todas las nacionalidades, millares de vehículos, centenares de miles de peatones vestidos con los más abigarrados colores que mascaban chicle, tomaban "Coca- cola", decían "Okey" y se despedían con un "Chao" (Salom, 1983, pág. 149).

Plantear la representación de los primeros visos de ciudad y su transformación en el transcurso de cinco décadas, deja como resultado a un cúmulo de testigos de la mutación y el mestizaje de esta monumental ciudad. Quizá a los portadores de la representación lo único que les quede de esa remembranza es una profunda nostalgia.

Salió a la calle y caminó un trayecto por la carrera séptima. Le gustaba dar un paseo todas las mañanas, sentir el sol o la brisa que anunciaba lluvia y pensar que recorrer unas cuadras al día impedía el infarto. Fue al café Pasaje, en el que encontró al grupo de amigos que se reunían allí a leer el periódico, a comentar la política y en especial a recordar la Bogotá en los tiempos en que eran jóvenes (Fayad, 2006, pág. 18).

El siguiente fragmento analizará la segunda representación de la ciudad de Bogotá, denominada *ambiente decadente, la ciudad y sus habitantes*. El objetivo sigue siendo el esclarecimiento de las representaciones que estén relacionadas con la crisis acaecida en Colombia durante el siglo XX.

La literatura muestra sectores y habitantes específicos en la década de los años 70 sumidos en el declive. El ambiente perfila una gran cantidad de personas con la crisis en sus entrañas, algunos con el sinsentido en su devenir y otros tratando de sobrevivir a toda costa. Las calles capitalinas del centro de la ciudad son el lugar predilecto donde se congregan múltiples personalidades.

Ángel Callejas las enteró del lugar al que se dirigían, un chofer les informó sobre el bus que debían tomar y luego los transeúntes las fueron guiando por esas cuadras de viejos edificios de oficinas, de locales de comercio, de restaurantes y puestos de fritanga, por las que entre los empleados y los clientes transitaban carteristas y raponeros, camorristas malhablados, cachifos sin oficio, mercachifles de la calle doce, esmeralderos de la catorce, piperos de la carrera trece, putas de poca monta, jugadores de dado, tahúres de billar, gamines patoteros, serenateros trasnochados, chulos de copera, cafres patilludos, camajanes descamisados, vendedores ambulantes, revendedores de joyas, detectives sospechosos, anunciadores de ungüentos, culebreros alharaquientos, timadores de bolita, calanchines de timadores, echadores de suerte, politiqueros sin puesto, traficantes de chucherías, cascareros atarvanes, cantantes de la calle, pregoneros de felicidad, compradores de botellas y cuchilleros camuflados (Fayad, 2006, pág. 148).

Tener en el panorama a todos estos sujetos, da cuenta de los contrastes y muestra las múltiples formas de interpretar la representación de una ciudad de herencia provinciana, construida sobre un flujo constante de migrantes internos, en una época en que sus variables más considerables

desglosa el repertorio de motivos por la cual la capital del país, lejos de ser una ciudad de primer mundo, congrega personas dispuestas a vivir una existencia diferente a la establecida por cánones ya sea por gusto o por necesidad.

La cuestión principal aquí recae sobre todo aquello que significa para la ciudad este cúmulo de habitantes de calle, prostitutas, vendedores ambulantes, pordioseros, etc. Ubicados en sectores específicos que dan al espacio una representación inamovible por las formas de divertirse y de consumir placer, todas se establecen en espacios delimitados a los que se representa como inmorales e inseguros.

Eché a andar sin rumbo. Aquel sector estaba poblado de hoteluchos de la misma categoría. Calle 12, carreras 13 y 11, calle 11, alrededores de la Plaza de Mercado... Mujeres en la caza afanosa de un hombre que les pagara cincuenta centavos para comer algo al día siguiente. Rateros en la doble búsqueda de una mujer cualquiera y de un refugio donde ocultar su última fechoría. Cargueros ebrios de chicha, que salían furtivamente de los expendios semiclandestinos. Un mundo de miseria, de horror, un centro de los despojos de la ciudad, impasible para esa desazón acumulada, para esa desolación desamparada. Y Tránsito avanzaba, sin saber a dónde dirigirse en espera de una clemencia dentro de esa maldita ciudad (Osorio, 1979, pág. 27).

La repelencia a las formas de vivir de los protagonistas antes mencionados y la actitud de pánico, asco y repugnancia da como resultado otra característica de la representación: la inseguridad

Esta cuestión puede entrar en diálogo con la investigación de Avendaño (2017) el cual reflexiona sobre algunos cuestionamientos acerca de la manera como son representados los lugares, espacios y territorios urbanos de Bogotá, por medio de la inseguridad y el miedo. Una de las tesis principales se puede resumir en la siguiente sentencia: los habitantes de Bogotá no soportan ni la soledad de ciertas calles ni el abultamiento de otras, pues en una u otra condición se es potencialmente víctima.

Los habitantes de cualquier ciudad están en constante relación con el espacio, esto hace que forjen lazos identitarios con el mismo, asignando al contexto territorial, símbolos y significados. Ahora bien, existe dentro de esa construcción identitaria unos imaginarios de inseguridad urbana, que se dan ya sea por una vivencia, experiencia, recuerdo, narración, etc. Por parte de los sujetos que habitan la ciudad, así que “el imaginario claramente es una manera de representar los vínculos

individuales, colectivos, reales e irreales, con los lugares y los territorios, donde la noción de inseguridad urbana ha empezado a convertirse en un sinónimo de ciudad” (Avendaño, 2017, pág. 58).

La investigación finalmente lleva a presentar una imagen compartida de los habitantes de los centros deteriorados o las periferias como los principales victimarios, autores del miedo, la violencia y la delincuencia en la ciudad, ya que, según esta perspectiva, son poblaciones que por sus condiciones de pobreza se ven obligada a incidir en actividades ilegales.

Esto lleva a que se genere una idea de peligro alrededor de todos los personajes de las clases más despreciadas. “Yo había pensado en un segundo piso para librarnos de las putas, los pordioseros y los vendedores ambulantes, pero es poco viable. En último caso conseguimos dos porteros o un vigilante con revólver como hacen ahora en todos los almacenes porque Bogotá está llena de gamines y locos” (Fayad, 2006, pág. 88).

Además de eso, Avendaño (2017) comenta cómo de manera progresiva se va alimentando este tipo de razonamientos anclado a las estigmatizaciones, utilizando una figura simbólica de dualidad, por ejemplo, lo bueno y lo malo para expresar lo caótico y lo anárquico de ciertos sectores de la ciudad.

Esta suerte ubica en el mismo saco situaciones sociales, poblacionales y territorios, forman una sola amalgama que comparte las siguientes condiciones: violencia-pobreza, delincuencia-periferia, criminales-desesperanzados y -marginales-miseria. Esta tildación no está presente sólo para las formas de vida callejera, también se aplica a los habitantes del sur de la ciudad. La representación decadente de la ciudad de Bogotá para los años 70 transita entonces del centro a los barrios del sur de la urbe. Mientras que la ciudad de los pobres sigue estando en el mismo lugar, y la de los ricos sigue alejándose.

Los barrios suburbanos albergan una sucia y abundante población de miserables y de proscritos. Son los obreros de escaso salario, que no tienen seguridad de su trabajo y cuya vida descansa, por consiguiente, en el vacío, que se aglomeran con familias famélicas en chozas y cabañas primitivas, o en sombrías piezas, tétricas, sin higiene, sin moral. Son una masa densa de promiscuidades, de donde emana la caterva devorada por la pobreza y la suciedad que mancha la pulcritud social, tan envanecida de sus privilegios, y que es un testimonio acusador de la falacia y la mentira que se

escudan tras los términos convencionales de beneficencia, caridad, democracia (Osorio, 1979, pág. 106).

La ciudad de Bogotá se caracteriza por contar con un borde paisajístico majestuoso al costado oriente. Son los denominados cerros orientales que se convierten en el telón de fondo de la misma ciudad. Se trata de una franja de transición donde se inicia la Sabana de Bogotá y la zona de pronunciadas altitudes. Estos cerros en dirección sur oriental correspondiente a Monserrate y Guadalupe, que para la época ya son un hito paisajístico en la representación colectiva de los habitantes de la ciudad. Sobre los límites de estos cerros, en las periferias del sur, la ocupación de personas con fuertes raíces campesinas, dieron como resultado una serie de barrios que empezaron como invasiones, invasiones que se convirtieron en tugurios y luego suburbios.

Sobre el plano fuertemente inclinado que constituye la estribación del cerro, el barrio de la Perseverancia cuyas pendientes vías van a diluirse contra la áspera muralla que contiene a la ciudad por el oriente, congrega familias obreras. Algunas casas a vanos centenares pretenden ostentar dignidad y decoro, especialmente las calles principales, y hay varios edificios de dos pisos. El barrio no surgió como una aglomeración de covachas parecida a la que limitó durante mucho tiempo el Paseo Bolívar, ni se constituyó como una población troglodita similar a la que ha habitado entre las sinuosidades de Monserrate y Guadalupe y entre los matorrales del Boquerón (Osorio, 1979, pág. 114).

En sí la cultura y los individuos de las clases más bajas son nombrados bajo el rótulo de decadencia. Son utilizados peyorativamente, múltiples adjetivos para definir un tipo particular de población. “La chusma. Compacta marejada de caras mestizas, de ropas mugrientas, de olores agrios, la habitual muchedumbre de los barrios del sur, de la Perseverancia, de San Victorino, de la plaza de mercado, de las cantinas, de los buses, de las canchas de tejo y el centro” (Mendoza, 1980, pág. 263). Todo lo analizado anteriormente da una especie de mezcla social y paranoia colectiva, el ruido enloquecedor como actitud de seres inadvertidos, densidad de colores en la ropa, diversos ritmos en el caminar, violencia verbalizada, soledades y angustias, empuja a un individualismo absoluto en donde la ciudad de uno, la ciudad de los otros es al fin de cuentas la ciudad de nadie.

Al terminar este apartado de la ciudad, se ha intentado poner en escena las diferentes representaciones históricas que se apreciaron en las fuentes y que son una apuesta por una

perspectiva, la cual es analizar la realidad representada como la expresión de un colectivo determinado, social e histórico, puesto que, como dijese Mendiola (2005), la historia cultural no describe el pasado, sino que describe observaciones del pasado. La historia cultural no trabaja con objetos definidos, sino que lo hace sobre las maneras en que ciertos colectivos sociales observan lo real, precisamente aquello que Chartier ha denominado como representación, teniendo en cuenta que la propuesta desde la historia cultural construye su acercamiento a una versión de lo real, por la mediación de las observaciones.

En el trasfondo siempre está el cuestionamiento de ¿por qué razón la realidad fue de esa manera? Para Mendiola la pregunta sería ¿para quién lo real fue de esa manera? Esto ha hecho indispensable tener en cuenta estos aportes en la tarea de observar las representaciones, ya que “la única manera de saber qué es el pasado es preguntándonos para quién, o mejor dicho, bajo qué distinciones el pasado es así” (Mendiola, 2005, pág. 31).

8.3 Representaciones sobre lo religioso

Es entendible el fenómeno religioso en el seno de la sociedad, puesto que la humanidad a lo largo de su historia ha estado inclinada a creer en algo sobrenatural, algo que se encargue de las incertidumbres sobre el origen y el devenir. Como bien lo refiere Durkheim (1986) una religión es un sistema solidario de creencias y de prácticas relativas a las cosas sagradas. Toda sociedad posee todo lo necesario para suscitar en sus miembros la sensación de lo divino, simplemente a través del poder que ella ejerce sobre ellos.

Este apartado emerge como uno de los más densos, debido a la cantidad de referencias en las obras con remarcados tintes religiosos, esto no debe parecer extraño, ya que el país atravesó prácticamente todo el siglo XX bajo las directrices de la Constitución de 1886, haciendo que la Iglesia Católica fuese la religión con más influencia y protagonismo en ámbitos como la educación la salud y la política

Colombia en el siglo XX tendrá como bastión de fe a la religión católica en muchos momentos de su historia. En cierto sentido este reconocimiento se identifica por el grado de organización que tiene ésta, es innegablemente su compleja e interna estructuración que da una suerte de eficacia logística e influencia en casi un 90 % en el grueso de la población colombiana. Esta intervención, deja como evidencia un escenario que las novelas retratan con persistencia y en el que se

reconocen unas representaciones que tienen una fuerte presencia en el tiempo y en la concepción de mundo por parte de los actores sociales.

Las representaciones religiosas que a continuación se presentará, se relacionan con las formas a través de las cuales las comunidades perciben y comprenden su sociedad y por las cuales se van delineando componentes, relaciones y agrupaciones que sirven para la descripción de la moral, los curas, la religiosidad popular y la voluntad de Dios.

La primera representación se ha denominado *Asumiendo la regulación, la iglesia católica manda*. Entrar en detalle a establecer cómo la iglesia ha tomado la forma y el poder en el territorio colombiano a partir de las representaciones religiosas desde el periodo republicano sería un camino bastante interesante de recorrer, lastimosamente, no está entre los márgenes de la investigación, lo que sí es posible es escalear una parte de su influencia en la cadena de repercusiones en relación al conflicto a lo largo del siglo XX.

De forma innegable la iglesia ha tenido un papel en la construcción de muchos proyectos nacionales, además de la perpetuación cultural de su protagonismo, su vocería y su eco, en las estructuras internas de los colombianos. La primera característica que marca esta representación es la apropiación de la iglesia sobre la moral, entendiendo que ésta es el conjunto de costumbres y normas que se consideran buenas o malas para dirigir o juzgar el comportamiento de las personas en una comunidad. La religión católica ha allanado todo este terreno para dictaminar a placer sus dogmas.

Tuluá parecía estar viviendo el carnaval de 1937, el primero y único carnaval que pudo realizar, porque el padre Ocampo dictó condena de excomunión para todos los que habían apoyado el desfile de carrozas, en el que salieron las candidatas al reinado con trajes ceñidos al cuerpo que reñían con la moral y las buenas costumbres que él tan celosamente defendía desde el año de 1924, cuando fue nombrado párroco de San Bartolomé (Álvarez, 1985, pág.113).

La validez de la moral cristiana era indestronable, y eso se constataba en el férreo mantenimiento de una posición antiseccularizante y antimodernizante, que solo guardaba la intención de gestionar una sociedad acorde al plan de Dios. “El padre Ángel le explicó entonces que, en efecto, la película no tenía ninguna calificación moral en la lista que recibía todos los meses por correo. —Pero dar cine hoy—continuó—es una falta de consideración habiendo un muerto en el pueblo. También eso hace parte de la moral” (García, 1962, pág.28).

La exageración de la moral hizo que iglesia tuviera una gran influencia en la opinión pública. Se sometía a juicio el comportamiento de las personas en relación con las manifestaciones de amor, preguntando constantemente ¿cuán moral era compartir casa con alguien, sin haberse acercado al sacramento del matrimonio? Definitivamente era una acción repudiable que ameritaba ser corregida, para sanar el daño moral y contentar a la iglesia y a la sociedad profundamente católica. “Al mes de haber huido de la casa paterna, Rosalba, agujoneaba quizá por el remordimiento del abandono de sus padres y para salvarse de las malas consejas del vecindario de sus parcelas, obligó a Rafael a cumplir perentoriamente el sagrado sacramento del matrimonio” (Vélez,1962, pág. 38).

El momento histórico en el que se encuentra ubicada la mayoría de las referencias, es el famosamente conocido periodo de la violencia. Éste se enmarca desde los sucesos anteriores al 9 de abril de 1948 y el asesinato de Gaitán, hasta las operaciones de las llamadas repúblicas independientes en 1965 y la formación de los principales grupos guerrilleros.

La iglesia en ese periodo gozó de una participación activa en su papel como reguladora de las acciones sociales y estatales. Es ampliamente conocida la relación por parte de la iglesia con el partido conservador, de hecho el problema religioso se convirtió en una de las fronteras política entre liberales y conservadores.

Este nexo histórico entre religión-violencia, puede ampliarse desde la propuesta de Arias (2003) en donde propone profundizar en la complejidad situacional que enmarca la presencia de la violencia en medio de dinámicas religiosas y su conjugación con la dimensión política, económica, social y cultural.

De por sí la tensión entre el poder eclesial y el poder estatal, hace que la religión sea violenta, pues manipula por medio del adoctrinamiento a los creyentes, inculcando la defensa del partido conservador y el baluarte de su fe. “El deseo de apología de los sistemas de ideologías y creencias permite, posibilita y promueve la persecución de estructuras opositoras, con actos provocadores, sancionatorios y de una violencia iniciada con intolerancia en diversos niveles” (Arias, 2003, pág. 32).

De esta manera se puede observar cómo el Reino de los Cielos no se conquista sólo con buenas intenciones. El establecimiento del cristianismo no fue un acto pasivo, ni en sus inicios

colonizadores ni a mediados del siglo XX. Por medio de la violencia se edificó un proyecto de nación entre las dos fuerzas ya conocidas, de esta manera la ferviente convicción religiosa justificaba el accionar violento, ya fuese desde las comunicaciones, la escuela o la vida cotidiana, para establecer un orden institucional eclesial y político.

En el escenario político de la mitad del siglo XX en Colombia confluyeron la cercanía del partido conservador y el clero eclesial católico, en cuanto a unificar esfuerzos en pro de una afirmación de la fe católica y en contra de la presencia de ideologías comunistas o socialistas en la nación; esto mediado por una lucha en la prensa escrita de la época con descalificativos públicos, especialmente de la derecha político-religiosa hacia la izquierda. (Arias, 2003, pág. 32)

La iglesia vendió la idea de luchar contra todo aquello que alterara el orden instituido y amenazara las buenas costumbres. Por lo cual, había que regular su expansión, por medio de sermones y doctrinas, como se mencionó anteriormente. “Las vecinas se remitirían al juicio deprimente de su señoría el canónigo, quien desde el púlpito fulminaría a los liberales del pueblo por ateos, masones, librepensadores, protestantes y otros pecados que a juicio de las vecinas merecían cien veces la condenación eterna” (Caballero, 1954, pág. 88).

La importante función que asumió la Iglesia Católica dentro del periodo de la violencia y el conflicto bipartidista, se manifestaba privando de la opción por la fe aquellos que no estaban en sintonía con la propuesta conservadora.

Tiene el cráneo roto.

Hubo un silencio. En los rostros de todos se pintaba la ansiedad.

-Si tiene los huesos rotos- dijo la mujer- debemos llamar al cura.

-El cura no vendrá.

-Viene si lo llamamos- dijo Nelly. Se dirigía a Esteban.

-No viene- dijo Esteban tranquilamente. Ladeó la cabeza y acercó el oído al pecho de Josefa-. Respira... aún respira. Si muere, tampoco le hará entierro.

-Tú, viejo- dijo la mujer-. Hablas muchas majaderías. Ya verás. Viene y se hará entierro... si muere.

-Él está con “ellos”. Él está contra nosotros- dijo lenta y suavemente, mirando el cuerpo de Josefa- Dicen que nuestro partido ya no es el partido de la iglesia (Echeverri, 1960, pág. 53).

Es innegable que las directrices de la Iglesia Católica a mediados del siglo XX como actor dentro del conflicto político dejaron consecuencias, por un lado, moralizantes y por el otro privatizantes, ya que los clérigos decidían quiénes tenían la posibilidad de tener la corrección y amparo por parte de la institución cristiano católica. A los que no, sufrían una suerte de desamparo y señalamiento.

"No, señor- dijo Domingo moviendo la mano-. Eso de matar es para ellos una cosa fácil porque ellos tienen la religión.

- ¿La religión? ¿Y qué tiene que ver la religión? Ustedes también tienen la religión.

- No señor. Nosotros no tenemos religión. Ellos se quedaron con ella. Nos la quitaron... ¿cierto, Toribio, que ellos nos quitaron la religión?

-Es cierto- dijo Toribio-. El cura está contra nosotros.

-Por lo general todos los curas están contra nosotros- dijo el delegado- (Echeverri, 1960, pág. 161).

Fals Borda, Guzmán y Umaña Luna (1962) describen el panorama en el cual la iglesia no desvincula su participación como actor polarizador y representante auténtico del sectarismo y la exclusión, dejando como repercusión la organización pública de la lucha armada en algunos pueblos y veredas bajo la capitanía de campesinos liberales. El Partido Liberal fue reaccionando poco a poco a la provocación de los conservadores, sobre todo a partir de 1949, y sus actos de respuesta no se limitaron simplemente a ser una estrategia defensiva. La barbarie fue recíproca: los horrores y las atrocidades fueron plenamente compartidos; los actores criminales fueron reclutados en todos los sectores políticos. De tal manera que el campesino liberal no se limitaba simplemente a defenderse, sino que también respondía.

Aun así, se continuaba maltratando a los excluidos liberales. Dispuesta a jugar con ellos la iglesia propiciaba escenarios para atraerlos, con la firme intención de entregarlos. Lo hacía gracias al poder divino y a la misión de remarcar sus ideas para la conformación de la mejor Colombia posible.

A diferencia, pues, de la Policía y a semejanza de las Fuerzas Armadas, que antes se detallaron, los Sacerdotes de las Iglesias Unidas vestían un uniforme. Largas y holgadas túnicas color de

azafrán, sobre las cuales era fácil discernir la sombra o la mancha de cualquier deidad política; pero tan inocentes y generosas en sus pliegues, que todo perseguido se sintiera tentado a buscar en ellas el refugio último de la confesión ante Dios, ante lo que creyera ser su Dios sobre la tierra: ¡candidez y vanidad del pobre! Y de su confesión resultaban luego las huellas espirituales en su prontuario policíaco (Zalamea, 1952. Pág. 27).

Por elementos como aquellos, que pretendían buscar el “bien,” se hace visible otra representación religiosa en las obras literarias la cual titula, *La voluntad de Dios es la respuesta*. En conformidad con los elementos moralizantes antes mencionaos y el bienestar potencialmente posible, la voluntad de Dios será la respuesta a todo lo que suceda, con independencia del resultado. El motivo que justifica la intervención de la deidad católica se da porque él siempre quiere lo bueno. Esta representación pone de manifiesto el sentimiento de fe y certidumbre en todo lo que provenga de su divina intersección.

La sociedad colombiana, profundamente católica, ha retratado la presencia de Dios mediante la pintura, la música, las arquitecturas, etc. Ahora ¿cómo y de qué manera se entiende la representación de la voluntad de Dios? Parece ser que para el colombiano creyente del siglo XX la ausencia o presencia de un resultado con independencia de sus aristas, vendrá como consecuencia del deseo de Dios. “Si nos hemos quedado aquí toda una vida, ¿por qué no unas semanas?, nosotros aquí seguiremos esperando a que esto cambie, y si no cambia ya veremos, o nos vamos o nos morimos, así lo quiso Dios, que sea lo que Dios quiera, lo que se le antoje a Dios, lo que se le dé la gana” (Rosero, 2007, pág. 136).

A la hora de ver la voluntad de Dios representada históricamente en los textos, subyacen dos situaciones. Por un lado, puede existir una participación activa de los actores sociales mediante una súplica, en espera de mediación divina, que anhela la realización de necesidades y deseos.

Delante del altar una lámpara de aceite apagada. Casi siempre permanecía encendida, ungiendo con su aliento los rostros de vitela y yeso. Irra cruzó los brazos. Y balbuceó una oración: «Dadnos, Señor, algo que comer esta tarde. No hemos comido desde ayer. Ayer almorzamos cada uno con medio plátano cocido no más. Acuérdate de tus hijos, Señor mío Jesucristo, hágase tu voluntad, y no nos dejes perecer ahogados en tanta miseria (Palacios, 1949, pág. 41).

Y por otro, está el camino de una exigencia de la intervención divina, con resultados positivos e inmediatos, entendible desde la perspectiva que refuerza la representación de que cuando se deja todo en las manos de Dios siempre se aguarda con prontitud y esperanza lo mejor.

Usted, San Judas, no me tiene nada contento. Ningún trabajo le había costado ayudarme... Yo no soy uno de esos beatos pedigüños que piden sin necesidad. Si las mías no fueran tan apremiantes, lo importunaría. Cuando salga de esta iglesia voy a comprar una fracción de la Lotería del Valle. Ahí tiene una nueva oportunidad de salvarme. ¡Confió en usted! (Salom, 1983, pág. 121).

Se visualiza, además, otra manera de adjudicar la voluntad de Dios, y ésta es mediante el comportamiento. El credo instaurado históricamente, dice que todos pagan las consecuencias de sus acciones⁶. De esta forma, la representación de la voluntad lleva a establecer que un creyente colombiano ya fuese campesino o ciudadano, o de cualquier posición social, no podía vivir descuidadamente su fe, ni tomar a la ligera los asuntos de la iglesia. Como por ejemplo cumplir con el sagrado deber de los sacramentos. "Y como cada día trae su afán, aquel 5 de noviembre trajo el de ponerle una marca al producto o, en términos cristianos, el de bautizar la criatura. — ¡Hay que bautizar el niño pronto, porque le puede pasar algo y se va para el limbo y nosotros... ¡a los profundos infiernos! —dijo doña Eduvigis con voz sibilina" (Salom, 83, pág. 14).

Descubrir la voluntad de Dios en los hechos históricos que acontecían en la vida de los campesinos y ciudadanos colombianos, requiere prestar atención a los signos de los tiempos y leerlos desde la fe teniendo la seguridad de que Dios es quien tiene el control y que, por tanto, es capaz de hacer que todo el dolor obre para el bien propio y el de todos los que creen en él.

Lo invadía el presentimiento de la muerte, la veía llegar inexorable, soberana, dominadora; entonces con ánimo entero se preparó a recibirla, a mirarla cara a cara, no como quien huye y se esconde, sino como quien se echa resueltamente en sus brazos; como quien cumple el decreto irrevocable, resigna su voluntad en la voluntad divina, y rinde la vida ante su Dios como quien rinde la espada. Pudo llevarse la mano al cuello, sacó el cristo que le había entregado su madre, se lo llevó con un postrer esfuerzo a los labios. Proclamó en el fondo del corazón la fe de Jesucristo, la fe de sus mayores en que habían vivido y muerto los Ávila, por generaciones y generaciones.

Repitió las palabras que había pronunciado en la mañana después de la comunión:

⁶ No os engaños; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará (Gálatas 6:7).

- ¡Alma de Cristo, santifícame! ¡Cuerpo de Cristo, sálvame!...

Desprendiéndose de la vida, dando un último adiós a todo lo que en la tierra había amado, esperó la muerte (Marroquín y Rivas, 1986 pág. 352).

Atendiendo a todo lo anterior, surge la inquietud: ¿la conducción de la historia por parte de Dios, respeta la libertad del hombre? Parece que, justamente en pro de respetar esta libertad, Dios no interviene directamente, no se impone, no apabulla con su presencia, se trata de una libertad donde Dios hace y no hace al mismo tiempo. Es decir, se es libre hasta que la voluntad de Dios lo permita. No es un juego de palabras lo que caracteriza esta presencia de la voluntad de Dios, sino una especie de control soberano de todo lo que ocurre. Así, el colombiano promedio del siglo XX entregaba su devenir a la convicción de la voluntad de su deidad. “Dios en el fondo me ama —pensé— y quiere la salvación de mi alma. Por eso le ha puesto un escollo infranqueable a mi vocación de abogado. Si Él prefiere que yo sea un hombre honorable, hágase su santa voluntad. Y sonreí tristemente” (Salom, 1976, pág. 44).

Paso seguido, se expondrá la relación entre la religión establecida y algunas particularidades locales, esta relación da como resultado la representación llamada: *Un pueblo de piedad popular*. Esta es una característica de la riqueza cultural del país. Pueda que, en principio, la misma religión la considerara como algo primitivo o como una manifestación menos pura de la fe, pero es inevitable desestimar las representaciones de piedad popular y pasar por alto sus manifestaciones. Siendo éste uno de los países más creyentes, la religiosidad popular es una expresión constante de la búsqueda de Dios y de la fe cristiana, enraizados en la idiosincrasia y la historia de la sociedad colombiana.

La característica principal de esta representación, es tal vez, la reiteración en la búsqueda de favores, utilizando objetos a los que se les atribuyen el poder divino, algo distante a la intersección de la oración que se veía líneas arriba. La religiosidad popular constituye una expresión de la fe, que se vale de los elementos culturales de un determinado ambiente, como lo son baños, cruces, velas y mantas ensangrentadas, entre otros. “—Todos los Barraganes usan la cruz de Caravaca. Es su talismán. Le piden dinero, salud, amor y felicidad. —Las cuatro cosas le piden, pero la cruz sólo les da dinero. De lo demás, nada han tenido ni tendrán” (Restrepo, 1997, pág. 8).

Interpretando la sensibilidad de los actores sociales y la manera de acercarse a Dios, se puede inferir cómo el colombiano acude a sus fundamentos religiosos en tiempos de crisis y presencia del dolor, para salir del turbio momento, sopesar la pena y ser agradable a Dios. “Chepita cerró la central apenas le olió a candela de butaca de teatro, prendió el ramo bendito, el cirio de San Blas y las espermas de Tierra Santa, regó el agua de Lourdes disimuladamente sobre la calle y entonó un trisagio en todo el centro del patio de su casa para la protección y ayuda de Dios” (Álvarez, 1985, pág.14).

En el contexto colombiano, la fe busca expresarse de manera viva y eficaz, es una religiosidad con la que se expresan unas creencias y unas actitudes propias de la confianza en un ser divino y que además reflejan la necesidad de protección bajo rezos, signos y figuras.

La oración del justo juez. Satisfecho de su ministerio, recogió el sombrero y el palo, y dijo inclinándose sobre el cuero de toro donde me hallaba tendido: No se deje acochiná del doló. Yo lo curo presto: con otra rezáa tiene. Miré con asombro a Clarita como para indagar la certidumbre de cuanto estaba pasando. Era convencida creyente, que manifestaba respeto fanático. Para ahuyentar mis dudas, expuso: —¡Guá! chico, Mauco sabe. Es el que mata las gusaneras, rezándolas. Cura personas y animales. —No solo eso —añadió el mamarracho—. Sé muchas oraciones pa tóo. Pa topá las reses perdías, pa sacá entierros, pa hacerme invisible a los enemigos (Rivera, 1958, pág. 77).

Para el pueblo colombiano no importaba realmente las exigencias más puras de la vivencia de la fe, como por ejemplo existir en la búsqueda de la santidad, o cumplir todos los mandamientos al pie de la letra, sino vivir su fe en la relación con un Dios que tiene la actitud de ayudar, siempre y cuando se tenga devoción. Así es como muchas extravagancias pueden componer este sentido de la religiosidad popular, esclareciendo los lenguajes y las maneras de expresión, más cercanos a lo simbólico y lo intuitivo, que a lo sensato. Por esa razón se puede dar el paso de las cosas simples a las extravagantes. Como, por ejemplo: "Al llegar al lugar donde se encuentra el lampadario de San Roque, que con Nuestra Señora de Chiquinquirá se repartía sus preferencias, Siervo se arrodilló reverente. Hizo una seña al monaguillo y le dio diez centavos para que encendiera en su nombre una vela al santo. —De las largas! —le susurró al oído” (Caballero, 1954, pág. 20). Del signo de la fe en la luz y su perseverancia, pasar a la adoración de un objeto menos común:

Le cubre la cara con un pañuelo de seda y lo coloca boca abajo entre el ataúd, sobre faldellines de encaje. —En ese pañuelo quedó grabado el bello rostro de Narciso, pero con las facciones perfectas,

como antes de la granada. Ese pañuelo todavía impregnado en pólvora y en perfume está guardado en la catedral, donde van a rezarle las personas con malformaciones faciales y las que se han hecho la cirugía estética (Restrepo, 1997, pág. 84).

De esta manera, se ven varias manifestaciones de la fe y del culto a Dios, que responden a unas vivencias culturales propias. Para la representación de la piedad popular Dios se mantiene activo, interviniendo en la vida de las personas y de los pueblos. Es una percepción que afianza las creencias y la intervención mística dotando de espíritu, talismanes y prácticas su diario vivir.

Es importante comentar que también existen otras formas, que, aunque minoritarias, son recalçadas como parte de esa preocupación espiritual. Curiosamente, la gente que lo hace y acude a ellas son creyentes de Dios y de su iglesia. Como anteriormente se ha recalcado, ser religioso implica estar protegido, en este caso tal vez, gana más la curiosidad de tener certezas inmediatas.

Ignorando a Narciso la vieja balbucea letanías, enreda y desenreda trabalenguas sagrados, agradece a la Virgen del Carmen, la santa mechuda, patrona de los oficios difíciles. Invoca otras vírgenes y mártires. Exorciza demonios, obstáculos, enemigos y peligros, y cierra derramando bendiciones sobre la cabezota piadosamente inclinada de Nando Barragán. Después ordena: —Hazle un regalito a fray Martín de Porres. —Es un santo flojo, que sólo les hace milagros a las mujeres y a los enfermos — se ríe Nando. —Trágate tus palabras, Nando Barragán, porque es el santo más rencoroso del santoral. Si no le cumples, se venga. Tenle miedo y respeto. —A ningún santo le temo, pero a ti sí —contesta Nando, le entrega a la vieja un fajo de billetes y le pide que le lea la suerte en la taza de cacao (Restrepo, 1997, pág. 28).

Recurrir con frecuencia a ritos, imágenes, signos visibles y gestos corpóreos, rememora y celebra esas intervenciones de Dios en la historia del pueblo. En los lugares vinculados a estas acciones salvadoras de Dios, las gentes establecen iglesias y santuarios, además de ir de la mano con la astrología, los horóscopos, el tabaco y los rezos, para ver aquellas cosas que de otra manera sería imposible conocer.

—¿Sabe echar la suerte? —preguntó el alcalde.

Cassandra volvió a sentarse en la hamaca. «Desde luego», dijo. Y después, habiendo comprendido, se puso los zapatos.

—Pero no traje la baraja dijo.

—El que come tierra—sonrió el alcalde—carga su terrón.

Sacó unos naipes gastados del fondo de la maleta. Ella examinó cada carta, al derecho y al revés,

con una atención seria. «Los otros naipes son mejores», dijo. «Pero, de todos modos, lo importante es la comunicación.» El alcalde rodó una mesita, se sentó frente a ella, y Casandra puso el naipe.

—¿Amor o negocios? Pregunto.

El alcalde se secó el sudor de las manos.

—Negocios—dijo (García, 1962, pàg.119).

Las representaciones son descripciones de la comprensión del mundo, por eso éstas ya sean religiosas, mágicas o esotéricas, dicen mucho de los actores sociales del pasado y ayudan a ver un poco más de cerca cómo percibían su relación con la piedad y el futuro. Establecer el grado de superstición del colombiano promedio, de las provincias o el campo, es difícil, cuando solo se tiene a Dios, aunque no es el único representado.

Ahora, se pasa a la última representación de este apartado: *Fe y violencia*, la cual tiene como objetivo, ver la relación de la fe de algunos actores de la sociedad colombiana con el convulso ambiente que atraviesa el país. Luego de analizar las representaciones de Dios y de su iglesia en las novelas, surge la pregunta ¿con quién está Dios? Es evidente que ésta cuestión tiene un alto grado de dificultad, para la cual ni siquiera los teólogos tendrían sentencias absolutas. Es decir, ¿cómo se estudia el pensamiento de Dios?, asunto bastante complejo. Aquí lo que se quiere es ver cómo se representa la filiación de Dios a un bando, ya que la fe está enraizada de una forma tan sólida en la representación de la realidad de los colombianos, que se pone de manifiesto la idea que cada bando tiene por derecho la protección de Dios.

Las balas rezadas se preparan así: Pónganse seis balas en una cacerola previamente calentada hasta el rojo vivo en parrilla eléctrica. Espolvóreense luego en agua bendita obtenida de la pila de una iglesia, suministrada, garantizada, por la parroquia de San Judas Tadeo, barrio de Castilla, comuna noroccidental. El agua, bendita o no, se vaporiza por el calor lento, y mientras tanto va rezando en el que las reza con la fe del carbonero: —Por la gracia de San Judas Tadeo (o el Señor Caído de Girardota o el padre Arcila o el santo de tu devoción) que estas balas de esta suerte consagradas den en el blanco sin fallar, y que no sufra el difunto. Amén (Vallejo, 1994, pág. 74).

Si bien esta cita puede tener relación con al apartado anterior en el que se comentaron las representaciones de la religiosidad popular, Chartier (1992) pone de manifiesto la necesidad de examinar la función activa de la representación, en tanto no se la considera sólo como un rasgo del

contexto, sino por el contrario como un elemento que determina el rumbo de la acción social. Por eso las acciones caracterizadas por los actos de fe, con simbolismo y con rituales propios, son centrales en el estudio de las crisis, porque dan visos de algo tan central en la vida de los autores del pasado, como lo es la religión y el conflicto.

A las nueve los vengadores se ponen de nuevo en pie de guerra y llenan el patio de ruidos sordos de pisadas y de fierros. Se echan agua en la cara, toman las armas, se hacen la señal de la cruz en la frente, en el pecho, en el hombro izquierdo y en el derecho, y vuelven a los jeeps a esperar al jefe máximo. Nando se demora dos minutos mientras se encomienda en privado a su talismán protector. Lo aprieta con devoción entre la mano, Santa Cruz de Caravaca, a tu Poder yo me acojo (Restrepo, 1997, pág. 76).

Lo anterior es una de las múltiples citas que afirma cómo Colombia, a lo largo del siglo, fue un territorio sofocado por la profunda crisis económica, política y social que ha suscitado múltiples manifestaciones de violencia, haciendo que ésta se convirtiera uno de los rasgos definitorios de nuestra idiosincrasia. En este sentido la representación de la fe del pueblo, se establece como garante para encontrar soluciones inmediatas y operaciones milagrosas, ante las distintas situaciones que se presentarán, dando preponderancia a las realidades *ipso facto* que ameritaban ocupar posiciones y defender intereses dentro de la realidad sumida en la crisis.

Mediano y duro, como fundido en acero, con el cuello de toro de su raza guerrera, el general es un hombre de silencios largos y taciturnos, y capaz al mismo tiempo de desahogos íntimos en círculos de amigos: un guajiro puro. Pero en su oficio no tenía matices. Para él la guerra contra el narcotráfico era un asunto personal y a muerte con Pablo Escobar. Y estaba bien correspondido. Escobar se gastó dos mil seiscientos kilos de dinamita en dos atentados sucesivos contra él: la más alta distinción que Escobar le rindió jamás a un enemigo. Maza Márquez salió ileso de ambos, y se lo atribuyó a la protección del Divino Niño. El mismo santo, por cierto, al que Escobar atribuía el milagro de que Maza Márquez no hubiera logrado matarlo (García. 1996, pág. 289).

Pareciera que, dependiendo de la circunstancia y el cargo de conciencia, las culpas se eliminan dando vía libre al exterminio progresivo del otro. No sobra recordar que la corriente de historia cultural se ocupa de los grupos sociales, de la gente común y corriente, de sus intereses y conflictos, y de los diversos aspectos de la vida cotidiana; entre todas estas aristas, es quizá el tema religioso el que juega un papel más transversal, como se ha examinado líneas arriba. Cada signo de violencia, unido a la fe, devela mucho de los actores sociales del pasado y del cómo existían.

“Vivían aferrados al mismo Divino Niño y la misma María Auxiliadora de sus secuestrados. Les rezaban a diario para implorar su protección y su misericordia, con una devoción pervertida, pues les ofrecían mandas y sacrificios para que los ayudaran en el éxito de sus crímenes (García, 1996, pág. 72).

Finalmente, para dar respuesta a la pregunta del inicio, resta decir que ésta representación pone a Dios como la seguridad que nutre las fuerzas de los que en él creen, con independencia de bando, asegurando íntimamente protección espiritual ante la posible desesperación, la impotencia o lo desconocido. Definitivamente poner a Dios por delante, en las citas con la vida y la muerte a través de la mezcla de creencias y costumbres propias demarca una forma de entender a vida por parte del pueblo colombiano, las crisis y catástrofes que siempre han favorecido a la perpetuación de esta atmósfera religiosa.

8.4 Representaciones Lúdicas

Para dar fin a este capítulo se expondrá las representaciones lúdicas, las cuales referencian las distintas formas, maneras y alternativas por las cuales los seres históricos conciben los espacios recreativos. A partir del contexto en que se desarrollan las crisis, se presenta una serie de apartados que son propios de la configuración de las representaciones y que pueden asimilarse como la válvula de escape a la turbia cotidianidad del pueblo colombiano durante el siglo pasado.

Según los fisiólogos, y biólogos en general, el juego está relacionado con la utilidad, esto es, con algún beneficio que es externo a la actividad misma, tales como la descarga de energía excedente, relajamiento tras la tensión, preparación para las faenas de la vida o compensación satisfactoria, mediante la creación de una vida ficticia, como medio de tratar de alcanzar aquello que, seguramente, jamás será real (Huizinga, 1999, pág.16).

Huelga recordar que la intención del presente trabajo es reconocer las representaciones de la crisis, en espacios concretos y bajo figuras específicas. En ese sentido, se quiere ubicar en este apartado tres representaciones: las peleas de gallos, la ingesta de alcohol y la relación con la música, entendiéndolas como formas de visualizar y enunciar la realidad, mediante los procesos interrelacionados de percepción y significación.

Ahora bien, como es sabido, el conflicto colombiano ha conjugado y recreado las formas más diversas y atroces de los repertorios del mal, como masacres, asesinatos selectivos, desapariciones

forzadas, abusos sexuales, entre otros. Estos escenarios generadores de crisis, despiertan en la población una especie de resistencia, que es de cierta manera otra forma de entender las representaciones lúdicas, puesto que la tradición auto gestiona la participación en espacios que liberen, difuminen y engañen todo lo que empaña la rutina y el tosco ambiente violento del país.

La primera representación lúdica es la correspondiente a *Las peleas de gallos y la hombría*. Este es un evento que de seguro fue fuente de intensas emociones en los habitantes colombianos del siglo pasado. Esta actividad nacida en Asia, pasó por Europa y fue inculcada por los españoles colonizadores en tierras del nuevo mundo. A lo largo del siglo XX se configuró como una de las tradiciones de más alto reconocimiento y participación de los pueblos de América Latina.

En Colombia, la proliferación de esta representación se refleja en las obras analizadas, alcanzado un alto grado de relación entre los actores históricos y los gallos de pelea, de hecho, se demarca que la preponderancia de las galleras es superada sólo por la iglesia, como uno de los lugares más significativos de un pueblo promedio en Colombia. “La gallera y la iglesia eran los únicos edificios importantes del Tambo. "Religión y vicio...El que peca y reza empata", pensó con verguiza el padre Barrios” (Mejía, 1963, pág. 20).

La recurrencia a la gallera, se daba por ser ésta un espacio que sostenía el encuentro entre hombres. “El Alcalde se sobresaltó levemente. ¡gallos! Se acercaban las grandes riñas y también él se había aficionado. "Porque el gallo despierta en el hombre su espíritu combativo, único capaz de hacerlo vivir” (Mejía, 1963, pág. 100). Esta relación, va muy en línea con el trabajo hecho por Geertz (1979) en donde afirma que este deporte está directamente asociado a la masculinidad, al cuerpo varonil y a la construcción de la idea de hombre a partir de la del gallo. Se resalta el hecho de que un gallo debe mostrar su raza, su casta y su linaje, por consiguiente, para muchos galleros este aspecto es crucial, pues así es como se construye el prestigio y el honor. “Para los balineses los gallos no son nada más ni nada menos que penes separables de sus dueños, convirtiéndose así en símbolos masculinos por excelencia” (Geertz, 1979, pág. 342).

Esta expresión simbólica del yo masculino, puede que desemboque en el escenario de crisis colombiana donde los hombres al verse impedidos de participar activamente en la defensa de sus intereses personales, familiares y sociales, dan a las peleas de gallos el espacio para representar la reafirmación de la masculinidad anteriormente descrita. Lo curioso en esta representación es que no se da una pelea de cuenta propia, es decir, interviniendo cada uno con sus fuerzas físicas, sino

como lo refería Huizinga (2007) la batalla es, más bien, una pugna, un encuentro de honores más que de armas efectivas, donde ni siquiera se hace necesaria una destreza. En este caso sólo bastaba con mostrar a los demás que se posee el mejor gallo.

Esto da pie para hacer un análisis primordial que involucrará el acto en toda su significación, es decir, con su verdadero sentido como función lúdica dentro del pueblo colombiano. La representación de las galleras, era parte fundamental de la cotidianidad de la cultura popular, la cual gestionaba múltiples sensaciones, entre ellas:

Los careadores levantaron los gallos, y chupándoles los espolones, se los frotaron luego con limón, para goce del público. Presto, a la voz del juez de pelea, los enfrentaron dentro del círculo. El gallero gritaba, agachado sobre el palenque: —¡Hurra, payito! Al ojo, que es rojo; a la pierna, que es tierna; al ala, que es rala; al pico, que es rico; al pescuezo, que es tieso; al codo, que es godo; ¡a la muerte, que ésa es mi suerte! (Rivera, 1958, pág. 88).

Es seguro afirmar que los gallos y las peleas de los mismos, fueron una fuente de emociones para un pueblo que con ansias esperaba el momento de acudir al encuentro de su masculinidad, con el honor y el escape como se manifiesta en la Vorágine “El viejo hundió los dedos entre las mallas del chinchorro. De repente propuso: —Mañana es domingo, y me da el desquite en las riñas de gallos. —¡Muy bien! Eso me da felicidad” (Rivera, 1958, pág. 81).

Ahora bien, si tiene de manifiesto que las peleas de gallos constituyen integralmente la representación del mundo de los pobladores de Colombia durante el siglo XX, es posible determinar que las riñas de gallo en últimas, hablan inconscientemente del gusto por la violencia de un público sumido en la misma.

Las manifestaciones en las que han sido descritas las peleas de gallos se sumergen en la naturalización de los repertorios de violencia del paisaje social y cultural en los territorios donde hacía presencia la crisis a través del terror y la regulación de la vida cotidiana. Esta especie de naturalización de la violencia se puede comprender, con Huizinga (2007), el cual afirma que el juego es una lucha por algo o una representación de algo, entendiendo representación como la presencia dada a priori de una realidad, en este caso el escenario de violencia. De esta manera, se puede proponer que el ejercicio de las peleas de gallos, es resultado del impulso por reproducir la realidad más próxima, convirtiéndose en el reflejo más fiel del sentir.

A continuación, se describirá la segunda representación, la cual obedece a las relaciones de los actores históricos descritos en los textos con *La ingesta de alcohol*. Se evidencia en esta interacción, una aceptación social al licor ya sea en forma de bebidas artesanales, como la chicha o de elaboración industrial como el aguardiente y la cerveza. Decir que a lo largo del siglo XX Colombia experimentó una fuerte tendencia a la ingesta de bebidas alcohólicas, puede parecer demasiado evidente. Lo importante es determinar las razones y por supuesto, rastrear la elaboración de la representación alrededor del licor en la vida cotidiana.

En línea con la representación anterior, y en general todas las de este apartado, la parte lúdica-recreativa es sin más, un punto de fuga que propicia al escape de la realidad. Rememorando el hecho de que Colombia se encuentre atravesada por momentos en su historia en donde la violencia ha sido causa y efecto en medio de un círculo constante que ocasiona heridas y vacíos que, a su vez, han generado la búsqueda de alternativas externas.

Dentro de esas alternativas se ubica el alcohol. En el contexto colombiano este estimulante permite al hombre transformar su estado de ánimo, seguramente en otras latitudes y tiempos no sea diferente. Desde una postura médica, López (2007) describe que las bebidas alcohólicas permiten mejorar los sentimientos de aislamiento, ansiedad y vacío. Además, en particular el alcohol produce en el individuo que lo ingiere, fenómenos sensoriales que modifican las funciones, en especial altera la percepción, la memoria y el juicio de realidad. Esto se manifiesta de forma más clara con una cita de la novela *Las estrellas son negras*, que describe el hostil ambiente de la ciudad de Quibdó. “Tal vez debe de ser mejor vivir borracho en cambio de andar con la barriga llena de viento todo el día... (Palacios, 1949, pág. 44).

Lo anterior indica que el alcohol altera la sensación de dolor, aunque sea por un tiempo limitado, pero se debe recalcar que los habitantes colombianos no accedían a él solamente en pro de evitar dichos estados, sino para estimular los efímeros momentos en que la victoria o la felicidad asomaba en la realidad de cada uno de ellos. El alcohol ejercía su función dentro del goce, como un mecanismo que permite el aflorar de las emociones. Piénsese en los numerosos encuentros entre amigos en cualquier vereda de Colombia en el siglo pasado con la siguiente cita: “Grupos de campesinos entraban a la pieza de Tránsito trayendo frutas, gallinas y pequeños paquetes envueltos en periódicos viejos. Un grito retumba y el baile se rompe al son de un alegre

bambuco. Por todas partes aparece gente con botellas de vino y anisado. Los tragos se les fueron trepando como las nubes por la empinada cordillera” (Vélez, 1962, pág. 22).

Es este ambiente donde se expresan el sentimiento de pertenencia en los instantes de triunfo. El alcohol, se constituye como el ícono de la unión, del compartir, del compañerismo, con propios y desconocidos. Pareciera que en Colombia del siglo pasado, existiera una programación automática para consumir licor.

—¿Usted está con la revolución? —le preguntó un individuo que sostenía en una mano un machete y en la otra una botella de aguardiente.

—La pregunta sobra. ¿Tengo cara de oligarca? pregunte quién suministró los fósforos para quemar el Palacio de Justicia...!

—respondió Simeón. —i Pues entonces a beber a la salud de la revolución! —dijo el sujeto, lo empujó hasta colocarlo de espaldas contra la pared.

Metió la botella en la boca y lo obligó a beber la cuarta parte del contenido (Salom, 1983, pág. 134).

Estos escenarios descritos con anterioridad son momentos esporádicos, pero existe a la vez un establecimiento de la bebida que se asume como vehículo de socialización dentro de la cotidianidad de los colombianos, en donde tomar chicha hace parte del estilo de vida de la comunidad y que es inherente a ella. Por eso el consumo es normal, podría decirse que en cierto sentido lo anormal sería que en el siglo pasado no se bebiera. Esto se resalta en la obra *El día del odio*, la cual narra los instantes previos al asesinato de Gaitán, desde una pareja de amigos de clase baja en la ciudad. “Más adelante pasaron frente a una chichería, anunciada por la presencia de grupos en animada conversación. Por el ambiente flotaba el típico olor acre de los cereales fermentados. Las puertas de las chicherías eran el único lugar en donde el impulso sociable del bajo pueblo de Bogotá encontraba oportunidad de expresarse y ante ellas se reunían los obreros al salir del trabajo” (Osorio, 1979, pág. 49).

Así pues, se puede definir como bebedores sociales a un grueso de la población del siglo pasado. Calvo y Saade, (1998) narran cómo la bebida fermentada se asoció cada vez más con la recreación y el alimento de las clases populares. Con el auspicio de éstas surgieron las chicherías como los lugares de socialización, lugares importantes para los grupos étnicos y sociales

subordinados. Además de eso, ellos presentan la siguiente cifra: “Para mediados del siglo pasado, eran los tiempos en que Bogotá estaba llena de chicherías estimando que se consumían más de 50 millones de litros de chicha al año” (Calvo y Saade, 1998, pág. 149).

Los individuos dependían del consumo de chicha para poder disfrutar de las relaciones con las demás personas, o para facilitar dichas relaciones y no regresar tan pronto al ambiente familiar o social del cual eran parte.

La mujer no parece del todo convencida, pero de todas maneras vuelve después con una botella verde y una totuma que coloca sobre la mesa. La botella no tiene etiqueta alguna y su corcho está sujeto por pitas. La champaña del pobre, dice Espitia. De la otra, doctor, ni el olorcito. Vidales corea su carcajada. El portero corta las pitas de la botella con una navaja y el corcho salta con un estampido, un estampido semejante al que produce una botella de champaña cuando se destapa, pero el líquido que fluye a borbotones llenando la totuma tiene un sucio color café. Grumos de espuma se adhieren a los bordes. Espitia levanta la totuma con las dos manos, reverente como un sacerdote alzando un cáliz. La sopla, no hay moscas, dice. Bebe y se la pasa a Vidales, que toma dos largos sorbos. La nariz se le enrojece en la punta. Está brava, dice Espitia, limpiándose también la boca, pero con el revés de la mano. A esta sólo le falta posición social como a yo. Vidales suelta la carcajada. Conteniendo la respiración para no percibir el olor, bebo a mi turno. La bebida tiene un sabor fermentado, agrio, repugnante. Fuera, en alguna cantina de la calle, se oye la música de una ranchera. Mientras la totuma pasa de mano en mano. Espitia nos cuenta que es miembro del comité gaitanista del barrio, de cómo está encargado de las finanzas y de una marcha de antorchas que habrá de realizarse muy pronto (Mendoza, 1980, pág. 192).

Como se ha venido observando las referencias en los textos son en relación a la bebida ancestral conocida como chicha que históricamente ha estado inscrita a un tipo especial de consumidores como se mencionó líneas arriba y se complementa así: “Sus consumidores habituales eran artesanos pobres, peones mulatos e indígenas, vendedores de las plazas de mercado y en general los sectores populares de las ciudades” (Calvo y Saade, 1998, pág. 188). Por tal razón, los gestos de rechazo e impresiones repugnantes de los doctores.

Haciendo un rápido balance de lo que representó esta bebida en el siglo XX, Plano (2012) cuenta cómo desde la época precolombina, los Muisca utilizaban el maíz para preparar la chicha. Con la llegada de los españoles a América, se empezaron a producir otro tipo de bebidas alcohólicas, como el guarapo y alguna especie de cerveza artesanal.

Evidentemente la chica tenía una amplia aceptación para las clases populares, mientras que para los sectores más empoderados y con solvencia económica existía la cerveza. “El primer registro que se tiene de una cervecería en el país, data de 1826 cuando es fundada la Cervecería Meyer, en la ciudad de Bogotá. A partir de este momento, la industria cervecera en Colombia empieza a tener mucho poder, sin embargo, en un principio, la cerveza estaba al alcance solo de las clases sociales altas debido a su precio” (Plano, 2012, pág. 35).

Es de bastante conocimiento las diferentes estrategias argumentativas de la industria cervecera para desplazar el consumo de chicha: por las cuestiones de salubridad y embrutecimiento de la población. Además de eso la ley 34 de 1948 estableció estrictas condiciones para la fabricación y venta de las bebidas fermentadas derivadas del arroz, maíz, cebada, de caña y otros cereales, la ley exigía determinados procedimientos y la utilización de aparatos y sistemas técnicos, así como ciertos estándares de calidad, cosa de por sí imposible para los productores que manejaban formas artesanales de producción.

Así pues, la chicha sale del mercado legal colombiano. Poco a poco, los precios de las cervezas se fueron disminuyendo para que fuera asequible para todas las personas del país, sin importar su condición económica. A partir de este momento, la industria cervecera, liderada por Bavaria S.A., toma el poder dentro de la industria de bebidas alcohólicas en Colombia haciendo la cerveza cada vez más popular.

La cerveza continuará con el legado de la chica y su misión de ejercer como vehículo de escape para la cotidianidad de las clases populares. Una de las repercusiones las describe Arturo Alape en la novela *Ciudad Bolívar la hoguera de las ilusiones*, que busca retratar la vida en localidad en la década de los 90. “Yo pienso que toda zona de Bogotá es violenta. A nivel de hogar, existe violencia, eso no hay que negarlo. El machismo que involucra el castigo a la mujer, a los hijos, la cultura de la cerveza. El principal índice de violencia se vive bajo los efectos del licor. La gente no tiene cómo más divertirse” (Alape, 1996 Pág. 65). Esto es quizá Colombia, a principios, mediados y fin de siglo, una cultura de la chicha y la cerveza, cuyo consumo tiene como finalidad: la búsqueda del placer o, por lo contrario, la evitación del displacer. Como lo dijese Freud (1930) los narcóticos son los instrumentos más eficaces para escapar de la realidad y para evitar el sufrimiento.

Para finalizar, se expondrá de forma sencilla las representaciones que hacen referencia a las *Relaciones de la sociedad con la música*, descritas en las novelas que emergen como forma lúdica de recreación y vínculo con la realidad. Lo que se desea rastrear es la observación que los grupos humanos hacían de la música en los contextos narrados en los libros. De manera especial se quiere comunicar la emoción propia generada por la música en el ambiente conflictivo en el cual se desarrollaba la vida en el siglo XX.

El contacto hombre-música como representación lúdica en la historia de Colombia, es una oportunidad para analizar en qué orden las melodías acompañaban los distintos momentos de la existencia. Por ejemplo, el espacio nocturno en las cordilleras que se apaciguaban con los ritmos de cada región. “La noche recorrió su oscuro velo sobre la faz de la comarca, y en el rancho se escuchaban las notas de los pasillos y las emotivas coplas montaÑeras” (Vélez, 1962, pág. 28).

De igual manera la relación entre música y sociedad en Colombia ha sido de una importancia fundamental, pues mediante sus letras ha dejado otra valiosa fuente para el estudio de las relaciones sociales del pasado, ya que se puede leer los espacios de esparcimiento y el encuentro por medio de la sonoridad “Y sólo faltaba la música para que fuera igual a cualquier noche de viernes. Es inevitable: en Colombia, toda reunión de más de seis, de cualquier clase y a cualquier hora, con música, está condenada a convertirse en baile” (García, 1996, pág.32).

Los valores y los sentimientos de la cultura en el terreno emocional del consumo de música, están relacionados con lo tradicional, los sonidos e instrumentos forjados en la cultura del pueblo colombiano, como se evidencia a inicios de siglo en *La Vorágine*. “Del otro lado, junto a las lámparas humeantes, había grupos nostálgicos, escuchando a los cantadores que entonaban aires de sus tierras: el bambuco, el joropo y la cumbia” (Rivera, 1958, pág. 171).

En la cita anterior se puede ver los ritmos más representativos. En efecto, la música, además de material sonoro, es un hecho de contenido social determinado al igual que la política o la economía, puesto que las sociedades tienen una representación sonora manifiesta en la música que circula, elabora y consume, por eso se concluye que es incuestionable el aporte a la hora de reflejar las emociones de los seres históricos de los textos en un vaivén entre nostalgia y alegría, paz y crisis.

8.5 Cierre analítico

El recorrido anteriormente descrito buscaba definir las representaciones y sus características en la narrativa colombiana del siglo XX. El camino ha estipulado que la construcción de sentido alrededor de la crisis, decanta una serie de percepciones propias por parte de los autores sociales del pasado. Dichas percepciones han sido puestas en relación, con lo que se puede considerar la representación matriz, la cual es la violencia.

A decir verdad, ésta funge como fondo de cada una de las relaciones de los actores sociales del pasado o, en otras palabras, los personajes dentro de las narraciones, los cuales perciben, reflexionan e interiorizan distintas construcciones sobre el flagelo de la violencia.

Como se ha evidenciado, la violencia atraviesa todo el siglo XX, las actitudes asumidas bajo las representaciones de nostalgia, alegría, fanatismo, etc., son directamente proporcionales a la existencia del caos generalizado. Esto ha estipulado que el acercamiento a las obras deje de manifiesto la idea que la violencia hace parte de la cotidianidad del pueblo colombiano.

La auto-representación bajo la forma de liberal, conservador, campesino, ciudadano, joven, consumidor, religioso, jugador, etc., dan fruto al perfil que manifiesta su sentir como colombianos, el cual quedaría descolorido si no fuera por la excesiva mezcla de sentimientos de pánico, resignación y aceptación. En otras palabras, los procesos de significación que se tejieron alrededor de las crisis, hacen que la alusión a las representaciones, despejara en cierto sentido las constantes de una cultura colombiana, que obedeciendo a sus tradiciones y aferrada a sus convicciones, responde con una serie de impresiones y sensaciones dignas de la fascinación por el sufrimiento.

¿Cuáles podrían ser los valores de una cultura que contempla sin impresión las consecuencias de la violencia? Pareciera que la amalgama de sentidos y percepciones colocara a la vista una parte sustancial de lo que fueron los antepasados, seres productores de intensas pasiones, sensaciones e impulsos. En el ejercicio de retrospectiva y análisis, en el que se esbozó el carácter violento en el pasado deja impresiones imperantes: la paz como la excepción a la regla, la tolerancia como fenómeno extraño y el respeto de las diferencias como una aberración.

El gusto extraño por el sufrimiento se complementó con la contextualización de cada una de las representaciones y su acertado valor literario. Las novelas retrataban la violencia la cual sirvió

como foco de análisis, puesto que siempre se buscó las observaciones de los personajes alrededor de ésta, en distintos tiempos y contextos.

Pareciera que sólo se quisiese resaltar el peor escenario, considerando a la sociedad colombiana violenta por naturaleza, pero sinceramente lo que se ha establecido es que, siendo fieles a la construcción metodológica, se toma el camino por el cual las obras dan visos que se pueden interpretar desde el prisma de la historia cultural como representaciones sociales del pasado. “La madre patria amamanta a sus hijos con ambos pechos: con uno le da violencia, con otro le da alegría. Como si viviéramos en carnaval, vida y muerte alientan un foforro” (Restrepo, 1997 pág.111).

Así que, los problemas estructurales de la sociedad colombiana se mantienen y la forma de resolverlos es mediante la violencia. La guerra y la muerte han permeado muchos escenarios bajo distintas formas. Sin saberlo o sin quererlo, o diciéndose que no se la quería, la violencia invadió la cultura colombiana del siglo XX la cual se ha adaptado a la supervivencia y complicidad con la barbarie, desde formas de ver, percibir y pensar el campo, la ciudad, la religión y la lúdica.

En este primer capítulo la tarea era descifrar los procesos de transformación ocurridos en el orden simbólico estableciendo las características que asumieron las relaciones entre sistemas de significado y los niveles de percepción. Este proceso ha dejado de manifiesto que todas las representaciones están en relación a la violencia. El paso siguiente es ver cómo éstas se manifiestan de forma concreta en una serie de prácticas. De eso se ocupará el siguiente capítulo.

9. CAPÍTULO 2. NARRATIVAS HISTÓRICAS, PRÁCTICAS Y CONFLICTOS EN LA NOVELA COLOMBIANA

Este capítulo busca identificar por medio de la narrativa histórica las prácticas alrededor de la crisis política, económica y social de Colombia durante el siglo XX. Para ello se hace necesario establecer una articulación entre la categoría de narración histórica y el concepto de práctica. La categoría base de este segundo capítulo es narración histórica (sus construcciones pudieron ser leídas en el marco teórico). La categoría se pondrá en diálogo con la noción de práctica, esto con el fin de postular unos análisis en sintonía con la propuesta narrativa de los 23 autores revisados y la investigación en historia cultural.

La anterior mención se hace por el acercamiento documental y el carácter con el que se leyeron las obras, separando aquellos apartados que, según la narración, reflejan las características más sobresalientes de las distintas épocas, teniendo en cuenta que, con independencia de los cruces espacio temporales, los escritores están profundamente influenciados por su contexto, cosa que hace que sus narraciones reflejen el ambiente propio del momento histórico. La cuestión que se quiere resaltar es que, si bien, dentro de la narración existen rasgos que son considerados como una fuente de rica actividad histórica, también desfilan una serie de prácticas que están siendo desarrolladas dentro de la misma y por las cuales se pone de manifiesto una cantidad de referencias del comportamiento y la construcción del sentido sobre lo colombiano en las novelas.

Dentro de la narración histórica desfilan multiplicidad de comportamientos concretos, que son fruto de los esquemas de percepción, por eso en las prácticas simbólicas se retratan las distintas identidades, como bien lo dijese Carr (2015) las narrativas ficcionales e históricas pueden considerarse de índole práctica, es decir, tales narrativas pueden servir para organizar y dar sentido a la experiencia y la acción de sus autores y personajes.

Ahora bien, al hacer una mezcla entre narrativa e historia, puede tenerse la sensación de que no existe una verdadera reciprocidad entre los acontecimientos ocurridos y los descritos en las novelas, en esta pugna existe desde esta investigación la inclinación a considerar la creación literaria como una de las mayores herencias de cualquier sociedad, con la que, por supuesto, se puede hacer investigación histórica. Para complementar esta postura se recurre a la posición del historiador Justo Serna.

Las novelas, en realidad, son imprescindibles porque nos hacen convivir con personajes dotados de psicología, de hondura, de relaciones, porque nos hacen verlos en situaciones singulares, irrepetibles, porque nos obligan a comprender y a situarnos en la piel del asesino o de la víctima. La narración es una exploración del interior y del exterior de unos individuos que por el hecho de no haber existido no tienen menos consistencia, ya que están contados como si efectivamente hubieran vivido y por tanto su evocación ha de ser rigurosa, informada, estratégicamente presentada y verosímil (Serna, 2008, pág. 27).

Además de eso, todo el proceso de creación literaria está fuertemente condicionado por el contexto social en el que se inserta, haciendo que se piense a la literatura como un exponente del dinamismo social, con el cual se puede dar lugar a la articulación propuesta entre las prácticas y la narración histórica. Lo anterior se refuerza con el postulado de Paul Ricoeur, expuesto con anterioridad en el desarrollo de la categoría, el cual se considera necesario traer a colación. Ricoeur (1995) dice que el tiempo humano es algo narrado y la narración, a su vez, revela e identifica la existencia temporal del hombre. Tanto en la novela como en la narración histórica, es de suma importancia el carácter temporal de la experiencia, cosa que permite a la narración adquirir una condición que identifica la existencia temporal, de tal manera que la narratividad, determina, articula y clasifica la experiencia temporal. La pregunta sería ¿cómo se accede a la experiencia si no es por la acción? Y para dar respuesta, entra en juego lo que se ha querido denominar: la narración histórica de las prácticas.

Entrando un poco en el terreno de las prácticas es necesario aclarar por qué es importante el estudio de ellas dentro de la historia cultural y más enfáticamente en la propuesta de Roger Chartier. Huelga mencionar que para Chartier los elementos de su análisis se fundamentarán en tres ejes: primero, el estudio crítico de los textos ordinarios o literarios; segundo, la historia de libros y objetos y, finalmente, el análisis de las prácticas, que producen bienes simbólicos, produciendo usos y significaciones diferenciadas.

Descifrar de otra manera las sociedades, al penetrar la madeja de las relaciones y de las tensiones que las constituyen a partir de un punto de entrada particular (un hecho, oscuro o mayor, el relato de una vida, una red de prácticas específicas) y al considerar que no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos den sentido al mundo que les es propio (Chartier, 1992, pág. IV).

Lo anterior va en línea con el estudio de las prácticas de lectura en los niveles que propone Chartier en su estudio del Antiguo Régimen, las cuales son: las formas de compartir la cultura escrita en la conformación de espacios públicos de discusión y opinión, o bien de formas específicas de representación y acción a partir de la recepción del texto.

Después de abordar el capítulo anterior, hay que precisar que si bien las representaciones tienen un orden de observación, de presencias y ausencias de X o Y realidades, también existe la proyección de acciones y decisiones que se desenvuelven al interior de la misma sociedad y que en un sentido complementario al de las representaciones, constituyen un claro acercamiento a las sensaciones y el sentido de los actores sociales del pasado. De tal manera que la noción de práctica es inseparable de la de representación, en la medida en que designa las conductas cotidianas o espontáneas de los sujetos históricos que desfilan en las novelas. Estas prácticas manifiestan o revelan las identidades, que permiten reconocer la mayoría de escenarios en los que se desarrolla la crisis, poniendo en contexto los poderes y las maneras en que se les hace resistencia.

Ahora bien ¿qué se entiende por una práctica? De entrada, se puede acotar que las prácticas son las acciones concretas de sujetos o grupos determinados en un lugar y tiempo específico, pero esto es solo de entrada. Vale la pena recordar que dentro del marco de análisis la intención es estudiar las prácticas culturales, la cuestión puede ser compleja por la polisemia de la palabra cultura. La cual ha tenido un abordaje de vieja data como lo postulan Pons y Serna:

En 1952, dos prominentes antropólogos norteamericanos, Alfred Kroeber y Clyde Kluckhohn, se tomaron la molestia de elaborar una revisión crítica de las definiciones que las distintas disciplinas, y en particular la suya, habían ofrecido del concepto de cultura, una reconstrucción que era marcadamente anglosajona. La principal particularidad, aquello por lo que sus autores alcanzaron fama, es sin duda el hecho de que su estudio contuviese más de ciento cincuenta definiciones de este término, aunque ese esfuerzo recopilatorio les llevara a incluir como sinónimo el vocablo civilización. Si a comienzos de los años cincuenta se podía contabilizar ese elevado número de acepciones de un mismo término, en un momento en que ese campo de estudio no se había trabajado con la profusión y el denuedo con los que se cultivaría en las décadas posteriores, hoy la conclusión habría de ser bien distinta. Gracias al ímprobo trabajo de historiadores, sociólogos, antropólogos, psicólogos, semióticos, filósofos y otros humanistas, la cantidad de definiciones que actualmente podrían sumarse superaría de manera alarmante aquella primera compilación (Pons y Serna, 2005, pág. 11).

Al ver el problema de la definición, en esta investigación se reconoce que existe una afinidad y recogimiento con la concepción que Pons y Serna tienen de cultura: “cultura es todo aquello que está fuera de la naturaleza, y sirve para crear un entorno artificial por eso se habla de cultural material, popular, de masas, gastronómica, sexual, etcétera. De lo visto a lo leído, desde los artefactos visuales hasta el libro, desde los utensilios hasta el arte” (Pons y Serna, 2005, pág. 5). De tal manera que se ve una oportunidad en abordar una serie de prácticas que por el hecho de ser creaciones humanas ya son culturales. Con la particularidad que se hace referencia a la cultura colombiana en el siglo XX. Con esto se pretende descifrar de otra manera las sociedades, al penetrar la madeja de las relaciones y de las tensiones que las constituyen a partir del relato de una red de prácticas específicas en torno a los niveles de crisis más frecuentados los cuales son el político, el económico y el social.

El siguiente cuadro muestra las narraciones históricas de las prácticas que se expondrá durante el capítulo y en el orden que allí se indica.

Prácticas crisis política
1. Violencia bipartidista.
2. Participación clases populares.
Prácticas crisis económica

1. Producción y comercialización.
2. Corrupción y malversación.
Prácticas crisis social
1. Ausencia y violencia de Estado.
2. Prácticas desestitucionalizadas.

9.1 Prácticas crisis política

Al iniciar este apartado de la crisis política en Colombia se quiere hacer específicas una serie de prácticas referidas en las obras literarias, que develaron un acercamiento al conflicto producido por el bipartidismo en la época de la violencia.

Se entiende que dentro de un sistema político debe existir un escenario de confrontación y debate, cosa que no es ajeno al ambiente político de Colombia a lo largo de su historia. Es de común conocimiento el desacuerdo por el modelo constitucional al inicio de la república entre Bolívar y Santander por el cual se establecieron vínculos con élites económicas, el clero y militares, por un lado y, por el otro, con profesionales, negociantes y artesanos, dando inicio a los dos partidos tradicionales. “En la historia colombiana actual, se suele entender que quienes apoyaban a Santander representaban el núcleo del futuro Partido Liberal, y los seguidores de Bolívar serían el embrión del Partido Conservador. Igualmente se estima que esos partidos proceden de una pálida división derivada de las facciones independentistas, federalistas y centralistas” (Lozano, 2015, pág. 2). Esta génesis perpetuará una serie de guerras y pugnas por el poder a lo largo del siglo venidero.

Para el escenario propio de las décadas de 1940, 1950 y 1960 se decanta lo siguiente: ¿por qué pertenecer a un partido era sinónimo de muerte? Es decir, qué condiciones permitieron que las contradicciones sociales en Colombia se agudizaran hasta el punto de que cualquier colombiano podía perder su vida por el simple hecho de ser liberal o conservador. Muchas interpretaciones pueden ser expuestas pero una mejor posible respuesta la ofrece Guerrero (2007) cuando argumenta que existió una adjudicación de poderes. En primer lugar, se adscribieron las poblaciones provinciales y rurales a los caudillos y seguidamente éstos se adhirieron a los bloques centrales de poder.

Alrededor de estos distintos proyectos políticos a mediados del siglo pasado, se ubica el punto de inflexión, por el cual emergen una serie de prácticas de aniquilamiento en la dinámica de esa búsqueda por el poder, que condujo a una reiterada sucesión de guerras sangrientas y violación sistemática de la vida. El reflejo de este panorama lo describe Salom Becerra en su novela *Un tal Bernabé Bernal*.

Lo mismo que Olaya Herrera en 1930, Ospina quiso gobernar con el tranquilizante de la "unión nacional". Pero la droga resultó inocua. Los conservadores exigían la totalidad del presupuesto para sus correligionarios y los liberales no se conformaban con la mitad para los suyos. Y comenzó el forcejeo. En la provincia aquellos empezaron a cobrarles viejas cuentas a estos. Las "vendettas" se generalizaron. Las autoridades tomaron partido al lado de los del gobierno. Un monstruo hasta entonces desconocido, la violencia, hizo su sangrienta aparición. Hombres, mujeres y niños de ambos bandos cayeron asesinados por centenares en Boyacá, los Santanderes, Caldas, el Valle, Antioquia y el Tolima. Las balas oficiales agujerearon las carnes de millares de campesinos y obreros. Todas las leyes divinas y humanas fueron derogadas. Apenas quedaron en pie la del Talión y el Artículo 121 de la Constitución Nacional. En las regiones conservadoras era un delito ser liberal y en las liberales un crimen ser conservador. Los Chulavitas sembraban el terror en los campos y los detectives en las ciudades. Torrentes de inmigrantes, expulsados de sus tierras y casas, empezaron a invadir a Bogotá, Cali, Manizales, Medellín, Armenia, Pereira, Bucaramanga e Ibagué (Salom, 1976, pág. 125).

Es necesario precisar que la mayoría de las citas encontradas tenían la tendencia a reflejar las prácticas violentas por parte de los grupos del Partido Conservador para con los del Partido Liberal. En las novelas figuraba de manera muy explícita casi que a gritos la relación entre el partido conservador, las fuerzas militares y la Iglesia Católica. Aunque parezca tautológica dicha relación, fue gracias a ella que se perfiló la ejecución de una serie de prácticas violentas dentro de la población. Como lo menciona Guerrero (2007) en aquel momento, era muy popular la máxima: "quien ataque al Partido Conservador ataca a la Iglesia, quien ataca a la Iglesia ataca a Dios", cosa que hizo que el conflicto dejara de ser político para convertirse en teológico o moral.

En ese sentido, el papel de los curas sería crucial en incitar acciones de muerte para con los del otro partido, como se expresa en el libro *Marea de ratas*. "No te pareces nada a ese santo jerarca de los Andes de quien te hablé hoy. Tendrías que conocerlo, oír sus arengas contra los enemigos y haber visto ese rostro sereno colmarse de júbilo cuando recibía las noticias de las bajas enemigas.

Id a ellos, decía. Que sus cabezas cuelguen de los árboles más altos para escarnio de todos los enemigos de Dios y de la patria” (Echeverri, 1960, pág. 106).

Este panorama introduce el análisis de una serie de prácticas reflejadas en las novelas, fruto de la guerra bipartidista. Estas prácticas que se tejen a continuación, se constituyen en un elemento sustancial de la cultura de la violencia y de cierto tipo de cultura política con marcados trazos de intransigencia, como por ejemplo:

La figura de Hernando se detiene. De la maraña surgen como alborotado avispero los esbirros: lo rodean, y uno de ellos con acento de comandante, le interroga: - ¿A dónde va? -Voy para donde un amigo señor agente. - ¿De dónde viene, asqueroso chusmero? -Perdón, señor agente; yo no soy ningún chusmero. Vengo de donde Javier Díaz; de allí no más de “Alto Bonito”.

-Claro..., como es de esa puerca gente...

-No, señor...

-Cállese, hijo de puta, que nosotros somos los que mandamos.

En ese preciso momento Hernando es derribado de un tremendo culatazo. Ya caído se le vienen encima a golpes, puntapiés y yatagán, hasta hacerlo clamar piedad en medio de atroces alaridos; luego lo levantan y uno de ellos chisporroteándole los ojos de ira, se le enfrenta diciéndole:

-Con que no es de la chusmaa... ¿entonces qué hace por aquí de noche, malparido?

-Ya dije toda la verdad, soy inocente.

-Con que inocente el santurrón esteee...

¡Abra la jeta, desgraciado, que a los inocentes niños les damos teterito! ¡Abra, abra, malparido!

Y acercándole el fusil a los labios, un disparo suena. En el acto Hernando cae definitivamente sobre el polvoso lecho del camino. Hay luto en el plantío que fraternalmente descuelga sus ramajes ante el cadáver de un hombre labriego (Vélez, 1962, pág. 59).

La primera práctica que se referencia es la acción de matar. Es necesario mencionar que las narraciones históricas perfilan cómo el Partido Conservador argumentaba su poderío en relación a la importancia de la religión católica en la sociedad, en razón de eso tenía las herramientas para afrontar “la anarquía de las ideas políticas y de los sentimientos” (Periódico El Siglo, 1948, pág. 30). Esa anarquía de la política y el sentimiento, ejercida por unos, bastó para asumir las prácticas

que buscaban acabar con la vida del otro por parte de los seguidores del Partido Conservador. Se pueden considerar esta macabra práctica, como el último eslabón de una serie de odios, gestionados desde el interior de un partido, una doctrina y una institución.

La violencia, la ambición y la estupidez, que habían hecho tantas víctimas propiciatorias y gratuitas que estaban allí enterradas viviendo su espíritu latente, que era de observación; esos pecados contra la vida ajena y el bien ajeno; de hermanos contra hermanos; esos pecados que antaño se habían iniciado en la plaza pública, habían envenenado el cabildo, habían metido absurdas pasiones en las almas humildes, y habían terminado en el sacrificio de los inocentes que allí estaban enterrados, esos inocentes que eran los hombres aldeanos; esos pecados contra la juricidad, la institucionalidad, la organización social y ética de los pueblos, que son su patrimonio insobornable, milenario y sagrado, hecho en los siglos al tesón, la inteligencia y la bondad de los pueblos; un patrimonio sublime e hijo de Dios, Quien siempre quiere la superación social de los pueblos; un patrimonio que no puede ensuciarse bajo la suela de una bota grosera ni tergiversarse en la especulación ominosa de los charlatanes y soberbios que no saben nada de la ascensión humana: esos que usan la bota y esos especuladores, que cuando se ponen a tirar cada uno para su lado, lo hacen hasta reventar a la pobre legión humana. Esos “godos, esos chulos” que todos los hombres en la aldea podían identificar muy bien que habían originado y propiciado toda aquella barbaridad (Flórez, 1975, pág. 275).

Lo anterior demuestra cómo la tendencia violenta se manifestó en conflictos locales de diversa intensidad, articulada principalmente con la violencia política, que fue generada por la confusión de combinar las convicciones religiosas con las doctrinas políticas. Se estipula la concepción de que el conservador representa una persona católica o ciudadano de bien y que liberal era sinónimo de comunista y ateo. Estas progresivas relaciones entre religión, política y muerte, estipulan que, en línea con Chartier (1992), la noción de práctica designa las representaciones concretas de las conductas cotidianas y el ordenamiento de los ritos sociales.

Era un conservador sectario. Su fanatismo lo llevaba a ensalzar hiperbólicamente todos los actos y omisiones de sus copartidarios y a cohonestar todos sus errores y pecados. Los liberales, en cambio, eran para él una caterva de asesinos y ladrones. Del General Uribe Uribe decía, por ejemplo, que había sido un bandido, responsable de la muerte de cien mil colombianos y que sus asesinos — Galarza y Carvajal— habían sido los ejecutores de la justicia divina. Laureano Gómez era su deidad suprema. Aseguraba que la humanidad, a través de los siglos, sólo había producido dos hombres importantes: Laureano y Jesucristo (Salom, 1976, pág. 16).

La reafirmación de la práctica sobre la muerte se recrudeció, como se describe en *Cóndores no entierran todos los días*: “Después de la matanza de Ceilán ya no bastó con el disparo en la nuca, sino que los empezaron a machetear” (Álvarez, 1985, pág.113). El paso de la práctica de matar con un tiro, como se vio líneas arriba, a la humillación del cuerpo, se puede poner en diálogo con el capítulo IX dedicado a la tanatomanía, es decir el gusto anormal por la muerte. Fals Borda, Guzmán y Umaña Luna (1962) en este capítulo reúnen una serie de las imágenes del terror de la época de la violencia. De forma particular se presenta los rituales y expresiones de las prácticas de la muerte manifestadas en el maltrato del cuerpo. Aquí algunas de esas imágenes:



Imagen 1: La violencia en Colombia. *El odio destruye los símbolos de la patria*, 1962

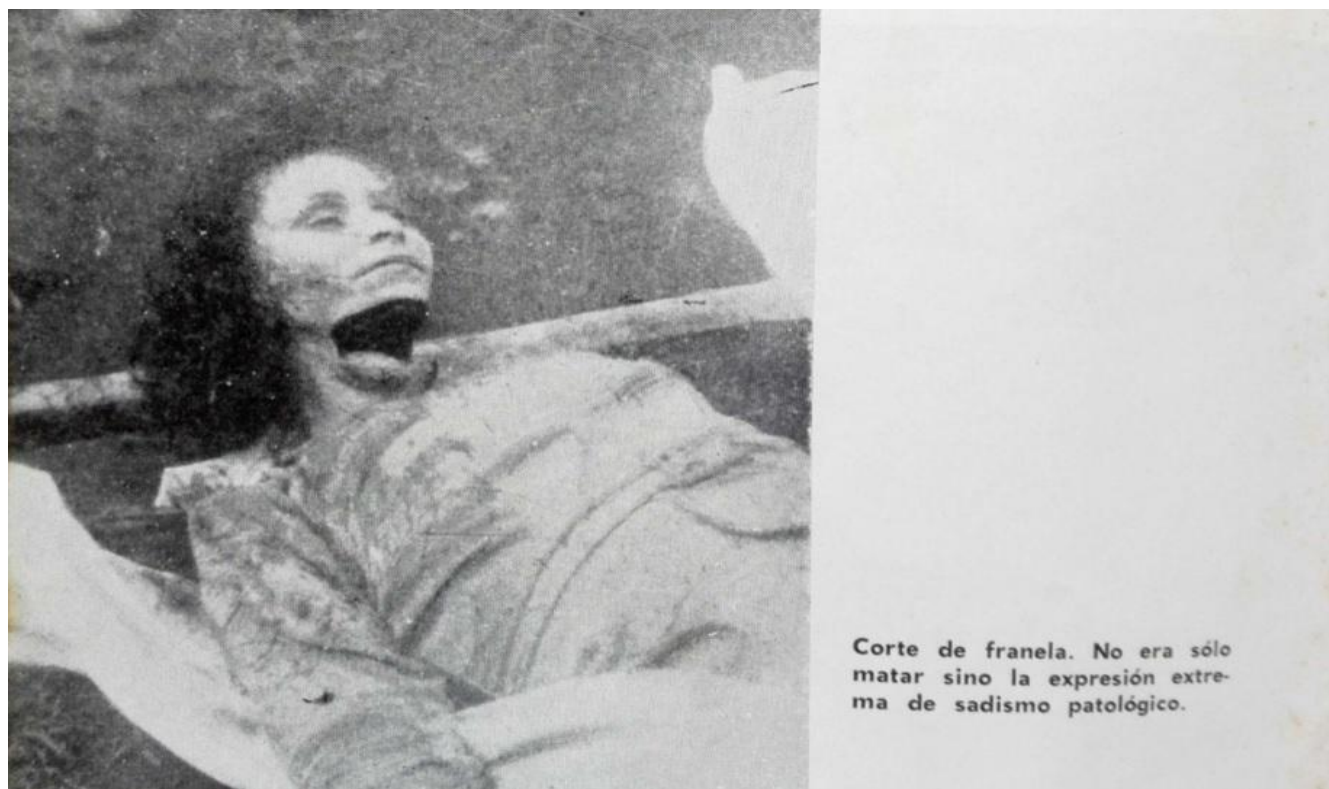


Imagen 2: La violencia en Colombia. *Corte de franela*, 1962.



Imagen 3: La violencia en Colombia. *Corte de mica*, 1962.



Imagen 4: La violencia en Colombia. *Esta es la violencia, la realidad espantable*, 1962.

Todas estas prácticas se constituyen en un elemento de la cultura de la violencia y están manifestadas en las novelas entre líneas y explícitamente en estas dos citas: “Por nuestra recíproca ausencia—, que pretendemos repasarlo todo, en un minuto, y así nos acordamos, todavía en voz mucho más baja, del padre Ortiz, de El Tablón, a quien nosotros conocimos, al que mataron, luego de torturarlo: quemaron sus testículos, cercenaron sus orejas, Y después lo fusilaron acusándolo de promulgar la teología de la liberación” (Rosero, 2007, pág. 91).

-A una campesina le abrieron el vientre con un machete y le sacaron el hijo. El hijo se retorció en el polvo.

El hombre de la silla escupió otra partícula de tabaco y llevó la hoja de la navaja a la punta del cigarro. Los ojos se quedaron dormidos por un momento.

-Tremendísimo- comentó fastidiado. Tremendísimo, otro vocablo para...

-Si en esas gentes vemos ya no seres humanos sino fieras, [...]

- ¿qué hicieron después con la campesina? – le metieron en el vientre un gallo vivo.

- ¿vivo dice?

- le metieron el gallo y dejándolo fuera de la cabeza, y cosieron el tajo del vientre con una cabuya ensartada en una aguja de arriero (Mejía, 1963, pág. 96).

Las descripciones de estas prácticas ponen en evidencia los elementos característicos que permiten comprender las particularidades de la atrocidad y el sadismo en la época de la violencia. Los tipos de cortes y de torturas dejan ver el de terror con que se manifestaba la pugna por el poder auspiciado por el desprecio absoluto por el cuerpo y la vida del contrincante.

Es necesario poner en escena otro actor influyente en las prácticas referidas, hablamos de las fuerzas militares. Dicha institución tiene constante aparición en las obras analizadas, dejando un panorama en el cual las horribles prácticas de matar, eran alimentadas no solo por los seguidores del partido azul y el credo católico, sino además también por las fuerzas encargadas de la defensa del Estado.

El partido Conservador no se abstenía de instrumentalizar las fuerzas de seguridad para obtener ventajas en la contienda partidista, a pesar de que éstas estaban obligadas a la neutralidad. “Todos están con nosotros- dijo el capitán- Es una consigna. Para imponer el “nuevo orden” y sostenerlo, nuestro partido cuenta con las dos fuerzas más poderosas: las armas y el clero. En otras palabras: es una acción directa, protegida y aparada por los conductores espirituales. No podemos fallar” (Echeverri, 1960, pág. 30).

Lo anterior se puede poner en comunión con el análisis de las fuerzas militares que ofrece Moreno (2014) el cual analiza cómo el ejército colombiano nunca ha accedido al poder ya que ha sido de forma muy hábil, instrumentalizado, controlado y movilizado por los civiles. Estos civiles serán con exactitud los partidos políticos, para este caso particular: el Partido Conservador Colombiano.

Mi gente, en su mayoría, es del otro partido.

-Ya lo sabía.

-Dijo rápido el capitán.

-Lo sabía, pero deseaba preguntárselo. Mis superiores también deseaban preguntárselo.

- ¿Deseaban preguntármelo?

-Sí. ¿Deseaban preguntárselo? Además, se preguntaban la razón por la cual, usted, alcalde, no ha hecho nada...

- ¿Nada?

-Sí, nada. Esta gente está contra el gobierno.

-Contra el gobierno no, capitán. Mi gente pertenece al otro partido, pero en ningún momento está contra el gobierno.

-Entiéndame, señor alcalde: o se está con el gobierno o contra el gobierno. No hay más solución (Echeverri, 1960, pág. 24).

El Partido Conservador tiene una influencia en las prácticas de los militares, a tal punto que es el mismo partido el que termina configurando una identidad de los mismos. Entendiendo con Moreno (2014) que durante la primera mitad del siglo XX, las fuerzas armadas colombianas, y en especial el ejército, luchan por encontrar una verdadera identidad institucional, la cual terminó siendo combatir a los enemigos del orden establecido y las buenas costumbres, como se retrata en la cita de Mejía Vallejo de su texto *El día señalado*:

Eso de amar al enemigo se le antojaba una frase retórica de sermones o una excusa para temerosos. Tal vez sus soldados prefirieran la vida rutinaria del cuartel, pero mataban animosos, aunque después se sintieran levemente culpables. Mas, el sentimiento de culpa se diluía al reflexionar que en matar consistía el cumplimiento del deber, que de ahí precisamente provenían los ditirambos oficiales porque el exterminio se había convertido en virtud patriótica (Mejía, 1963, pág. 31).

Así pues, se establece esta otra relación, entre la práctica de matar y el Ejército colombiano. Para finalizar merece la pena recordar que el Ejército colombiano ha vivido un retraso significativo en su proceso de profesionalización con respecto a otros países de la región, y esto se debe precisamente a esta postura de los partidos, los cuales les entregan la responsabilidad de velar por el orden interno con un cierto grado de autonomía, mientras la élite civil se ocupa de gobernar.

A continuación, se expondrá de forma sintética otra práctica violenta de menor calibre dentro de la coyuntura propia del periodo estudiado. Como uno de los ciclos más violentos en el país el bipartidismo dejó una huella en la realidad de los actores sociales del pasado. La lucha por el poder expuso un tenso escenario de crisis en el cual era posible cualquier método, desde el asesinato hasta el fraude electoral, como se verá a continuación. Dentro del panorama propio del periodo de la violencia existía un marco de legalidad, por el cual también se podía hacer con el poder, se está hablando de las elecciones populares.

El año de 1946 las elecciones habrían de ser muy reñidas según los técnicos, porque los conservadores levantaron la abstención electoral. La consigna de ambos partidos era la de conquistar

las urnas como fuera, por las buenas o por las malas, pues se trataba ni más ni menos que de elegir un nuevo presidente de la república. Los liberales tenían en sus manos el poder, pero estaban divididos en dos bandos irreconciliables, por lo cual los de la oposición oficial, que eran conservadores, veían el cielo abierto y propicio para alzarse con el santo y con la limosna que habían perdido en 1930. Agentes electorales, candidatos del partido conservador y de los dos bandos liberales, directores políticos, recorrían el país dictando discursos y conferencias que terminaban en formidables batallas campales en las plazas de los pueblos (Caballero, 1954, pág. 90).

La anterior cita plasma la manera viciosa en que el ejercicio de votar introdujo otra práctica en el decorado narrativo de Colombia. La búsqueda del poder, sumada a la intolerancia política, justificaba cualquier acción por la cual se amañaba toda clase de estrategias para desarmar al contendiente en la lucha “limpia por el poder”, como bien lo decía Chartier (1992). En cada una de las prácticas se posee justificaciones, códigos y destinatarios específicos. No hace falta decir a quiénes les correspondía ser destinatarios de esta práctica privativa.

En los días anteriores al domingo en que deberían celebrarse, comisiones de policía municipal que habían sido pocos meses antes bandidos que andaban en veredas, requisando a los campesinos y revolviendo las piedras del fogón, para decomisarles la cédula electoral. Venían enardecidos por la cerveza que generosamente les habían distribuido el alcalde y el directorio conservador del pueblo. Se había roto la convivencia en todo el país y la consigna oficial era "palo a los liberales" (Caballero, 1954, pág. 138).

El significado de las elecciones alrededor de una figura fraudulenta y unas relaciones de dominados y dominadores, decantan las formas y maneras en que la función activa de la práctica determina el rumbo de la acción social y el aval de la mutación de la práctica coercitiva. “Ese es un godo de mala clase. Era de los que, en la época de la hegemonía conservadora, organizaba los "chocorazos" y las "canastadas”. Además, les echaba cal en los ojos a los liberales que se atrevían a acercarse a las urnas y los golpeaba con un garrote” (Salóm,1976, pág. 63).

Después de esbozar estas dos representaciones, se da paso al segundo apartado de este primer bloque de prácticas de la violencia bipartidista. Ahora lo que atañe son las acciones del pueblo para ejercer oposición. Como en la mayoría de las citas la acción violenta se dirige al grupo liberal, será éste el encargado de manifestar resistencia con lo que se denomina el nacimiento de las guerrillas liberales.

En el periodo estudiado se ha ofrecido un marco de la época desde la perspectiva de la narración histórica para explicar cómo la dinámica de las prácticas obedece a la transformación tanto individual como social. Las crudezas descritas en las prácticas anteriores llevaron a que los campesinos se organizaran en contra de los agresores conservadores, las diferentes guerrillas que se formaron a raíz de estos conflictos estaban enfocadas en realizar operaciones más que todo para frustrar los intentos del gobierno de ejercer soberanía sobre los territorios. Así que, en su primera etapa estas guerrillas eran pequeños grupos armados suscitados por la rivalidad interna.

Si yo fuera hombre y tuviera salud y alientos todavía, me iría al pueblo de Chita, donde los godos no han podido con los liberales. Estos han armado guerrillas por toda la cordillera, desde la Sierra Nevada de Güicán hasta el páramo del Almorzadero; ¡y en los llanos de San Martín y Casanare se está concentrando toda la gente que echaron de estas regiones... ¡ Si yo tuviera calzones en vez de enaguas, mano Siervo! (Caballero, 1954, pág. 155).

Lo anterior muestra cómo ante el tenebroso panorama, los campesinos despertaban el sentido de lucha y el deseo de vivir, los cuales se manifestaban en las ganas de integrarse a uno de los nacientes grupos. La organización guerrillera hizo mella en las prácticas de los campesinos liberales de la Colombia de mediados de siglo, los cuales empezaron a seguir códigos y reglas de comportamiento, con la intención de hacer una revolución que posibilitara sustituir el Estado dictatorial y violento por un Estado democrático y popular, una referencia de esta organización se encuentra en la novela *La Sargento Matacho*.

-La he hecho venir para que se entere de nuestro código, al que usted ignorándolo ha violado sin culpa al cometer tantas diabluras, cosa que ha servido para que las fuerzas del gobierno masacren a esta región. Si en verdad desea ser guerrillera, escuche:

El comandante toma un fólder, abre sus páginas casi al centro, busca con el dedo sobre el mimeografiado cartapacio y lee:

- “Artículo 3°. –Sobre reglamento disciplinario tenemos: numeral d) Respetar la vida, bienes y honra de las personas, mientras éstas no se hayan declarado enemigas o se les haya comprobado cualquier acto contra la guerrilla”; f) estudiar los problemas regionales para conseguir una capacitación que facilite la mutua comprensión y la manera de resolver otros problemas creados...

Como le dije antes, Rosalba, usted por desconocimiento de nuestra organización sólo nos ha labrado la desgracia, haciendo que la violencia arrase con todo (Vélez, 1962, pág. 85).

Estas prácticas de disciplina se pueden entender mejor con los aportes de Aguilera (2013) donde propone que sin duda alguna las prácticas de disciplina, honor y convicciones políticas han tenido un fuerte eco en el desarrollo del potencial de guerra desplegado por los grupos guerrilleros, las formas de disciplina además contribuyeron a que estas nacientes organizaciones desarrollaran una expansión territorial exitosa, además de un significativo poderío militar.

Puede decirse que el desarrollo de la disciplina surge en defensa de la vida. Como se ve en la referencia textual, las guerrillas sienten el deber de defender los derechos y las libertades del pueblo. Es quizá por eso que se asumen como representantes de los más débiles, es decir los campesinos liberales. Eso precisamente es lo que afirma Aguilera (2013) cuando establece que al guerrillero se le asigna el papel de transformador del orden social injusto, proceso en el cual debe demostrar un profundo respeto por los intereses, los bienes, la cultura y las creencias de los grupos sociales más débiles.

El eco del conflicto llegará para la década de 1960 y 1970 a las ciudades, de manera enfática a las universidades. En ese sentido ya no serán únicamente los grupos guerrilleros los que postulen una opción de rebelión y lucha, sino que se les sumarán jóvenes intelectuales.

La lista era muy larga. Volvía a ver en su memoria el grupo aquel de estudiantes que en el año sesenta se reunían por las noches en su apartamento de Bogotá; del cual, con el tiempo, había salido todo, aunque sus componentes estuviesen lejos de imaginárselo en aquel momento. Pues eran novatos y desde luego ineptos en el manejo de armas. Ninguno de aquellos estudiantes mal trajeados de la Universidad Nacional, de la Libre o de la Tadeo Lozano que llegaban a su casa con la lluvia de la calle en los zapatos buscando un trozo de pan y una taza de café en la cocina y un sitio tibio y al abrigo donde sentarse y discutir; ninguno había llegado a saber cómo era y cuánto pesaba un revólver en la mano y lo más parecido a un arma que habría utilizado en su vida hasta entonces sería una botella de Coca-Cola llena de gasolina con un trapo impregnado también de gasolina en vez de corcho, lanzada a considerable distancia para encabritar los caballos de la Policía, durante alguna de las tumultuosas manifestaciones de apoyo a Cuba o de protesta por el alza del transporte (Mendoza, 1980, pág. 69).

A pesar de la inexperticia, los estudiantes descritos tenían la convicción de la lucha social por medio de las armas, buscando la inclusión social, económica y política que el Estado les había negado. A decir verdad, la universidad colombiana para la década de los 60 vivía una intensa agitación política, fruto de la pérdida de legitimidad y credibilidad del Estado frente a las

comunidades, en especial frente a los habitantes de las zonas marginales, en donde su presencia es baja, cuando no nula.

El contacto de campesinos guerrilleros con estudiantes universitarios, permite una mixtura en la representación de la práctica de defensa. Así como lo dijese Chartier (2007) el desarrollo de las prácticas obedece a estímulos específicos. Por tal razón hay que prestar atención a la situación que permitió la elaboración específica de un hecho ya conocido: identificar a los sujetos que encarnaron y ver las posibles mezclas que se dan.

A veces pienso en aquellos días en que uno veía la revolución ahí, tan cercana... El solo hecho de estar con gentes que esperaban o luchaban por lo mismo cambiaba las perspectivas. Me acuerdo de aquellos campesinos de Sumapaz o del Quindío. Allá en Colombia. Nos veían llegar con tanta esperanza. Nos sentábamos al lado de un fogón, sobre el piso de tierra, quizá con una taza de caldo en la mano. Aquella gente que había hecho ya la guerrilla, que había sufrido tanto en otra época, sabía que tarde o temprano volvería el ejército con sus helicópteros, sus coroneles... Los mataban como a perros en los patios de las fincas, y ellos estaban dispuestos a todo, sólo esperaban que les consiguiéramos algunas armas. Uno vivía en contacto con cosas reales. Era solidario de algo. Todo tenía un sentido (Mendoza, 1980, pág. 307).

Así pues, más que ser colombiano, se era liberal o conservador. En la cotidianidad de asumir esa identidad se ejercían unas prácticas de defensa o ataque, a mediados del siglo XX. Eso fue lo que se intentó referir en esta primera parte, además de presentar cómo la narrativa de las novelas, en línea con la propuesta de David Carr, permiten ver la practicidad del relato histórico y el talante comunitario del mismo.

9.2 Prácticas crisis económica

Si bien uno de los postulados de la nueva historia cultural es superar los objetos y los métodos de la tradicional forma de hacer historia entre la que se encuentra, la historia económica, estadística y serial, se quiere aclarar que en el siguiente apartado lo que se resaltará serán las prácticas en relación a la crisis económica, y no la crisis estudiada desde la economía como fase de la evolución de un ciclo económico en la cual se da énfasis a los objetos de la disciplina como tal.

Lo que se quiere es rastrear una serie de acciones ejecutadas a raíz de las malas costumbres administrativas y los tropiezos propios del desarrollo económico en Colombia a lo largo del siglo

XX. Se trata de pararse desde las obras y preguntar qué pasa con la gente, cómo es la descripción de la industria y el empleo dentro de las mismas y analizar de qué manera emergen como práctica de subsistencia el desarrollo de trabajos clandestinos e informales.

Los desfalcos de dinero a lo largo del siglo pasado han dejado un sinnúmero de afectados. De hecho, desde la historia cultural lo que hay que pensar es cómo todas las relaciones económicas o sociales, se organizan según lógicas que ponen en juego los esquemas de percepción y acción de los distintos sujetos sociales. En ese sentido la primera parte corresponde a exponer el cuadro de la industria en Colombia descrito en las obras. De principio se puede decir que la historia de la industria en Colombia es una especie de vaivén, la cual no ha mantenido los momentos de esplendor y ha perpetuado los momentos de precariedad.

El crecimiento industrial fue muy bajo durante los años veinte cuando se presentó un gran flujo de capital internacional hacia el país, y fue alto después del choque negativo de 1929. La bonanza cafetera de 1951-1954 terminó entre 1955 y 1959 con la gran expansión industrial que comenzó después de 1929, y el crecimiento industrial fue mucho más bajo durante la gran bonanza cafetera de 1976-1979 que en cualquier otro (Echavarría, 2005, pág. 53).

Este panorama es relegado completamente a las regiones subsidiarias de la economía de las cabeceras, a manera de ejemplo obsérvese una descripción procurada en la novela *Las estrellas son negras* “Pero más difícil no debería ser vivir en Barranquilla que en Quibdó. Los que venían de allá decían que había mucho qué hacer. Que una persona podía ganarse la vida vendiendo cigarrillos y fósforos a la puerta del edificio de la gobernación. Aquí no había fábricas, ni talleres de ninguna especie” (Palacios, 1949, pág. 51).

La realidad de la precaria situación del desarrollo industrial puede constatarse con los datos investigados por Echavarría (2005) el cual pone sobre la mesa la distribución de los trabajadores dentro de las industrias en el país en unos periodos específicos: “la industria moderna empleó un promedio de 148.000 trabajadores entre 1925 y 1950 y sólo requirió 6.000 nuevos trabajadores por año: en ese período, 1.500 trabajaban en Medellín y 1.100 en Bogotá” (Echavarría, 2005, pág. 36). Los otros puestos de empleo industrial estaban distribuidos en Cali, Barranquilla, Cartagena de Indias y Popayán, ante este panorama los habitantes del Chocó quedan aislados sin una oferta real de empleo. La cuestión es que no solo les pasaría a los habitantes de Quibdó, sino que también, a todo el cúmulo de habitantes de zonas rurales los cuales no contaban con un negocio o propiedad.

—El peor mal de nuestros pueblos es el aburrimiento de la desocupación. ¿En qué puede trabajar Tambo? No todos son alfareros; no todos manejan una cantina.

El Cojo intercaló con ademán de asentimiento:

—Ni todos tienen gallos de pelea como Buena vida.

—¿Ha observado que claven gajos y entierren gallinas? (Echeverri, 1960, pág. 133).

La esperanza en la industria no puede ser mucha. De hecho, para final del siglo el peso de la industria moderna ha descendido tanto frente al empleo total en la economía, como frente al empleo generado por la industria. Para Echavarría (2005) la industria moderna y no moderna en términos absolutos, emplea un número similar de trabajadores en el año 2000 que en el año de 1970, de manera que la desocupación descrita es un mal endémico que ha tenido solo unos momentos de prosperidad a lo largo del siglo. Una situación propia del declive es la importación de materiales del extranjero. Obsérvese la descripción encontrada en la novela *Siervo sin tierra*:

Las fábricas de hilados y tejidos dieron un golpe de gracia a las telas urdidas en toscos telares de palo, con lana cruda de oveja hilada en husos que las mujeres volteaban ágilmente entre los dedos cuando trotaban por los caminos con su carga de leña a las costillas. Los sombreros importados de Italia derrotaron parcialmente las jipas y las corroscas de tapia pisada, tejidas con una paja dura y amarilla. La carretera trajo, con el periódico, el testimonio de otros países, otras costumbres y otras actividades más productivas que la siembra del maíz en las laderas y la papa en los páramos, donde suele helarse (Caballero, 1954, pág. 107).

El flujo de importaciones fue superior principalmente por la falta de integración al mercado internacional, además de eso, hay que tener en cuenta que, en las primeras décadas del siglo donde se ubica la cita, la productividad de los bienes manufacturados tenía un incremento más grande que los productos primarios. Estos últimos eran precisamente lo que se exportaba en Colombia. Según la Memoria de Hacienda de 1932 Colombia exportaba \$ 52,400, de los cuales el 83.2% correspondían a café, 10.1% a banano, 3.1% a pieles y cuero, 1.1% a platino, y 2.4% a otros productos.

En línea con el precario desarrollo industrial otro mal que se lee en las páginas de la literatura colombiana es el correspondiente a la posesión de grandes extensiones de tierras las cuales no son trabajada. Esto pone de nuevo la atención sobre el sector rural. No es para nadie un secreto que los

conflictos bélicos han estado atravesados por temas de tierras ya que la concentración de la tierra está directamente asociada a la desigualdad.

—Venga usted — y señaló la falda alinderada por matas de maguey—. Es suya, ¿cierto? Allá, guayacán florecido.

—Es mío hasta lo que alcanza a ver.

—¿Y tiene agua propia?

—Tiene agua propia.

—¿Y nunca la han cultivado?

—Nunca la he cultivado.

—¿Y no piensa cultivarla?

—No la pienso cultivar (Echeverri, 1960, pág. 134).

La intervención sobre el campo no se ha hecho de la mejor manera. Los datos arrojados por un informe publicado en el 2014 por la organización internacional Oxfam, muestra cómo se están usando en pastos 39 millones de hectáreas cuando el potencial de Colombia para la ganadería extensiva es de 21 millones. Con la agricultura pasa al revés: el país tiene 21 millones de hectáreas aptas para el cultivo, pero solo está usando 4,9 millones, a pesar que el informe es reciente, estipula que es la constante en la historia de Colombia.

Es inevitable afirmar que la falta de atención del campo ha generado el estancamiento del sector rural, el cual lastimosamente ha estado y está atado a la ambición monopolizadora de menos de 1% de la población. “Colombia es un país que en su historia nunca ha vivido un proceso de reforma agraria con carácter redistributivo, con una intervención directa del Estado en la compra y expropiación de la propiedad rural” (Machado, 2009 pág. 326).

Con estos dos escenarios, el de la baja industrialización y poco aprovechamiento del campo, se da paso a dos prácticas particulares dentro del mundo de las obras abordadas. La primera es la práctica alrededor de los cultivos ilícitos. Es necesario resaltar que las poblaciones que optaron por el cultivo de ilícitos para la década de los setenta y ochenta están ubicadas en regiones que han tenido significativos problemas para articularse de manera efectiva al mercado agropecuario nacional y que enfrentan además serios obstáculos estructurales de orden socio-económico y ambiental para estabilizar la economía campesina.

Y ahora le recalca el patrón a Gregorio que bien podían todos los hombres de la aldea aspirar a enriquecerse o vivir como enriquecidos, porque el Oro Verde de la tierra alcanzaba para todos. Y que ahí radicaba precisamente la importancia de que el hombre no se entregara ahora con pasión sino a su propia tierra: porque es bueno vivir bien, cuando Dios ha querido que vivamos bien. Aquí no nos hace falta nada, todo podríamos conseguirlo con nuestro oro verde (Flores, 1975, pág. 83).

La solvencia económica que daba sembrar este tipo de cultivos como práctica de supervivencia, ocasionó una migración de miles de campesinos colombianos a sistemas de producción considerados de uso ilícito. Pareciera entonces que el cultivo del oro verde, como denomina el sujeto social del pasado, es un gran generador de empleo que contribuyó a incrementar los salarios de la fuerza de trabajo involucrada en estas actividades. Aparentemente el aumento de incentivos monetarios genera en los campesinos un adormecimiento de la realidad, estimulando la felicidad producida por recibir poco o mucho dinero, en comparación a las posibilidades anteriormente descritas.

Ese adormecimiento no puede pasarse por alto, pues como se mencionó líneas arriba, de forma ilusoria las drogas favorecen el contexto de desigualdad, exclusión y pobreza de los campesinos. Aun así, detrás de la felicidad existe una incertidumbre y es la seguridad, pues se está sometido a la persecución de los entes de control, la amenaza de desplazamiento y el malestar social. Desde los cultivos ilícitos se puede entrar a establecer vínculos con el narcotráfico, la violencia, el Estado, la injerencia extranjera, etc., pero es necesario resaltar que desde el lado del campesino es simplemente una práctica de supervivencia.

Otra práctica de supervivencia será el rebusque, la cual está más aterrizada a la configuración propia del colombiano para solventar con su ingenio y astucia las situaciones complejas. A pesar de que el fenómeno de la informalidad ha ocupado la atención de los especialistas de un tiempo para acá, como lo hace Guatarí (2011), quien propone la revisión de la literatura de estudios sobre informalidad laboral realizados en Colombia en la primera década del siglo XXI. Es innegable su aparición más que todo en la segunda década del siglo. Los conceptos claves manejados por Guatarí (2011) postulan una definición más acertada del trabajador informal: en primer lugar, que el trabajo informal no es cubierto por la seguridad social y no es remunerado bajo las leyes del salario mínimo; en segundo lugar, esta actividad es desarrollada por grupos marginados, y, por último, los trabajadores informales se enfrentan a condiciones de salubridad e higiene inferiores a

los trabajadores normales. Aquí un ejemplo típico del comercio callejero en Bogotá de la década de los 70.

En la acera opuesta de la misma calle se ha establecido otro comercio pintoresco. Los más opulentos de estos hombres y mujeres de negocios han podido comprarse un carrito de mano, en donde arman con varillas un muestrario del que cuelgan los más heterogéneos objetos: cinturones, medias, ligas, espejos, corbatas, pañuelos y otras mercancías seductoras para los campesinos que acaban de realizar, enfrente, algún negocio con sus cebollas o con sus bulticos de papas, que con frecuencia traen a las costillas desde el lejano predio.

Una categoría inferior de estos comerciantes tiene apenas un cajoncito colgado del cuello y en él colocan otra serie de artículos llamativos y brillantes, como espejos, botones, peinetas, cuchillos y otras cosas. Pero todavía hay una jerarquía ínfima, cuyo establecimiento no llega siquiera al cajoncito, porque su comercio les cabe en las manos sucias, que llevan extendidas en indigente ofrecimiento. Ante los carritos de mano se acurrucan mujeres que amamantan a sus hijos mientras anuncian su mercancía con voz monótona.

—¡Vengan a ver sus cuchillos, sus cordones, sus candaos, sus espejos, sus peinillas, sus pañuelos, vengan a ver, marchanticos! Pero la voz estridente se ahoga bajo la de otra que pasa con un gran cesto colgado de cada brazo, con los cuales lleva una cantidad de viandas, y va gritando: —A ver cuántas almojábanas. pastelitos, pandeyucas, merengues. ¡A ver, marchanticos! ¡JA sus pastelitos calientes! (Osorio, 1979, pág. 101).

La descripción propuesta en el libro *el Día del odio*, es un claro retrato del comportamiento de la crisis en el Colombia. Sus precarios índices de desarrollo gestan el terreno para poner a plenitud una de las características propias del colombiano, la que manifiesta la viveza, malicia, perrenque o como se le quiera llamar. La informalidad es una práctica atípica de empleo la cual surgió en un árido escenario de Colombia en el siglo XX. “Por el alto grado de informalidad que acusa la ocupación en las ciudades, se puede decir que el carácter del empleo es fundamentalmente de tipo informal, constituyéndose, así, en la característica estructural más significativa de la ocupación laboral colombiana” (DANE, 2004, pág. 26).

Finalmente, Colombia en las últimas décadas del siglo XX desde su narrativa, realza que los factores productivos relativamente abundantes fueron la explotación de los recursos naturales, el cultivo de ilícitos y la fuerza laboral de baja calificación en el mercado informal. Vallejo retrata el panorama económico general de la siguiente manera:

Como por ejemplo digamos, montar una empresita juntos. Lo de la empresita lo pensé y lo deseché: ¡qué empresa va a prosperar aquí con tanta prestación, jubilación, inseguridad, impuestos, leyes! Impuestos y más impuestos pa' que a la final no haiga ni con qué tapar un hueco. El primer atracador de Colombia es el Estado. ¿Y una industrita? La industria aquí está definitivamente quebrada: para todo el próximo milenio. ¿Y el comercio? Los asaltan. ¿Y servicios? ¡Qué servicios! ¿Poner una casa de muchachos? No los pagan. El campo también es otro desastre. Como está tan ocupado en la procreación, el campesino no trabaja. ¿Y de qué viven? Viven del racimo de plátanos que le roban al vecino, hasta que el vecino no vuelve a sembrar (Vallejo, 1994, pág. 52).

Paso seguido se pondrá la atención al segundo grupo de prácticas rastreadas en relación a la crisis económica en Colombia y son las que atañen a los procesos de contrabando y corrupción. El objetivo de todo este apartado va en línea con el segundo objetivo, el cual es identificar en la narración de las prácticas unos visos propios de la identidad social.

Es importante resaltar que la narración de las prácticas de la crisis económica plantea en el desarrollo un análisis sobre quiénes y de qué manera han llevado a cabo las acciones alrededor del contrabando y la corrupción, poniendo elementos a la explicación de los grupos específicos que acceden al desfaldo y a la evasión de controles fronterizos.

Existe una distancia entre los ejecutores del contrabando y los pobladores campesinos que acudían a la siembra ilegal y a la informalidad. En cierto sentido ambos grupos acudían a estas prácticas como forma de supervivencia.

La historia del contrabando ha sido estudiada de tal manera que existen una gran variedad de estudios que describen en detalle el problema tanto para la región caribe, en especial la Guajira, como para la zona noroccidental con Cúcuta, pasando por el extremo oriental con Buenaventura hasta el sur de Nariño.

Una definición dada por la DIAN estipula que: “El contrabando es entendido como la entrada, salida y venta clandestina de mercancías evadiendo aranceles, es decir, evadiendo impuestos” (DIAN y UIAF, 2006, pág. 3). La literatura colombiana resalta esta práctica desde inicios del siglo XX. *La Vorágine* exhibe la injusta relación de los capataces con los trabajadores, la violación sistemática a sus derechos y el auspicio por parte de los privados para contrabandear lo robado.

El destino de otros es menos precario: a fuerza de ser crueles ascienden a capataces, y esperan cada noche, con libreta en mano, a que lleguen los trabajadores a entregar la goma extraída para asentar su precio en la cuenta. Nunca quedan contentos con el trabajo, y el rebenque mide su disgusto. Al que trajo diez litros le apuntan la mitad, y de esta suerte van enriqueciendo su contrabando, que venden en reserva al empresario de otra región, o que entierran para cambiarlo por licores y mercancías al primer chuchero que visite los siringales (Rivera, 1958, pág. 161).

¿Sembrar tabaco y esperar los días y los meses a que levante la semilla un palmo del suelo, y a que luego críe hojas, y a que el verano las eche a piquen a que en el caney se la roben los vecinos, y a que en la Compañía las paguen después por una miseria? eso para otros! Ya no estoy para sembrar tabaco. Seguiré a Cúcuta, que es buena plaza donde se gana mucho dinero pasando contrabando a Venezuela a través del río... Trabajar, ¿eso que llaman trabajar? ... Para los bobos, mano Siervo... (Caballero, 1954, pág. 121)

La posibilidad de tomar el camino más corto, es decir tomar acciones que faciliten el trabajo tiene relación con la narración, en el sentido que retrata el sentir colombiano en su máxima expresión. Piénsese en un considerable grupo de personas que bajo la figura de avispados se reconocen en el relato en función de su existencia, su pertenencia y su sentir.

Finalmente, el tema que ocupará la atención será el relacionado con la corrupción. En una articulación con la categoría general de narración histórica se puede precisar que las prácticas de corrupción están presentes en las distintas formas de la narración literaria, en donde los fragmentos de las obras hacen un puente con la exposición masiva de esta práctica a lo largo del siglo.

Para hacer un acercamiento a este problema es importante resaltar que si bien éste es un tema que ha estado en boga desde las últimas décadas del siglo pasado, sería bastante interesante registrar cuál es el origen de la corrupción en Colombia, pero se es consciente que para esto hace falta una extensa y exhaustiva revisión bibliográfica. A propósito, Revéis Roldan (2012) señala que en Colombia no existen estudios seculares sobre la corrupción, no hay estudios a largo plazo sobre el tema. No se sabe cómo fue la corrupción en el período de la Independencia y tampoco en el período Republicano. Solo hay algunos estudios de caso y otros pocos sobre tendencias, por lo que es muy difícil tener una idea concreta sobre la evolución de la corrupción.

De entrada, se puede estipular que la corrupción es algo consustancial a la naturaleza del ser humano y sus debilidades. Pero también es cierto que algo debe existir dentro de las sociedades

colombianas para que fuese una manifestación cultural tan arraigada, aceptada y practicada “en algunas culturas, la gente tiene valores diferentes que hacen que la corrupción sea menos perseguida y se le acepte más, al punto de llegar a ser parte de las costumbres” (Klitgaard, 1994, p. 75).

Fui cajero de la Junta de Crédito Distrital, por llamamiento unánime de sus miembros. Los cien mil dólares del alcance no salieron todos en mi maleta: me dieron únicamente el quince por ciento. Acepté la designación con previo acuerdo de firmar recibo por un caudal que ya no existía. Palabra dada, palabra sagrada. Al principio tuve vagos escrúpulos de inexperto, pero la Junta me designó. Recordé el ejemplo de tanto pisco que saquea con impunidad habilitaciones, bancos, pagadurías, sin menoscabar su buena reputación. Fulano de tal falsificó cheques; zutano adulteró cuentas y depósitos, perencejo se puso por la derecha un sueldo adecuado a su categoría de novio elegante, en lo cual procedió muy bien, pues no es justo ni humano trajinar con talegas y mazos de billetes, padeciendo necesidades, con el suplicio de Tántalo día por día, y ser como el asno que marcha hambriento llevando la cebada sobre su lomo. Vine por aquí mientras olvidan el desfalco; diré que andaba por Nueva York, y llegaré vestido a la moda, con abrigo de pieles y zapato de caña blanca, a frecuentar mis relaciones, mis amistades, y a obtener otro empleo fructuoso (Rivera, 1958, pág. 250).

Es bastante peculiar la consigna de la cita anterior puesto que condensa un poco esa actitud al desfalco y la ambición y sirve para ubicar a la mayoría de funcionarios. Para ellos no será satisfactoria su situación monetaria, por lo cual se engañarán con una suerte de mitomanía colectiva, la cual da vía libre para satisfacer sus necesidades falsas que sólo sirven para motivar la vanidad y la distinción económica. Teniendo a la mano el presupuesto es necesario coger la parte que le corresponde pues, no es justo ser asno que anda hambriento llevando la cebada sobre su lomo.

La inmoralidad flotaba en el ambiente. El cohecho y el prevaricato deambulaban orondos por el Tribunal, los Juzgados y las Fiscalías. El alcohol era el combustible que movía la maquinaria judicial. Todos los funcionarios bebían diariamente a expensas de los abogados y las partes. Y el enriquecimiento sin causa era pan de cada día. Súbitamente un magistrado que ganaba cuatrocientos pesos mensuales o un juez que devengaba doscientos cincuenta, resultaban inaugurando casas de ciento cincuenta mil. O un secretario, con sueldo de ciento sesenta, aparecía conduciendo un automóvil de último modelo. Y la prensa informaba: "Absuelto conocido delincuente" O: "Excarcelado incondicionalmente ladrón encontrado in-fraganti". O: "Sobreseimiento definitivo para hampón con diecinueve entradas". Las diligencias de inspección ocular eran pretextos para que

magistrados, jueces y empleados subalternos comieran hasta el hartazgo, bebieran hasta el último grado de embriaguez y recibieran presentes, en dinero o en especie de los apoderados (Salom, 1976, pág. 121).

La constante referencia a la violencia asumida en la sociedad colombiana muestra esa estrecha relación con el marco de la valoración ética y cultural, que allana el terreno para las prácticas de corrupción dentro de la crisis económica. Si bien, frente al ordenamiento jurídico, las conductas descritas en la cita son consideradas como reprochables y sancionables para la sociedad es una práctica común, es en esencia la realización de la viveza del colombiano, que se perpetuó en cada uno de los casos, dando permisividad a la obtención de dinero por parte de los altos funcionarios, los cuales solicitan el voto como preámbulo al desfalco.

Todos sabemos cómo se obtienen votos en Colombia y cómo muchos de los parlamentarios salieron elegidos», decía en una nota. Decía que la compra de votos era rampante en todo el país, y especialmente en la costa; que las rifas de electrodomésticos a cambio de favores electorales estaban al orden del día, y que muchos de los elegidos lo lograban por otros vicios políticos, como el cobro de comisiones sobre los sueldos públicos y los auxilios parlamentarios (García, 1996, pág. 301).

La conveniencia, la tolerancia y la permisividad que se refleja por parte de los ciudadanos en el momento de la votación es clara pero también hay que señalar la falta de responsabilidad de los partidos políticos frente a la posición adoptada en la promoción de la ilegalidad y la imposibilidad de hacer campañas transparentes. Es sabida la práctica de la financiación de campañas con dineros turbios y la desviación de recursos para financiar las campañas políticas y asegurar el acceso al poder.

La debilidad institucional y clientelismo están presentes en el interior del gobierno como ya se observó. La corrupción de los empleados públicos es evidente, pero a su vez está también en las organizaciones encargadas de la seguridad y el orden, como por ejemplo en la policía.

Ese man tenía contactos con la policía. La policía nos pintaba los brincos para hacerlos junto a ellos. Eran por lo menos unos diez o doce tombos, lo que pasa es que se turnaban para poder coger la plata. A veces, los brincos de las carnicerías eran sitios de amigos de ellos y los de la policía nos vigilaban para que no nos lleváramos la plata. Luego venía la repartición (Alape, 1996, pág. 160).

Puede verse cómo la transparencia de la policía es puesta en tela de juicio en la narración pues como institución ha sido una más en tocar a la puerta de la corrupción. La cita retrata uno entre mil

actos delictivos realizados por esta institución en el siglo pasado en donde se beneficiaban en complicidad con la delincuencia común.

Finalmente, se puede decir que, según las reiteraciones encontradas en las novelas, no se logra reflejar lo que dijese Julio César Turbay Ayala: “reducir la corrupción a sus justas proporciones” Colombia, a través de las letras, perfila las prácticas de corrupción como el pan de cada día de los funcionarios públicos, para los que la sociedad establece un común sentimiento de aprobación y tolerancia. La crisis económica causada por este mal endémico dejaría una pérdida al Estado de una cifra astronómica imposible de calcular, con la que se pudo haber gestionado canales efectivos de empleo, una mejora a las condiciones del campo, emprender una lucha contra el flagelo del narcotráfico o poner más control al contrabando, etc.

El abuso o desviación del poder que es encomendado se utiliza según los registros de las novelas como beneficio y ganancia personal o para un tercero. Si se pudiese delinear de manera gruesa la forma de pensar del corrupto, se establecería que éste no se considera a sí mismo como tal, ni siquiera como un ladrón, sino como aquel honorable servidor que toma un poco más, un monto muy merecido por el valioso servicio que presta, ya sea como caudillo de provincia o funcionario en la urbe.

Así pues, desde *la Vorágine* en los años 20 pasando por la mitad del siglo con *Un tal Bernabé Bernal* hasta al final de la centuria con *La hoguera de las ilusiones*, se deja a la corrupción posicionada como una producción cultural. Acercar un poco la comprensión de algunos aspectos que intervienen en el fenómeno hace visibles significados que alimentan una forma de actuar que, por su frecuencia, parecieran ser algo natural y normal, pero que dejan por su paso conductas impregnadas de ilegalidad e ilegitimidad.

9.3 Prácticas crisis social

Para dar fin a este capítulo, se dedicará un espacio considerable a las prácticas correspondientes a la crisis social. En un primer momento se expondrá lo propio a la ausencia y violencia de Estado, para dar paso a una serie de prácticas desinstitucionalizantes.

Para entender un poco a qué se hace referencia cuando se habla de ausencia de Estado, es necesario definirlo en sus estrictas funciones y ver de qué manera las prácticas y las realidades

conviven con la autenticidad de éste. Una definición muy concreta dirá que un Estado es una comunidad con una organización política común y un territorio y órganos de gobierno propios que es soberana e independiente. Desde la Constitución de 1991, en su primer artículo, se reza lo siguiente: Artículo 1°. - Conformación del Estado: Colombia es un Estado social de derecho, organizado en forma de República unitaria, descentralizada, con autonomía de sus entidades territoriales, democrática, participativa y pluralista, fundada en el respeto de la dignidad humana, en el trabajo y la solidaridad de las personas que la integran y en la prevalencia del interés general.

Según la Constitución, las acciones del Estado deben ser realizadas en el marco de las leyes y su principal misión es garantizar condiciones de vida dignas a todos los ciudadanos. Como lo ha dicho la Corte Constitucional: “Las autoridades están instituidas para proteger a toda persona en su vida, entendida en un sentido amplio como “vida plena”. La integridad física, síquica y espiritual, la salud, el mínimo de condiciones materiales necesarias para la existencia digna, son elementos constitutivos de una vida íntegra y presupuesto necesario para la autorrealización individual y social” (Corte Constitucional, 1992 art.16). A decir verdad, nada es más irrisorio que todo lo anterior, pues el mantenimiento del orden social de la totalidad del territorio a lo largo del siglo XX pone muy en tela de juicio la legitimidad del Estado como se verá a continuación.

Es posible justificar la ausencia del Estado colombiano con el siguiente argumento: el descuido de unos territorios se da por prestar interés a otros territorios como, por ejemplo, a las ciudades ya que por un lado, las ciudades principales tienen grandes y urgentes necesidades que atender y por el otro las ciudades intermedias requieren grandes inversiones y esfuerzos. El anterior no es un argumento de peso, puesto que nada justifica la negación en materia de seguridad, educación, justicia y obras públicas a los habitantes de los lugares más apartados. Ante este panorama es interesante ver ¿por qué el estado no responde de forma efectiva a las demandas de todos los ciudadanos?

Una respuesta bastante acertada es ofrecida por Pécaut (1991), el cual asegura que la falta de respuesta del Estado se debe a la pariente condición de crisis en el que se ha mantenido. La crisis de Estado obedece a unas circunstancias propias de la historicidad, pues la fragmentación regional y la existencia de regiones no sometidas a la autoridad del Estado son en primer lugar el producto de procesos políticos de larga duración.

Pécaut (1991) insistirá en que el Estado perpetuamente ha sido repartido entre facciones y subfacciones de un partido o de los dos partidos tradicionales de Colombia nacidos a mediados del siglo XIX, por lo tanto no se ha podido considerar el forjar una sociedad, ni siquiera en reivindicar sobre ella una autoridad indiscutible. De manera tal que el encuentro efectivo entre el Estado y la sociedad civil ha quedado aplazado. “Con una sociedad dividida y fragmentada, con un Estado sin autoridad, la unidad simbólica de la Nación apenas si tenía la oportunidad de ser reconocida. El pluralismo de los partidos y de sus facciones haciendo las veces de democracia, no bastaba para suscitar un sentido de una ciudadanía común y menos todavía el de un espacio común de arreglo de los conflictos” (Pecaut, 1991, pág. 23).

Así pues, se puede ver como la concepción de Estado ha sido frecuentemente alterada, haciendo que su consolidación tanto en el siglo XIX como en el XX aflore sin cesar una violencia incontenible. La autoridad propia del Estado debido a su crisis endémica no se ha preocupado por instalar puestos de policía, y menos aún un equipamiento público en inmensas regiones, dejando el campo libre al uso privado de la fuerza.

También es necesario resaltar la pretensión del Estado, en cuanto espera que las comunidades se auto regulen cuando no existe representación de una autoridad Estatal. Vale la pena subrayar que el término representación también es abordado por Chartier desde su acepción política y jurídica y es definido como: “la acción de ocupar el lugar de alguien, tener en mano su autoridad. Quien representa hace una función pública por una persona ausente que debía estar allí” (Chartier, 1996, pág. 31). Es decir, el funcionario que representa al Estado entra en el juego como el signo visible de la significación de autoridad. Pero a falta de éstos se abre la posibilidad a múltiples manifestaciones que se apropian de ese orden jurídico que le correspondía al Estado. El ejercicio de control por parte de entes independientes decanta en unas prácticas de violencia mediante la desviación, perturbación y abuso de poder, ya que las potestades administrativas autoimpuestas son usadas para fines distintos de los fijados por la lógica de la gobernabilidad.

—Ya no hay buenos tiempos, padre. El Tambo nunca ha sido gran cosa, pero se vivía tranquilamente, las siestas no daban miedo.

Apretó el puño contra algo invisible.

—Cada rato vuelven los pandilleros a pedir cuotas.

—¿Cuotas para qué?

—Dizque para el mantenimiento del orden, para acabar con los enemigos del Gobierno, para... Si no les damos dinero y licor hacen las del Diablo.

—¿Y el Alcalde lo sigue permitiendo?

—Padre Barrios, ¿todavía no sabe qué cosa es la autoridad del gobierno en nuestros pueblitos?

La voz de don Jacinto se perdió en los pliegues húmedos del trapo. (Echeverri, 1960, pág. 214).

Es importante señalar que otra característica de la génesis es la silenciosa complicidad, puesto que hay un acercamiento entre el gobierno y la creación de grupos que no están alejados de los intereses del gobierno. En las referencias hay un acercamiento por el cual es posible definirlos como el ejército paramilitar ya que éste: “invadió las distintas estructuras de poder estatal, en la perspectiva de configurarse como un proyecto político, militar, social y económico de alcance nacional. Originado según sus mentores, como una respuesta a los éxodos de la guerrilla, el paramilitarismo ha privilegiado, como método de lucha, las masacres, asesinatos selectivos y desplazamientos de la población civil” (Vásquez, 2007, pág. 134).

—¿Mantienes a ese hombre aquí, entrenando sicarios? —No son sicarios. Es un grupo de autodefensa, calificada para proteger las haciendas contra allanamientos o ataques de la guerrilla, contra los abigeos, contra los secuestradores... Hay mucho peligro... El Mani sabe que son mentiras, pero se queda callado. Frepe sabe, que el Mani sabe, que le está mintiendo, y toma nota de su silencio (Restrepo, 1997, pág. 107).

La manera de ejercer la autoridad empieza a delinear unas prácticas que identifican la vocación de este grupo. Recordando que todas éstas se dan gracias a un abandono real del Estado. Entre las prácticas más comunes ejercidas por los paras se encuentran la violación, tortura y secuestro. Este ejército sociópata de limpieza social, llena las listas interminables de muertos invisibles, pareciera que la sociedad civil que no aporte en términos económicos fuese insignificante para el gobierno de turno en las últimas décadas del siglo anterior.

En ese sentido, la primera referencia es a las violaciones. En su interior este grupo creó su propio país independiente, autónomo y libre de la mirada del gobierno, para el cual todo acontecimiento se justifica diciendo que fueron hechos aislados, por eso las violaciones no le incumbían al Estado, nada le incumbía al Estado en regiones donde existirá afinidad con las guerrillas de vocación liberal.

Entre los brazos de una mecedora de mimbre, estaba —abierta a plenitud, desmadejada, Geraldina desnuda, la cabeza sacudiéndose a uno y otro lado, y encima uno de los hombres la abrazaba, uno de los hombres hurgaba a Geraldina, uno de los hombres la violaba: todavía demoré en comprender que se trataba del cadáver de Geraldina, era su cadáver, expuesto ante los hombres que aguardaban (Rosero, 2007, pág. 202).

Este tipo de práctica que socava constantemente no solo la dignidad humana sino además de eso la seguridad ciudadana, pone al paramilitarismo como una de las principales organizaciones que propiciaron y degradaron el orden social en el siglo pasado, las actitudes tomadas en estos acontecimientos muestran un machismo insostenible. Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, en el caso de los paramilitares, la violencia sexual se practicó en distintos contextos con diferentes objetivos: “1) para atacar a las mujeres por su condición de liderazgo; 2) para destruir el círculo afectivo de aquellos considerados como enemigos; 3) para “castigar” conductas transgresoras o ignominiosas desde la perspectiva de los actores armados; y 4) violencia sexual articulada a prácticas culturales” (CNMH, 2013, pág. 79).

El afianzamiento de sus identidades violentas se complementó con la práctica del secuestro, este delito que reside en la privación de la libertad y en el ocultamiento del paradero de la persona desaparecida, fue ejercido por los paras en menor proporción. El CNMH (2013) dice que entre 1970 y 2010 fueron secuestradas 27.023 personas y que el 90,6% de los casos, porcentaje equivalente a 24.482 secuestros fue ejecutado por las guerrillas y 2.541 secuestros corresponde a un 9,4% fue ejecutado por los grupos paramilitares. Se hace mención a esta práctica encarnada en los paramilitares debido a que el libro de Rosero hace un esbozo de estos grupos. “Se fueron y me dejaron, dijeron que tendría que ocuparme de preparar el pago. Que ya me informarían, dijeron, y tuvieron el atrevimiento de decírmelo riendo. Se los llevaron, profesor, quién sabe hasta cuándo, por Dios, si nosotros ya íbamos a irnos, y no sólo de este pueblo, sino del maldito país” (Rosero, 2007, pág. 79).

Además de eso, el informe dice que los secuestros no fueron solamente los 27.023 sino existieron otros 9.568 más perpetrados por la criminalidad organizada, cosa que tampoco deja suelta la narrativa histórica, pues García Márquez detalla en su libro *Noticia de un secuestro*, la relación de las personas prestantes de la política a inicios de la década de los 90 y el narcotráfico.

Este último buscaba obligar al Estado a renunciar a la extradición de colombianos a Estados Unidos, el cual era uno de los ejes de la política de lucha contra el narcotráfico.

Era Marina Montoya, secuestrada desde hacía casi dos meses y a quien se daba por muerta. Don Germán Montoya, su hermano, había sido el secretario general de la presidencia de la república. Con un gran poder en el gobierno de Virgilio Barco. A un hijo suyo, Álvaro Diego, gerente de una importante compañía de seguros, lo habían secuestrado los narcotraficantes para presionar una negociación con el gobierno. La versión más corriente —nunca confirmada— fue que lo liberaron al poco tiempo por un compromiso secreto que el gobierno no cumplió. El secuestro de la tía Marina nueve meses después, sólo podía interpretarse como una infame represalia, pues en aquel momento carecía ya de valor de cambio. El gobierno de Barco había terminado, y Germán Montoya era embajador de Colombia en el Canadá. De modo que estaba en la conciencia de todos que a Marina la habían secuestrado sólo para matarla (García, 1996, pág. 21).

Un seguimiento a las estadísticas de este delito asociado al conflicto armado permite reconocer junto al CNMH (2013) cinco momentos entre 1970 y 2010. Entre 1970 y 1979 el secuestro presenta una tendencia baja y estable. En la década siguiente, de 1980 a 1990, su comportamiento fue creciente e inestable. Luego, entre 1991 y 1995, decreció. Entre 1996 y 2002 retorna a una tendencia creciente y explosiva. Estos datos permiten ubicar a la práctica del cómo uno de los mecanismos más aprovechados frente al abandono de un Estado social de derecho instituido para el cuidado de todos sus ciudadanos. ¿Dónde está el Estado en cada uno de estos periodos? ¿Qué acciones tomaba la justicia o los entes de control? En el escenario de abandono descrito parece que no mucho, las obras permiten ver cómo quizá una de las banderas de los gobiernos era ubicar funcionarios incompetentes.

—Bueno, joven, y usted ¿qué sabe hacer?

—Pues francamente... poco..., casi nada... Nunca he trabajado...

—Contestó Simeón, poniéndose pálido.

—¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡Eso es precisamente lo que necesita-

—Replicó el doctor Guacaneme—. Un individuo que no sepa hacer nada es el "pisco" ideal para trabajar en un Juzgado...

¡Dios me libre de los que saben demasiado! (miró de reojo a Mendietica). Le voy a hablar con entera sinceridad: Yo no creo sino en la justicia divina. La de aquí abajo es una farsa. Por tanto, administrarla es contribuir a la farsa y un hombre serio como yo no puede prestarse a eso... ¡Para que usted sepa en qué terreno pisa, le cuento que la ley es un perro que no muerde sino a los de ruana... ¡si yo, en nombre de esa ley, muerdo a un caballero de frac, se me viene Roma encima, me botan del puesto y me traga la tierra...! Naturalmente. todo esto aquí entre nos... Frente al público hay que representar la comedia... Salir al escenario disfrazados de justicia, con una venda en los ojos, una espada en la mano derecha y una balanza en la izquierda y exclamar patéticamente: "Dura lex, sed tex"... (una sonrisa entre japonesa y chibcha apareció en sus labios, se frotó las manos jesuíticamente y prosiguió:) En cuanto a sus funciones, son pocas y muy fáciles. Cada vez que venga un abogado a preguntar por un negocio, límitese a contestar: "Está al Despacho". Y si el abogado pregunta por mí —yo rara vez vengo— usted debe decirle invariablemente: El doctor está ocupado en la redacción de una sentencia y no se le puede interrumpir. Eso es todo (Salom, 1983, pág. 76).

La administración de un país es de gran importancia para el desarrollo y crecimiento del mismo, ya que en esta es donde se generan regulaciones, estrategias y políticas que influyen de manera directa en el funcionamiento de un país. Infortunadamente el acercamiento a la burocracia por medio de las novelas permitió reconocer la incapacidad, el descaro y la ineptitud. Con lo anterior se ratifica la imposibilidad de la tesis Weberiana en torno a la burocracia. Weber (1993) sostiene que la burocracia es la mejor forma de organizar el trabajo colectivo debido a que proporciona previsibilidad y eso genera mayor eficiencia.

Las obras ratifican que la aplicación de esta tesis es falaz. Puesto que hacen referencia a la manera en que se pasa por alto los aspectos propuestos por Weber para el beneficio de la sociedad moderna. Si bien el autor reconoce que la burocracia acarrea en general una serie de inconvenientes, también es consciente de que es el precio a pagar para poder contar con una organización racional y eficaz. Para el caso colombiano se estable un panorama en el que la burocracia que no es ni organizada, ni racional y mucho menos eficaz.

Para finalizar, se mencionará otro tema que resaltan dentro de lo que se considera ausencia de Estado, y es el relacionado con la condición de esclavitud a principios de siglo. Esto se puede ver en algunas citas de la novela *La Vorágine*, en donde se resalta la ausencia de una autoridad seria por lo cual se da una explotación discriminada del recurso en la profundidad de la selva amazónica. "Mientras el cauchero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él...Allí se

podren como la hoja, roídos por ratas y hormigas, únicos millones que les llegaron, al morir” (Rivera, 1958, pág. 201).

Miseria, enfermedad, dolor y muerte, esos son los rostros reales de la esclavitud que impera en la selva colombiana. Los nativos, junto con los capataces caucheros, padecen la misma opresión del empresario explotador que los extermina. La esclavitud, en efecto, obra un cambio de naturaleza, ya que al esclavo se le quita su condición de humano para ser vendido como una mercancía. Como lo narra Rivera: “Dejando el Orinoco, pasarían por el Casiquiare, y quién sabe qué dueño tengan ahora, porque allá dicen que abundan los compradores de hombres y mujeres. El Palomo y el Matacano eran socios de Barrera en este comercio” (Rivera, 1958, pág. 141).

Si bien es cierto que la industria del caucho experimentó un gran crecimiento, en especial para hacer llantas de automóviles, la práctica de la esclavitud fue la garante del desarrollo de esa industria. Lo peor que le pudo pasar a la zona sur oriental de Colombia fue el caucho, pero mientras allí explotaban, violaban y esclavizaban, en la capital no hacían nada por evitar todas estas manifestaciones.

Jamás cauchero alguno sabe cuánto le cuesta lo que recibe ni cuánto le abonan por lo que entrega, pues la mira del empresario está en guardar el modo de ser siempre acreedor. Esta nueva especie de esclavitud vence la vida de los hombres y es transmisible a sus herederos. Por su lado, los capataces inventan diversas formas de expoliación: les roban el caucho a los sirringueros, arrebatánles hijas y esposas, los mandan a trabajar a caños pobrísimos, donde no pueden sacar la goma exigida, y esto da motivo a insultos y a latigazos, cuando no a balas de wíchester. Y con decir que fulano se picureó o que murió de fiebres, se arregla el asunto (Rivera, 1958, pág. 167).

De manera delibrada se evidencia el costo de la vida y esto puede suscitar reflexiones que van la línea con la defensa de los derechos humanos. Pero lo que es interesante ver es cómo en la práctica la esclavitud no tiene tiempo, puesto que el balance con los acontecimientos establece que, a lo largo del siglo, se ha dado una cadena de sucesos en los cuales se encuentra atados múltiples personajes arrojados bajo las condiciones de verdaderos esclavos. Las conexiones con otros modos de explotación están puestas sobre la mesa, pareciera que todos los trabajadores colombianos se condensaran en la frase de Rivera “como esclavos caucheros, son simplemente perros de yunta”.

Ahora se hablará de aquellas narraciones que ponen de realce las prácticas sobre la violencia estatal. A lo largo del capítulo se ha venido ubicando las prácticas, pero es importante aclarar que en la narrativa esta investigación busca no solamente describir, sino que aún más importante simbolizar, es decir, ir tejiendo el sentido de las prácticas sociales y su relación con los sujetos que las realizaron.

Otro punto fundamental del nexo entre las narrativas y las prácticas es el encuentro con la temporalidad, y ésta es importante para la comprensión y construcción con base en los elementos propios de una época. En la violencia ejercida por el Estado se ubican varios momentos claves, los cuales es necesario verlos con detenimiento para que las prácticas y la narración de las mismas digan algo sobre los actores sociales del pasado.

Se puede decir que la violencia de Estado es la violencia ejercida por cualquiera de sus miembros. Por ejemplo, la policía y fuerzas de seguridad o instituciones gubernamentales. El sometimiento a los ciudadanos dentro de las obras literarias pone de manifiesto el interrogante ¿hasta dónde puede el Estado ejercer el monopolio de la violencia? Los espacios de regulación política están marcados por esta práctica que en principio está envuelta en un plano legal para garantizar la gobernanza, pero por la cual el poder se ve abocado a los representantes del gobierno que asumen ciertas tareas corrompidas de regulación y control.

Con anterioridad se hizo referencia al artículo 1° de la Constitución, ahora se quiere traer a colación el artículo siguiente, pues también dice mucho sobre la misión del Estado. Artículo 2°. - Finalidad del Estado: Son fines esenciales del Estado servir a la comunidad, promover la prosperidad general y garantizar la efectividad de los principios, derechos y deberes consagrados en la Constitución; facilitar la participación de todos en las decisiones que los afectan y en la vida económica, política, administrativa y cultural de la Nación; defender la independencia nacional, mantener la integridad territorial y asegurar la convivencia pacífica y la vigencia de un orden justo.

Las novelas cuestionan los supuestos de la Constitución, ya que las consignas en ella contenida al parecer no son aplicadas en su totalidad en relación a las referencias encontradas en las novelas.

En los distintos momentos del siglo XX se desbordan los esfuerzos por irrespetar al artículo 2 de la Constitución, veamos:

"El agente se despojaba de la chaqueta.

—¡Ajá! ¿Y por qué está ahora por aquí, en estos hoteles!

—Jue que mi señora creyó que yo le había robado una cadenita... Y me echó pa la calle.

—¡Ah! ¿Con que ratera también? Hágase pa allá y quítese las naguas si no quiere que se las vuelva una porquería.

—Señor agente, por vida suyita, por su mamacita, por la Virgen, señor agente. No mi haga nada. Yo no soy de ésas. Le juro que yo no cogí la cadenita. Y también que yo andaba buscando dónde quedarme.

Fluían las lágrimas en torrentes. Pero el agente, despojado de su uniforme, no era agente, sino una bestia. Apagó la luz y se arrojó sobre la desdichada. La lucha fue intensa, pero al fin Tránsito quedó vencida y sintió sobre sí la más horrenda de las humillaciones (Osorio, 1979, pág. 25).

Colombia en distintos momentos utilizó el poder exclusivo y monopólico de la violencia física sobre una población, en particular los civiles que en su mayoría eran campesinos a los cuales se les irrespetaron la vida, honra, creencias y demás derechos a manos de las fuerzas del orden, a manera de ejemplo una descripción encontrada en *La casa grande*:

Dieron la orden, todos dispararon, tú también tenías que disparar: no te preocupes tanto.

-Pude alzar el fusil, nada más el fusil, pero no disparar.

-Sí es verdad.

-Pero no lo hice.

-Es por la costumbre: dieron la orden y disparaste. Tú no tienes la culpa.

- ¿Quién tiene la culpa entonces?

-No sé: es la costumbre de obedecer.

-Alguien tiene que tener la culpa.

-Alguien no; todos: la culpa es de todos.

-Maldita sea, maldita sea.

-No te preocupes tanto ¿tú crees que se acuerdan de mí?

-En este pueblo se acordarán de nosotros: en este pueblo se acordarán siempre, somos nosotros los que los olvidaremos (Cepeda, 1967, pág. 36).

El manejo ilegítimo del uso de la fuerza por parte de las fuerzas militares hizo que los medios de coacción fuesen corrompidos a tal punto que la ejecución de medios violentos, sistemáticos, físicos, y, sobre todo, simbólicos por parte de un gobierno contra sus pobladores incitara el odio y la repulsión además del miedo y la desconfianza. Dentro de todo no es motivo de extrañeza ya que Chartier (1992) destacó que las prácticas culturales implican formas de ejercer el poder. Este poder debe mantenerse y la forma más auténtica para el caso colombiano es promocionando una fuerza armada poco formada, profesional y disciplinada que recurra a la violencia sin discernimiento ni conciencia.

¡Martínez! - dijo alegremente-. ¡Ese es el hombre...!

-En la tienda de Martínez ya no hay nada- dijo el cabo-. Tampoco tiene dinero.

-Y las hijas... ¿no tiene dos hijas?

-Sí, mi capitán- dijo el cabo-. Tiene dos hijas.

-Y como mujeres... ¿qué tal son?

Los ojos del cabo chispearon:

-Buenas hembras, capitán. Muy buenas...

-Usted, cabo, y sus hombres, pasarían un rato divertido. Envíele un ultimátum. Por defenderlas adquiriría dinero prestado. ¿No cree usted?

El cabo adoptó una postura vacilante:

-Sí, mi capitán, pero...

- ¿Pero ¿qué? - preguntó-. Tomó asiento. Lo miraba perplejo, con las cejas arqueadas.

-El cura, mi capitán. ¿Qué dirá el cura?

-Se hará el de la vista gorda- dijo el oficial-. ¿Acaso no lo ha hecho? (Echeverri, 1960, pág. 74).

El extralímite de las formas de la violencia se manifiesta con claridad en la personalidad del militar colombiano, el cual ve como enemigo del gobierno a todo aquel que quiera mínimamente reclamar por sus derechos o establecer canales de resistencia ante las injusticias, pues se ha

exagerado el papel por el cual mantenimiento de la ley y el orden es una responsabilidad de las autoridades dejando la sensación que de todas maneras la legalidad de la violencia impera por encima de la legitimidad de la misma.

Nada. Yo ni sabía que se hubiera fugado. Precisamente debería ir hoy domingo a visitarlo a la cárcel, para llevarle unos trapitos que tengo en esta mochila. ¡Así es la vida! Anoche mismo los guardias lo encontraron borracho dormido en el rancho que fue de misiá Sierva Joya, alma bendita. El indio trató de defenderse con un cuchillito que tenía, y que yo le había llevado para que tallara cuernos en la cárcel. Los guardias eran tres y lo molieron a culatazos. Después le pegaron dos o tres tiros. Acabaron tirándolo al río. Esta mañana levantaron el cadáver, que estaba entre las piedras del cauce, rodeado de perros y gallinazos (Caballero, 1954, pág. 26).

Indagar por la violencia de Estado a través de las novelas, esclarece un poco el accionar del gobierno y la justificación de sus acciones. Ya Pecaut (2012) afirmó que la violencia se constituyó en una modalidad concreta de acción del Estado encargada, a su vez, de expresar una concepción social a la que se buscaba oponer.

De los cuerpos militares y sus fuerzas de seguridad se desprende un constante abuso que no contemplaba al gran porcentaje de población sin formación académica, ni posibilidades económicas, haciendo que se percibiera al Estado como uno de los principales enemigos. “El imperio del miedo y de la sangre estaba ya en su furor y el gobierno también era parte de ellos” (Álvarez, 1985, pág.102). Ante esta situación el reconocimiento y respeto de las fuerzas de seguridad por parte de los campesinos y ciudadanía en general se ve comprometido.

A continuación, se mencionará de forma sucinta otras formas de violencia de Estado. Una de ellas es la participación política de las clases populares. Es claro el panorama del sistema político colombiano el cual presenta una alta concentración del poder en un reducido grupo de familias tradicionales, una élite cerrada y socialmente homogénea. A lo largo del siglo XX era poco factible que las clases populares accedieran al mismo, los puestos otorgados como favores y cortesías entre familias no era un espacio apto para aquellos que no tuvieran el linaje y el presupuesto. Cuando se habla de otra forma de violencia de Estado se hace porque precisamente el negar toda forma de participación es violencia, la literatura retrata la situación de una mayoría silenciosa de ciudadanos que no se siente respaldada y que encuentra obstáculos para participar de los procesos de acceso al servicio público.

Ellos aspiran, con legítimo derecho, a llevar la representación del pueblo en el Congreso y a nosotros se nos presenta la oportunidad de pagar, al menos parcialmente, la inmensa deuda de gratitud que con ellos tenemos contraída... (Y leyó los nombres de doce personajes, de apellidos sonoros, vinculados a la oligarquía bogotana, quienes durante los veinte años anteriores habían gastado ingentes cantidades de tinta firmando nóminas y cuentas de viáticos).

—¡Los mismos de siempre! —gritó un convencionista provinciano—. ¿Además, en esa lista no hay un solo representante nuestro nos van a dejar por fuera como de costumbre? —¡cállese guache asqueroso! ¡Que saquen a ese borracho! —gritaron algunos miembros de la nobleza

—¡No estoy dispuesto a tolerar que este sagrado recinto sea irrespetado! ¡Ni a permitir que un beodo interfiera con sus estupideces las deliberaciones de esta augusta corporación! —dijo el Presidente en tono enérgico—. Señor Comandante: —agregó dirigiéndose a un oficial de la policía— sírvase ordenar que sea retirado ese saboteador comunista! (Salom, 1976, pág. 104).

Así que “No hay que ser perspicaz para advertir cuán delgada es la tela que separa la discriminación política de la exclusión social” (Palacios, 2012, pág. 52). La regulación de la participación a lo largo del siglo XX es una cuestión que puede ser leída como un vínculo negativo de las élites dueñas del Estado con el conflicto, del que tanto se ha hablado a lo largo del texto y que puede definirse como un Estado instrumentalizado con tendencia a expandir la crisis.

La violencia del Estado es pues, en el sentido más literal, una de las características principales de éste, sus rasgos más profundos por los cuales se promueven la defensa de la vida de los ciudadanos y su desarrollo económico, son cercenados trasgrediendo el desarrollo de la ciudadanía de cualquier Estado moderno. En las novelas también se demarcaron momentos por los cuales en el siglo pasado el tema de la salud era una parafernalia y las reformas económicas estaban destinadas a tocar considerablemente a las clases menos favorecidas.

Pues endespuesito de estar mandando en el cabildo, los echaban a pelear a los hombres en el campo con los de otro color, y jamás les hicieron nada, sino que casi siempre algo les robaron, aun cuando fuera la reputación de hombres tranquilos y buenos. Por ahí una vez hicieron un chiro de edificio, dizque para un hospital de pobres; y con eso tuvieron unos para decir a todos los vientos, que ellos sí sabían hacer caridad pública, óiga bien: caridad pública... Pues irás a ver que hasta ahora, hace no más que dos años, se vino a terminar ese chiro de edificio. Jamás sirvió antes para nada, porque ni camas tuvieron los campesinos para pasar sus enfermedades; aquí, en mi casa, seguía yo

atendiéndolos a varios que me pedían posada. ¿Así te digo, pues, que “los de arriba? ahora sí están sabiéndolo hacer (Flores, 1975, pág. 130).

La cita muestra cómo se profundiza la creación de conflictos entre los actores sociales del pasado, en especial por el descontento de los más desfavorecidos, pues las élites parlamentarias, las cuales son la minoría gobernante, fueron las encargadas de tomar las decisiones de trascendencia que afectaron al conjunto de la sociedad, una síntesis de la ineficacia de la gestión del Estado.

Un ambiente de paz artificial se construía sobre el engaño, la matanza y la arbitrariedad, imperantes desde tiempo atrás. Para decorar de obras suntuarias el sector central se crearon impuestos nuevos, que, dada la estructura capitalista del país, recayeron sobre los pequeños consumidores, porque las empresas practicaron siempre sus argucias para salir indemnes de los excesos de la tributación. Para ofrecer la ficticia sensación de abundancia ante los visitantes extranjeros, el gobierno acaparó los víveres, fundó depósitos inmensos y retiró del mercado los artículos de primera necesidad. En los edificios públicos, en los despachos de los ministros y otros dignatarios se guardaban millares de botellas de champaña, whisky y otros licores importados, para agasajar a los huéspedes oficiales; entre tanto, el pueblo no tenía pan (Osorio, 1979, pág. 222).

De lo que se trató fue siempre de explorar la situación de Colombia mediante las obras literarias, bajo las construcciones teóricas de la narración histórica y la práctica. Después del recorrido bien parece que la violencia sistemática ejecutada por parte del Estado colombiano dejó anclada una sensación profunda que percibió al gobierno como injusto, odiado, repudiado, incongruente, represivo, acusador e indolente. Pues, como lo expresa Fals Borda (1962), el distanciamiento del Estado se debió a que las personas fueron destruidas en nombre del Estado, por hombres del Estado y con armas del Estado.

Para dar fin al capítulo se trabajará las narraciones de otras prácticas que no están directamente relacionadas con la política ni la economía, sino que están más del lado propio del espectro de las relaciones cotidianas, en donde la vergonzosa y, a la vez, aceptada forma de ser del colombiano se manifiesta en la humillación, indiferencia y violencia para los más débiles. No quiere tratarse el tema desde posturas morales ni mucho menos, sino en un sentido cultural, histórico, que ubica a este tipo de prácticas como una forma rutinizada de conducta.

Las obras literarias mediante su narración posibilitan el rastreo de significados, emociones y motivaciones de la praxis de las acciones, es decir la unión de las piezas escritas da luz sobre acontecimientos que sí sucedieron en el pasado y que si no se los narrase no se conociera la experiencia humana. En ese sentido se presentará varias citas ubicadas en la indolencia, en lo pusilánime, en el racismo y la violencia a las mujeres.

El día que salimos al Orinoco, un niño de pechos lloraba de hambre. El Matacano, al verlo lleno de llagas por las picaduras de los zancudos, dijo que se trataba de la viruela, y, tomándolo de los pies, volteólo en el aire y lo echó a las ondas. Al punto, un caimán lo atravesó en la jeta, y la madre salto a rescatarlo, poniéndose a flote, buscó la ribera y tuvo igual suerte que la criaturilla. Mientras los centinelas aplaudían la diversión. (Rivera, 1958, pág. 140)

La insensibilidad profunda se ubica en no sentirse involucrado, en pensar que mientras no sea conmigo con quien se meten no importa lo que le pase a los demás, pareciera que desde las primeras décadas, como lo realza *La Vorágine*, la indiferencia y la diversión que da el sufrimiento ajeno hizo que progresivamente la sociedad colombiana, al ser expuesta a la violencia a gran escala, asumiera la indolencia y la tragicomedia como un mecanismo de defensa que perpetúa el sistema de atrocidad.

Otra relación dentro de las prácticas de humillación es la que se afianza alrededor del dinero, exaltando la respuesta con animoso entusiasmo a la degradación. Una forma de ilustrarlo es mediante la cita de Restrepo donde muestra que el que posee el dinero puede denigrar mediante la proposición de las acciones más irracionales a cualquiera que pase necesidades. “A —No mientas —ruge Nando—, entregarías a tu madre con tal de tenerlo. Te voy a dar la oportunidad. Que te traigan plato, tenedor, cuchillo y servilleta. Si te comes tu propia mierda, despacio y sin aspavientos, con buenos modales y sin chasquear, te regalo el reloj y el dinero” (Restrepo, 1997, pág. 62).

Para terminar el capítulo se expondrá dos citas sobre la violencia a las mujeres. No es un secreto para nadie que a lo largo del siglo las prácticas de violencia contra la mujer fueron constantes, alcanzando un grado de legitimidad. El pensamiento patriarcal amparado en la tradición católica ha dejado a las mujeres, en especial a las excluidas de la ciudad y las que habitan zonas rurales, como sirvientas, sacos de boxeo y objetos de placer sexual. No se puede negar que durante el siglo XX las mujeres en Colombia tuvieron un reconocimiento de sus derechos políticos

y económicos, incursionaron en el arte, teniendo algo que decir acerca de sí mismas y del mundo, pero las novelas analizadas no se detienen en estas mujeres, sino al contrario casos como estos:

Siervo se desató la gruesa correa de sus tiempos de soldado, con que se sujetaba los calzones, se escupió las manos para agarrarla mejor y se fue encima a Tránsito. No descansó hasta verla tendida en tierra, con la ropa desgarrada y el rostro vertiendo sangre.

— Para eso quería casarse! —exclamó ella entre sollozos, Luego Se levantó a encender el fogón y a desgranar el maíz para la mazamorra, igual que todas las noches, como habría de hacerlo de allí en adelante toda la vida y por obligación, pues la habían casado "a juro", a la fuerza, y aunque quisiera ya no podría largarse (Caballero, 1954, pág. 65).

La necesidad de narrar las experiencias y dar cabida a las voces usualmente excluidas, es necesario para comprender esa parte del conflicto que no es vista de manera tan próxima con el bipartidismo o los otros tipos de violencia que se comentaron, sirve revisar estas citas pues en ellas las prácticas dejan ver el plano emocional de la mujer y el hombre colombiano, los cuales están encasillados en unos paradigmas de superioridad e inferioridad que gestionan el trato diferenciado y justifican el abuso y la violencia.

"—i Vusté se va di aqui Orita mismo! ¿Y luego no me

¿Pero yo p'ónde? —gimió ella— trujo pa vivir con yo unos diítas? ¿Y no toy aqui esperándolo tó el día?

—insistió el facinero.

—i Vusté se va Orita mismo! so—. Y me deja el pañolón que le empresté.

Del fondo de su temor extrajo Tránsito una leve energía:

—Güeno, pero no me voy desnuda. Anoche dormí con vusté y ora me quita' el mugre pañolón.

El hombre avanzó sobre ella, que retrocedió hasta que la pared la detuvo. Un odio asesino le nublabla las pupilas, que reflejaban una crueldad carnícera. Cuando la tuvo a su alcance extendió la mano con rápido ademán y le cruzó el rostro de un puñetazo. Tránsito rodó por el suelo y se puso a llorar.

—¿Y yo qué l'hecho pa que me pegue ansina? ¡iAy, mi caritica! ¡Cómo me la golvió!

Al verla tirada sobre el pavimento, tratando de protegerse el rostro con el pañolón, el Alacrán le dio de puntapiés, enceguedido por la cólera. Ella trató de levantarse y huir hacia la puerta, pero la

mano férrea logró sujetarla por la ropa y atraerla para golpearle de nuevo la cara con el puño (Osorio, 1979, pág. 120).

La configuración del hombre colombiano es indiscutible, cualquier intento de réplica estimula el acceso a la violencia, de no hacerlo la humillación de la imagen construida en el fuero interno es escandalosa, el hombre promedio de Colombia en el siglo pasado deja entre ver cómo acude al maltrato como un proceso cíclico de acumulación de tensión y descarga de una violencia heredada, vivida, interiorizada y defendida.

9.4 Cierre analítico

Tras el recorrido por las narraciones históricas de las prácticas quedan dos grandes impresiones. En primer lugar, que el objetivo de identificar las prácticas de las diferentes crisis se cumplió y, en segundo lugar, que cada una de éstas prácticas deja caminos abiertos para un acercamiento más a fondo desde la historia cultural, puesto que infortunadamente muchos de los aspectos cruciales solo se tocaron someramente.

Por otro lado, al trabajar bajo el concepto de narración histórica se pudo visualizar como éste fulgía como presentación del pasado en tanto que un suceso era explicable por su componente narrativo, ya que no se podría realizar una comprensión de los eventos y acontecimientos que sucedieron en el pasado si no se los narrase, si no se les concibe como algo único e irrepetible. La experiencia humana en los hechos históricos permitió pues esa especie de dialéctica entre narración práctica y explicación.

El mundo de las obras remarcó un cúmulo de posibilidades de acción dentro de un ambiente cultural como ya se ha mencionado reiterativamente violento, pero que no por eso sesgaba las opciones de los actores sociales del pasado. El ejercicio de cruzar las narrativas y ponerlas en diálogo permitió ver cómo se construye el sujeto a través de las prácticas, las cuales decantaron unas características del colombiano. Entre las que se resaltan su profundo sentimiento de apatía para con el que piensa diferente, unos valores religiosos estancados, una frescura y desapego para las tragedias ajenas, y por su puesto unos seres que por las condiciones son profundamente ingeniosos

Las prácticas y las narraciones históricas coinciden, sustentando cada una de las citas de las fuentes literarias con investigaciones de académicos que se mueven en el campo de las humanidades, las novelas dicen una verdad que, por supuesto puede ser cuestionada, pero que deje un trazado bastante fino de lo quizá fue la población colombiana en el siglo XX en sintonía con sus crisis.

Así pues, el foco de análisis fue la ejecución de las prácticas, que fueron dadas por estímulos específicos, fue fundamental prestar atención a la situación que permitió la elaboración específica de un hecho ya conocido, identificar a los sujetos y grupos históricos que lo encarnaron y ver las posibles aristas que las fuentes permiten analizar. Finalmente, el acercamiento al modelo de comprensión del momento, intentando reconstruir los significados particulares, de las crisis mediante las narraciones y las prácticas, es un esfuerzo por ver aquellas cosas tradiciones invisibilizadas de la cultura popular de Colombia a lo largo del siglo XX.

10. CAPÍTULO 3. REALIDAD CREADORA DE LA NARRATIVA COLOMBIANA.

En este capítulo se busca elaborar un análisis literario con la intención de enunciar los elementos de la realidad creadora y social de las obras. Vale la pena aclarar que los análisis tienen la intención de rescatar algunos elementos propios que enriquecen el carácter de la investigación, siendo conscientes que no se poseen los atributos propios de un conocedor de los estudios literarios, para explorar de manera detallada todos los componentes implícitos y explícitos de los textos. Así que, lo que se busca es hacer un análisis que pueda ir en línea con la identificación de los sentidos colombianos sobre las crisis, centrando la atención en la vida de los autores, la temática de los textos, el tiempo en el que transcurre la narración y un comentario final.

En ese sentido, también es importante resaltar que con esta categoría se ubica el interés particular de evidenciar el valor de los puentes de la colaboración entre disciplinas y el constante esfuerzo por tender vínculos, establecer relaciones y elaborar nexos entre diferentes campos estudio, cosa que es una máxima de la historia cultural.

La intención de querer hacer un acercamiento a las obras, se ubica en especial por el respeto y la admiración al género literario, además de la posibilidad de poner en diálogo a los autores de las mismas y ver el lugar que ocupan estas novelas en la realidad nacional, es decir, qué significan y qué dimensión de la vida de las comunidades es la que representan.

En la construcción de la categoría se definió qué era un análisis literario, entendiéndolo como ejercicio analítico que constituye la disyunción de las diferentes partes del documento, permitiendo ubicar mejor las razones por las cuales el autor escribió dichos relatos y la simbología que se utilizó. El análisis literario permite ir más a fondo en la obra para poder llegar a un nivel de comprensión mayor, en pocas palabras, es una evaluación para determinar, explicar y reconocer los distintos aspectos que conforman una obra.

Anteriormente se hizo referencia al autor, el cual es muy importante, puesto que él es el que hace el trabajo de plasmar mediante la redacción las consignas de una época. Cuando un literato crea un personaje o una situación, está poniendo sobre el papel su ser y un montón de experiencias propias y ajenas. Bastante se ha dicho sobre la literatura como fuente, pero no se ha dado el espacio para reconocer el aporte del autor a sabiendas que la literatura comienza con la obra brotada del conjunto de emociones y la pluma de un creador.

Al hablar del autor, es indispensable ubicarlo en su medio social, reconociendo el contexto en el cual vive y del cual se vale como temática. Haciendo un paralelo con la acotación de Carr (1984) quien dijese que antes de estudiar la historia se debe estudiar al historiador, parece que en el análisis literario también es importante saber en primer momento quién fue el hombre que escribió, cuáles eran sus inclinaciones, ocupaciones y preocupaciones. Por eso, el primer paso de la propuesta es esbozar una breve bibliografía del autor.

Comprender una obra literaria, pues, es captar la letra subyacente sobre la letra impresa, hacerlo revivir y descubrir, cómo cada autor imprime a las palabras de todos, a las voces convencionales del lenguaje un nuevo color. Porque las palabras no solo tienen significado intelectual, sino también sugiere sabor, color, olor, matiz, movimiento, temperatura, estados, etc.; todo lo puede producir o insinuar el creador literario y todo lo debe recrear quien pretenda comprender una obra (Castagnino, 1979 pág. 33).

Huelga aclarar que, para acceder al contenido de cada una de las obras, fue necesario leerlas detenidamente, cosa que permitió extraer los fragmentos que a juicio eran los más precisos para ponerlos en diálogo con la propuesta analítica. Por eso, el segundo paso del análisis literario es el tema, es decir, precisar sintéticamente de qué trata la novela, cuál es su asunto más urgente y cómo se esboza el argumento central. Esta segunda parte del análisis literario va en línea con uno de los criterios de selección, el cual buscaba que en las novelas fueran recurrentes las situaciones económicas, sociales y políticas.

El tercer paso del análisis literario que se contemplará en este ejercicio, y de manera muy especial por lo que significa para la investigación, es delinear muy puntualmente la ubicación en el tiempo y el espacio de la novela, es decir, en que época fue escrita y qué época representa, para ver esa simbiosis de características. De manera similar, este paso cuenta con una estrecha relación con otro de los criterios de selección, el cual buscaba que las novelas fueran de naturaleza histórica, es

decir que las obras en su contenido nárrense sucesos ocurridos en el siglo XX con una caracterización de épocas, clases e individuos.

Por último, está lo que corresponde a la apreciación valorativa, es decir, dar un comentario acerca de la importancia de leer determinada obra, su enseñanza y relación con la historia. Este paso final, al igual que los anteriores, va en sintonía con el último de los criterios de selección el cual era que las problemáticas narradas mantengan relación con algunos conflictos en la actualidad.

Con este esbozo de análisis literario lo que se busca es conocer mejor la sociedad que la produjo y en la que se despliega; qué ideas de la organización social y del mundo se pueden determinar a partir de las ideas de los autores, los temas y el tiempo. Es muy importante lo que la obra simboliza, pues como dijese Serna (1996) la novela condensa, de una forma u otra, todas las voces sociales e ideológicas de su era, todos los lenguajes de esa era que a través de ella reclaman significación.

De esta manera se da paso al ejercicio analítico de las 23 obras que se tuvieron en cuenta para la elaboración de la investigación y la apuesta interpretativa. Las construcciones serán breves para no agotar al lector y dejar claros los puntos más vitales.

1. *Alape, Arturo. (2003). Noche de pájaros. Cali. Editorial Atenas E U.*

Biografía: (Cali, 3 de noviembre de 1938 - Bogotá, 7 de octubre de 2006). El nombre verdadero de este autor es Carlos Arturo Ruiz. Fue un escritor colombiano que se interesó por el arte estudiando pintura en el Instituto de Cultura Popular de Cali, además de eso tuvo mucha inclinación por los temas revolucionarios, siendo militante de la juventud comunista. Durante tres años estuvo en la selva dedicado al trabajo político, infortunadamente enferma de paludismo por lo que tiene que regresar a la ciudad. Estando en ella se consagra a la literatura. Su primera novela es, *Noche de pájaros*.

Tema: La novela tiene por objeto central describir la ciudad de Cali, mediante un paseo nocturno, que de ninguna manera genera placer sino un auténtico horror, el paseo se da en medio de vivencias de infancia, recorridos de juventud y adultez y finalmente huida del testigo protagonista. La ciudad está a merced de los conservadores quienes se apoderan de las noches

imprimiendo un clima de soledad, angustia y miedo, a causa de la persecución de los carros fantasmas y el toque de queda.

Tiempo: La novela en su primera edición es escrita en 1984 y retrata el testimonio de un personaje quien presencié el genocidio conocido como la masacre de la Casa Liberal, ocurrida en Cali en octubre del año 1949.

Comentario: El suceso propio de la masacre a cargo de los pájaros a la casa liberal de Cali, pone de manifiesto la extensión de la violencia a las regiones, además del beneplácito para matar en nombre de las buenas costumbres. La lectura de la novela deja una sensación de persecución y melancolía, en otras palabras, una especie de metáfora del silencio y el miedo, ya que es una historia real, donde asesinos, sangre y espantos, confluyen para contarnos una parte de la historia más oscura de Colombia a mediados del siglo XX.

2. *Alape, Arturo. (1995). Ciudad Bolívar la hoguera de las ilusiones, Bogotá, Planeta*

Tema: Este libro es una obra que retrata una serie de historias de vida de unos muchachos que habitan la localidad de Ciudad Bolívar en la capital de la república. En el contexto social de una decadencia absoluta brotan los sueños de estos muchachos siempre en línea con su experiencia de la ciudad.

Tiempo: años 1988- 1995, Localidad de Ciudad Bolívar, Bogotá D.C

Comentario: Esta historia muestra unas de las partes más profunda e ignoradas de la ciudad, el maltrato se combina con los relatos de un sector lejano, apático e incomprendido, los protagonistas que en su mayoría son jóvenes manifiestan sus sensaciones y prácticas mediante un taller y un profundo ejercicio de diálogo.

3. *Mejía Vallejo, Manuel. (1963). El día señalado. Barcelona. Ediciones destino.*

Biografía: (Jericó, 23 de abril de 1923 - El Retiro, 23 de julio de 1998). Fue un escritor y periodista colombiano, vivió sus primeros años en el campo y desde temprana edad manifestó interés y talento para la literatura, adelantó estudios de dibujo. Se exilió en Venezuela y Centroamérica, por ser militante de la izquierda durante los años 50. Ganó el Premio Nadal en España en 1963 por su novela *El día señalado*. Además de eso, durante muchos años, Mejía Vallejo fue profesor de literatura en la Universidad Nacional de Colombia seccional Medellín.

Tema: El libro muestra cómo en la población de Tambo, un municipio ubicado en alguna parte de la zona andina colombiana se da la transmutación de la vida sencilla y pacífica por la de un período de violencia, describiendo la guerra en el páramo entre los guerrilleros y los soldados.

Tiempo: Período de la violencia de 1946 a 1953

Comentario: Este libro representa la violencia, en un espacio de conflicto entre grupos armados y en interior de cada uno de los habitantes del Tambo, las narraciones hechas tanto en primera como en tercera persona, dejan al lector esa impresión de cómo se vive la violencia, por un lado, muy personal y, por el otro, de manera colectiva. La atmósfera de muerte y desolación hace que los habitantes se sientan constantemente amenazados. Mejía Vallejo propone una novela regional en la que sus personajes, además de revelar una región olvidada, también revelan un interior en lo que se encuentra lo más puro de ellos, es decir su ser campesino regido por la sencillez.

4. Rosero, Evelio. (2007). *Los ejércitos*. Barcelona. Tusquets editores S.A.

Biografía: (Bogotá, 20 de marzo de 1958). Es un escritor y periodista colombiano. Su novela más aclamada y galardonada hasta el momento ha sido *Los ejércitos*, por la cual recibió el Premio Internacional de Novela Editorial Tusquets 2006 y en Inglaterra el Foreign Fiction Prize, otorgado por el diario The Independent a la mejor obra de ficción traducida al inglés en 2008. Así mismo, obtuvo en 2011 el Premio ALOA, concedido en Dinamarca por escritores y editores a la mejor obra traducida al danés en 2011. Esta novela ha sido traducida a 19 idiomas. Además de eso el Ministerio de Cultura le otorga el Premio Nacional de Literatura como reconocimiento a toda una vida dedicada a la escritura.

Tema: Dos ancianos profesores logran llevar una vida sin contratiempos en un pequeño pueblo, hasta que llega la guerra desencarnando un montón de sucesos trágicos, a partir de ese momento la violencia está siempre presente en sus mentes, la perciben en cada cosa que los rodea, en todo acto de sus vecinos y hasta en su propio ser.

Tiempo: Período de la violencia de 1946 a 1953, pueblo de San José.

Comentario: La novela *Los ejércitos* se estructura alrededor del tema de la violencia irracional, arbitraria y absurda producida por la guerra. Rosero no hace énfasis en las inclinaciones ideológicas, más sí en presentar un panorama de las consecuencias humanas de las mismas, sin

escapar a la dulzura y las frágiles actitudes de lo que compone la vida cotidiana. La novela dibuja un movimiento que va de un mundo casi idílico a uno de horror y sufrimiento en la segunda década del siglo XX.

5. *Vélez, Alirio. (2009). Sargento Matacho. Bogotá, D.C., Colombia: ARFO Ltda.*

Biografía: (Líbano Tolima 6 de octubre de 1928). Fundó y dirigió en su pueblo natal la revista literaria Iscay, tiempo después fue parlamentario, diputado a la Asamblea y Concejal del Líbano donde fundó y dirigió la revista Tierra Nativa y los periódicos Estrella Roja, Tribuna Roja, La Voz del Líbano y Centinela. En Mariquita fundó el periódico Boy Scouts y la revista literaria Luchima; en Honda la revista El Magisterio. En 1962 publicó la novela La Sargento Matacho, una segunda se hace en 1986 y la Biblioteca Libanense de Cultura hace la tercera edición en el 2009.

Tema: La obra retrata la vida de una campesina que pierde a su marido, su padrastro y su hermano a manos de policías conservadores. A partir de eso los eventos la hunden en un ciclo de violencia y crueldad del que nunca escapa. A lo largo del texto las acciones que sufrió a causa de la violencia, como el desplazamiento, maltrato físico y psicológico, la llevaron a tomar las armas y ser catalogada como la primera mujer guerrillera.

Tiempo: Entre los años 1948 y 1962, en una zona verdal del departamento del Tolima.

Comentario: El libro es una alegoría a las mujeres campesinas sumidas en atropellos de los mercenarios al servicio de los más poderosos, presenta el talante y la determinación al unirse al grupo insurgente como respuesta a las condiciones del momento. Es interesante ver cómo el seguimiento que se le hace a la guerrillera privilegia sus relaciones afectivas y no tanto su trasegar por la guerrilla.

6. *García Márquez, Gabriel. (1962). La mala hora, Madrid. Editorial talleres de Gráficas Luis Pérez*

Biografía: (Aracataca, 6 de marzo de 1927- Ciudad de México, 17 de abril de 2014). Fue un escritor, guionista, editor y periodista colombiano. Para la mayoría es conocida la figura de García Márquez quien recibió numerosos premios, distinciones y homenajes por sus obras; el mayor de ellos, el Premio Nobel de Literatura en 1982 el cual ganó “por sus novelas e historias cortas, en las

que lo fantástico y lo real son combinados en un tranquilo mundo de imaginación rica, reflejando la vida y los conflictos de un continente” (Academia Sueca de las Letras, 1982).

Tema: El texto narra un capítulo más asociado a la violencia colectiva. Al pueblo ha llegado la mala hora de los campesinos, la hora de la desgracia. La vereda ha sido pacificada después de tanta guerra civil, hasta que ganan los conservadores los cuales se dedican a perseguir cruelmente a sus adversarios liberales. El protagonista colectivo es el pueblo mismo que se perfila a través de una serie de episodios en que el autor presenta en detalle las acciones de los habitantes.

Tiempo: del 4 de octubre al 21 de octubre. De un año entre 1950 a 1962.

Comentario: El hecho de narrar la vida cotidiana de un pueblo en un momento dado de su historia, con el argumento de la aparición de unos pasquines que publican secretos de varios habitantes, muestra la genialidad de Gabo, además de centrar la atención en todas las relaciones turbulentas de los poderosos del pueblo y la violencia política propia del momento.

7. *García Márquez, Gabriel. (1996). Noticia de un secuestro.* Bogotá. Grupo Editorial Norma.

Tema: El libro narra las peripecias de un grupo de colombianos secuestrados entre 1990 y 1991 por orden de Pablo Escobar, quien fuese el capo supremo del cartel de Medellín. El secuestro tenía la intención de presionar al gobierno colombiano para que instaurara leyes que evitaran la extradición a los Estados Unidos. Así pues, el texto está basado en el secuestro de Maruja Pachón Villamizar.

Tiempo: 1990, Bogotá, la Sabana de Bogotá y zona rural de Cundinamarca.

Comentario: El libro transita por las emociones de los secuestrados, sus familias, la relación de los políticos con el narcotráfico y también las personalidades de los secuestradores, sus cambios de ánimo, el pasar de bestias a personas comunes que, algunas veces llegan a odiar en los caminos en los que están involucrados.

8. *Rivera, José Eustasio. (1958). La vorágine.* México. Editorial Diana.

Biografía: (San Mateo-Rivera, Huila, 19 de febrero de 1888 – Nueva York, 1 de diciembre de 1928). Fue un escritor colombiano destacado por su obra poética, pero sobre todo por su novela *La*

Vorágine, considerada como un clásico de la literatura hispanoamericana. Rivera adelantó estudios en la Escuela Normal central de Bogotá y paso seguido ingresó a la carrera de derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, graduándose en 1917. Se desempeñó en varios puestos en el gobierno, y viajó por cuenta propia a Nueva York a realizar la traducción de *La Vorágine* al inglés y su proyección al cine, pero inesperadamente muere a la edad de treinta años por causas desconocidas.

Tema: La novela narra las peripecias del poeta Arturo Cova y su amante Alicia, historia de pasión y venganza enmarcada en los llanos y la selva amazónica a donde los dos amantes huyen y que expone a lo largo de su trama las duras condiciones de vida de los colonos e indígenas esclavizados durante la fiebre del caucho.

Tiempo: En la década de 1910 a 1920 en los llanos y la selva amazónica del Putumayo.

Comentario: El autor hace una clara denuncia de los problemas de las fronteras, la explotación inhumana y la locura. Aunque ya existían publicaciones denunciando las atrocidades de los caucheros blancos en las selvas del Putumayo muchas de las cuales fueron fuente directa de información para José Eustasio Rivera. *La Vorágine* es la primera novela de denuncia social en la literatura colombiana.

9. Restrepo, Laura. (1997). *Leopardo al Sol*. Bogotá. Grupo Editorial Norma.

Biografía: (Bogotá, 1950). Es una escritora y periodista colombiana, En sus obras incorpora una mezcla periodística y de experiencias propias, con relatos de alta intensidad que habitualmente se desarrollan en Colombia. Desempeñó un importante papel en el proceso de negociación con la guerrilla durante los años 1980, lo que le supuso un exilio forzoso, del que pudo regresar solo después de que el Movimiento 19 de abril (M-19) fuera legalizado. Es considerada una intelectual de izquierdas. Fue profesora de literatura en la Universidad Nacional y el Rosario.

Tema: El texto narra la venganza entre dos clanes de narcotraficantes, ofreciendo un retrato de la nueva sociedad que se establece en la Colombia de los años 80 con el desarrollo masivo de la economía de la droga. En esta sociedad, marcada por el culto del dinero y de la violencia, se multiplican los actos monstruosos, toda la comunidad acabará revelando un aspecto monstruoso a nivel físico, moral o psicológico.

Tiempo: Década de los 80, zona norte y noroccidental de Colombia.

Comentario: La novela en definitiva muestra la marcada sociedad al culto del dinero y de la violencia, por el cual se multiplican los actos monstruosos. Detrás de todos los evidentes actos se perfilan las figuras que no tienen respeto alguno por la vida, es la cultura de la violencia en su máxima expresión, donde el eje argumental es la venganza familiar.

10 *Palacios, Arnoldo. (1949). Las estrellas son negras.* Bogotá. Editorial Iqueima.

Biografía: (Certequí, Chocó en 1924- París 12 de noviembre de 2015). Fue un escritor y periodista colombiano, aunque residió gran parte de su vida en Francia, su obra se centró en la vida y el contexto de las personas en el Departamento del Chocó.

Tema: El texto hace una clara narración de las miserias humanas de una población ubicada en el pacífico colombiano a las orillas del Río Atrato, en todos los sucesos por los que pasa Irra el protagonista se representa de manera puntual y tajante la desesperanza y la tragedia.

Tiempo: Entre los años 1940 y 1960, Quibdó.

Comentario: el libro se define como una expresión cultural muy fina de las sensaciones de los habitantes del Chocó. La escritura muestra el cúmulo de dolor, y la lucha de los afros, contra las expresiones inmediatas del dolor, lo que conmueve no es tanto la pobreza sino los estragos mentales que provoca. Es un libro muy propicio para entender la vida desde la perspectiva de una etnia colombiana marginada, con una marcada desigualdad social, discriminación y olvido.

11. *Cepeda Zamudio, Álvaro. (1967). La casa Grande.* Buenos Aires. Editorial Jorge Álvarez.

Biografía: (Barranquilla, 30 de marzo de 1926 – Nueva York, 12 de octubre de 1972). Fue un escritor y periodista colombiano. A los dieciocho años empezó a escribir una columna en El Heraldo. Viajó becado a estudiar en la Universidad de Michigan. A su regreso trabajó en varios periódicos con reconocidos escritores y periodistas. Como escritor es visto como uno de los grandes transformadores de la literatura colombiana en el siglo XX, alejándola del costumbrismo e imprimiéndole un estilo original, urbano y profundamente caribe, además de eso hizo parte del grupo de Barranquilla.

Tema: *La casa grande* es el relato de la masacre de las bananeras, ocurrida en Colombia en 1928, un crimen perpetrado por el propio gobierno colombiano, que ordenó ajusticiar a los jornaleros que se habían declarado en huelga en contra de las condiciones de trabajo impuestas por la United Fruit Company. En paralelo narra la historia de la familia que habita en La Gabriela, la casa grande, cada miembro de la familia (padre, hermana y hermano) encuentra su propio destino.

Tiempo: 1928 en Ciénaga, Magdalena.

Comentario: La novela deja ver cómo la compañía norteamericana tenía un desproporcionado poder económico y político en la región y se había ganado la fama bien fundada de promover la corrupción en el departamento, por la modificación del sistema de contratación y un aumento de los salarios. Ante eso la masa de trabajadores elevaron reivindicaciones para mejorar sus condiciones laborales, ante lo cual reciben como ofensa el ataque de los soldados. Es un libro desgarrador que relata la violencia por parte del Estado.

12. *Mejía Echeverry, Arturo. (2013). Marea de ratas. Bogotá. El peregrino ediciones.*

Biografía: (Rionegro 1919 - Medellín 1964) Fue un agricultor, pescador, inventor y escritor colombiano que cambió la predestinación familiar de la industria, la política y la medicina, por los oficios de agricultor (la profesión más noble que puede tener una persona, según lo expresó él mismo).

Tema: El texto narra la atmósfera de violencia que cae sobre una población colombiana a manos de un capitán del ejército y el sacerdote del pueblo. Es una novela propia del género de la violencia, a pesar de ser una obra sin sangre y sin el consabido catálogo de atrocidades. Al autor le interesa la amenaza, la atmósfera encubierta de violencia que se cierne como nube sobre un personaje o una comunidad.

Tiempo: Entre los años 1946-1958, en un corregimiento colombiano.

Comentario: Esta obra muestra desde diversas ópticas la violencia y el conflicto, comenzando con un acontecer político de la realidad de una época, hasta la vida personal de cada uno de sus protagonistas, en sus prácticas cotidianas sus opiniones y percepciones sobre la atmósfera que los rodea, en un relato muy bien elaborado sobre la llegada y destrucción a cargo de la religión y las fuerzas del Estado.

13. *Álvarez Gardeazábal, Gustavo. (1985). Cóndores no entierran todos los días.* Bogotá. Editorial la Oveja negra.

Biografía: (Tuluá, Valle del Cauca, 31 de octubre de 1945). Es un escritor, columnista y político colombiano, Doctor Honoris Causa en Literatura de la Universidad del Valle, además de eso realizó estudios en Estados Unidos, fue profesor de literatura de la Universidad de Nariño y la Universidad del Valle.

Tema: El texto hace alusión al grupo conservador que se consolidó en el pueblo de Tuluá, llamado los pájaros, a la cabeza de León María Lozano. La narración remarca muy detalladamente su personalidad y actitud conservadora que orientó una serie de sucesos violentos. Los episodios más reiterativos son la aparición de muertos en los ríos, calles, morgues, etc., con la característica de que aparecían sin documentos y eran de vocación liberal.

Tiempo: Año 1953 en Tuluá, Valle del Cauca.

Comentario: La remarcada defensa conservadora estuvo amparada por una ideología radical junto a una despiadada violencia, la descripción de la misma hecha por Gardeazabal pone de manifiesto la posibilidad de mostrar los conflictos sociales de la época, con una actitud reafirmada de una cultura egoísta, católica e intolerante.

14. *Salom Becerra, Álvaro. (1983). Don Simeón Torrente ha dejado de deber.* Bogotá. Editorial la Oveja Negra.

Biografía: (Bogotá 1922- 1987). Fue un escritor colombiano el cual desarrolló el oficio de la literatura en su vida madura, después de haberse desempeñado como diplomático, magistrado y periodista. Sus obras literarias se caracterizan por ser una crítica social contundente al bipartidismo político entre conservadores y liberales, narrar historias con un genio que describe de manera cómica las tragedias de la población colombiana.

Tema: El texto narra la vida de Simeón Torrente, un hombre sin suerte, que tiene actitudes mediocres siendo uno más del montón. Las constantes tragedias acechan su vida en especial lo que corresponde al orden de lo económico y las relaciones familiares. Detrás de todo esto se describe el aparato corrupto y la violencia bipartidista propia de la época.

Tiempo: Primeras décadas del siglo XX, en Bogotá.

Comentario: Esta novela dejó tras su lectura un sentimiento que invita a reconocer en sus personajes un cúmulo de acciones propiamente humanas, de personas comunes, donde se desfila una variedad de vicisitudes y ligeras alegrías del interior del ser humano promedio en el siglo pasado.

15. *Salom Becerra, Álvaro. (1976). Un tal Bernabe Bernal.* Bogotá. Ediciones Tercer Mundo.

Tema: El texto describe la vida de un personaje bastante particular, un hombre demasiado inteligente y honesto, un trabajador incansable, definido por todos como un completo pendejo. Desde joven cayó en las aguas oscuras y putrefactas de la burocracia, permaneciendo en un estado de esclavitud en los ambientes políticos, los cuales no lo dejaron trascender de forma íntegra en la carrera pública. El texto muestra cómo a lo largo de su vida todos los corruptos se enriquecen gracias a Bernabé y su decencia.

Tiempo: Transcurre en la época de los años de 1970, en Bogotá.

Comentario: La vida de Bernabé Bernal es una clara muestra de la situación del individuo en el siglo pasado, el cual refiere una esfera de escasez y falta de oportunidades a causa de la avaricia y la lucha ideológica y política en la pugna por del poder. Los principios de ética y moral hacen que Bernabé sea visto como un idiota en un contexto político en Colombia donde todos se aprovechan de los más débiles.

16. *Caballero Calderón, Eduardo. (1954). Siervo sin tierra.* Bogotá. Editorial Oveja Negra.

Biografía: (6 de marzo de 1910, Bogotá- 3 de abril de 1993, Bogotá). Fue un reconocido escritor, diplomático y periodista colombiano, hijo del general liberal Lucas Caballero. Estuvo vinculado a los periódicos *El Espectador* y *El Tiempo*, además de eso desempeñó cargos diplomáticos, como embajador, diputado representante a la cámara y primer alcalde y fundador de Tipacoque, Boyacá.

Tema: La obra describe la vida de Siervo Joya, quien es un campesino liberal que de regreso del ejército se entera que su familia ya no es dueña de la tierra. De ahí en adelante la miserable vida de Siervo se reduce a trabajar y trabajar para comprar un pedazo de tierra, ya que quiere tener independencia en su trabajo y en su familia, pero todo esto se viene abajo cuando gana el Partido Conservador y él tiene que emplearse como peón.

Tiempo: década del 50, en el campo entre Boyacá y Santander.

Comentario: Esta narración muestra la dramática situación que atravesaron innumerables familias campesinas a lo largo del siglo pasado en un mundo cruel y primitivo, lleno de terratenientes que maltratan a los campesinos. El libro deja muchas sensaciones en lo que respecta a la práctica de la expropiación, los sueños y anhelos de los campesinos, se considera que es un libro fundamental para comprender aspectos claves del desarrollo de la violencia en nuestro país.

17. *Caballero Calderón, Eduardo. (1983). El Cristo de espaldas.* Bogotá. Editorial La Oveja Negra.

Tema: El texto narra las pericias de un cura recién ordenado, quien llega en actitud de servicio y retiro a un lejano pueblo ubicado en algún páramo de la región Cundiboyacense. El contexto propio que se vive es el de la guerra bipartidista. El cristianismo se ve traspasado por la irracionalidad de la dinámica política en las prácticas de todos los habitantes del pueblo.

Tiempo: Entre 1946 y 1953, en zona rural del Altiplano Cundiboyacense.

Comentario: El libro detalla con gran realismo la forma en que vivían las personas de provincia de la época, con una idiosincrasia muy particular, que está cruzada por la fuerte creencia religiosa, una escasa educación y la polarización entre liberales y conservadores. La observación de las relaciones políticas, sociales y económicas pueden perfilarse desde este escrito, el cual deja unas muy buenas sensaciones en lo que respecta a un acercamiento al pasado mediante una prosa clara y atractiva.

18. *Flores Esguerra, Carlos. (1975). Tierra Verde.* Bogotá. Iqueima.

Biografía: (1922-1980). Fue un escritor muy poco conocido, el cual publicó varias novelas. Era destacado por su creatividad a la hora de mezclar las historias propias de la guerra con la redención simbólica, se puede decir que su pensamiento y posición intelectual son completamente desconocidos e independientes.

Tema: El libro hace referencia a un tema de capital importancia en la vida de las regiones campesinas que en años anteriores se vieron sacudidas por la devastación, la mortandad y la violencia política. El protagonista es un joven que tuvo que huir al campo, pero regresa a su terruño lleno de esperanzas y deseos de trabajar en una nueva forma de producción en el campo.

Tiempo: Década de 1970, zona rural colombiana.

Comentario: La narración presenta la cercanía con el campesino que denuncia las injusticias sociales, además de ser inocente, desprotegido y maltratado por los terratenientes y la violencia. En ese contexto resuelve los problemas de la existencia y de la supervivencia con cultivos alternativos.

19. *Mendoza, Plinio. (1979). Años de fuga. Bogotá. Editores Colombia Ltda.*

Biografía: (Toca, Boyacá 1932). Es un periodista y escritor colombiano. Realizó estudios en ciencias políticas en la Universidad de La Sorbona. También se desempeñó en el cargo de primer secretario de la embajada de Colombia en Francia. En 1979 ganó el Premio de Novela Plaza y Janés con la obra *Años de fuga* (1979). De regreso a Colombia ha colaborado con programas de televisión y con el periódico *El Tiempo*.

Tema: El relato versa sobre el viaje de un joven a París y las constantes reminiscencias de su formación y anhelos políticos de izquierda, además de eso es una larga sucesión de aventuras sexuales, donde el amor no aparece. Es el retrato del desencanto de un joven colombiano en el exterior. La esencia de esta novela es la adhesión a un ardiente drama que la memoria va evocando en su desgarradora realidad.

Tiempo: Década de los 70, París y Bogotá.

Comentario: Esta obra deja de manifiesto el testimonio de un personaje que busca en lo más profundo de su ser la coherencia política y el desahogo con una vida sexual desenfrenada, la impresión que queda después de abordar la novela es que aún en el exilio la vida se sigue viviendo con el pensamiento en la propia tierra, la obra es muy fina al momento de describir la frustración

que permite percibir una profunda sinceridad hacia las críticas de los modelos políticos de la época.

20. *Osorio Lizarazo, José. (1979). El día del odio.* Bogotá. Carlos Valencia Editores.

Biografía: (Bogotá, 30 de diciembre de 1900 - 12 de octubre de 1964). Fue un escritor, periodista y político colombiano, que alcanzó la fama por sus grandes aptitudes para las letras como por su postura política. En su obra puso en el centro a Bogotá, de hecho, fue uno de los primeros escritores de esta parte del mundo en incursionar en el género de la novela urbana. Dirigió varios periódicos y vivió en varios países de América Latina.

Tema: El libro narra una serie de sucesos anteriores al asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. La protagonista es una joven campesina que llega a la ciudad a trabajar como sirvienta, pero en su camino encuentra toda clase de percances al cruzarse con personajes que reflejan el crimen, el vicio, la miseria y la infamia en la Bogotá de mediados de siglo. El valor de esta obra reside en que da cuenta de una época signada por el desprecio hacia el pueblo o chusma sentenciada a la marginalidad perpetua por el sistema de castas imperante.

Tiempo: Año de 1949, Bogotá y Lenguaque Cundinamarca.

Comentario: La obra contiene grandes lecciones sobre nuestra historia política y social reciente, pero sobretodo recoge la memoria, la mentalidad y el lenguaje de un tiempo signado por la falsa ilusión de un progreso al estilo europeo, cosa que llevó a delinear una reducida nación moderna, de cuyo mapa quedó excluida la mayoría de la población. Los personajes de esta novela y sus historias cruzadas, descubren la condición humana al interior de una sociedad tremendamente desigual, cuya redención idealizada viene de la figura de un líder carismático, reconocido como el hijo del pueblo.

21. *Fayad, Luis. (2006). Los parientes de Ester.* Bogotá. Arango Editores.

Biografía: (Bogotá, 6 de noviembre de 1945). Es un escritor y poeta colombiano el cual adelantó estudios en la Universidad Nacional, quien trabajase como periodista en distintos noticieros y periódicos locales y extranjeros. Ha vivido en ciudades como París, Barcelona, Estocolmo y Berlín.

Tema: La novela se ambienta en una dimensión propiamente urbana y tiene como fin presentar las distintas relaciones de una familia de clase media. El argumento es la aparición de los familiares de Ester quien acaba de morir y fue esposa del protagonista que espera la jubilación y el cual experimenta la hipocresía de los familiares. Este cúmulo de situaciones decantarán en una serie de dramas, engaños y conflictos.

Tiempo: Década de 1970, en Bogotá.

Comentario: La obra muestra con claridad la crisis de una familia, ejemplificando la hostilidad y mezquindad de las relaciones amparadas por sentimientos de recelo, fracaso, desilusión, expectativa y amor. La novela es interesante por su claro trazado en lo que respecta a identificar los comportamientos más bajos y despreciables de una familia bogotana en la segunda mitad del siglo XX.

22. Vallejo, Fernando. (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá. Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A

Biografía: (Medellín, 24 de octubre de 1942). Es un escritor colombiano nacionalizado mexicano, adelantó estudios en la Universidad Nacional, la Universidad Javeriana y en la escuela de cinética en Italia. Se distingue por sus posturas animalista, homosexual y atea. Ha recibido incontables reconocimientos por su obra entre los que se destaca el premio Rómulo Gallegos en el 2003.

Tema: La novela aborda de manera central el conflicto en la ciudad de Medellín en relación al problema de los carteles de la mafia. Dentro de ésta se despliegan las aristas que involucran la vida de los jóvenes de las comunas los cuales se dedican al sicariato, sus ritos y cultos vinculados con la religión popular y sus tendencias homosexuales.

Tiempo: Década de los 90, Medellín, Antioquia.

Comentario: Los personajes que aparecen en la novela describen de forma clara la aparición de esos nuevos grupos sociales emanados del problema de la droga y de las múltiples tensiones sociales. Los adolescentes dedicados a matar representan una vida sin sentido, donde los proyectos de una vida estable dentro de la ciudad de Medellín se desboronan

23. Zalamea, Jorge. (1952). *El gran Burundún- Burundá ha muerto*. Bogotá. Carlos Valencia Editores.

Biografía: (Bogotá, 8 de marzo de 1905 - 10 de mayo de 1969). Fue un escritor, periodista y poeta colombiano. Es una figura dentro de las letras por su fino estilo. Dentro de sus obras se destaca el relato de la libertad. En sus inicios trabajó con la revista *Cromos*, después de eso tuvo una larga carrera diplomática fulgiendo como Consejero Comercial de la delegación colombiana, Vicecónsul en Londres, Ministro de Educación, Secretario General de la República, representante a la cámara y embajador en México.

Tema: La obra narra los funerales de un caudillo que utilizaba la palabra para denigrar a los otros, de repente algo le pasa y lastima su aparato vocal por lo cual prohíbe el uso de la palabra en cualquier ser humano, comparando a los hombres con las bestias. Al final cuando destapan el ataúd para dar el adiós al Burundún se dan cuenta que hay un gran papagayo. La manera como relata Zalamea el poder, deja entrever un desgaste político en la sociedad, pues el poder ha entrado en deterioro.

Tiempo: Década de 1950.

Comentario: A lo largo de esta corta novela se denota la insistencia por parte de *El Gran Burundún-Burundá* por imponer su opinión y desplegar la restricción de libertades públicas. Es muy interesante ver la obra por la calidad y la crítica a la verborrea retórica de los políticos tradicionales. De igual manera se presta como representante de la gran descomposición social donde los sujetos de la época viven en condiciones miserables de servidumbre, indeterminación y dominación promovidas y ejecutadas por los centros del poder, evidentemente es un mundo unilateral que obliga a la gran mayoría del pueblo al sometimiento y la ignorancia.

Ahora bien, el anterior esbozo del registro de los aspectos más significativos de las 23 novelas se puede poner en diálogo con la propuesta de análisis literario encontrada en el estado del arte conocida como la sociocrítica. Vale la pena recordar que la sociocrítica busca mirar las relaciones entre el texto y las circunstancias socio-históricas en la que se inscribe, en otras palabras, la sociocrítica pretende realizar una lectura de la obra literaria ubicándola en el marco de un tiempo y un espacio determinado, ya que la obra presenta los discursos de una época específica a través de los personajes, de las temáticas abordadas y las formas de escritura utilizadas.

Por estas valiosas características es importante traer la sociocrítica a colación ya que de forma incisiva se ha querido ubicar el contenido de las novelas como algo situado y contextualizado. Además de eso, para la sociocrítica la novela es una práctica social, que no se puede desligar de los imaginarios e ideologías de una época, cosa que de por sí se ha venido reiterando a lo largo del documento.

Al hacer un balance desde la sociocrítica que englobe y dé unidad a los 23 análisis, se encuentra que las novelas relatan sucesos desde 1904 hasta 1996 y que los escenarios varían dentro una y otra novela de lo urbano a lo rural, las zonas que se describen son por lo general los departamentos de Cundinamarca, Tolima, Santander, Huila, Chocó, Valle de Cauca, la Guajira, y las ciudades más representativas fueron: Bogotá, Medellín y Cali.

Las novelas se pueden ubicar en tres grandes grupos. El primero es el que narra sucesos de las primeras décadas del siglo XX, entre los que se encuentra *La Vorágine*, *La Casa Grande*, *Las Estrellas son negras* y *Don Simeón Torrente ha dejado de deber*. En este grupo lo que más resalta son las condiciones paupérrimas de la consolidación de la sociedad colombiana, ya que mientras que en la selva, se esclavizaba y explotaba indiscriminadamente, en las zonas costeras se acallaban las protestas de los trabajadores y se acentuaba un clima de desigualdad y exclusión, terminando en el centro del país donde se afianzaba una clase política con amplios vicios de corrupción y se pasó de la ciudad colonial a la caótica urbe contemporánea.

La producción literaria de inicios de siglo fue por así decir no tan prolija. Evidentemente había literatura, pero no podía considerarse como un bastión de cultura, a modo de ejemplo piénsese que la gran mayoría del pueblo desposeído que se venía configurando desde el siglo XIX no tenía acceso a la literatura, como una contraposición a lo ocurrido con la Biblioteca Azul⁷. La cuestión es ¿por qué la literatura colombiana de inicios de siglo estuvo alejada de una producción en línea con las vanguardias del momento? Una respuesta muy acertada la ofrece Pineda en su libro sobre la historia de la narrativa colombiana:

A comienzos del siglo XX, deprimida por la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá, Colombia parecía estéril al cubismo, futurismo, surrealismo, creacionismo, ultraísmo y otros ismos

⁷ Roger Chartier en su libro *El mundo como representación*, presenta un capítulo dedicado a las figuras literarias y experiencias sociales: la literatura picaresca en los libros de la biblioteca Azul, estos libros eran propios de la editorial Troyes los cuales eran envueltos en hojas de color azul y vendidos a muy bajo precio, en el siglo XVII, esta particularidad hacía que una gran cantidad de personas accedieran a ellos.

que aparecieron en Europa y en varios países de Latinoamérica, aproximadamente a partir de la Primera Guerra Mundial, en 1914. Además del difícil acceso a Bogotá, ubicada a más de mil kilómetros del mar que impidió que la capital colombiana se convirtiera en un centro cosmopolita, y sumando a que Colombia vivía envuelta en un manto ultramontano y clerical (Pineda, 2012, pág. 165).

En cuanto al segundo grupo, se puede decir que es, quizá, el que más representa la esencia del siglo, por ende, es dónde más producción literaria hay. Este grupo reúne las producciones propias del periodo de la violencia, ubicado temporalmente entre los años de 1948 y 1958. Las obras de este periodo son: Noche de pájaros, El día señalado, Los Ejércitos, La Sargento Matacho, La mala hora, Marea de Ratas, Cóndores no entierran todos los días, Siervo sin tierra, El Cristo de espaldas, El día del odio y El gran Burundún Burunda ha muerto.

El origen de la sobreproducción de novelas en este lapso podría ser evidente. Los sucesos que en este periodo trastocaron de forma abrupta la realidad social, política, económica y cultural del país, dejaron consecuencias catastróficas las cuales fueron llevadas como narración a las novelas.

A decir verdad, mucho se ha escrito y analizado sobre la novela de la violencia. En el estado de arte se pudo determinar los visos por lo cual es considerada un género sin calidad que se extendió como moda. García Márquez en un artículo de 1959 titulado Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia dice que “Quienes han leído todas las novelas de violencia que se escribieron en Colombia, parecen de acuerdo en que todas son malas, y hay que confiar en que estén secretamente de acuerdo con ellos algunos de sus propios autores. No es asombroso que el material literario y político más desgarrador del presente siglo en Colombia, no haya producido ni un escritor ni un caudillo” (García, 1959, pág. 12).

Quizá es por eso que la vasta producción de más de un centenar de novelas no alcanzó el reconocimiento de las obras latinoamericanas que se escriben para ese mismo tiempo, nuevamente Pineda acota: “Al lado de novelas como Pedro Páramo (1955) de Rulfo, Rayuela (1963) de Cortázar, El túnel (1948) o Sobre héroes y tumbas (1961) de Sábato no se sostienen con igual altura las novelas de los novelistas más vigorosos de mediados de siglo” (Pineda, 2012, pág. 2016). Es claro que ninguna novela de mitad de siglo al igual que María (1867) de Isaac, logrará general una difusión y tradición literaria, cosa que será solo hasta la aparición de Cien años de soledad.

Por último está el grupo que reúne los sucesos de las últimas cuatro décadas del siglo pasado con los libros: Ciudad Bolívar la hoguera de las ilusiones, Noticia de un secuestro, Los parientes de Ester, Tierra verde, Leopardo al sol, Años de fuga y La Virgen de los sicarios.

Después de ese tortuoso camino conocido como la violencia, la vida política en Colombia deja un camino sin certezas, en cuanto qué o quién ocupará el espectro que desangró el territorio nacional, el masivo desplazamiento deja en jaque a las ciudades y campos los cuales se sumen en una inseguridad sin precedentes, ya no bajo el sanguinario bipartidismo, sino ahora con el protagonismo de las guerrillas, paramilitares y narcotraficantes.

Huelga mencionar que la práctica del narcotráfico ha generado y atizado múltiples formas de violencia en las últimas décadas causando un deterioro bastante considerable, por lo cual la tradición literaria cambió: “La violencia el narcotráfico irrumpió en la realidad, cambió el rumbo de la moda literaria, dando paso a la literatura de los barrios pobres, vidas con futuro, del realismo exacerbado en la que se jugaba la existencia del ser humano con perspectivas más micro que macro” (Osorio 2014, pág. 14).

Se puede decir que la capacidad de las obras de dar un tratamiento a los hechos nacionales, deja una buena impresión ante la realidad que se abordó, sin mucho maquillaje ni escaramuzas literarias. Claro está que cada autor respondía a los sucesos propios de una época por la cual el utillaje mental⁸ era usado de forma distinta. En su conjunto fue posible constituir una imagen más o menos completa de estos tres grandes periodos, observando de manera fina la cotidianidad de los personajes y su manera de ver y actuar en el mundo.

Lo anterior permite considerar que de forma definitiva y con la ayuda del análisis literario y la sociocrítica se puede ver ese vínculo entre cada uno de los relatos y el contexto propio de la novela colombiana, prácticamente en ninguna se vio episodios de los cuales se pudiera sembrar una sombra de duda acerca de la veracidad del mismo, o lo que se podría considerar ficción en su más acérrima definición, como simulación de la realidad o excesiva trasgresión del tiempo y el espacio. Al contrario, cada novela desde sus trama, personajes, prácticas y representaciones insistía en relatar sucesos veraces y comprobables de la historia colombiana.

⁸ La noción de Utillaje mental es utilizada por Lucien Febvre, para sugerir la existencia de una serie de instrumentos intelectuales (palabras, símbolos, conceptos etc.) a disposición del pensamiento de una época específica.

De esta manera se puede establecer que el marco argumental en lo que refiere al acervo cultural de la época deja a las novelas con una valoración de éstas en su misión no solo de entretener o enriquecer a las editoriales, sino que forman una unidad que comunica e informa siendo un factor activo en conocimiento del proceso histórico de Colombia.

Otro puente que es posible ubicar en las reiteraciones son: las posiciones políticas de los autores su relación inicial con el periodismo y los trabajos diplomáticos. Por el lado de las posiciones políticas se puede decir que, al igual que en la mayoría de los escenarios de la vida, la postura política sale a flote, las nociones, las encrucijadas y las relaciones con determinado sector político cobran relevancia dentro de la creación literaria. En otras palabras, cada autor imprime su sello su sentir político, que como se ha dicho en su mayoría son posturas liberales.

Centrando un poco la atención en la novela de la violencia la cual se describió párrafos arriba, se quiere traer a colación algunos datos dados por Escobar (2011) el cual a propósito de las 70 novelas escritas entre 1949 y 1967 construye las siguientes estadísticas: de las setenta novelas, 54 de ellas, es decir el (77%) implican a la Iglesia católica colombiana como una de las instituciones responsables del auge de la violencia. 62 novelas, es decir un (90%) comprometen a la policía y a los grupos parapolíticos (chulavitas, pájaros, guerrillas de la paz, policía rural) de la muerte y el caos. 49 novelas es decir un (70%) defienden el punto de vista liberal y se atribuye la violencia a los conservadores y 7 de ellas un (10%) reflejan la opinión conservadora y responsabilizan de la violencia a los liberales.

Unas de las posibles causas de esta afinidad del 70% con el liberalismo es precisamente esa apuesta por defender las libertades. De hecho, Gaitán proponía una renovación ideológica en los seguidores del partido. De los siete puntos de dicha renovación, se consideró pertinente traer dos a colación, número uno: “Rechazar el modelo democrático imperante restringido (1910-1950), y proclama la necesidad de ampliar la participación ciudadana y reconocer los derechos económicos y sociales en contravía de los intereses de los grupos dominantes, para devolver la justicia a los desposeídos para crear una sociedad equilibrada y promover el desarrollo económico en pro del bienestar de los ciudadanos” y número dos “Reafirmar la fe en los principios de la libertad de palabra, prensa y de pensamiento y defensa del patrimonio moral, intelectual y social de los ciudadanos” (Las dos orillas, 2018, pág. 1).

Es necesario recordar que, como se dijo anteriormente, la mayoría de los escritores ejercieron en principio el periodismo. Parecía que dedicarse a las letras no era propiamente una profesión muy prometedora en términos económicos, por lo cual el primer paso debía ser el oficio del periodismo para luego dar el salto. El camino que se escoge es el periodismo porque básicamente se trabaja con el mismo material es decir con palabras e historias.

Es bastante peculiar el vínculo del periodismo con la escritura literaria, las interpretaciones sobre la calidad de los textos anteriormente descritos o cualquier otro libro o el trabajo del periodista y su papel en la opinión pública pueden ser variadas, lo que si no se puede discutir es que la materia prima abunda para la pluma del escritor al igual que para la producción de crónicas y reportajes.

Seguramente todos los libros de autores que en sus inicios trabajaron en el periodismo tienen tramas que sucedieron en el mundo de la reportería, o provienen de largas y rigurosas investigaciones periodísticas, ya que es difícil, casi imposible, alejarse de una labor que practicaron por años.

A decir verdad, la fluidez propia de un relato periodístico puede traspasarse a una obra literaria, sin mencionar el prestigio que da publicar un libro. Sea de la calidad que fuese, lo importante es contar una historia, que apunte a un régimen de verdad, recoja los testimonios de comunidades y desarrolle la evolución de un conflicto, la violencia de Estado, el narcotráfico, de la decadencia social etc. Como dijese Gabo "Me considero ante todo periodista, porque parto de la base de que escribir novelas y reportajes es igual, es contar cosas que le pasan a la gente. Nunca he logrado conocer la diferencia exacta entre el reportaje y la narración" (Entrevista dada al Diario libre, 2014, pág. 2).

En cuanto a la diplomacia se puede decir que se debe a su carácter de hombres de mundo, gente que conoce idiomas y otras partes del hemisferio. Eso los lleva a abrir el acervo cultural y nutrirse de las diversas vivencias de las sociedades en la cuales conviven esto permite hacer comparaciones para retratar su doliente patria. No hay que dejar de lado que para llegar a esos puestos hay que tener más que ganas de escribir un libro, los vínculos en el aparato estatal son fundamentales. Por ende, se ve que los escritores no son salidos del conglomerado de los excluidos, sino que desde pequeños tuvieron la oportunidad de conocer los libros, la educación de muy alta calidad y el

ambiente político de la época. Así es como existen escritores de ideas liberales que no dejan de ser parte de los grupos más favorecidos.

Vale la pena aclarar que no todos tienen posiciones liberales o de izquierda si se quiere. La excepción a la regla dentro del conglomerado de obras que se seleccionaron es Plinio Apuleyo Mendoza quien puede ser leído en la actualidad como columnista en el periódico *El Tiempo* y donde da muestra de sus posturas derechistas con tintes discriminatorios. Recordemos que en la novela *Años de fuga*, Plinio pone la desesperanza para los ideales de izquierda en un joven que huye de Colombia.

10.1 Cierre analítico

El análisis literario presentado anteriormente buscaba, en primer lugar, ubicar los diferentes elementos que gravitaban en relación al autor, para reconocer sus posturas, el tema, para emparentar la realidad con la narración, el tiempo, para verificar el carácter histórico y, por último, el comentario que expresaba por un lado las distintas sensaciones que generó la lectura y, por el otro, la enunciación de algunos elementos tales como las costumbres, el carácter colectivo de las acciones, las relaciones afectivas, la personalidad y los cambios de ánimo, etc. Ubicar estos elementos dentro del análisis literario es importante ya que, para el estudio de la historia cultural, es significativa la preocupación por las relaciones y los detalles del comportamiento de los seres sociales del pasado.

Todo lo anterior se hizo con la salvedad de que no se abordaría el análisis de forma exhaustiva, ni con el rigor propio de los críticos literarios, y esto se debió más que todo por limitaciones temporales y metodológicas más que por otra cosa.

El tono particular de las obras, permitió hacer un barrido en lo que respecta a las diferentes derivaciones en el orden de lo personal, sentimental y social, alcanzando la construcción de un panorama bastante interesante de la narrativa colombiana del siglo pasado. El estudio de los contextos de las diferentes épocas donde los autores escribieron las obras, presentaron las condiciones sociales, políticas religiosas, donde se estableció el estudio social y textual.

Finalmente, la posibilidad de contextualizar la orientación, las connotaciones y las voces que tienen cabida en las obras, permitió acoger el consejo del historiador que más ha trabajado en las

relaciones entre la literatura y la historia cultural, el cual acota que básicamente para este tipo de investigaciones “hay que tomarse en serio lo que dice la novela” (Serna, 2008, pág. 29). Y eso precisamente ha sido lo que se ha querido hacer en el capítulo: buscando por medio de los elementos escogidos para el análisis, colocar sobre la mesa las sensaciones de los hombres de antaño, sus conversaciones, gestos y palabras. En una palabra, su vida.

11. CONCLUSIONES

El carácter de las novelas como fuente nos hizo reconocer que en muchas ocasiones las implicaciones de las obras son inaccesibles a los propios autores y lectores de la época, por lo tanto, deben desplegarse y explicarse con el paso del tiempo, abordadas con nuevos conocimientos y métodos. Por eso el leitmotiv que dio coherencia y orden a este texto, fue la pregunta por el sentido de las crisis, entendiendo éste como el objetivo de la existencia, la razón de ser, de los seres históricos que habitaron Colombia en el siglo XX, ya que, como dijese la historiadora

cultural brasileira Sandra Pasavento “la tarea del historiador sería captar la pluralidad de los sentidos y rescatar la construcción de significados” (Pasavento, 2013, pág. 42).

Para abordar dichos sentidos sobre lo colombiano en los diferentes planos se acudió a las representaciones y las prácticas, con la ayuda de la narración histórica y el análisis literario. El encuentro entre la literatura y las diferentes categorías extraídas de la propuesta historiográfica de la historia cultural dejó un cúmulo de conclusiones entre las que se encuentra: el futo de la relación entre representaciones y prácticas, la continuidad de la violencia a lo largo del siglo y el espacio para el estudio de las apropiaciones. Estas conclusiones están orientadas a establecer de forma no definitiva las sensaciones que afectaban a los hombres de antaño, tratando de comprender sus relaciones y determinando qué era lo posible en cada uno de los ambientes sociales de cada época.

Ahora bien, cada una de estas representaciones y prácticas examinadas a la luz del pasado, se presentaron de varias formas, permitiendo reflexionar sobre unas realidades, importantes crueles e interesantes, entre las que se encontraron las relaciones en el campo, la ciudad, la religión, el juego, el bipartidismo, la corrupción y la violencia.

La historia cultural atiende a la preocupación por resaltar el sentido de la realidad mediante las representaciones de las prácticas sociales. Vale la pena aclarar que una representación es una observación de la realidad, y una práctica es una acción en la realidad. La primera es una percepción, y para percibir es necesario estar inmerso en los espacios concretos y bajo las figuras específicas, como la del campesino, el cura, el guerrillero, el político etc. Y la segunda es una decisión, una intervención que se ejecuta de manera precisa en un contexto determinado, como en el campo, la ciudad, en una guerra o en un baile. Así pues, la noción de práctica es inseparable de la de representación, en la medida en que designa las conductas cotidianas o espontáneas de los sujetos históricos que desfilan en las novelas. A continuación, se presentará a modo de conclusión las representaciones de las prácticas más dicientes sobre los sentidos sobre lo colombiano.

En primer lugar, se encuentra la representación de la pobreza con las prácticas de supervivencia. Se puede puntualizar que la pobreza es una reiteración dentro de las construcciones de los personajes históricos en los textos ya que la vida no fue fácil para la mayoría de los habitantes de Colombia en el siglo pasado, las condiciones económicas fueron adversas tanto en el campo como en la ciudad, las novelas retratan esta desesperación y en consecuencia se reconoce la emblemática necesidad de acudir a las configuraciones de astucia en pro de la supervivencia.

La lógica del colombiano, con independencia de la región, es no vararse, es reconocerse como colombiano, es decir, como poseedor de una malicia indígena que proyecta más allá de las difíciles dinámicas de los contextos. Por eso se considera que el sentido y el significado del pueblo fue posicionarse por encima de sus dificultades por vías legales o ilegales, como fuese, las tensiones entre el padecer hambre y salir de ella fueron solventadas en la gran mayoría de casos. Además de eso, a pesar que el Estado reincidiera en un favoritismo con unos pocos clanes económicos, la actividad económica a lo largo de estos casi 100 años fue testigo del origen y el fortalecimiento de una clase media emergente resultante de una nueva y boyante actividad económica, la cual fue la entrega y dedicación a los trabajos más básicos y primarios. Eso también retrata un poco el sentido de haber vivido en un país de profundas desigualdades como éste, lo cual implicó estar en constante estado de rebusque económico.

El segundo cruce es la representación del miedo, a decir verdad, es justificada dicha construcción, pues debido a los procesos violentos vividos a lo largo del país, la sensación de angustia por la presencia de un peligro real, era inminente. En la atmósfera se respiraba la desazón propia de no saber qué hacer, de reconocer que se debía convivir con ese terror amenazante para la vida propia y de los seres queridos.

Este miedo es una de las emociones humanas más primitivas, ya que está orientada a la supervivencia, es decir es una respuesta natural al desafío, y qué más desafío que vivir en el constante y perpetuado conflicto de nuestro país. De manera tal que la representación de miedo y la percepción del mismo fulgieron como un estimulante. El miedo es una sensación que hay que enfrentar y es precisamente esta actitud uno de los motivos que provocó las prácticas organizativas de lucha, y el especial significado sobre la vida. Las acciones que hicieron mella garantizaron una resistencia en los campos con las guerrillas liberales y en las ciudades con los núcleos integrados por jóvenes de universidades públicas. Una vez más se concluye que el sentido de la vida es hacer lo posible para ésta no se termine.

La tercera relación es la que se da entre la representación de decadencia con la práctica de la corrupción. En este punto es importante resaltar que existe una percepción de las ciudades o el campo, donde el gran cúmulo de la población se encuentran mal, en situaciones que solo se pueden categorizar como lamentables. Curiosamente, este panorama genera en los líderes políticos una

dispersión de acciones que, en vez de aliviar dicha crisis, afianza lo que se puede calificar como prácticas corruptas.

Esto puede ser uno de los factores que estimularon la desconfianza en la política, por sus reiteraciones en la incapacidad para imponerse sobre las circunstancias y por su descarado afianzamiento. Además de ser una práctica masiva que generó una particular curiosidad por el grado de aceptación y su estrecha relación con el marco de la valoración que tuvieron los colombianos en el siglo XX. El modus operandi del derroche es similar en todos los casos, según lo establecido por la ley estas acciones son consideradas como reprochables y sancionables, la normatividad está en el papel y es clara. Pero el análisis nos permitió ver que existe otro tipo de ley consuetudinaria, donde se establece un común acuerdo que asiente una particularidad del sentido sobre lo colombiano, este es el de la viveza. En pocas palabras éste consiste en aprovecharse de las circunstancias y de las personas, sin recriminación ni remordimiento.

Por último, se encuentra las representaciones religiosas y lúdicas y las prácticas que se relacionan con éstas. El proceso por el cual se fueron tejiendo una serie de representaciones y prácticas sociales, tenía el fin de reconocer a los sujetos que las realizaron. El hecho de ver cómo los hombres ejecutaban lo que en palabras de Chartier (1992) son las formas de ejercer el poder mediante las prácticas culturales.

Si se ubica el poder en la práctica, resulta más esclarecedora la utilidad que la iglesia le dio a su liturgia y las constantes intervenciones por parte de la misma en la política, la salud, la educación, etc. Es así que en esta línea las estructuras de sentido apuntan a que las inscripciones de las prácticas religiosas tienen el salvoconducto de actuar con licencia del poder de Dios. Bastante se habló sobre el carácter religioso de los colombianos, lo cual se puede sintetizar en su manera de que ver, actuar y ser bajo el prisma de la fe. De igual manera, el juego se concibió como uno de los patrones de convivencia y comunicación, que fulgió como distractor de la realidad. Las representaciones y prácticas lúdicas buscaban de forma consciente o no la obtención de un poder distinto al de las tensiones propias del bipartidismo o el narcotráfico. Las cartas, los gallos, el tejo, etc., buscaban derrotar y dominar al contrincante, para que éste experimentara la amarga sensación de la derrota. Así pues, la religión y el juego construyen un sentido de la vida que apunta a cambiar el orden simbólico de la misma.

Lo anterior da paso a la segunda conclusión, la cual pone de manifiesto un tema central que se trabajó a lo largo del documento y que tiene que ver básicamente con las sintonías y distancias de las representaciones y las prácticas sobre la violencia a lo largo del siglo. Después mencionar reiterativamente que los sistemas de referencia y significación se dan por medio de representaciones y prácticas específicas, se puede complementar esta idea con la acotación de que cada uno representa desde el lugar en que fue criado y con las prácticas que vio con antelación en otros. Eso de entrada catapultó la idea que definitivamente existe una continuidad violenta en el sentido de la vida de los actores históricos. La demostración está en los fragmentos extraídos de las novelas de los diferentes momentos que dejó de manifiesto que “el sentido es conciencia compartida (recíproca) del vínculo representado e instituido en los antepasados” (Augé, 2004, pág. 99).

Esas reciprocidades y otredades están en los límites de las condiciones de posibilidad del momento. Lo que nos pareció interesante es que esa violencia a principios, mediados y finales del siglo, es en esencia la misma, claro con matices diferentes, pero con la particularidad que los dolientes siempre fueron los mismos, es decir, los campesinos y marginados de la ciudad y entre los propiciadores de la violencia se ubica también a los mimos, a la cabeza del Estado, la Iglesia y los dueños del capital. Pensar que los repertorios de violencia son la manifestación de una capacidad humana, para el mal que se ha prolongado de generación en generación durante cien años y que ha visto en el sufrimiento un proceso natural, nos devela rasgo del sentido de la cultura colombiana.

Definitivamente quedan muchos dramas, odios, repudios e indolencias. Todos estos sentimientos son despertados por la violencia, que, de una u otra forma, está en el ADN de una buena porción de colombianos. Las obras develan que, si bien, no todos se encuentran incluidos en los grandes conflictos, es inevitable escapar a la violencia en los escenarios cotidianos como la familia, las relaciones de pareja y hasta en el fuero interno. La mirada micro y macro de la violencia permite simbolizar el extravío en el que vivió la población colombiana en el siglo XX. Finalmente, los miedos y los deseos de las distintas obras alrededor de una violencia vertiginosa y en apariencia cambiante, están descritos aquí para tratar de entender a los personajes, sintieron, interpretaron y actuaron, dándole sentido a su realidad.

La última conclusión rescata otro concepto dentro de la propuesta de Chartier, el cual también es importante en el marco analítico del historiador francés. Estamos hablando del concepto de *apropiación*. Cuando se habla de apropiación se hace mención, por ejemplo, en los trabajos de Chartier a estudiar cómo la lectura y la escritura son bienes apropiados de forma distinta por los sujetos y comunidades, dando múltiples posibilidades de sentidos. Hay que aclarar que no solamente los libros son producidos, transmitidos y apropiados, sino que el campo de trabajo del historiador de la cultura es muy amplio, pues tiene la posibilidad de estudiar las variadas apropiaciones que se dan en el pasado. Reconocemos que la presente investigación no alcanzó este nivel de análisis y que nos hubiese encantado ver la apropiación de los discursos de paz, la apropiación del ateísmo en un país tan católico, hasta la apropiación de lo cómico y picaresco en la cultura colombiana. Desde la literatura estas apropiaciones y otras más completarían la investigación, alcanzando un panorama más completo sobre los sentidos del siglo XX. Este es un tema para animar a la realización de otros trabajos de investigación en el campo de la historia cultural.

Finalmente, se concluye que la apuesta de las representaciones y las prácticas que esos antepasados confieran a lo que les sucedió, su manera de pensar, de actuar, de reaccionar ante determinadas cuestiones, no es suficiente, pues el hecho de conocer solo los acontecimientos no dice nada, sino que es necesario aproximarse lo más cerca posible a los sentidos y significados que otorgaron a aquellos hechos. Para conseguirlo, hay que cuestionar lo que parece obvio, atender a los detalles, buscar similitudes y, sobre todo, reconocer que existe algo que nos distancia irremediamente de quienes nos precedieron. Las preguntas que se planteaban al principio, se abordaron con responsabilidad y pudo dárseles algo de respuesta. Así pues, el camino digno de una obsesión por conocer cómo se construían el sentido sobre lo colombiano y el sentido de vida llega a su fin. Pero continúa el interés por la historia, por comprender cómo eran las maneras de pensar y vivir en el pasado.

12. BIBLIOGRAFÍA

Novelas

ALAPE, Arturo. (1995). *Ciudad Bolívar la hoguera de las ilusiones*. Bogotá. Planeta.

ALAPE, Arturo. (2003). *Noche de pájaros*. Cali. Editorial Atenas E U.

ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo. (1885). *Cóndores no entierran todos los días*. Bogotá. Editorial la

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo. (1954). *Siervo sin tierra*. Bogotá. Editorial Oveja Negra.

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo. (1983). *El cristo de espaldas*. Bogotá. Editorial La Oveja Negra.

CEPEDA ZAMUDIO, Álvaro. (1967). *La casa Grande*. Buenos Aires. Editorial Jorge Álvarez.

FAYAD, Luis. (2006). *Los parientes de Ester*. Bogotá. Arango Editores.

FLORES, Carlos. (1975). *Tierra Verde*. Bogotá, Iqueima.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1962). *La mala hora*. Madrid. Editorial talleres de Gráficas Luis Pérez.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1996). *Noticia de un secuestro*. Grupo Editorial Norma.

MEJÍA ECHEVERRY, Arturo. (2013). *Marea de ratas*. Bogotá. El peregrino ediciones.

MEJÍA VALLEJO, Manuel. (1963). *El día señalado*. Barcelona. Ediciones destino.

MENDOZA, Plinio. (1980). *Años de fuga*. Bogotá. Editores Colombia Ltda.

OSORIO LIZARAZO, José. (1979). *El día del odio*. Bogotá. Carlos Valencia Editores.

PALACIOS, Arnoldo. (1949). *Las estrellas son negras*. Bogotá. Editorial Iqueima.

RESTREPO, Laura. (1997). *Leopardo al Sol*. Bogotá. Grupo Editorial Norma.

RIVERA, José Eustasio. (1958). *La vorágine*. México. Editorial Diana.

ROSETO, Evelio. (2007). *Los ejércitos*. Barcelona. Tusquets editores S.A.

SALOM BECERRA, Álvaro. (1976). *Un tal Bernabe Bernal*. Bogotá. Ediciones Tercer Mundo.

SALOM BECERRA, Álvaro. (1983). *Don Simeón Torrente ha dejado de deber*. Bogotá. Editorial la Oveja Negra.

VALLEJO, Fernando. (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá. Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A

VÉLEZ, Alirio (2009). *La Sargento Matacho*. Bogotá. ARFO Ltda.

ZALAMEA, Jorge. (1952). *El gran Burundún- Burundá ha muerto*. Bogotá. Carlos Valencia Edi.

Bibliografía general

ACEVEDO, Jhon Jairo. (2018). El encanto de las ideologías: de conservadores a liberales – de derecha a izquierda. Recuperado de: <https://www.las2orillas.co/el-encanto-de-las-ideologias-de-conservadores-liberales-de-derecha-izquierda/>

AGUILERA, Mario (2013) *Claves y distorsiones del régimen disciplinario guerrillero*. Bogotá. Análisis político n° 78, mayo-agosto, 2013: págs. 45 – 62.

AGUIRRE Carlos. (2003). El Queso y los Gusanos: un modelo de Historia crítica para el análisis de las culturas subalternas. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1590/S0102-01882003000100004>.

ARIAS, Yulman. (2014). *Religiosidad, radicalismos y violencia en Colombia*. Revista Académica e Institucional Páginas de la UCP, N° 95: p.25-38.

AUGE, Marc. (2004). *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*, Barcelona. Gedisa Editorial.

AVENDAÑO, Johan (2017) Representación territorial de inseguridad, delincuencia y miedo en el espacio urbano de Bogotá: Formas simbólicas de apropiación y vivencialidad de la ciudad. Cali. *Revista Sociedad y Economía*, núm. 33, 2017, pp. 55-75 Universidad del Valle. Recuperado de: <http://www.ub.edu/geocrit/coloquio2014/Johan%20Andres%20Avendano%20Arias.pdf>.

AYALA, Fernando. (1981). *Análisis literario aplicado*. Medellín. Bedout.

BAJTIN, Mijail. (1991). *Teoría y estética de la novela*. Madrid. Editorial Taurus.

BENJAMIN, Walter. (1991.) *El Narrador*. Madrid, Editorial Taurus.

BRATOSEVICH, Nicolás. (1980). *Métodos de análisis literario aplicados a textos hispánicos*. Buenos Aires. Hachette.

CARR, David. (2015). *Tiempo, narrativa e historia*. Buenos aires. Prometeo libros.

CASANOVA, Mauricio. (2014). La evolución del concepto de narración histórica: auge y crisis de la idea dialéctica de narración, Mendoza. *Revista anual del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. / sin 1515–7180 /p. 234-240. Vol. 16 n° 2.

CASTAGNINO, Raúl. (1979). *El análisis literario*. Buenos aires. Editorial Nova.

CASTAÑEDA Andrés. (2013). *Representaciones y expresiones territoriales de la pobreza urbana en el sur de Bogotá D.C. (localidades de Ciudad Bolívar, San Cristóbal y Usme)*. París. EHESS-París.casra.

CASTAÑEDA, Andrés. (2013). Derrotar las tinieblas: alumbrado público en Cali entre 1910 y 1930. *Anuario regional de Historia y las fronteras*. Vol. N° 18 pág. 85-98.

CASTRO, Jairo., MORENO, Erika., MENDOZA, Lizeth. (2012). *Investigación literaria: postulaciones políticas en la novela colombiana del siglo XX*. Bogotá, XXVII Congreso Nacional y I Internacional de Lingüística, Literatura y Semiótica, Universidad Cooperativa de Colombia.

CHARTIER, Roger. (1992). *El mundo como representación*. Barcelona. Gedisa.

CHARTIER, Roger. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México, Fondo de Cultura Económica.

CHARTIER, Roger. (2007). representaciones de las prácticas y prácticas de la representación. *Historia, Antropología y Fuentes Orales* No. 38, ATRAVESAR EL ESPEJO (2007) pp. 29-34. Recuperado de: https://www.jstor.org/stable/25703110?seq=1#page_scan_tab_contents.

CNMH. (2013) *Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá. CNMH.

CNMH. (2017). *Medellín, memorias de una guerra urbana*. Bogotá. CNMH.

CURCIO, Antonio. (1975). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto colombiano de Cultura.

DANE (2004) *Documentos técnicos sobre mercado laboral Bogotá D.C., informalidad laboral en las trece principales áreas y ciudades colombianas*. Bogotá. DANE.

DANE. (1987). *Proyecciones nacionales de población, Colombia 1950-2025*. Bogotá: DANE.

Dávila, L. F. (2016). Violencia urbana, conflicto crimen en Medellín: una revisión de las publicaciones académicas al respecto. Bogotá. *Revista Criminalidad*, Volumen 58, número 2, mayo-agosto 58 (2): 107-121. ISSN 1794-3108. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/crim/v58n2/v58n2a03.pdf>.

DIAN y UIAF. (2006). *Tipologías de lavado de activos relacionadas con contrabando*. Bogotá. DIAN y UIAF.

DÌAS, Carlos. (1997). La constitución o construcción del sentido. México. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores. Recuperado: <http://iteso.mx/~carlosc/pagina/documentos/sentido3.htm>.

DURKHEIM, Emile. (1986). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid. Alianza Editorial.

ECHAVARRÍA, Juan José., VILLAMIZAR, Mauricio. (2008). El Proceso Colombiano de Desindustrialización. Recuperado de: <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra361.pdf>.

ESCOBAR, Augusto. (2011). *La violencia: ¿Generadora de una tradición literaria?* Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana.

FALS BORDA, O., GUZMÁN CAMPOS., UMAÑA LUNA, E. (2009) *La violencia en Colombia*. Bogotá. Taurus.

FEVBRE, Lucien. (1993) el problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais. Madrid. Akal.

FORERO, Marco. (2016). *Breve historia de Bogotá*. Bogotá. Ariel. Editorial Planeta.

GANGO, Fernando., CONTRERAS, Mauricio., (1998). *Crítica y ficción una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá. Editorial piedra del sol del magisterio.

GEERTZ, Cleeford. (1972). *El juego profundo, notas sobre las riñas de gallos en Bali*, Barcelona. Paidós.

GIRALDO, luz Mary. (1994). *La novela colombiana ante la crítica 1975-1990*. Santiago de Cali. Editorial Universidad javeriana.

GIRALDO, Luz Mary. (2008). *En otro lugar, Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana.

GUATARÍ, Juan Carlos Roa., GARCÍA, Andrés., RODRÍGUEZ., Mauricio. (2011) El perfil de la informalidad laboral en Colombia. *Serie documentos de trabajo No. 95* Universidad del Rosario.

Recuperado de: http://www.urosario.edu.co/urosario_files/84/84048d18-e754-4f80-afc5-f80d4b092260.pdf

HAYDEN, White. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica.

HERING, Max., PÉREZ, Amanda. (2012). *Historia cultural desde Colombia*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, Javeriana, Andes.

HUIZINGA, Johan. (1999). *Homo Ludens*. Madrid. Alianza Editorial.

JARAMILLO, Mercedes., OSORIO, Betty., ROBLEDO, Ángela. (1995) *literatura y diferencia, escritoras colombianas del siglo XX*. Bogotá. Editorial Universidad de los Andes.

JIMÉNEZ, Vivian. (2014) García Márquez: "Los periodistas son escritores, y tienen que aprender a escribir como escritores" Recuperado de: <https://www.diariolibre.com/opinion/lecturas/garcamrquez-los-periodistas-son-escritores-y-tienen-que-aprender-a-escribir-como-escritores-FFDL589941>

KLITGAARD, R. (1994). *Controlando la corrupción. Una indagación practica para el gran problema social de fin de siglo*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana S.A.

LÓPEZ, Héctor. (2007). Las adicciones y sus fundamentos clínicos. *Lazos*, 203 p. ISBN: 987-98877-2-7. Recuperado de: http://redbiblio.unne.edu.ar/pdf/0101-031862_I.pdf.

LOZANO, Germán. (2015). Historia de los partidos políticos en Colombia. *Revista Universidad Santo Tomás* / Vol. 10, N.º 1 / enero-junio 2015 / Bogotá, D. C. / pp. 11-42.

MARÍN, Colorado, Paula. (2007). *Acercamiento a la Novela Colombiana de los Setenta*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. Seminario Andrés Bello.

MARROQUÍN, L. y RIVAS, J.M. (1986). *Pax*, Bogotá. Editorial la Oveja Negra.

MENDIOLA, Alfonso. (2005). Hacia una teoría de la observación de observaciones: la historia cultural. *Historias, revista de la dirección de estudios históricos*. ISSN: 1405-7794 N° 60 2005 Pág. 19-35.

MENTON, Seymour. (2007). *La novela colombiana, planetas y satélites*. México. Fondo de cultura económica.

Metrosalud. (1994). *Diagnóstico de la situación de salud de Medellín 1984-1993*. Medellín: Metrosalud, Municipio de Medellín.

MOJICA, Sarah. (2002). *Constelaciones y redes, literatura y crítica cultural en tiempos de turbulencia*. Bogotá. CEJA Instituto Pensar.

MORENO, Jose David. (2014) Relaciones cívico-militares en Colombia: supremacía y control de los partidos políticos sobre la organización militar. Bogotá. - *Revista Científica General José María Córdova*, enero-junio, Historia - Vol. 12, Núm. 13, pp. 333-352 issn 1900-6586. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/recig/v12n13/v12n13a13.pdf>.

NORIEGA, Teobaldo. (2001). *Novela colombiana contemporánea: incursiones en la posmodernidad*. Madrid. Editorial Pliegos.

Oscar Calvo y Marta Saade,(1998). La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis. *Anuario Colombiano de historia. social y de la cultura*. Número 29, p. 286-287, 2002. ISSN electrónico 2256-5647. ISSN impreso 0120-2456. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/17069>

OSORIO, Oscar. (2014). *El narcotráfico en la novela colombiana*. Cali. Editorial Universidad del Valle.

PALACIOS, M. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

PÉCAUT, Daniel. (2012). *Orden y violencia. Colombia 1930-1953*. Medellín. Fondo Editorial Universidad Eafit.

PÉCAUT, Daniel. (1997). Presente, pasado y futuro de la violencia. *análisis político*. no. 30 ene/abr 1997 Instituto de estudios políticos y relaciones internacionales (IEPRI) Universidad Nacional de Colombia. p 1-43.

PEÑA, Isaías. (2002). *Ensayos y contraseñas de la literatura colombiana (1967-1997)*. Bogotá. Editorial de la universidad central.

PÉREZ, Julián., GARDEY, Ana. (2011) *Definición de análisis literario*. Recuperado de: (<https://definicion.de/analisis-literario/>)

PESAVENTO, Sandra. (2013). Más allá del espacio por una historia cultural de lo Urbano. *Anuario N°25 escuela de historia, revista digital*. Facultad de Artes y Humanidades UNR. Recuperado de: <http://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/3734/301-1178-1-PB.pdf?sequence=1>

PINEDA, Sebastián. (2012) *Breve historia de la narrativa colombiana siglo XVI-XX*. Bogotá. Siglo del hombre Editores.

PIOTROWSKY, Bodgran. (1988). *La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea (aspectos antropológico-culturales e históricos)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

PLANO, Ricardo. (2012). Historia de la cerveza en Colombia. Recuperado de: <http://www.historiacocina.com/es/cerveza-colombia>.

REVÉIZ ROLDAN, É. (2012). *Pasado, presente y futuro de la corrupción en Colombia*. Bogotá. Instituto de Estudios del Ministerio Público - IEMP.

RICOEUR, Paul. (1995). *Tiempo y narración la configuración del tiempo en el relato histórico*. México. Siglo XXI Editores.

RODRIGUEZ, Ana Luz. (2004). *Pensar la cultura, los nuevos retos de la historia cultural*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.

RODRÍGUEZ, Jaime. (2014). *Pájaros bandoleros y sicarios, para una historia de la violencia en la narrativa colombiana*. Bogotá. Universidad Javeriana.

RUEDA, M. H. (2008). *Nación y narración de la violencia en Colombia (de la historia a la sociología)*. Bogotá. Revista Iberoamericana pág.223, 345-359.

SARLO, Beatriz. (1998). *La máquina cultural: Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires. Ariel.

SERNA, Justo., PONS, Anacleto. (2005). *La historia cultural Autores, obras, lugares.*, Madrid. Akal.

SUÁREZ Rondón, Gerardo. (1966). *La novela sobre la violencia en Colombia*. Bogotá. Ediciones Luis F. Serrano.

URIBE, Carlos. (1992). *La mentalidad del colombiano*. Bogotá. Albotada.

WEBER, Max. (1993). *Economía y sociedad*. México. Fondo de Cultura Económica.

WILLIAMS, Raymond. (1991). *Novela y Poder en Colombia*. Bogotá. Editorial Tercer Mundo.

13. ANEXOS
Citas Textuales

CÓDIGOS	<i>2RC Objetivo 2 Representaciones sobre la ciudad</i>	Fuente
2RC-1	El toque de queda también transformó los hábitos. Sonaba como un silbido de culebra delgada y penetraba los oídos dejando una sordera seca de aviso, de temblor. A las siete de la noche se escuchaba como un grito de auxilio —la alarma que se espera para despertar la vida—, la sirena de los bomberos, anunciando algo que nunca fallaba: abandonar las calles, desaparecer, sumergirse en las casas. Aguda sirena, voz de mando, orden que debía cumplirse. Visualizó el apresuramiento más que necesario de los hombres por montarse al bus, colgarse, arrastrar los pies con la velocidad, insultar al chofer para que no fuera tan despacio y así llegar a casa temprano (Alape, 2003, pág. 72)	Alape Arturo, (2003). Noche de pájaros, Cali, Editorial Atenas.
2RC-2	Para los muchachos de la esquina, la mayor experiencia de libertad y sentirse hombres era escaparse de la escuela en la tarde y embocarse a pleno sol, en la aventura de atravesar el barrio San Antonio; caer sobre las márgenes del río Cali, de camino encontrar el río como pintado por grandes manchas de acuarela, en los trazos de los vestidos de las lavanderas y por la ropa extendida sobre la hierba; matar pájaros a punta de cauchera y comer las frutas de los chiminangos, llegar al charco del burro, una curva ancha del río golpeando doscientos metros de agua sobre las rocas; nadar en El Pedrón para desterrar el sudor espeso y seguir por el río que terminaba. (Alape, 2003, pág. 60)	Alape Arturo, (2003). Noche de pájaros, Cali, Editorial Atenas.
2RC-3	Del principio al fin del relato: Usted y Cali, se entrelazan en una clara isotopía y el destino del hombre es el destino de la urbe. Un destino difícil: Usted crece a la vida en medio de soledades y tristezas, salpicadas eventualmente por mañanas de río y tardes de cometa... Cali se asoma a su destino de ciudad en medio de agonías y de noches, salpicadas por algún domingo soleado o de fútbol. Ambos destinos: el del cronotopo y el de su protagonista/flaneur mueren ahogados en incomunicación, violencia y desesperanza. (Alape, 2003, pág. 77)	Alape Arturo, (2003). Noche de pájaros, Cali, Editorial Atenas.
2RC-4	Todo le queda grande, le pica, lo sofoca, porque nada es suyo. Se lo ha prestado Nando para que viaje a la capital, por primera vez en su vida, a amarrar la venta de un contrabando de cigarrillos Marlboro. (Restrepo, 1997, pág. 10)	Restrepo Laura (1997) Leopardo al sol, Bogotá, Grupo editorial Norma.

2RC-5	El solo hecho de permanecer dentro de los límites de la ciudad ya de por sí le da a Narciso, y a todos los Barragán, una cierta inmunidad, porque entre ellos y los Monsalve hay un pacto de territorialidad, acordado desde los tiempos en que Nando Barragán se presentó con el cadáver de Adriano Monsalve ante la cabaña del Tío, en el desierto. Según ese pacto, las familias abandonarían el desierto, una iría a vivir al puerto, la otra a la ciudad, y ninguna de las dos podría transgredir el espacio del adversario. (Restrepo, 1997, pág. 55)	Restrepo Laura (1997) <i>Leopardo al sol</i> , Bogotá, Grupo editorial Norma.
2RC-6	Todo empezó con el éxodo. Tuluá no fue la única que aportó la ruina. En las montañas no fue quedando con quién trabajar y en las poblaciones pequeñas la vida terminó lánguidamente. Las ciudades grandes se llenaron de un momento a otro de rostros entristecidos, marcados para siempre con el signo del terror, que terminaron apretujándose en castillos de mentiras o en tugurios de cartón en las cañerías de las afueras. Tantos, y todos tan acongojados, que los dueños del poder por fin despertaron, y antes de que todo fuera hecatombe, los que acompañaban a los señores de Bogotá en sus banquetes de paz y en sus fotografías de lujo, decidieron invertir los papeles y decirles a los asesinos elegantes que su sangría había terminado porque ya no podían sus industrias ni sus mujeres sostener a tanto refugiado y el porvenir económico del país estaba primero que la satisfacción política. (Álvarez, 1985, pág.154)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) <i>Cóndores no entierran todos los días</i> , Bogotá. Editorial la Oveja negra
2RC-7	Salió a la calle y caminó un trayecto por la carrera séptima. Le gustaba dar un paseo todas las mañanas, sentir el sol o la brisa que anunciaba lluvia y pensar que recorrer unas cuadras al día impedía el infarto. Fue al café Pasaje, en el que encontró al grupo de amigos que se reunían allí a leer el periódico, a comentar la política y recordar a Bogotá en los tiempos en que eran jóvenes. (Fayad, 2006, pág. 18)	Fayad Luis (2006) <i>Los parietes de Ester</i> , Bogotá, Arango Editores
2RC-8	Ángel Callejas bajó por la avenida Jiménez y tomó un bus que lo condujo al barrio Santa Fe. Llegó a un pequeño edificio de fachada sucia y ventanas a las que les faltaban varios vidrios cuya ausencia era solucionada con un pedazo de cartón. La calle estaba resbalosa por el aceite que provenía de un taller de mecánica que funcionaba al lado, y al frente había un monta llantas y un café y en la esquina se veía el farolito de un bar nocturno. (Fayad, 2006, pág. 19)	Fayad Luis (2006) <i>Los parietes de Ester</i> , Bogotá, Arango Editores
2RC-9	En el paradero tuvo que esperar un buen tiempo pues a esa hora los buses iban tan llenos que no se detenían a recoger pasajeros. Cada vez que un bus pasaba de largo sin atender a su llamado ni al de la demás gente que corría de un lado a otro con desespero él lanzaba una maldición y consultaba el reloj. (Fayad, 2006, pág. 25)	Fayad Luis (2006) <i>Los parietes de Ester</i> , Bogotá, Arango Editores

2RC-10	<p>—Esto no va a parar —dijo. Mercedes comentó que el invierno había llegado con fuerza. Honorio apagó el cigarrillo y encendió otro.</p> <p>—Seguro que mañana amanece haciendo sol —dijo—. Aquí no hay invierno, ni hay verano, ni hay nada. Bogotá es la única ciudad del mundo que tiene las cuatro estaciones en un día. (Fayad, 2006, pág. 25)</p>	Fayad Luis (2006) Los parietes de Ester, Bogotá, Arango Editores
2RC-11	<p>—Yo había pensado en un segundo piso para librarnos de los pordioseros y de los vendedores ambulantes, pero es poco visible. En último caso conseguimos dos porteros o un vigilante con revólver como hacen ahora en todos los almacenes porque Bogotá está llena de gamines y locos. (Fayad, 2006, pág. 88)</p>	Fayad Luis (2006) Los parietes de Ester, Bogotá, Arango Editores
2RC-12	<p>Ángel Callejas las enteró del lugar al que se dirigían, un chofer les informó sobre el bus que debían tomar y luego los transeúntes las fueron guiando por esas cuadras de viejos edificios de oficinas, de locales de comercio, de restaurantes y puestos de fritanga, por las que entre los empleados y los clientes transitaban carteristas y raponeros, camorristas malhablados, cachifos sin oficio, mercachifles de la calle doce, esmeralderos de la catorce, piperos de la carrera trece, putas de poca monta, jugadores de dado, tahúres de billar, gamines patoteros, serenateros trasnochados, chulos de copera, cafres patilludos, camajanes descamisados, vendedores ambulantes, revendedores de joyas, detectives sospechosos, anunciadores de ungüentos, culebreros alharaquientos, timadores de bolita, calanchines de timadores, echadores de suerte, politiqueros sin puesto, traficantes de chucherías, cascaderos atarvanes, cantantes de la calle, pregoneros de felicidad, compradores de botellas y cuchilleros camuflados. (Fayad, 2006, pág. 148)</p>	Fayad Luis (2006) Los parietes de Ester, Bogotá, Arango Editores
2RC-13	<p>—Están peor de lo que parecen.</p> <p>—Sin embargo, hay quienes dicen que Bogotá es el mejor vivero del mundo.</p> <p>—Tú estás más jodido que cualquiera en este país y te pones a defenderlo.</p> <p>—Porque lo quiero —dijo el tío Amador.</p> <p>—Yo también lo quiero, pero no lo defiendo —dijo Gregorio Camero—. Eso sería jugarle sucio a la propia desgracia. (Fayad, 2006, pág. 192)</p>	Fayad Luis (2006) Los parietes de Ester, Bogotá, Arango Editores

2RC-14	<p>1904, en un cuchitril denominado casa para efectos puramente catastrales, ubicado en el barrio de Santa Bárbara, Ciudad de Bogotá, República de Colombia : "Tierra de leones", según Darío o "País de cafres", según Darío... Echandía; cuna de los Caro y los Ospina, según los conservadores o de Uribe Uribe y Herrera, según los liberales; "potencia moral", según el Profesor López de Mesa o "Cueva de Rolando", según el doctor Laureano Gómez. (Becerra, 1983, pág. 8)</p>	Becerra Àlvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
2RC-15	<p>En 1904 Bogotá era una aldea que limitaba por el nórte con la Iglesia de San Diego; por el sur con la de Las Cruces; por el oriente con la dc Egipto y por el Occidente con la de La Capuchina. Vcinticinco calles y quince carreras empedradas por las que caminaban parsimoniosamente los cachacos con solemnes cúbilos o bombines y bastones de empuñadura de plata; las señoras "jailosas" tocadas con enormes sombreros de plumas; las criadas envueltas en pañolones de fleco y los artesanos ataviados con ruanas. sombreros de jipi-japa y alpargatas. El agua no circulaba, como ahora, por los tubos del Acueducto sino por el cauce de los ríos San Francisco, San Agustín, San Cristóbal y el de "El Arzobispo" y la única que se podía beber era la que manaba del "Chorro de Padilla", que era llevada a las casas en múcuras de barro. En cuanto a luz, la del sol era más radiante que en nuestros días, pues aún los sabios atómicos no le habían robado su energía; pero de noche la de la luna era insuficiente y los bogotanos tenían que quemarse físicamente las pestañas con la llama de velas y espermas, si querían ver algo... distinto de la más impenetrable oscuridad. La "crema" vivía en espléndidas mansiones situadas en los barrios de La Candelaria y La Catedral, decoradas con muebles, cuadros y espejos traídos de Europa; la gente de "medio pelo" en casas de un solo piso ubicadas en Las Aguas, Santa Bárbara y Las Cruces: y la "guacherna "en ranchos destartalados, construidos con los más heterogéneos materiales, en el Paseo Bolívar. (Becerra, 1983, pág. 20)</p>	Becerra Àlvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
2RC-16	<p>El tranvía movido por mulas (éstas, a su vez, eran movidas por los latigazos y las interjecciones del auriga, que, a su turno, lo era por las voces de los pasajeros, a quienes, finalmente, movía el afán de llegar a su destino) y veinte o treinta coches, que permanecían estacionarios en la Plaza de Bolívar, eran los únicos medios de transporte colectivo. Los orejones sabaneros se movilizaban en finos caballos de paso y los "cachifos" en velocípedos como entonces No había cuadra en donde no funcionara una chichería y la de "Los Nueve Estados" era la más famosa y concurrida de todas; después de las ocho de la noche, cuando la pública", (sarcástico apodo que los artesanos daban a la chicha) se les "subía al zarzo". aquello se convertía en un campo de Agramante; intervenían entonces dos o tres "chapoles" y los promotores de la "guachafita" eran conducidos a la Central. (Becerra, 1983, pág. 21)</p>	Becerra Àlvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.

2RC-17	<p>En 1904 Bogotá Carecía de automóviles y buses y camiones y motocicletas y radios y televisores y de todos esos artefactos infernales que matan, enloquecen o idiotizan al hombre de nuestro tiempo, pero poseía sentido de la solidaridad humana; las gentes compartían el dolor ajeno y se congregaban solícitas alrededor del lecho de un enfermo desconocido o junto al cadáver de un vecino a quien jamás habían visto anteriormente.</p> <p>Carecía de los dos millones de cuerpos que hoy se agitan, empujan atropellan en las calles, cines y buses, pero poseía cien mil almas capaces de sentir, de gozar, de padecer, de conmovirse con un poema y arrojarse con una sinfonía. (Becerra, 1983, pág. 22)</p>	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
2RC-18	<p>Bogotá carecía, en fin, de los elementos que la civilización ha ido acumulando para convertirla en esta ciudad gigantesca de ahora, pero sus habitantes tenían la seguridad de que nada ni nadie amenazaba sus vidas y haciendas. El homicidio era un acontecimiento estrambótico y el robo un hecho insólito. Un asesinato provocaba ediciones extraordinarias de los periódicos y una consternación que se prolongaba por semanas y meses. Los incidentes callejeros se dirimían a trompadas, que eran y son no golpes dados con la trompa sino con el puño y había, en todas las clases sociales, trompadachines temibles.</p> <p>Apenas era conocida —y podía ser puesta en práctica— la primera de las acepciones del verbo atracar: "Hacer comer y beber con exceso"; la segunda: "Saltear un poblado" era totalmente desconocida. Hoy sucede exactamente lo contrario. Nadie —dados los actuales precios— puede atracarse a si mismo o atracar a otro de comidas o bebidas; pero cualquiera —a cualquier hora y en cualquier sitio— puede ser atracado en la segunda acepción verbal, esto es, molido a golpes, despojado de todas sus pertenencias y abandonado —en pelota— en plena vía. Así era la aldea y así es la gran urbe. (Becerra, 1983, pág. 23)</p>	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
2RC-19	<p>Y vino "el día más feliz" de su vida. A las cinco de la mañana comenzó el aguacero y a las cuatro de la tarde no había cesado de llover. Llovía torrencial, implacable, sediciosamente. Como sabe llover en Bogotá. Porque en Bogotá no llueve como en los demás lugares del globo terráqueo, sino en forma metódica, sistemática, planificada. La oscuridad era la misma que reina en la conciencia de los abogados y el frío tan intenso que si un esquimal se hubiera aventurado a salir habría muerto de pulmonía... Ríos de agua amarillenta descendían de los cerros al centro de la ciudad. El San Francisco, el San Agustín y el San Cristóbal, salidos de madre, arrastraban toda clase de sustantivos: personas, animales y cosas. (Becerra, 1983, pág. 34)</p>	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.

2RC-20	Era el año de 1964. la explosión demográfica y la inmigración producida por la violencia habían decuplicado la población de Bogotá. La aldea que había asistido horrorizada al bautismo de Simeón se había convertido en una metrópoli. Edificios de veinte y treinta pisos, grandes avenidas, inmensos almacenes. enormes, residencias fastuosas. restaurantes de todas las nacionalidades, millares de vehículos. centenares de miles de peatones vestidos con los más abigarrados Colores. que mascaban chicle. tomaban "Coca- Cola", decían "Okey" y se despedían con un "'Chao'". (Becerra, 1983, pág. 149)	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
2RC-21	Ya para entonces Sabaneta había dejado de ser un pueblo y se había convertido en un barrio más de Medellín, la ciudad la había alcanzado, se la había tragado; y Colombia, entre tanto, se nos había ido de las manos. Éramos, y de lejos, el país más criminal de la tierra, y Medellín la capital del odio. Pero estas cosas no se dicen, se saben (Vallejo, 1994, pág 10)	Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.
2RC-22	Desde arriba o desde abajo, desde un lado o desde el otro, como mi niño Alexis. Por donde lo mire usted. Rodaderos, basureros, barrancas, cañadas, quebradas, eso son las comunas. Y el laberinto de calles ciegas de construcciones caóticas, vívida prueba de cómo nacieron: como barrios «de invasión» o «piratas», sin planificación urbana, levantadas las casas de prisa sobre terrenos robados, y defendidas con sangre por los que se los robaron no se las fueran a robar. (Vallejo, 1994, pág .62)	Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.
2RC-23	Quiero explicarle por si no lo sabe, por si no es de aquí, que cuando a Medellín le da por llover es como cuando le da por matar: sin términos medios, con todas las de la ley y a conciencia. (Vallejo, 1994, pág .101)	Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.
2RC-24	Bogotá era una aldea conventual y pacata, cuyo silencio era apenas turbado por el clamor de treinta campanarios. Una villa anclada en la Edad Media. Dominada por la superstición y el miedo al demonio. Las gentes, circunspectas y solemnes, invariablemente vestidas de negro, seguían hablando de 'La Mula Herrada" y de don Ángel Ley, del "tiempo del ruido" y de los crímenes del doctor Russi, el de "Los Alisos" y el de Sagrario Morales. Circulaban medrosas leyendas de apariciones y espantos. Se presumía que debajo de todo árbol de brevo —y los había en los solares de todas las casas— se encontraba enterrado un santuario. Y alrededor de esos árboles veían los vecinos, en las noches, extrañas luces verdes y curas sin cabeza. (Becerra, 1976, pág. 41)	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

2RC-25	En 1929 Bogotá era un pueblo con aspiraciones de ciudad. El ruido de las campanas de sus treinta iglesias comenzaba a ahogado por el de veinticinco tranvías eléctricos, las bocinas de veinte taxis y los pitos de quince automóviles particulares, que empezaban a desalojar a los coches. El Teatro Colón y el Municipal luchaban contra la competencia desleal del cinematógrafo. Las últimas victrolas habían sido ya desplazadas por las primeras fonográficas. La mística y la alegría tenían en el año dos válvulas de escape: La Semana Santa y la Fiesta de los Estudiantes. (Becerra, 1976, pág. 42)	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
2RC-26	El bus amarillo, traqueteante, cruzando entre las apretujadas casas de ladrillo de la Perseverancia. Puestos de fritanga en las esquinas, hombres de ruana bebiendo cerveza en la puerta de las tiendas. (Mendoza, 1980, pág. 177)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
2RC-27	La chusma. Compacta marejada de caras mestizas, de ropas mugrientas, de olores agrios, la habitual muchedumbre de los barrios del sur, de la Perseverancia, de San Victorino, de la plaza de mercado, de las cantinas, de los buses, de las canchas de tejo desborda la platea del teatro Municipal, los pasillos, las escaleras, y el vestíbulo y se asoma en rugientes y apretados racimos por los palcos, repitiendo el estribillo con el mismo ritmo acompasado, salvaje atronador: ¡Gaitán sí, otro no! Gaitán sí, otro no. (Mendoza, 1980, pág. 263)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
2RC-28	Mira cómo está de claro el cielo, me dice Vidales. Todo centro de Bogotá está ardiendo. Carajo, jamás un muerto ha provocado tantas cosas en este país. (Mendoza, 1980, pág. 336)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
2RC-29	Eché a andar sin rumbo. Aquel sector estaba poblado de hoteluchos de la misma categoría. Calle 12, carreras 13 y 11, calle 11, alrededores de la Plaza de Mercado... Mujeres en la caza afanosa de un hombre que les pagara cincuenta centavos para comer algo al día siguiente. Rateros en la doble búsqueda de una mujer cualquiera y de un refugio donde ocultar su última fechoría. Cargueros ebrios de chicha, que salían furtivamente de los expendios semiclandestinos. Un mundo de miseria, de horror, un centro de los despojos de la ciudad, impenetrable para esa desazón acumulada, para esa desolación desamparada. Y Tránsito avanzaba, sin saber a dónde dirigirse en espera de una clemencia (Osorio, 1979, pág. 27)	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores

2RC-30	<p>También los barrios suburbanos albergan una sucia y abundante población de miserables y de proscritos. Son los obreros de escaso salario, que no tienen seguridad de Su trabajo y Cuya vida descansa, por consiguiente, en el vacío, que se aglomeran con familias famélicas en chozas y cabañas primitivas, o en sombrías piezas, tétricas, sin higiene, sin moral. Son una masa densa de promiscuidades, de donde emana la caterva devorada por la pobreza y la suciedad que mancha la pulcritud social, tan envanecida de sus privilegios, y que es un testimonio acusador de la falacia y la mentira que se escudan tras los términos convencionales de beneficencia, caridad, democracia. (Osorio, 1979, pág. 106)</p>	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
2RC-31	<p>Sobre el plano fuertemente inclinado que constituye la estribación del cerro, el barrio de la Perseverancia cuyas pendientes vías van a diluirse contra la áspera muralla que contiene a la ciudad por el oriente, congrega de familias obreras. Algunas casas a vanos centenares pretenden ostentar dignidad y decoro, especialmente las calles principales, y hay varios edificios de dos pisos El barrio no surgió como una aglomeración de covachas parecida a la que limitó durante mucho tiempo el Paseo Bolívar, ni se constituyó como una población troglodita similar a la que ha habitado entre las sinuosidades de Monserrate y Guadalupe y entre los matorrales del Boquerón, sino que fue proyectado con un pretendido criterio urbanístico, sobre los terrenos que durante mucho tiempo fueron fábricas de alfarería, que en Bogotá se denominan chircales. Como consecuencia de su ubicación, el barrio está aislado, teniendo a sus pies, al otro lado de las vías que conducen al norte, la fábrica de Bavaria. En realidad, está limitado al occidente por la ancha avenida que antes fuera un sendero escabroso señalado por chozas de bahareque y techumbre de paja y que comunica al Parque de la Independencia, inaugurado en 1909, con el Nacional, fundado en 1932. La apertura de esta vía confirió jerarquía a sus márgenes, pero las mansiones no se atrevieron a escalar el cerro, y la expansión urbanizadora dejó en paz las humildes casas del suburbio con su arquitectura elemental. (Osorio, 1979, pág. 114)</p>	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
	2RCA Objetivo 2 Representaciones sobre el campo.	
2RCA-1	<p>—¿Por qué te dedicaste a enterrador? — preguntó con voz ajena. El otro se recogió en sí mismo, evasivo. —mi primo era sepulturero. Cuando lo mataron vine yo a enterrarlo... es el único oficio con clientela en este pueblo. (Mejía, 1963, pág. 32)</p>	Mejia Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino

2RCA-2	Nunca pasa nada en un pueblo chico", dicen. "Pero una aldea puede ser el infierno porque su misma pequeñez invita a la hipocresía. Extorsión, incesto, delaciones, los más sórdidos acomodos con lo alto." Iría a escuchar la misma retahíla de palabras desprovistas de su sentido por tanto repetirse. Más que confesión era una excusa protocolaria... (Mejía, 1963, pág. 42)	Mejía Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino
2RCA-3	En las mujeres jóvenes o viejas de Tambo vi ese cansancio que da la soledad hacia atrás y hacia adelante. Porque Tambo era un pueblo sin hombres: éstos servían en el Ejército o en las guerrillas, o habían huido a las ciudades. (Mejía, 1963, pág. 162)	Mejía Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino
2RCA-4	—Los pueblos se vuelven inaguantables. Tal vez por eso la gente de va yendo a los páramos. —¡Todos caerán! (Mejía, 1963, pág. 132)	Mejía Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino
2RCA-5	—No había una sola muchacha en el patio. En este último año se fueron. —¿Todas? —Todas y todos, Ismael. —Me miró con reconvención—. Lo más sensato que pudieron hacer. —No les irá mejor. —Tienen que irse para averiguarlo. (Rosero, 2007, pág. 54)	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
2RCA-6	«El desalojo del pueblo es lo que piden», interviene el padre Albornoz, «ya me lo hicieron saber.» «No podemos abandonarlo» replican enardecidos varios hombres, «aquí la gente tiene lo poco que ha conseguido con esfuerzo, y no lo vamos a dejar tirado.» «El desalojo no es la salida» determina el alcalde, y, sin embargo, no es posible ignorar la alarma recóndita por otro asalto inminente al casco urbano. (Rosero, 2007, pág. 115)	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
2RCA-7	Con indiscreta curiosidad les pregunté dónde habían dejado a las mujeres, pues ninguna venía con ellos. Apresuróse a explicarme el Pipa que era imprudencia hacer tan desusadas indagaciones, so riesgo de que se alarmaran los celosos indios, a cuyas petrivias les fue negado, por tradicional experiencia, mostrar incautamente su desnudez a forasteros blancos, siempre lujuriosos y abusivos. Agregó que no tardarían en acercarse las indias viejas, para ir aquilatando nuestra conducta, hasta convencerse de que éramos varones morigerados y recomendables. (Rivera, 1958, pág. 126)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
2RCA-8	El jefe de la familia me manifestaba cierta frialdad, que se traducía en un silencio despectivo. Procuraba yo halagarlo en distintas formas, por el deseo de que me instruyera en sus tradiciones, en sus cantos guerreros, en sus leyendas; inútiles fueron mis cortesías, porque aquellas tribus rudimentarias y nómades no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito, ni futuro. (Rivera,	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.

	1958, pág. 129)	
2RCA-9	la selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino; y la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas convalece al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura de los millones. El peón sufre y trabaja con deseo de ser empresario que pueda salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas y a emborracharse meses enteros, sostenido por la evidencia de que en los montes hay mil esclavos que dan sus vidas por procurarles esos placeres, como él lo hizo para su amo anteriormente. (Rivera, 1958, pág. 161)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
2RCA-10	A media hora que el pueblo se aleja de la estación hacia el centro, hacia la plaza ancha y la iglesia, las casas y las calles se van agrandando y la vida se detiene y se aquieta. Alrededor de la iglesia viven los dueños de las fincas: tres familias que han casado a sus hijos, y a los hijos de sus hijos entre sí. (Cepeda, 1967, pág. 83)	Cepeda Samudio Alvaro (1967) La casa grande, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.
2RCA-9	No tenían otro pecado que el de nunca haber dicho a qué partido pertenecían y aunque no tenían cara de liberales, como ya esto se había acabado en los campos, había que empezar por acabar con los conservadores tibios. Las patrias no estaban para aguas calientes y el campo debía ser conservador. (Álvarez, 1985, pág.127)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1985) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
2RCA-10	El administrador llamó al patio de arriba, en el que salan al ganado, a los "parameros" que habitan del lado de las montañas de Onzaga, entre los árboles, y son grandes cultivadores de papa. Ellos no toman guarapo de caña sino chicha de maíz. Los viejos tenían la ruana todavía puesta, aunque ya apretara el calor, y un sombrero de anchas alas en la cabeza y en el rostro una barba de varios días que en el monte se les cubre de escarcha por las mañanas. Son gente honrada y silenciosa, poco dada al trato con las gentes de los pueblos y las veredas. Los parameros jóvenes tenían la piel curtida por el frío y el viento, y se anudaban a la garganta grandes pañuelos amarillos o rojos, porque todos eran liberales. (Caballero, 1954, pág. 59)	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
2RCA-11	De la época medioeval de las romerías pedestres a Chiquinquirá, con peregrinos que cargaban cruces de leño a la espalda y enfermos encaramados en un taburete y protegidos del sol con una sábana; del de las haciendas que excluían a los campesinos de toda propiedad personal, pues los amos ejercían un poder absoluto sobre arrendatarios y medianeros a quienes intimidaban con el cepo y el	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra

	muñequero; de aquella vida primitiva se saltó a una nueva que se caracterizaba por la aparición del chofer. Este se convirtió en el supremo libertador y corruptor de los campesinos, para quienes la Obra más admirable del ingenio humano es el motor de explosión y sobre todo las explosiones que produce el motor cuando un camión trepa roncando por aquellas cuestas. (Caballero, 1954, pág. 107)	
2RCA-12	¿Por qué llamaron al conjunto de los barrios de una montaña comunas? Tal vez porque alguna calle o alcantarilla hicieron los fundadores por acción comunal. Sacando fuerzas de pereza. Los fundadores, ya se sabe, eran campesinos: gentecita humilde que traía del campo sus costumbres, como rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por chichiguas con el prójimo en peleas a machete. ¿Qué podía nacer de semejante esplendor humano? (Vallejo, 1994, pág 33)	Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.
2RCA-13	Todo se concitaba para que Gregorio interiormente diera vuelta grata a sus impresiones de ese día. Y por la carretera, con algún intervalo, pasaban camiones llevando a algunos campesinos de regreso al rancho, después de la faena; y Gregorio miró al campo, y por allá en los caminos de travesía se veía lo mismo: hileras de campesinos con sus herramientas al hombro, en trance de ir a sus casas; casi les adivina incluso las canciones que cantaban, pues su tío y sí nono, cuando él era muy niño, mucho antes de "aquellos tiempos", regresaban al rancho cantando. El no pudo explicarse inmediatamente, pero lo cierto fue que se sintió como húmedos los ojos, reflexionó en ello, y vio que no sólo era por tristeza, sino que en su interior halló también un poquito de alegría; sólo que hasta ahora en su vida vino a saber que al hombre también se le pueden humedecer los ojos por un arrebató de alegría. (Florez, 1975, pág 72)	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.
2RCA-14	Cuidaban y querían la tierra los campesinos, los hombres de la ciudad que no eran campesinos, los hombres que se encargaban de las fábricas y la industria, los comerciantes como él, los sacerdotes, los militares, las autoridades, todo el mundo. "Ahora sí que quieren a la tierra como una buena madre, todos los hombres de la aldea". Inclusive a los niños ya se les estaba enseñando a querer a la tierra y cuidarla. Y le explicaba cómo todo el Oro Verde que al hombre de la aldea le retribuía la tierra, se convertía en maquinarias en alimentos, en drogas, y en todo lo necesario para la vida de un pueblo con muchos hombres, mujeres y niños. (Florez, 1975, pág 72)	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.

2RCA-15	"Por ahora no nos interesa a nosotros, el pueblo, sino saber trabajar, sufrir y gozar; pues en la vida siempre habrá que sufrir y gozar al mismo tiempo. Saber vivir entre todos, para todos y para nosotros mismos; así hasta que la existencia nos cargue a la espalda eso que se llama "vida". Tener confianza, criar hijos, ya que no pueden evitarse así y no más y levantarlos bien. En el campo limpiar la tierra y sembrarla, pues en esta vida siempre habrá que comer. (Florez, 1975, pág .186)	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.
2RCA-16	Cuando tránsito estuvo en edad de servir, a los quince años, su madre la condujo a la ciudad para colocarla en alguna casa. No sólo dejaría de ser gravosa para su familia, de labriegos humildes, sino que ayudaría con su salario a reparar las pérdidas que las heladas o el verano causaban en la pequeña sementera de dos hectáreas. (Osorio, 1979, pág. 9)	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
2RCA-17	Aquellos hombres de ruanas oscuras, de sombreros alones, confundidos en las filas con extranjeros, eran simples campesinos venidos a la ciudad en busca de empleo. ¿Qué hacían allí en esa larga fila? En el extremo de ella, contra una ventanilla, pudo leer el membrete “Certificados para salir del país.” No imaginó antes que los campesinos viajaran al exterior en tanta cantidad. “La violencia en los campos los empuja a buscar patrias más acogedoras. (Zapata, 1963, pág. 105)	Zapata Olivera Manuel (1963) Detrás del rostro. Madrid. Alianza.
	2RR Objetivo 2 Representaciones religiosas.	
2RR-1	El hombre no escucha palabras que no sean las suyas. Lee en la Biblia páginas escogidas, las que antes había seleccionado con sus dedos untados de saliva. Leyendo en un sordo sonsonete: - "Aparta tus ojos de mujer muy compuesta y no fije, en la vista la hermosura ajena... Desafortunado es el hombre que toca en puerta de la mujer que no espera. " aguda voz, imperativa, cuando señala a la mujer con el índice, acusación a la carne despierta. (Alape, 2003, pág. 43)	Alape Arturo, (2003). Noche de pájaros, Cali, Editorial Atenas.
2RR-2	—Las pruebas a que nos somete el Altísimo—dijo la esposa del señor Alcalde. —Con el Padre Azuaje no habría ocurrido—reforzó la hermana del señor Juez. —Ya siento el olor de azufre — terció doña Encarnación. —Es un insulto — remató la señorita Rosa. —Pues con decirles que a la llegada del nuevo Cura... —Congregó el Ama de Llaves, aleteantes sus brazos nudosos. (Mejía, 1963, pág. 87)	Mejía Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino

2RR-3	<p>—Ah, malhaya, la hora en que dejé el Páramo. Los soldados cruzaron guiños de convenio. —¿Y si te dejáramos ir? —i Yo no, mis Coroneles! —¿Quién, pues? —Mí amo el Cura. —¿Para qué tiene ganas él de ir al Páramo? —Ganas no, mis Coroneles. Debe confesar cristianos heridos. —No son cristianos los guerrilleros. (Mejía, 1963, pág. 152)</p>	Mejia Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino
2RR-4	<p>¿y si no es a usted a quién se lo digo? —me dijo al fin -A mí —le dije. —O al Papa —respondió—, si yo fuera capaz. Semejante comienzo me desconcertó. El padre era una mueca de arrepentimiento. Duró un largo minuto almacenando fuerzas para empezar, y, por fin, me dejó entrever, con alusiones pueriles, y sin descuidar el vino, que la señora Blanca era además su mujer, y que la niña era hija de ambos, que dormían juntos en la misma cama como cualquier matrimonio de la noche a la mañana en este pueblo de paz. (Rosero, 2007, pág. 88)</p>	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
2RR-5	<p>destrozada era una victoria para los destrozadores, fueran quienes fueran, argumentó; de modo que Otra iglesia mejor se erigió en el mismo sitio, una mejor casa para Dios y para el padre -dijo el médico Orduz, que a diferencia del padre no consiguió auxilios para su hospital. (Rosero, 2007, pág. 89)</p>	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
2RR-6	<p>Si nos hemos quedado aquí toda una vida, ¿por qué no unas semanas?, nosotros aquí seguiremos esperando a que esto cambie, y si no cambia ya veremos, o nos vamos o nos morimos, así lo quiso Dios, que sea lo que Dios quiera, lo que se le antoje a Dios, lo que se le dé la gana. (Rosero, 2007, pág. 136)</p>	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
2RR-7	<p>Al mes de haber huido de la casa paterna, Rosalba, aguijoneaba quizá por el remordimiento del abandono de sus padres y para salvarse de las malas consejas del vecindario de sus parcelas, obligó a Rafael a cumplir perentoriamente el sagrado sacramento del matrimonio (Vélez,1962, pág. 38)</p>	Vélez Machado Alirio (1962) Sargento Matacho : la vida de Rosalba Velásquez de Ruiz, Líbano, Editorial: Líbano : Tipografía Vélez.

2RR-8	<p>—Yo he aceptado la cuestión de los toques —dijo—porque es cierto que hay películas inmorales. Pero ésta no tiene nada de particular. Pesábamos darla el sábado en función infantil.</p> <p>El padre Angel le explicó entonces que, en efecto, la película no tenía ninguna calificación moral en la lista que recibía todos los meses por correo.</p> <p>—Pero dar cine hoy—continuó—es una falta de consideración habiendo un muerto en el pueblo. También eso hace parte de la moral. (García, 1962, pàg.28)</p>	García Márquez Gabriel (1962) La mala hora. Madrid. Talleres de Gráficas Luis Pérez
2RR-9	<p>Una mujer robusta, de ademanes resueltos y la dentadura casi completamente orificada, le examinó la mano y después de estrechársela. —Hay algo raro en tu futuro—dijo.</p> <p>El alcalde retiró la mano. «Debe ser un hijo», replicó sonriendo, sin poder reprimir un momentáneo sentimiento de depresión. El empresario le dio a la mujer un golpecito en el brazo con la fusta. «Deja en paz al teniente», le dijo sin detenerse, empujando al alcalde hacia el fondo del solar donde estaban las fieras.</p> <p>—¿Usted cree en eso? —el preguntó.</p> <p>—Depende—dijo el alcalde.</p> <p>—A mí no han logrado convencerme—dijo el empresario—. Cuando uno anda en estas cosas termina por no creer sino en la voluntad humana. (García, 1962, pàg.101)</p>	García Márquez Gabriel (1962) La mala hora. Madrid. Talleres de Gráficas Luis Pérez
2RR-10	<p>—¿Sabe echar la suerte? —preguntó el alcalde.</p> <p>Cassandra volvió a sentarse en la hamaca. «Desde luego», dijo. Y después, habiendo comprendido, se puso los zapatos.</p> <p>—Pero no traje la baraja dijo.</p> <p>—El que come tierra—sonrió el alcalde—carga su terrón.</p> <p>Sacó unos naipes gastados del fondo de la maleta. Ella examinó cada carta, al derecho y al revés, con una atención seria. «Los otros naipes son mejores», dijo. «Pero, de todos modos, lo importante es la comunicación.» El alcalde rodó una mesita, se sentó frente a ella, y Cassandra puso el naipes.</p> <p>—¿Amor o negocios? Pregunto.</p> <p>El alcalde se secó el sudor de las manos.</p> <p>—Negocios—dijo. (García, 1962, pàg.119)</p>	García Márquez Gabriel (1962) La mala hora. Madrid. Talleres de Gráficas Luis Pérez

2RR-11	la oración del justo juez”. Satisfecho de su ministerio, recogió el sombrero y el palo, y dijo inclinándose sobre el cuero de toro donde me hallaba tendido: No se deje acochiná del dolor. Yo lo curo presto: con otra rezáa tiene. Miré con asombro a Clarita como para indagar la certidumbre de cuanto estaba pasando. Era convencida creyente, que manifestaba respeto fanático. Para ahuyentar mis dudas, expuso: —¡Guá! chico, Mauco sabe de medicina. Es el que mata las gusaneras, resándolas. Cura personas y animales. —No solo eso —añadió el mamarracho—. Sé muchas oraciones pa tóo. Pa topá las reses perdías, pa sacá entierros, pa hacerme invisible a los enemigos. (Rivera, 1958, pág. 77)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
2RR-12	Buscaremos a los caucheros por dondequiera, hasta el fin del mundo; pero no vuelva a permitir que el mulato Correa duerma conmigo, ni que me satirice con tanta roña. Eso no es corriente entre cristianos y desanima a cualquier hombre de sentimiento. ¡Algún día lo rasguño, y quedamos en paz! (Rivera, 1958, pág. 123)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
2RR-13	—Todos los Barraganes usan la cruz de Caravaca. Es su talismán. Le piden dinero, salud, amor y felicidad. —Las cuatro cosas le piden, pero la cruz sólo les da dinero. De lo demás, nada han tenido ni tendrán (Restrepo, 1997, pág. 8)	Restrepo Laura (1997) Leopardo al sol, Bogotá, Grupo editorial Norma.
2RR-14	gnorando a Narciso la vieja balbucea letanías, enreda y desenreda trabalenguas sagrados, agradece a la Virgen del Carmen, la santa mechuda, patrona de los oficios difíciles. Invoca otras vírgenes y mártires. Exorciza demonios, obstáculos, enemigos y peligros, y cierra derramando bendiciones sobre la cabezota piadosamente inclinada de Nando Barragán. Después ordena: —Hazle un regalito a fray Martín de Porres. —Es un santo flojo, que sólo les hace milagros a las mujeres y a los enfermos — se ríe Nando. —Trágate tus palabras, Nando Barragán, porque es el santo más rencoroso del santoral. Si no le cumples, se venga. Tenle miedo y respeto. —A ningún santo le temo, pero a ti sí —contesta Nando, le entrega a la vieja un fajo de billetes y le pide que le lea la suerte en la taza de cacao. (Restrepo, 1997, pág. 28)	Restrepo Laura (1997) Leopardo al sol, Bogotá, Grupo editorial Norma.
2RR-15	A las nueve los vengadores se ponen de nuevo en pie de guerra y llenan el patio de ruidos sordos de pisadas y de fierros. Se echan agua en la cara, toman las armas, se hacen la señal de la cruz en la frente, en el pecho, en el hombro izquierdo y en el derecho, y vuelven a los jeeps a esperar al jefe máximo. Nando se demora dos minutos mientras se encomienda en privado a su talismán protector. Lo aprieta con devoción entre la mano, Santa Cruz de Caravaca, a tu Poder yo me acojo. (Restrepo, 1997, pág. 76)	Restrepo Laura (1997) Leopardo al sol, Bogotá, Grupo editorial Norma.

2RR-16	Le cubre la cara con un pañuelo de seda y lo coloca boca abajo entre el ataúd, sobre faldellines de encaje. —En ese pañuelo quedó grabado el bello rostro de Narciso, pero con las facciones perfectas, como antes de la granada. Ese pañuelo todavía impregnado en pólvora y en perfume está guardado en la catedral, donde van a rezarle las personas con malformaciones faciales y las que se han hecho la cirugía estética. (Restrepo, 1997, pág. 84)	Restrepo Laura (1997) <i>Leopardo al sol</i> , Bogotá, Grupo editorial Norma.
2RR-17	Le dolía fuerte el estómago... El hambre... Cierto... No había comido... Ni su mamá ni sus hermanos tampoco habían pasado bocado, como no fuera esa saliva amarga, pastosa, que él se estaba tragando ahora trabajosamente... Tuvo entonces la noción clara de que en todo el día solamente había tragado un pocillo de café negro... ¿Y ayer? ¿Qué había comido ayer? Nada. Exactamente, había almorzado cada cual con un pedazo de plátano asado, sin tomarse una gota de agua de panela. ¿Dónde estaba Dios? ¿Por qué Dios no se compadecía de ellos, y les dejaba algo a la entrada de la puerta? ¿Por qué no venía Dios una mañana, o una noche, y les dejaba un poco de arroz y plátano, o unos dos pesos siquiera en la cocina? (Palacios, 1949, pág. 34)	Palacios Arnoldo (1949) <i>Las estrellas son negras</i> . Bogotá. Iquema.
2RR-18	Delante del altar una lámpara de aceite apagada. Casi siempre permanecía encendida, ungiendo con su aliento los rostros de vitela y yeso. Irra cruzó los brazos. Y balbuceó una oración: «Dadnos, Señor, algo que comer esta tarde. No hemos comido desde ayer. Ayer almorzamos cada uno con medio plátano cocido no más. Acuérdate de tus hijos, Señor mío Jesucristo. Y no nos dejes perecer ahogados en tanta miseria... (Palacios, 1949, pág. 41)	Palacios Arnoldo (1949) <i>Las estrellas son negras</i> . Bogotá. Iquema.
2RR-19	Se torció el estómago. ¡Qué hambre! ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo poder admitirse que Dios fuera tan...? ¡Que se vaya a la porra con su religión y sus curas embusteros, que se mantienen engañando y robando a los pobres!... Lo que decía el periódico... tal vez fuera cierto. Los audaces engañan, verdad... A los ignorantes y pobres, peor... «No creo nada. (Palacios, 1949, pág. 81)	Palacios Arnoldo (1949) <i>Las estrellas son negras</i> . Bogotá. Iquema.
2RR-20	Con el señor cura... ¿eh? -Sí, con el señor cura- dijo el viejo-. Al señor cura hay necesidad de consultarle todo lo del gobierno y la administración de acuerdo con las instrucciones del “nuevo orden”. El oficial afirmó con un gesto sin decir nada. (Echeverri, 1960, pág. 27)	Echeverri Mejía Arturo (1960) <i>Marea de Ratas</i> , Medellín, Aguirre Editor.

2RR-21	<p>Tiene el cráneo roto. Hubo un silencio. En los rostros de todos se pintaba la ansiedad. -Si tiene los huesos rotos- dijo la mujer- debemos llamar al cura. -El cura no vendrá. -Viene si lo llamamos- dijo Nelly. Se dirigía a Esteban. -No viene- dijo Esteban tranquilamente. Ladeó la cabeza y acercó el oído al pecho de Josefa-. Respira... aún respira. Si muere, tampoco le hará entierro. -Tú, viejo- dijo la mujer-. Hablas muchas majaderías. Ya verás. Viene y se hará entierro... si muere. -Él está con "ellos". Él está contra nosotros- dijo lenta y suavemente, mirando el cuerpo de Josefa-. Dicen que nuestro partido ya no es el partido de la iglesia.(Echeverri, 1960, pág. 53)</p>	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
2RR-22	<p>El domingo, prosiguió, sólo habían cinco personas en la iglesia. Nadie sabe a dónde irá a parar todo esto -Eso podemos remediarlo, padre-dijo el oficial-. Bastará con una orden y todo el pueblo concurrirá a misa. ¿ No cree usted? (Mejía, pág 82)</p>	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
2RR-23	<p>Antes se había persignado y ahora, cuando las pisadas de las patrullas se unificaron en el aula y comenzaron a alejarse, él volvió a Dios meditando un padre nuestro. Era suficiente entonces rezar un poco para estar en paz con Dios y alejar ese temor agresivo de la noche que a veces aumentaba y se hacía patético en la oscuridad, ahora estaba en paz (Echeverri, 1960,pág. 102)</p>	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
2RR-24	<p>No, señor- dijo Domingo moviendo la mano-. Eso de matar es para ellos una cosa fácil porque ellos tienen la religión. - ¿La religión? ¿Y qué tiene que ver la religión? Ustedes también tienen la religión. -No señor. Nosotros no tenemos religión. Ellos se quedaron con ella. Nos la quitaron... ¿cierto, Toribio, que ellos nos quitaron la religión? -Es cierto- dijo Toribio-. El cura está contra nosotros. -Por lo general todos los curas están contra nosotros- dijo el delegado-. (Echeverri, 1960, pág. 161)</p>	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
2RR-25	<p>Chepita cerró la central apenas le olió a candela de butaca de teatro, prendió el ramo bendito, el cirio de San Blas y las espermas de Tierra Santa, regó el agua de Lourdes disimuladamente sobre la calle entonó un trisagio en todo el centro del patio de su casa. (Álvarez, 1985, pág.14)</p>	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1985) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra

2RR-26	León María Loza- no era el primero en organizar bazares, piñatas, paseos y hasta festivales con venta de empanadas y salpicón. Defensor ciego de la Iglesia, nunca permitió una chanza ni una ofensa, por más velada que ella fuese, contra el padre Ocampo ni contra ninguno de los siete curas que había en Tuluá. Por eso cuando los salesianos llegaron empezaron a construir el colegio en cercanías de su casa, él fue el primero en ir a saludarlos y el primero en ofrecerle a misiá Flora Plaza. la diminuta y enigmática señora que los había traído desafiando dichos y opiniones, toda colaboración para que la comunidad pudiera instalarse. (Álvarez,1985, pág.29)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Córdones no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
2RR-27	Pero esa noche que Chepita gritó por el teléfono algo debió haber pasado porque nadie cerró ventanas, hubo caso omiso del toque de queda y a la medianoche Tuluá parecía estar viviendo el carnaval de 1937, el primero y único carnaval que pudo realizar, porque el padre Ocampo dictó condena de excomunión para todos los que habían apoyado el desfile de carrozas, en el que salieron las candidatas al reinado con trajes ceñidos al cuerpo que reñían con la moral y las buenas costumbres que él tan celosamente defendía desde el año de 1924, cuando fue nombrado párroco de San Bartolomé. (Álvarez,1985, pág.113)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Córdones no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
2RR-28	A diferencia, pues, de la Policía y a semejanza de las Fuerzas Armadas, que antes se detallaron, los Sacerdotes de las Iglesias Unidas vestían un uniforme. Largas y holgadas túnicas color de azafrán, sobre las cuales era fácil discernir la sombra o la mancha de cualquier deidad política; pero tan inocentes y generosas en sus pliegues, que todo perseguido se sintiera tentado a buscar en ellas el refugio último de la confesión ante Dios, ante lo que creyera ser su Dios sobre la tierra: ¡candidez y vanidad del pobre! Y de su confesión resultaban luego las huellas espirituales en su prontuario policíaco. (Zalamea, 1952. Pág. 27)	Zalamea Jorge (1952) . El gran Burundún- Burundá ha muerto, Bogotá, Carlos Valencia editores
2RR-29	Y como cada día trae su afán, aquel 5 de noviembre trajo el de ponerle una marca al producto o, en términos cristianos, el de bautizar la criatura. —¡Hay que bautizar el niño pronto, porque le puede pasar algo y se va para el limbo y nosotros... i a los profundos infiernos! —dijo doña Eduvigis con voz sibilina. (Becerra, 83, pág. 14)	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
2RR-30	Bogotá era, pues, una villa apacible. Carecía de todo lo que hoy tiene, pero poseía todo lo que hoy le falta. Esta paradoja que, aunque parezca de Wilde es del autor, requiere una explicación: Carecía de grandes avenidas, de inmensos almacenes y enormes edificios. pero poseía una fe inconmensurable que en los diciembres estallaba jubilosa ante el pesebre de san Francisco o. en las semanas Santas, se recogía adolorida al pie del santo Sepulcro que, terminada la procesión del viernes. se veneraba en la Veracruz. Carecía de luz, eléctrica, pero poseía esa luz del espíritu a cuyo lado resulta mortecina la producida por todas las centrales hidroeléctricas del mundo.	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.

	(Becerra, 1983, pág. 22)	
2RR-31	Usted, San Judas, no me tiene nada contento. Ningún trabajo lo había costado ayudarme... Yo no soy uno de esos beatos pedigüeños que piden sin necesidad. Si las mías no fueran tan apremiantes, lo importunaría. Cuando salga de esta iglesia voy a comprar una fracción de la Lotería del valle. Ahí tiene una nueva oportunidad de salvarme. ¡Confió en usted! (Becerra, 1983, pág. 121)	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeòn Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
2RR-32	Al llegar al lugar donde se encuentra el lampadario de San Roque, que con Nuestra Señora de Chiquinquirá se repartía sus preferencias, Siervo se arrodilló reverente. Hizo una seña al monaguillo y le dio diez centavos para que encendiera en su nombre una vela al santo. —De las largas! —le susurró al oído. (Caballero, 1954, pág. 20)	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
2RR-33	Colegios de niñas cantaban en la plaza de abajo, ante un obispo que acababa de llegar: Reina de Colombia por siempre serás; es prenda tu nombre de júbilo y paz. Frailes dominicos, hermanas de la caridad con su gran mariposa blanca en la cabeza, capuchinos de barba al viento, padres franciscanos, candelarios que venían del convento del Desierto de Ráquira, curas de pueblo calzados con pesadas botas de cuero sin curtir, enfermos cargados en un taburete por algún pariente; niños paliduchos que vestían hábito de monjes y viejas hidrópicas que resoplaban al andar; campesinos hacendados, sirvientas, soldados y policías; toda esa humanidad heterogénea que compone "la agobiada y doliente" que suele frecuentar los santuarios religiosos, llenaba de animación y color las sucias calles del pueblo. (Caballero, 1954, pág. 73)	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
2RR-34	Las vecinas se remitirían al juicio deprimente de Su Señoría el canónigo, quien desde el púlpito fulminaría a los liberales del pueblo por ateos, masones, librepensadores, protestantes, volterianos y otros pecados que a juicio de las vecinas merecían cien veces la condenación eterna, La comadre María les respondería bramando de cólera: —¿Y eso quién les contó que los conservadores recibieron el cielo por inventario?. (Caballero, 1954, pág. 88)	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra

2RR-35	<p>Qué es un changón preguntarán los que no saben cómo pregunté yo que no sabía. Era una escopeta a la que le recortaban el tubo, me explicó mi niño.</p> <p>—¿Y para qué se lo cortan?</p> <p>Que para que la lluvia de balines saliera más abierta y le diera al que estuviera cerca. ¿Y los balines qué? ¿Eran como municiones? Sí, sí eran. Pues tres de esos balines le metieron en el cuerpo a mi niño y ahí quedaron, sin salir: uno en el cuello, otro en el antebrazo y otro en el pie.</p> <p>—¿Justo donde llevas los escapularios?</p> <p>—Ajá.</p> <p>—¿Y cuándo te dispararon ya los llevabas?</p> <p>—Ajá.</p> <p>—Si ya los llevabas entonces los escapularios no sirven. Que sí, que sí servían. Si no los hubiera llevado le habrían dado un plomazo en el corazón o en el cerebro.</p> <p>—Ah...</p> <p>Contra esa lógica divina ya sí no se podía razonar. Lo que fuera. (Vallejo, 1994, pág 29)</p>	<p>Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.</p>
2RR-36	<p>El padre vino a saber que el muchacho era de profesión sicario y que había matado a trece, pero que de éstos no se venía a confesar porque ¿por qué? Que se confesara de ellos el que los mandó matar. De ése era el pecado, no de él que simplemente estaba haciendo un trabajo, un «camello». Ni siquiera les vio los ojos...</p> <p>—¿Y qué hizo usted padre con el presunto sicano, lo absolvió?</p> <p>Sí, el presunto padre lo absolvió. De penitencia le puso trece misas, una por cada muerto, y por eso andan tan llenas de muchachos las iglesias. (Vallejo, 1994, pág. 37)</p>	<p>Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.</p>
2RR-37	<p>Las balas rezadas se preparan así: Pónganse seis balas en una cacerola previamente calentada hasta el rojo vivo en parrilla eléctrica. Espolvóreense luego en agua bendita obtenida de la pila de una iglesia, suministrada, garantizada, por la parroquia de San Judas Tadeo, barrio de Castilla, comuna noroccidental. El agua, bendita o no, se vaporiza por el calor lento, y mientras tanto va rezando en el que las reza con la fe del carbonero: —Por la gracia de San Judas Tadeo (o el Señor Caído de Girardota o el padre Arcila o el santo de tu devoción) que estas balas de esta suerte consagradas den en el blanco sin fallar, y que no sufra el difunto. Amén. (Vallejo, 1994, pág. 74)</p>	<p>Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.</p>

2RR-38	Los buenos ciudadanos pecaban el lunes y se confesaban el martes, reincidían el miércoles y volvían a arrepentirse el jueves, tornaban a ofender a Dios el viernes, eran presa de remordimiento el sábado y el domingo descansaban. Las señoras se persignaban cuando veían en la calle a un "mujer de la vida airada". Y era pecado mortal leer a Vargas Vila. (Becerra, 1976, pág. 41)	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
2RR-39	Dios en el fondo me ama —pensé— y quiere la salvación de mi alma. Por eso le ha puesto un escollo infranqueable a mi vocación de abogado. Si El prefriere que yo Sea un hombre honorable, hágase su santa voluntad. Y sonrei tristemente. (Becerra, 1976, pág. 44)	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
2RR-40	No basta, decía Camilo. Volvía a verlo (mientras soplabla el viento en los olivares y María, a su lado, gemía y suspiraba durmiendo) en un café de Chapinero alguna noche del 47, apenas adolescente, hablándole de Cristo. Si Dios no existiese, yo Seguiría siendo cristiano, le decía. Cristo había expresado un anhelo muy profundo de igualdad y fraternidad. De amor, decía; el amor y la bondad son las más altas calidades humanas. Los hombres sufrían. Sufrían de soledad y miedo, necesitaban amor. Extrañas palabras para un muchacho que no hacía mucho tiempo se había puesto su primer par de pantalones largos . (Mendoza, 1980, pág. 66)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
2RR-42	Regresó a su tienda con el cuello del abrigo levantado. Se escurrió por detrás del armario y prendió otra vela a la estampa del Señor Caído de Monserrate. Imploró de rodillas: -Te agradezco que le hayas sacado con vida de la operación. Y también de la cárcel, aunque le dieran ese tiro en la cabeza. Seguramente fue ahí donde lo hirieron. ¡Apiádate de él, Señor! ¡Tú sabes que es un buen muchacho! (Zapata, 1963, pág. 48)	Zapata Olivera Manuel (1963) Detrás del rostro. Madrid. Alianza.
2RR-43	Huya de los pensamientos que le inspira el demonio. ¡Conveniencia! Pecado. Haga bien por el bien mismo, por el inmenso placer de la caridad cristiana, por acatar los preceptos de Nuestro Señor. No la acusarán de usurpadora porque ese niño es un huérfano. Dios lo ha puesto en su camino para probar su fe, su abnegación, su capacidad de amar desinteresadamente. (Zapata, 1963, pág. 142)	Zapata Olivera Manuel (1963) Detrás del rostro. Madrid. Alianza.

Cita Textual Objetivo 2

CÓDIGOS	<i>ICPVB. objetivo 1 crisis política, violencia bipartidista</i>	Fuente
ICPVB-1	Bajar por la calle y caminar en contravía le daría cierta ventaja. Luego se lo reprocha. No existen para ellos, hombres carnetizados por la Gobernación del Valle Cauca y de profesión sicarios, armados por el Directorio Conservador, tales nimios inconvenientes. Son los dueños de las noches de Cali (Alape, 2003, pág. 23)	Alape Arturo, (2003). Noche de pájaros, Cali, Editorial Atenas.
ICPVB-2	Eso de amar al enemigo se le antojaba una frase retórica de sermones o una excusa para temerosos. Tal vez sus soldados prefirieran la vida rutinaria del cuartel, pero mataban animosos, aunque después se sintieran levemente culpables. Mas, el sentimiento de culpa se diluía al reflexionar que en matar consistía el cumplimiento del deber, que de ahí precisamente provenían los ditirambos oficiales porque el exterminio se había convertido en virtud patriótica. (Mejía, 1963, pág. 31)	Mejía Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino
ICPVB-3	Por nuestra recíproca ausencia—, que pretendemos repararlo todo, en un minuto, y así nos acordamos, todavía en voz mucho más baja, del padre Ortiz, de El Tablón, a quien nosotros conocimos, al que mataron, luego de torturarlo, los paramilitares: quemaron sus testículos, cercenaron sus orejas, Y después lo fusilaron acusándolo de promulgar la teología de la liberación. (Rosero, 2007, pág. 91)	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
ICPVB-4	<p>“La figura de Hernando se detiene. De la maraña surgen como alborotado avispero los esbirros: lo rodean, y uno de ellos con acento de comandante, le interroga: - ¿A dónde va? -Voy para donde un amigo señor agente. - ¿De dónde viene, asqueroso chusmero? -Perdón, señor agente; yo no soy ningún chusmero. Vengo de donde Javier Díaz; de allí no más de “Alto Bonito”.</p> <p>-Claro..., como es de esa puerca gente...</p> <p>-No, señor...</p> <p>-Cállese, hijo de puta, que nosotros somos los que mandamos.</p> <p>En ese preciso momento Hernando es derribado de un tremendo culatazo. Ya caído se le vienen encima a golpes, puntapiés y yatagán, hasta hacerlo clamar piedad en medio de atroces alaridos; luego lo levantan y uno de ellos chisporroteándole los ojos de ira, se le enfrenta diciéndole:</p> <p>-Con que no es de la chusmaa... ¿entonces qué hace por aquí de noche, malparido?</p> <p>-Ya dije toda la verdad, soy inocente.</p> <p>-Con que inocente el santurrón esteee...</p> <p>¡Abra la jeta, desgraciado, que a los inocentes niños les damos teterito! Abra, abra, malparido!</p> <p>Y acercándole el fusil a los labios, un disparo suena. En el acto Hernando cae definitivamente sobre el polvoso lecho del camino. Hay luto en el plantío que fraternalmente descuelga sus ramajes ante el cadáver de un hombre labriego. (Vélez,1962, pág. 59)</p>	Vélez Machado Alirio (1962) Sargento Matacho : la vida de Rosalba Velásquez de Ruiz, Líbano, Editorial: Líbano : Tipografía Vélez.

ICPVB-5	No lo dejaremos llegar a la presidencia... Primero preferimos el triunfo conservador, el cual al menos representa a uno de nuestros partidos tradicionales que ha servido a la consolidación de nuestras instituciones civilistas. —Ese tal... es un vendido, comunista disfrazado de liberal... (Palacios, 1949, pág. 74)	Palacios Arnoldo (1949) Las estrellas son negras. Bogotá. Iquema.
ICPVB-6	<p>Decreta:</p> <p>Artículo 1. Declarase cuadrilla de malhechores a los revoltosos, incendiarios y asesinos que pululan en la actualidad y en zona bananera.</p> <p>Artículo 2. Los dirigentes, azuzadores, cómplices, auxiliares y encubridores deben ser perseguidos y reducidos a presión para exigirles la responsabilidad del caso.</p> <p>Artículo 3. Los hombres de la fuerza pública quedan facultados para castigar por las armas a aquellos que se sorprenda en infraganti delito de incendio, saqueo y ataque a mano armada y en una palabra son los encargados de cumplir este decreto.</p> <p>El jefe civil y militar de la provincia de Santa Marta Carlos Cortez Vargas genera. (Cepeda, 1967, pág. 87)</p>	Cepeda Samudio Alvaro (1967) La casa grande, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.
ICPVB-7	<p>Mi gente, en su mayoría, es del otro partido.</p> <p>-Ya lo sabía.</p> <p>-Dijo rápido el capitán.</p> <p>-Lo sabía, pero deseaba preguntárselo. Mis superiores también deseaban preguntárselo.</p> <p>- ¿Deseaban preguntármelo?</p> <p>-Sí. ¿Deseaban preguntárselo? Además, se preguntaban la razón por la cual, usted, alcalde, no ha hecho nada...</p> <p>- ¿Nada?</p> <p>-Sí, nada. Esta gente está contra el gobierno.</p> <p>-Contra el gobierno no, capitán. Mi gente pertenece al otro partido, pero en ningún momento está contra el gobierno.</p> <p>-Entiéndame, señor alcalde: o se está con el gobierno o contra el gobierno. No hay más solución (Echeverri, 1960, pág. 24)</p>	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
ICPVB-8	Todos están con nosotros- dijo el capitán- Es una consigna. Para imponer el “nuevo orden” y sostenerlo, nuestro partido cuenta con las dos fuerzas más poderosas: las armas y el clero. En otras palabras: es una acción directa, protegida y aparada por los conductores espirituales. No podemos fallar... (Echeverri, 1960,pág. 30)	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
ICPVB-9	No te pareces nada a ese santo jerarca de los Andes de quien te hablé hoy. Tendrías que conocerlo, oír sus arengas contra los enemigos y haber visto ese rostro sereno colmarse de júbilo cuando recibía las noticias de las bajas enemigas. Id a ellos, decía. Que sus cabezas cuelguen de los árboles más altos para escarnio de todos los enemigos de Dios y de la patria ... (Echeverri, 1960,pág. 106)	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.

ICPVB-10	Les dispararon de los carros que todo Tuluá estaba ya empezando a ver circular alegremente por sus calles después de las seis y que, aunque no tenían placas, sospechaban siempre de quién eran. (Álvarez, 1985, pág.89)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
ICPVB-10	Todos menos el jefe, que nunca cargó otra arma distinta que su mirada de mula cansada iban armados con dos o tres revólveres y una carabina Viajaban en carros azules, sin placas, o en las volquetas de la secretaría de obras públicas. (Álvarez, 1985, pág.95)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
ICPVB-10	(Porque después de la matanza de Ceilán ya no bastó con el disparo en la nuca sino que los empezaron a machetear), la revista Lifê sacó en cuarenta páginas todo un recuento mágico de la guerra civil no declarada que se vivía en Colombia encabezándola con el título de "La tierra de El Cóndor, el jefe de los pájaros (Álvarez, 1985, pág.113)	
ICPVB-10	—Claro que sí y lo que usted dijo es el Evangelio... —replicó el General—Aquí entre nos... (se levantó para cerciorarse de que la puerta estaba bien cerrada). Aquí entre nos... (repitió mientras volvía al escritorio) yo soy más godo que usted...! Pregunté en Oriente cuántos rojos hice pasar al papayo en la guerra... Pero dese cuenta de la situación, de que los tiempos han cambiado... El presidente está a partir de un confite con los liberales y lo tienen convencido de que son ciudadanos como nosotros y de que tienen los mismos derechos... ¡El General Herrera está hecho un tití y le ha pedido su cabeza al gobierno... i De manera que, si usted no rectifica, tendré que pasar por la pena de descabezarlo...! (Becerra, 1983, pág. 41)	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
ICPVB-10	Simeón se disponía a defender su inocencia cuando una mano de hierro —lo mismo que en las novelas de Paul Feval— lo sujetó por el hombro. La mano correspondía al brazo derecho de un hombre tan alto como grueso, de aspecto sombrío y mirada aviesa. —¡Hola, jovencito...! ¿A qué le debo el honor de esta visita? —preguntó a Simeón—. Y a propósito: ¿usted quién es y con permiso de quién está hablando con mi hija? —¡Simeón Torrente..., a sus órdenes! —replicó el infeliz, más muerto que vivo. —¿Tan chiquito y ya Simeón? ¡Y como si el nombre fuera poco... ¡Torrente! ¡Se me pone que usted es hijo del godo ese tramposo que le debe a Ñor Raimundo y todo el mundo... ¡Sepa que yo soy muy liberal y muy macho y que a mi casa no entra un godo ni muerto...! Vaya primero a que le limpien la boca, que todavía la tiene untada de tetero... ¡Y a usted, jovencita, —dijo dirigiéndose a Margarita— ¡le prohíbo terminantemente que le admita conversación al primer zarrapastroso que pase por la calle...! (Becerra, 1983, pág. 41)	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.

ICPVB-10	<p>Los votos depositados por Ospina excedieron al total de los consignados por cada uno de sus dos contendores liberales. Se operó, una vez más, el milagro de que quien tenía la sartén por el mango hiciera entrega de ella al enemigo. La actitud de Alberto Lleras fue calificada por no pocos liberales como una felonía, mientras que los conservadores la ensalzaron diciendo: "¡Bendita sea tu pureza y eternamente ¡o sea!". Y el edificio de la República Liberal se derrumbó entre los vítores de los vencedores y los ayes de dolor de los vencidos. Se inició el régimen de la "unión nacional". Pero los conservadores no se resignaron con haber ganado apenas la mitad del hueso presupuestal, ni los liberales con haber perdido el 50% del mismo. La feroz tribu de los "chulavitas" y la guerrera de los "cachiporros" se enfrentado abiertamente. Y el monstruo de la violencia comenzó a cubrir de sangre al país. (Becerra, 1983, pág. 128)</p>	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.
ICPVB-11	<p>—La política se está poniendo otra vez fea. Al Campo Elías, el que vivía arriba del puente, lo despacharon de un tiro hace tres noches. Donde los liberales nos descuidemos, los godos nos vuelven a meter un susto... — ; Cómo le parece! —decía Siervo. —Al Marcos de la Palmera, que es godo, los guardias le hicieron una requisa y le quitaron la cédula. ¡Figúrese! ¡Ahora los godos con cédula! —Yo creía que era liberal. —Pues no se crea. Resultó el indio más godo que el cura... (Caballero, 1954, pág. 22)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICPVB-12	<p>¿En otros grupos se hablaba de las próximas elecciones que serían muy reñidas porque los godos o conserveros de levantaron la abstención que habían practicado Sin los vamos a dejar votar otra vez? preguntó Manuelito Ramírez —Para eso, para no dejarlos, tenemos esto... uno de los Pimientos que tenía la cara bronca, dándose una palmada en el cinturón del que colgaba el machete—. Hace unos años, cuando sacamos el primer presidente liberal, no dejamos godo parado en la plaza de Capitanejo. —Cómo no recordarlo, si yo me hallé en ese trance. —Treinta y seis indios del puente quedaron tendidos en la plaza de Capitanejo. — ¡Para mí que fueron pocos!— observó Manuelito Ramírez. (Caballero, 1954, pág. 59)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra

ICPVB-13	<p>El año de 1946 las elecciones habrían de ser muy reñidas según los técnicos, porque los conservadores levantaron la abstención electoral la consigna de ambos partidos era la de conquistar las urnas como fuera, por las buenas o por las malas, pues se trataba ni más ni menos que de elegir un nuevo presidente de la república. Los liberales tenían en sus manos el poder, pero estaban divididos en dos bandos irreconciliables, por lo cual los de la oposición oficial, que eran conservadores, veían el cielo abierto y propicio para alzarse con el santo y con la limosna que habían perdido en 1930. Agentes electorales, candidatos del partido conservador y de los dos bandos liberales, directores políticos, recorrían el país dictando discursos y conferencias que terminaban en formidables batallas Campales en las plazas de los pueblos. Los periódicos se enseñaban los dientes todas las mañanas, y había que cogerlos con pinzas no sólo porque hedían, sino porque abrasaban. (Caballero, 1954, pág. 90)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICPVB-14	<p>¡Ni Siquiera mataste al Atanasio! Nosotros lo conocíamos. Era un goda muy peligroso. El fue quien encabezó a los molineros para que armaran la furrasca en la plaza... pero como ahora le dio al gobierno por hacer justicia y "tirarse" a los liberales...</p> <p>—¿Luego no dicen que el gobierno es de los liberales?</p> <p>—preguntó Siervo.</p> <p>—No hay quien entienda a los jefes. Primero lo mandan a uno que grite y alborote y mantenga a raya a los godos, y después, cuando se arma la grande, ellos se lavan las manos y nos vuelven la espalda. (Caballero, 1954, pág. 94)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICPVB-15	<p>En los días anteriores al domingo en que deberían celebrarse, comisiones de policía municipal que habían sido pocos meses antes bandidos que andaban en veredas, requisando a los campesinos y revolviendo las piedras del fogón, para decomisarles la cédula electoral. Venían enardecidos por la cerveza que generosamente les habían distribuido el alcalde y el directorio conservador del pueblo. Se había roto la convivencia en todo el país y la consigna oficial era "palo a los liberales". (Caballero, 1954, pág. 138)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra

ICPVB-16	<p>No sería por godo que te la quitaron. ¿Eres liberal?</p> <p>—Así me criaron, sumercé.</p> <p>—Yo soy godo porque odio a los liberales. ¿Entiendes?</p> <p>A una señal de don Arsenio, los dos guardias le propinaron a Siervo sendos culatazos en los riñones.</p> <p>—¿Conque el tabaquito es del Floro Dueñas? ¿Y cuántos bultos viniste a vender?</p> <p>Siervo se sobaba la espalda.</p> <p>—Dos meros, sumercé. Son de mitaca.</p> <p>—Te doy veinte pesos por ellos.</p> <p>—La Compañía los está pagando a ciento veinte, por que son de capa... —se atrevió a decir el empleado que contemplaba la escena desde su reja de la ventanilla. Sudaba no tanto por el calor, que ya apretaba, como por el</p> <p>—Al señor no le estoy hablando! —exclamó don Arsenio, llevándose un revólver al rostro para rascarse la barbilla.</p> <p>Siervo se fue con los veinte pesos y sin los bultos, seguido de la Tránsito y de Emperador II, que tenía el rabo entre piernas. Don Arsenio la emprendió con el segundo de la fila, después con el tercero, y luego con el cuarto, hasta acabar con ella. Compró al fiado todo el tabaco, más o menos cincuenta bultos, a razón de diez pesos cada uno, y luego se los vendió todos al de la ventanilla por cuatro o cinco mil pesos, de los cuales sacó para pagar sus deudas. Como algún cultivador se atreviera a elevar la queja ante el alcalde, éste le respondió que no Se trataba de un asalto sino de un negocio.</p> <p>(Caballero, 1954, pág. 149)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Obeja negra
ICPVB-17	<p>Era un conservador sectario. Su fanatismo lo llevaba ensalzar hiperbólicamente todos los actos y omisiones de sus copartidarios y a cohonestar todos sus errores y pecados. Los liberales, en cambio, eran para él una caterva de asesinos y ladrones. Del General Uribe Uribe decía, por ejemplo, que había sido un bandido, responsable de la muerte de cien mil colombianos y que sus asesinos —Galarza y Carvajal— habían sido los ejecutores de la justicia divina. Laureano Gómez era su deidad suprema. Aseguraba que la humanidad, a través de los siglos, sólo había producido dos hombres importantes: Laureano y, Jesucristo. (Becerra, 1976, pág. 16)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICPVB-18	<p>—iA mí no me venga Con timbilimbas!</p> <p>—gritó el Comisario interrumpiéndome—. Si el Agente lo trajo por algo seria... ¿Usted es liberal u hombre de bien?</p> <p>—Hombre de bien... Mejor dicho, conservador... señor Comisario... -contesté-. (Becerra, 1976, pág. 44)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

ICPVB-19	<p>¡Habla el detective número 325! Ese es un godo de mala clase. Era de los que, en la época de la hegemonía conservadora, organizaba los "chocorazos" y las "canastadas"... Además, les echaba cal en los Ojos a los liberales que se atrevían a acercarse a las urnas y los golpeaba con un garrote... Hace algunos días manifestó en un café que si para la salvación del país era necesaria la muerte del doctor Olaya Herrera, él estaría dispuesto a matarlo.) (Becerra, 1976, pág. 63)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICPVB-20	<p>—Yo entendía que a los funcionarios públicos les estaba prohibido intervenir en política... —comenté—. —¡Su ingenuidad es conmovedora! —repuso el doctor Mondragón, riéndose—. Cómo se nota que usted es un intelectual... ¡Aterrice! Estamos en Colombia y no en Suiza... En este país todo empleado oficial debe, tiene que ser un defensor beligerante de sus ideas políticas y su obligación primordial es la de contribuir por todos los medios, lícitos o ilícitos, a que se perpetúe Su partido en el gobierno (Becerra, 1976, pág. 88)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICPVB-21	<p>¡El sabe que conmigo la vaina es tumbando y capando...! Ya ordené recoger las cédulas de todos los ciudadanos. Ahí están en ese baúl. —y me indicó un viejo cofre que permanecía en uno de los rincones del despacho—. El día de las elecciones le devolveré las suyas, junto con el correspondiente voto, a los amigos del doctor Mondragón y los mandaré a votar. debidamente vigilados, para que no haya peligro de que alguien les cambie la papeleta en el camino; a los enemigos del jefe se las devolveré al día siguiente... La Policía y el Resguardo se encargarán, además, de asustar a los godos para que no se arrimen a las urnas... ¿Me entiende? (Becerra, 1976, pág. 94)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICPVB-22	<p>¡Yo, como buen demócrata, me inclino ante la opinión de la mayoría... si ustedes consideran que la violencia y el fraude son necesarios, que vengan la una y el otro! —y recordando la frase de Guillermo Valencia en los funerales de Uribe Uribe, agregué: ¡Oh, democracia, bendita seas, ¡aunque... no quede un godo vivo...! (Becerra, 1976, pág. 97)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

1CPVB-23	<p>Lo mismo que Olaya Herrera en 1930, Ospina quiso gobernar con el tranquilizante de la "unión nacional". Pero la droga resultó inocua. Los conservadores exigían la totalidad del presupuesto para sus correligionarios y los liberales no se conformaban con la mitad para los suyos. Y comenzó el forcejeo. En la provincia aquellos empezaron a cobrarles viejas cuentas a estos. Las "vendettas" se generalizaron. Las autoridades tomaron partido al lado de los del gobierno. Un monstruo hasta entonces desconocido, la violencia, hizo su sangrienta aparición. Hombres, mujeres y niños de ambos bandos cayeron asesinados por centenares en Boyacá y los Santanderes, Caldas y el Valle Antioquia y el Tolima. Las balas oficiales agujerearon las carnes de millares de campesinos y obreros. Todas las leyes divinas y humanas fueron derogadas. Apenas quedaron en pie la del Talión y el Artículo 121 de la Constitución Nacional. En las regiones conservadoras era un delito ser liberal y en las liberales un crimen ser conservador. Los Chulavitas sembraban el terror en los campos y los detectives en las ciudades. Torrentes de inmigrantes, expulsados de sus tierras Y casas, empezaron a invadir a Bogotá, Cali, Manizales, Medellín, Armenia, Pereira, Bucaramanga e Ibagué. (Becerra, 1976, pág. 125)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
1CPVB-24	<p>En otra, un ciudadano conservador denunció ante un Alcalde el hurto de cinco de las diez mulas que poseía en una finca de su propiedad. —¿Y usted de quién sospecha? —le preguntó el Alcalde— —Pues yo sospecho de los liberales... —respondió el denunciante, creyendo que el Alcalde era copartidario suyo—. —¿Cómo se atreve usted a sospechar de los liberales, que son todos personas rectas y honorables? —replicó el Alcalde iracundo—. ¡Esa calumnia le va a costar muy cara! —¡Pues yo, señor Alcalde, sospecho de los liberales, porque si hubieran sido los godos se las habrían robado todas...! —contestó ladinamente el denunciante—. (Becerra, 1976, pág. 160)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
1CPVB-25	<p>La culpa es de ustedes, los liberales. Le han dado alas la chusma. Sentado a la cabecera de la mesa, don Emilio, el suegro le tío Eduardo, frunce huraño sus espesas cejas blancas. está indignado porque el chófer del taxi que lo traía del centro se ha negado a bajarse del auto para abrirle la puerta. Qué quiere usted, don Emilio; le replica tío Eduardo jovialmente, los chóferes de taxi no piensan como los cocheros de su tiempo. Todos son gaitanistas. Para mí, ladra el viejo, no son sino una partida de gañanes y Gaitán un resentido. (Mendoza, 1980, pág. 185)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

ICPVB-26	<p>Tal sería el castigo emanado de allí, cuando el hombre de la aldea volviera a pecar: esos pecados de violencia, de ambición y de estupidez, que habían hecho tantas víctimas propiciatorias y gratuitas que estaban allí enterradas viviendo su espíritu latente, que era de observación; esos pecados contra la vida ajena y el bien ajeno; de hermanos contra hermanos; esos pecados que antaño se habían iniciado en la plaza pública, habían envenenado el cabildo, habían metido absurdas pasiones en las almas humildes, y habían terminado en el sacrificio de los inocentes que allí estaban enterrados, esos inocentes que eran los hombres aldeanos; esos pecados contra la juricidad, la institucionalidad, la organización social y ética de los pueblos, que son su patrimonio insobornable, milenario y sagrado, hecho en los siglos al tesón, la inteligencia y la bondad de los pueblos; un patrimonio sublime e hijo de Dios, Quien siempre quiere la superación social de los pueblos; un patrimonio que no puede ensuciarse bajo la suela de una bota grosera ni tergiversarse en la especulación ominosa de los charlatanes y soberbios que no saben nada de la ascensión humana: esos que usan la bota y esos especuladores, que cuando se ponen a tirar cada uno para su lado, lo hacen hasta reventar a la pobre legión humana. Esos "chulos" que todos los hombres en la aldea podían identificar muy bien que habían originado y propiciado toda aquella barbaridad. (Florez, 1975, pág. 275)</p>	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.
<i>ICPP objetivo 1 crisis política, participación clases populares.</i>		
ICPP- 1	<p>“-La he hecho venir para que se entere de nuestro código, al que usted ignorándolo ha violado sin culpa al cometer tantas diabluras, cosa que ha servido para que las fuerzas del gobierno masacren a esta región. Si en verdad desea ser guerrillera, escuche: El comandante toma un fólder, abre sus páginas casi al centro, busca con el dedo sobre el mimeografiado cartapacio y lee:</p> <p>- “Artículo 3°. –Sobre reglamento disciplinario tenemos: numeral d) Respetar la vida, bienes y honra de las personas, mientras estas no se hayan declarado enemigas o se les haya comprobado cualquier acto contra la guerrilla”; f) estudiar los problemas regionales para conseguir una capacitación que facilite la mutua comprensión y la manera de resolver otros problemas creados...</p> <p>Como le dije antes, Rosalba, usted por desconocimiento de nuestra organización sólo nos ha labrado la desgracia, haciendo que la violencia arrasase con todo. Otra cosa: usted no ha sido una combatiente, sino una extraviada. (Vélez,1962, pág. 85)</p>	Vélez Machado Alirio (1962) Sargento Matacho : la vida de Rosalba Velásquez de Ruiz, Líbano, Editorial: Líbano : Tipografía Vélez.
ICPP- 2	<p>Si yo fuera hombre y tuviera salud y alientos todavía, me iría al pueblo de Chita, donde los godos no han podido con los liberales. Estos han armado guerrillas por toda la cordillera, desde la Sierra Nevada de Güicán hasta el páramo del Almorzadero; ¡y en los llanos de san Martín y Casanare se está concentrando toda la gente que echaron de estas regiones... i Si yo tuviera calzones en vez de enaguas, mano Siervo! (Caballero, 1954, pág. 155)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Obeja negra

ICPP- 3	Se habían afiliado al Movimiento Revolucionario Liberal, MRL, siendo marxistas y castristas, en parte, aunque no se lo confesaran, por fidelidad sentimental al rótulo político que en sus provincias seguían siendo no sólo el de sus padres sino también el de las masas inconformes, y en parte, también, porque no había otra cosa, salvo un par de grupúsculos y un partido comunista polvoriento, litúrgico como una cofradía religiosa, con dirigentes envejecidos y repitiendo consignas rituales, partido cuyos más jóvenes exponentes salían aún por la carrera séptima con carteles tales como «larga vida al glorioso astronauta Gagarin!». (Mendoza, 1980, pág. 68)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
ICPP- 4	La lista era muy larga. Volvía a ver en su memoria el grupo aquel de estudiantes que en el año sesenta se reunían por las noches en su apartamento de Bogotá; del cual, con el tiempo, había salido todo, aunque sus componentes estuviesen lejos de imaginárselo en aquel momento. Pues eran novatos y desde luego ineptos en el manejo de armas. Ninguno de aquellos estudiantes mal trajeados de la Universidad Nacional, de la Libre o de la Tadeo Lozano que llegaban a su casa con la lluvia de la calle en los zapatos buscando un trozo de pan y una taza de café en la cocina y un sitio tibio y al abrigo donde sentarse y discutir; ninguno había llegado a saber cómo era y cuánto pesaba un revólver en la mano y lo más parecido a un arma que habría utilizado en su vida hasta entonces sería una botella de Coca-cola llena de gasolina con un trapo impregnado también de gasolina en vez de corcho, lanzada a considerable distancia para encabritar los caballos de la Policía, durante alguna de las tumultuosas manifestaciones de apoyo a Cuba o de protesta por el alza del transporte. (Mendoza, 1980, pág. 69)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
ICPP- 5	La agitación de masas, el trabajo legal, todo eso tenía su importancia, pero no había que hacerse ilusiones, chico, no había que hacerse ilusiones, la lucha armada en Colombia, como en todas partes donde el imperialismo y las oligarquías se sintieran realmente amenazadas sería inevitable. Había que prepararse para eso, una revolución no se improvisa, no surge de manera espontánea. Él había visto, durante el bogotazo, el pueblo anarquizado, desbordado, su insurrección liquidada por falta de organización. Había que formar cuadros, entrenarlos, ir constituyendo ya un dispositivo de lucha desde ahora mismo, le había dicho Fidel a Vidales, y ellos, todos ellos, los que estaban allí. incluyendo a Valdivieso, cambiaban miradas entre si, cada cual con la sensación de que ahora el asunto iba en serio. Fidel ofrecía entrenarles gente en Cuba, decía Vidales. (Mendoza, 1980, pág. 76)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.

ICPP- 6	Lo que es a este hombre no lo ataja nadie. Nadie, confirma Vidales, que ya está medio borracho- Tiene la cara roja y dos venas le han brotado en la frente- Nadie, repite, en este país se está fermentando una revolución social, una sacudida grande. Así es. así es, jefe, dice el portero. Miren, yo soy de la chusma, yo la conozco. No hay camionero, tranviario, zorrero que no piense lo mismo. Hasta las guarichas son gaitanistas. Se van a quedar solos los oligarcas de este país. El portero me mira receloso. ¿Qué le pasa a usted, jefe? Está muy callado. ¿Le hizo mal la champaña? No, hombre, estoy bien. (Pienso en el viejo Emilio. Mi papá lavaba sus caballos con champaña. El viejo, los parientes de Cristina, todos con raza como los caballos, todos de sangre azul y no valen una mierda. No, yo estoy de este lado).Estoy con ustedes. (Mendoza, 1980, pág. 192)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
ICPP- 7	A veces pienso en aquellos días en que uno veía la revolución ahí, tan cercana... El solo hecho de estar con gentes que esperaban o luchaban por lo mismo cambiaba las perspectivas. Me acuerdo de aquellos campesinos de Sumapaz o del Quindío. allá en Colombia. Nos veían llegar con tanta esperanza Nos sentábamos al lado de un fogón, sobre el piso de tierra, quizá con una taza de caldo en la mano. Aquella gente que había hecho ya la guerrilla, que había sufrido tanto en otra época, sabía que tarde o temprano volvería el ejército con sus helicópteros, sus coroneles... Los mataban como a perros en los patios de las fincas, y ellos estaban dispuestos a todo, sólo esperaban que les consiguiéramos algunas armas. Uno vivía en contacto con cosas reales. Era solidario de algo. Todo tenía un sentido (Mendoza, 1980, pág. 307)	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
ICPP- 8	Los ímpetus del populacho han sido siempre repentinos y brutales, con todo el poderío demoledor de las fuerzas primarias de la naturaleza. Y como estas mismas energías cósmicas, la sublevación de la chusma sólo puede sujetarse a un método o a una dirección cuando se ha espantado de su propio desencadenamiento y se ha saciado de destrucción. Entonces. Dominada, agobiada bajo la fatiga, esta fuerza puede ser puesta al servicio de una ambición específica, individual o múltiple. Pero en su expansión masiva y espontánea, es sólo el ímpetu de las conflagraciones el que empuja, el que demuele, el que obra. El desbordamiento del populacho es como un sismo: lleva en si una potencia irresistible y arrasadora que no actúa con un objetivo preciso pero que reajusta el equilibrio de los planos geológicos. La substancia íntima de esa energía es el odio contra todo. Incluso contra sí misma. (Osorio, 1979, pág. 108)	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
	<i>ICEPC objetivo 1 crisis económica producción y comercialización.</i>	
ICEPC-1	—El peor mal de nuestros pueblos es el aburrimento de la desocupación. (¿En qué puede trabajar Tambo? No todos son alfareros; no todos manejan una cantina. El Cojo intercaló con ademán de asentimiento: —Ni todos tienen gallos de pelea como Buena vida. —¿Ha observado que clavan gajos y entierran semillas? (Echeverri, 1960,pág. 133)	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.

ICEPC-2	<p>—Venga usted — y señaló la fada alinderada por matas de maguey—. Es suya, ¿cierto? Allá, guayacán florecido.</p> <p>—Es mío lo que alcanza a ver.</p> <p>—¿Y tiene agua propia?</p> <p>—Tiene agua propia.</p> <p>—¿Y nunca la han cultivado?</p> <p>—Nunca la he cultivado.</p> <p>—¿Y no piensa cultivarla?</p> <p>—No la pienso cultivar. (Echeverri, 1960, pág. 134)</p>	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
ICEPC-3	<p>Pero más difícil no debería ser vivir en Barranquilla que en Quibdó. Los que venían de allá decían que había mucho qué hacer. Que una persona podía ganarse la vida vendiendo cigarrillos y fósforos a la puerta del edificio de la gobernación. Aquí no había fábricas, ni talleres de ninguna especie. (Palacios, 1949, pág. 51)</p>	Palacios Arnoldo (1949) Las estrellas son negras. Bogotá. Iquema.
ICEPC-4	<p>Los tres hombres se habían entrevistado a instancia de Honorio Callejas, el quería plantearles a los otros dos un negocio, que consistía en que Nomar Mahid y su pariente lo proveyeran de grandes cantidades de los artículos que ellos producían en sus industrias textiles, para que él, como comerciante, las distribuyera por todo el territorio de los Estados Unidos.</p> <p>—Yo mismo instalo un agente en Miami —explicó Honorio Callejas mirando a Solimán, el tío de Nomar Mahid—. Alguien que sea capaz de dirigir las operaciones hacia todas partes y que con el tiempo ponga sucursales en otras ciudades.</p> <p>—A Estados Unidos se exportan muchos textiles colombianos —objetó Solimán con el acento árabe que no había perdido en sesenta y ocho años de haber llegado como inmigrante del Líbano —. Yo mismo exporto.</p> <p>—Pero no en las cantidades ni en las condiciones que yo propongo —dijo Honorio Callejas—. Sería como poner a funcionar las industrias de ustedes allá mismo.</p> <p>—Eso vale millones.</p> <p>—Y en millones serán las ganancias —replicó Honorio Callejas—. Después de eso se acabarán los pequeños exportadores porque vamos a invadir a los Estados Unidos. (Fayad, 2006, pág. 71)</p>	Fayad Luis (2006) Los parietes de Ester, Bogotá, Arango Editores
ICEPC-5	<p>1920- Como afortunadamente no existía aún la industria nacional, los bogotanos se proveían de los más finos artículos europeos en los almacenes de la calle Real y la de Florián. Y podían obsequiar su paladar con el cosmopolita y estupendo surtido de vinos, galletas Y rancho que colmaba las vitrinas de "El Escudo Catalán" y la "Rosa Blanca. Lo anterior significa que las gentes se vestían y comían... (Actualmente se tapan y tragan). (Becerra, 1983, pág. 59)</p>	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.

ICEPC-6	Las fábricas de hilados y tejidos dieron un golpe de gracia a las telas urdidas en toscos telares de palo, con lana cruda de oveja hilada en husos que las mujeres volteaban ágilmente entre los dedos cuando trotaban por los caminos con su carga de leña a las costillas. Los sombreros importados de Italia derrotaron parcialmente los jipos y las corroscas de tapia pisada, tejidas con una paja dura y amarilla. La carretera trajo, con el periódico, el testimonio de otros países, otras costumbres y otras actividades más productivas que la siembra del maíz en las laderas y la papa en los páramos, donde suele helarse. (Caballero, 1954, pág. 107)	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICEPC-7	Los treinta y cinco mil taxis señalados (comprados con dólares del narcotráfico porque de dónde va a sacar dólares Colombia si nada exporta porque nada produce como no sea asesinos que nadie compra. (Vallejo, 1994, pág 25)	Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.
ICEPC-8	Como por ejemplo digamos, montar una empresita juntos. Lo de la empresita lo pensé y lo deseché: ¡qué empresa va a prosperar aquí con tanta prestación, jubilación, inseguridad, impuestos, leyes! Impuestos y más impuestos pa' que a la final no haiga ni con qué tapar un hueco. El primer atracador de Colombia es el Estado. ¿Y una industrita? La industria aquí está definitivamente quebrada: para todo el próximo milenio. ¿Y el comercio? Los asaltan. ¿Y servicios? ¡Qué servicios! ¿Poner una casa de muchachos? No los pagan. El campo también es otro desastre. Como está tan ocupado en la procreación, el campesino no trabaja. ¿Y de qué viven? Viven del racimo de plátanos que le roban al vecino, hasta que el vecino no vuelve a sembrar. (Vallejo, 1994, pág 52)	Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.
ICEPC-9	—¡Esto ya es inaguantable! —replicaba el señor Ramírez, con inconfundible dejo bogotano— Con lo que cobran hoy por el arrendamiento de una casa se podía comprarla anteriormente y lo que cuesta la lavada de un vestido equivale al precio de venta hace unos años... ¡De los víveres ni hablar...! ¿Usted sabe el último chiste, doña Paulina? Pues dicen que las secretarias cuando quieren comerse un huevo tienen que ponerlo... Pero el Gobierno afirma que la situación es muy buena y que el costo de la vida sigue bajando. (Becerra, 1976, pág. 8)	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICEPC-10	Y ahora le recalca el patrón a Gregorio que bien podían todos los hombres de la aldea aspirar a enriquecerse o vivir como enriquecidos, porque el Oro Verde de la tierra alcanzada para todos. Y que ahí radicaba precisamente la importancia de que el hombre no se entregara ahora con pasión sino a su propia tierra: "porque es bueno vivir bien, cuando Dios ha querido que vivamos bien. Aquí no nos hace falta nada, todo podríamos conseguirlo con nuestro oro" (Florez, 1975, pág 83)	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.
ICEPC-11	El verano había continuado lo justo para mejor andanza en Ta cogida de café. Toda la aldea estaba atareada, y entre cerro y cerro, en cada grupo o parcela, se ubicaban las canciones de los cosecheros, esas coplas que se ponían a cantar en las cuadrillas, debajo de la fronda verdeoscura, salpicada por doquier de pepitas de Oro Verde ya enrojado, en punto de coger. (Florez, 1975, pág. 308)	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.

ICEPC-12	<p>En la acera opuesta de la misma calle se ha establecido otro comercio pintoresco. Los más opulentos de estos hombres y mujeres de negocios han podido comprarse un carrito de mano, en donde arman con varillas un muestrario del que cuelgan los más heterogéneos objetos: cinturones, medias, ligas, espejos, corbatas, pañuelos y otras mercancías seductoras para los campesinos que acaban de realizar, enfrente, algún negocio con sus cebollas o con sus bulticos de papas, que con frecuencia traen a las costillas desde el lejano predio. Una categoría inferior de estos comerciantes tiene apenas un cajoncito colgado del Cuello y en él colocan otra serie de artículos llamativos y brillantes, como espejos, botones, peinetas, cuchillos y Otras cosas. Pero todavía hay una jerarquía ínfima, cuyo establecimiento no llega siquiera al cajoncito, porque su comercio les cabe en las manos sucias, que llevan extendidas en indigente ofrecimiento. Ante los carritos de mano se acurrucan mujeres que amamantan a sus hijos mientras anuncian su mercancía con voz monótona. —¡ Vengan a ver sus cuchillos, sus cordones, sus Candaos, sus espejos, sus peinillas, sus pañuelos, vengan a ver, marchanticos ! Pero la voz estridente se ahoga bajo la de otra que pasa con un gran cesto colgado de cada brazo, con los cuales lleva una cantidad de viandas, y va gritando: —A ver cuántas almojábanas. pastelitos, pandeyucas, merengues. ¡ A ver, marchanticos! ¡A sus pastelitos calientes! (Osorio, 1979, pág. 101)</p>	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
	<i>ICECM objetivo 1 crisis económica, corrupción y malversación.</i>	
ICEC-1	<p>El destino de otros es menos precario: a fuerza de ser crueles ascienden a capataces, y esperan cada noche, con libreta en mano, a que lleguen los trabajadores a entregar la goma extraída para asentar su precio en la cuenta. Nunca quedan contentos con el trabajo, y el rebenque mide su disgusto. Al que trajo diez litros le apuntan la mitad, y de esta suerte van enriqueciendo su contrabando, que venden en reserva al empresario de otra región, o que entierran para cambiarlo por licores y mercancías al primer chuchero que visite los sirringales. (Rivera, 1958, pág. 161)</p>	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
ICEC-2	<p>Fui cajero de la Junta de Crédito Distrital, por llamamiento unánime de sus miembros. Los cien mil dólares del alcance no salieron todos en mi maleta: me dieron únicamente el quince por ciento. Acepté la designación con previo acuerdo de firmar recibo por un caudal que ya no existía. Palabra dada, palabra sagrada. Al principio tuve vagos escrúpulos de inexperto, pero la Junta me decidió. Recordóme el ejemplo de tanto pisco que saquea con impunidad habilitaciones, bancos, pagadurías, sin menoscabar su buena reputación. Fulano de tal falsificó cheques; zutano adulteró cuentas y depósitos, perencejo se puso por la derecha un sueldo adecuado a su categoría de novio elegante, en lo cual procedió muy bien, pues no es justo ni humano trajinar con talegas y mazos de billetes, padeciendo necesidades, con el suplicio de Tántalo día por día, y ser como el asno que marcha hambriento llevando la cebada sobre su lomo. Vine por aquí mientras olvidan el desfalco; tornaré presto, diciendo que andaba por Nueva York, y llegaré vestido a la moda, con abrigo de pieles y zapato de caña blanca, a frecuentar mis relaciones, mis amistades, y a obtener otro empleo fructuoso. ¡Estos son los informes de mi cuadrilla! (Rivera, 1958, pág. 250)</p>	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.

ICEC-3	<p>A los políticos -tarea fácil- les persuadió de que Vale más una emisión de billetes que una emisión de principios; a los militares, les enseñó la estrategia del contrabandista y la táctica del cuatrero, que son menos peligrosas y más pingües que las de su oficio; a los clérigos, ya se dijo que con el rodillo y la escudilla los sacó del purgatorio de sus incertidumbres acerca de la voluntad de Dios; a los financistas no tuvo que manejarlos: lo manejaban ellos. (¡Y el Burundún-Burundá creía no saberlo!) (Zalamea, 1952. Pág. 57)</p>	<p>Zalamea Jorge (1952) . El gran Burundún- Burundá ha muerto, Bogotá, Carlos Valencia editores</p>
ICEC-4	<p>Con los billetes es distinto. Es el mismo papel, la misma tinta, el mismo dibujo. —De veras, que así será.. —Te regalo este peso. Es de los míos, digo, de los que fabricamos con el ministro. Te cuento esto por si sabes de algún amigo tuyo que quiera entrar en el negocio de fabricarlos por millones. Necesitamos socios que pongan unos cuantos pesos, no muchos, para comprar el papel que viene de Alemania. — ¡No diga! —Y la tinta que llega de Rusia.. — ¡Cómo le parece! —Cada peso se convierte en mil. Quiero decir que con un peso en papel y tinta, nosotros fabricamos mil. Cincuenta pesos se vuelven cincuenta mil...) (Caballero, 1954, pág. 9)</p>	<p>Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Obeja negra</p>
ICEC-5	<p>¿Sembrar tabaco y esperar los días y los meses a que levante la semilla un palmo del suelo, y a que luego críe hojas, y a que el verano las eche a piquen a que en el caney se la roben los vecinos, y a que en la Compañía las paguen después por una miseria? eso para otros! Ya estoy viejo para sembrar tabaco. Seguiré a Cúcuta, que es buena plaza donde se gana mucho dinero pasando contrabando a Venezuela a través del río... Trabajar, ¿eso que llaman trabajar? ... Para los bobos, mano Siervo... (Caballero, 1954, pág. 121)</p>	<p>Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Obeja negra</p>

ICEC-6	<p>Las mismas plazas desiertas, donde la iglesia y la alcaldía se erguían como símbolos del poder eclesiástico y del civil, de esperanza en la gloria ultraterrena y en la justicia humana y de temor al infierno ya la arbitrariedad de los funcionarios. Las mismas casas viejas y polvorientas, tras de cuyas ventanas las solteronas esperaban en vano la llegada del Príncipe Azul. Las mismas beatas que bendecían a Dios y maldecían al prójimo. Los mismos Alcaldes atrabiliarios y los mismos curas politiqueros y avariciosos. Los mismos holgazanes para quienes la vida se deslizaba tan suavemente como las bolas de marfil que hacían entrechocar centenares de veces en el día sobre el raído paño de las dos únicas mesas de billar. Los mismos vejetes achacosos, en el mostrador estanco, que refunfuñaban y tosían sobre las astrosas cartas de la baraja española. Los mismos burócratas y contratistas que como terneros insaciables, succionaban las ubres exhaustas del tesoro municipal- Los mismos gamonales y caciques en quienes la ignorancia y la ambición libraban una sorda batalla que no se decidía jamás. Los mismos chismes alrededor del embarazo de la maestra o del traje nuevo del Recaudador. Pasiones tan pequeñas como el vecindario y apetitos tan diminutos como el alma de los vecinos. Los siete pecados capitales a escala parroquial: la soberbia del terrateniente y la envidia de la telegrafista estéril; la ira (El Cabo de la Policía y la lujuria del peluquero; la codicia del agiotista, la del Juez y la gula del sacristán. Y todos movidos por el motor de la politiquería y con los ojos fijos en la Tierra Prometida del presupuesto. (Becerra, 1976, pág. 92)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICEC-7	<p>La inmoralidad flotaba en el ambiente. El cohecho y el prevaricato deambulaban orondos por el Tribunal, los Juzgados y las Fiscalías- El alcohol era el combustible que movía la maquinaria judicial. Todos los funcionarios bebían diariamente a expensas de los abogados y las partes. Y el enriquecimiento sin causa era pan de cada día. Súbitamente un Magistrado que ganaba cuatrocientos pesos mensuales o un Juez que devengaba doscientos cincuenta, resultaban inaugurando casas de ciento cincuenta mil. O un Secretario, con sueldo de ciento sesenta, aparecía conduciendo un automóvil de último modelo. Y la prensa informaba: "Absuelto conocido delincuente" O: "Excarcelado incondicionalmente ladrón encontrado in-fraganti". O: "Sobreseimiento definitivo para hampón con diecinueve entradas". Las diligencias de inspección ocular eran pretextos para que Magistrados, Jueces y empleados subalternos comieran hasta el hartazgo, bebieran hasta el último grado de embriaguez y recibieran presentes, en dinero o en especie, de los apoderados. (Becerra, 1976, pág. 121)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
	<i>ICSAVE. objetivo 1 crisis social, ausencia y violencia de Estado.</i>	

ICSAVE-1	Ellos se cubren detrás de los vidrios opacos de sus carros, deambulan con la libertad que expresan prepotencia en las comisuras de los labios, en lo reluciente de sus ojos, en los dedos gatilladores, en el palpitar acelerado de sus corazones, porque piensan y están seguros que detrás de cada puerta de la ciudad hay un hombre paralizado porque su vida no ha podido cubrirse con el sueño salvador; y ellos ríen al disparar a una nube pasajera en juego maligno de no apuntar sino amedrentar con el sonido de los disparos, luego bajan la dirección del arma hacia los techos de teja o de zinc, como buscando una supuesta sombra de un hombre que huye y ambiciona un zarzo para esconderse, y ellos ríen con el cálculo de tiradores confiados, porque ahora acertaron al cerrojo de una ventana y creen que pronto como las flores que despiertan con el rocío, las ventanas de todas las casas de la ciudad van abrirse y en ellas van aparecer pálidos seres, espermas alicaídas, transparentes, que les piden con voces quejumbrosas y esperanzadas, que disparen y acierten en el desangre de sus corazones, para terminar de una vez por todas con el miedo que han cargado sobre sus hombros y así la ausencia de la vida se pueda cristalizar en labrados ataúdes. (Alape, 2003, pág. 53)	Alape Arturo, (2003). Noche de pájaros, Cali, Editorial Atenas.
ICSAVE-2	Aquí mientan “el cementerio del sargento Mataya” y “el pueblo del cojo Chútez” — agregó el enterrador cuando vio acercarse los dos hombres —. El sargento dispara, el cojo se enriquece con sus fechorías. También el cojo se volvió malo. (Echeverri, 1960, pág. 28)	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
ICSAVE-3	—Ya no hay buenos tiempos, padre. Tambo nunca ha sido gran cosa, pero se vivía tranquilamente, las siestas no daban miedo. Apretó el puño contra algo invisible. —Cada rato vuelven los pandilleros a pedir cuotas. —¿Cuotas para qué? —Dizque para el mantenimiento del orden, para acabar con los enemigos del Gobierno, para... Si no les damos dinero y licor hacen las del Diablo. —¿Y el Alcalde lo sigue permitiendo? —Padre Barrios, ¿todavía no sabe qué cosa es La Autoridad en nuestros pueblitos? La voz de don Jacinto se perdió en los pliegues húmedos del trapo. (Echeverri, 1960,pág. 214)	Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.
ICSAVE-4	Se fueron y me dejaron, dijeron que tendría que ocuparme de preparar el pago. Que ya me informarían, dijeron, y tuvieron el atrevimiento de decírmelo riendo. Se los llevaron, profesor, quién sabe hasta cuándo, por Dios, si nosotros ya íbamos a irnos, y no sólo de este pueblo, sino del maldito país. (Rosero, 2007, pág. 79)	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.

ICSAVE-5	Las voces me advierten que el pueblo ha sido sembrado de minas alrededor: será imposible salir del pueblo sin riesgo de volar por los aires, ¿en dónde estaba usted, profesor?, todas las orillas de San José las han plantado de quiebrapatas de la noche a la mañana, ya han desactivado unas setenta, ¿pero cuántas quedan? , carajo, dicen las voces, son tarros de lata, cantinas de leche llenas de metralla y excremento, para corromper la sangre del afectado, qué verriondos, qué vergajos, las voces hablan de Yina Quintero, la joven de quince años que pisó una mina y perdió el oído y el ojo izquierdos, los que vinieron a San José ya no se pueden ir, dicen, y tampoco se quieren. (Rosero, 2007, pág. 117)	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
ICSAVE-6	Entre los brazos de una mecedora de mimbre, estaba —abierta a plenitud, desmadejada, Geraldina desnuda, la cabeza sacudiéndose a uno y otro lado, y encima uno de los hombres la abrazaba, uno de los hombres hurgaba a Geraldina, uno de los hombres la violaba: todavía demoré en comprender que se trataba del cadáver de Geraldina, era su cadáver, expuesto ante los hombres que aguardaban. (Rosero, 2007, pág. 202)	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
ICSAVE-7	—Para eso no teníamos necesidad de venir a la oficina—dijo. Es la cosa más sencilla del mundo: el municipio adjudica los terrenos a los colonos y paga la correspondiente indemnización a quien demuestre poseerlas a justo título. —Tengo las escrituras—dijo el alcalde. —Entonces no hay, sino que nombrar peritos para que hagan el avalúo—dijo el juez—. El municipio paga. —¿Quién los nombra? —Puede nombrarlos usted mismo. El alcalde caminó hacia la puerta ajustándose la funda del revólver. Viéndolo alejarse, el juez Arcadio pensó que la vida no es más que una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir. (García, 1962, pág.131)	García Márquez Gabriel (1962) La mala hora. Madrid. Talleres de Gráficas Luis Pérez
ICSAVE-8	Tú también estás pendiente de esa pendejada, —dijo, tuteándolo por primera vez. El secretario no tenía deseos de seguir conversando, extenuado por el hambre y la sofocación, pero no creyó que los pasquines fueran una tontería. «Ya hubo el primer muerto», dijo. «Si las cosas siguen así tendremos una mala época». Y contó la historia de un pueblo que fue liquidado en siete días por los pasquines. Sus habitantes terminaron matándose entre sí. Antes de abandonar el pueblo, los sobrevivientes desenterraron los huesos de sus muertos para estar seguros de no volver jamás. (García, 1962, pág.37)	García Márquez Gabriel (1962) La mala hora. Madrid. Talleres de Gráficas Luis Pérez
ICSAVE-9	Dejando el Orinoco, pasarían por el Casiquiare, y quién sabe qué dueño tengan ahora, porque allá dicen que abundan los compradores de hombres y mujeres. El Palomo y el Matacano eran socios de Barrera en este comercio. (Rivera, 1958, pág. 141)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.

ICSAVE-10	Jamás cauchero alguno sabe cuánto le cuesta lo que recibe ni cuánto le abonan por lo que entrega, pues la mira del empresario está en guardar el modo de ser siempre acreedor. Esta nueva especie de esclavitud vence la vida de los hombres y es transmisible a sus herederos. Por su lado, los capataces inventan diversas formas de expropiación: les roban el caucho a los siringueros, arrebatánles hijas y esposas, los mandan a trabajar a caños pobrísimos, donde no pueden sacar la goma exigida, y esto da motivo a insultos y a latigazos, cuando no a balas de wíchester. Y con decir que fulano se picureó o que murió de fiebres, se arregla el asunto. (Rivera, 1958, pág. 167)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
ICSAVE-11	Todos aquellos ríos presenciaron la muerte de los gomeros que mató Funes el 8 de mayo de 1913. Fue el siringa terrible —el ídolo negro— quien provocó la feroz matanza. Solo se trataba de una trifulca entre empresarios de caucherías. Hasta el gobernador negociaba en caucho. Y no pienses que al decir “Funes” he nombrado a persona única. Funes es un sistema, un estado de alma, es la sed de oro, es la envidia sórdida. Muchos son Funes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico. La costumbre de perseguir riquezas ilusas a costa de los indios y de los árboles; el acopio paralizado de caucherías para peones destinadas a producir hasta mil por ciento; la competencia del almacén del gobernador, quien no pagaba derecho alguno, y al vender con mano oficial recogía con ambas manos; la influencia de la selva, que pervierte como el alcohol, llegaron a crear en algunos hombres de San Fernando un impulso y una conciencia que los movió a valerse de un asesino para que iniciara lo que todos querían hacer y que le ayudaron a realizar. (Rivera, 1958, pág. 257)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
ICSAVE-12	De Casanare, donde sus abusos lo hacían célebre. —¡Sí respondió el emparaguado! Yo soy el doctor y este que les hablaba es un simple escribiente. El tísico rostro del señor juez era bilioso como sus espejuelos de celuloide y repulsivo como sus dientes llenos de sarro. Simiescamente risible, apoyaba en el hombro el quitasol para enjugarse el pescuezo con una toalla, maldiciendo los deberes de la justicia que le imponían tantos sacrificios, como el de viajar mal montado por tierras de salvajes, en inevitable comercio con gentes ignorantes y mal nacidas, dándose al riesgo de los indios y de las fieras. (Rivera, 1958, pág. 98)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
ICSAVE-13	—¿Mantienes a ese hombre aquí, entrenando sicarios? —No son sicarios. Es un grupo de autodefensa, calificada para proteger las haciendas contra allanamientos del ejército o ataques de la guerrilla, contra los abigeos, contra los secuestradores... Hay mucho peligro... El Mani sabe que son mentiras, pero se queda callado. Frepe sabe que el Mani sabe que le está mintiendo, y toma nota de su silencio. (Restrepo, 1997, pág. 107)	Restrepo Laura (1997) Leopardo al sol, Bogotá, Grupo editorial Norma.
ICSAVE-14	Eran lanchas del Gobierno y se las prestaban a los blancos. El intendente era blanco también, tenía roce social, era de primera, por eso el intendente facilitaba tales vehículos a los empleados blancos. (Palacios, 1949, pág. 31)	Palacios Arnoldo (1949) Las estrellas son negras. Bogotá. Iquema.

<p>1CSAVE-15</p>	<p>Dieron la orden, todos dispararon, tú también tenías que disparar: no te preocupes tanto. -Pude alzar el fusil, nada más el fusil, pero no disparar. -Sí es verdad. -Pero no lo hice. -Es por la costumbre: dieron la orden y disparaste. Tú no tienes la culpa. - ¿Quién tiene la culpa entonces? -No sé: es la costumbre de obedecer. -Alguien tiene que tener la culpa. -Alguien no: todos: la culpa es de todos. -Maldita sea, maldita sea. -No te preocupes tanto ¿tú crees que se acuerdan de mí? -En este pueblo se acordarán de nosotros: en este pueblo se acordarán siempre, somos nosotros los que los olvidaremos. (Cepeda, 1967, pág. 36)</p>	<p>Cepeda Samudio Alvaro (1967) La casa grande, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.</p>
<p>1CSAVE-16</p>	<p>La muchacha: le tienen miedo, pero ahora lo odian más. -El padre: siempre me han odiado. -La muchacha: siempre odian a los que tienen plata. -El padre: no, no es por la plata, siempre odian a los mejores que ellos. Yo soy mejor. -La muchacha: no es por la plata, a usted no lo odian por la plata: es por lo de la huelga.[@[CÒDIGOS]] -El padre: ¿la huelga? -La muchacha: mataron muchos en la estación: los soldados dispararon desde los vagones: no se bajaron: el tren paró y los soldados dispararon sobre los que estaban en la estación y el tren arrancó después: los soldados no se bajaron, pero mataron a un montón. -El padre: bien hecho. (Cepeda, 1967, pág. 68)</p>	<p>Cepeda Samudio Alvaro (1967) La casa grande, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.</p>
<p>1CSAVE-17</p>	<p>Entre las nueve y treinta y las diez de la mañana de hoy, un grupo de bandoleros armados trató de asaltar el expendio de tiquetes de la estación de ferrocarril en la población de Guacamayal. Las fuerzas militares se vieron en la imperiosa necesidad de hacer fuego contra los bandoleros. El número de muertos no ha sido determinado todavía, los heridos en calidad de prisioneros, han sido trasladados al hospital de la compañía. En el personal militar no hay bajas que reportar. (Cepeda, 1967, pág. 109)</p>	<p>Cepeda Samudio Alvaro (1967) La casa grande, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.</p>
<p>1CSAVE-18</p>	<p>En la actualidad- dijo el oficial-, hay un “nuevo orden”. ¿Usted lo sabía, señor alcalde? -Sí- dijo el viejo. Realmente no hemos entendido muy bien lo del “nuevo orden”. Me ordenaron colocar a los nuestros en los puestos públicos y yo lo hice. Actualmente todos desempeñan puesto públicos. (Echeverri, 1960, pág. 24)</p>	<p>Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.</p>

<p>1CSAVE-19</p>	<p>¡Martínez! - dijo alegremente-. ¡Ese es el hombre...! -En la tienda de Martínez ya no hay nada- dijo el cabo-. Tampoco tiene dinero. -Y las hijas... ¿no tiene dos hijas? -Sí, mi capitán- dijo el cabo-. Tiene dos hijas. -Y como mujeres... ¿qué tal son? Los ojos del cabo chispearon: -Buenas hembras, capitán. Muy buenas... -Usted, cabo, y sus hombres, pasarían un rato divertido. Envíele un ultimátum. Por defenderlas adquiriría dinero prestado. ¿No cree usted? El cabo adoptó una postura vacilante: -Sí, mi capitán, pero... - ¿Pero qué?- preguntó-. Tomó asiento. Lo miraba perplejo, con las cejas arqueadas. -El cura, mi capitán. ¿Qué dirá el cura? -Se hará el de la vista gorda- dijo el oficial-. ¿Acaso no lo ha hecho? (Echeverri, 1960, pág. 74)</p>	<p>Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.</p>
<p>1CSAVE-20</p>	<p>Es raro que usted me lo pregunte- dijo irónicamente el oficial-. Todos los hombres que no estén de lado del gobierno son rebeldes. - Levantó la mano y apuntó con el dedo hacia la calle-: todas las gentes de esta aldea, para mí, son rebeldes...(Echeverri, 1960, pág. 177)</p>	<p>Echeverri Mejía Arturo (1960) Marea de Ratas, Medellín, Aguirre Editor.</p>
<p>1CSAVE-21</p>	<p>Cuando la mujer de los pañolones entró a eso de la una y dijo ante el policía del anfiteatro que venía a reclamar un cadáver y no la dejaron entrar porque esos muertos estaban ya comprobado que no eran de Tuluá, los que oyeron al policía terminaron por convencerse que algo había planeado en todo eso. Tuluá decidió achacarle la masacre de desconocidos al cambio de gobierno y si bien los muertos no tenían un solo documento de identidad, todos en Tuluá supieron que eran liberales. (Álvarez, 1985, pág.83)</p>	<p>Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra</p>
<p>1CSAVE-22</p>	<p>Al 24 ya no habló de nada más. Su primera página se convirtió en página social y la de la crónica roja en un resumen de los mágicos informes del comando departamental de policía que disculpaban de manera fabulosa los muertos que a diario entraban por la puerta del anfiteatro. El imperio del miedo y de la sangre estaba ya en su furor. El gobierno también era de ellos. (Álvarez, 1985, pág.102)</p>	<p>Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra</p>
<p>1CSAVE-23</p>	<p>El toque de queda se adelantó ese día para las seis de la tarde, las tropas del batallón custodiaron la ciudad, la policía fue acuartelada y de allí sacaron al cabo Torres, un liberal que extrañamente había quedado todavía en el cuerpo armado. y después de encadenarlo a uno de los samanes de la permanencia y bañarlo en agua caliente hasta que olió a chamuscado, llevarlo desnudo por las calles hasta la orilla del río donde lo metieron a una radio patrulla y nunca más lo volvieron a ver en persona. Pero sí en todas las primeras páginas de los periódicos porque el gobierno se encargó de demostrarle a la opinión nacional que precisamente un liberal incluido en la policía desde la época de la gobernación del doctor Pacho Eladio había sido el autor de tan</p>	<p>Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra</p>

	execrable delito. (Álvarez,1985, pág.110)	
ICSAVE-24	«Once puñaladas le pegó Atehortúa a Fulvio Santa. Los pájaros ya no respetaban recinto. Los escondites no eran válidos ni para liberales ni para conservadores. Si no les caía bien, pues lo mataban: Si no pagaban una cuota, primero una boleta, después un balazo. Si los denunciaban ante la policía, ellos sabían primero que el cable llegara a la oficina de orden público o a la comandancia de la brigada. (Álvarez,1985, pág.127)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
ICSAVE-25	Tampoco fue el último, aunque por esos días arreciaron las muertes en las montañas y las bandas que centralizaba León María empezaron a matar no solamente en sus rondas nocturnas sino también a pleno día. El gobierno era algo igual a los pájaros y los pájaros eran algo igual al gobierno. (Álvarez,1985, pág.137)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóndores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
ICSAVE-26	El terror, el pánico, del Ejército se expresó como siempre: disparando. Creyendo que la rápida lengua feroz de sus fusiles los redimiría, a la distancia, del encuentro con el rostro de otro hombre, feroz también, pero sorprendido de ver que su enemigo, su asesino o su víctima, no es nada más que un hombre, su semejante. Y comenzaron, en su pánico, ya sin jefes, ya sin nada ni nadie, azotados dentro de su coraza de soledad por el miedo, a disparar. (Zalamea, 1952. Pág. 89)	Zalamea Jorge (1952) . El gran Burundún- Burundá ha muerto, Bogotá, Carlos Valencia editores
ICSAVE-27	—Bueno, joven, y usted ¿qué sabe hacer? —Pues francamente... poco..., casi nada... Nunca he trabajado... —contestó Simeón, poniéndose pálido. —¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡Eso es precisamente lo que necesita- —replicó el doctor Guacaneme—. Un individuo que no sepa hacer nada es el "pisco" ideal para tra bajar en un Juzgado... ¡Dios me libre de los que saben demasiado! (miró de reojo a Mendietica). Le voy a hablar con entera sinceridad: Yo no creo sino en la justicia divina. La de aquí abajo es una farsa. Por tanto, administrarla es contribuir a la farsa y un hombre serio como yo no puede prestarse a eso... Para que usted sepa en qué terreno pisa, le cuento que la ley es un perro que no muerde sino a los de ruana... ¡si yo. en nombre de esa ley, muerdo a un caballero de frac, se me viene Roma encima, me botan del puesto y me traga la tierra...! Naturalmente. todo esto aquí entre nos... Frente al público hay que representar la comedia... Salir al escenario disfrazados de Justicia, con una venda en los ojos, una espada en la mano derecha y una balanza en la izquierda y exclamar patéticamente: "Dura lex, sed tex"... (una sonrisa entre japonesa y chibcha apareció en sus labios, se frotó las manos jesuíticamente y prosiguió:) En cuanto a sus funciones, son pocas y muy fáciles. Cada vez que venga un abogado a preguntar por un negocio, límitese a contestar: "Está al Despacho". Y si el abogado pregunta por mí —yo rara vez vengo— usted debe decirle invariablemente: "El doctor está ocupado en la redacción de una sentencia y no se le puede interrumpir". Eso es todo. (Becerra, 1983, pág. 76)	Becerra Álvaro Salom (1983) Don Simeón Torrente ha dejado de deber, Bogotá, Editorial la Oveja negra.

ICSAVE-28	<p>—Nada. Yo ni sabía que se hubiera fugado. Precisamente debería ir hoy domingo a visitarlo a la cárcel, para llevarle unos trapitos que tengo en esta mochila. así es la vida! Anoche mismo los guardias lo encontraron borracho dormido en el rancho que fue de misiá Sierva Joya, alma bendita. El indio trató de defenderse con un cuchillito que tenía, y que yo le había llevado para que tallara cuernos en la cárcel. Los guardias eran tres y lo molieron a culatazos. Después le pegaron dos o tres tiros. Acabaron tirándolo al río. Esta mañana levantaron el cadáver, que estaba entre las piedras del cauce, rodeado de perros y gallinazos. (Caballero, 1954, pág. 26)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICSAVE-29	<p>Los conservadores trataban de demostrar que eran una mayoría abrumadora, aunque los liberales no pensasen a votar, sino pasar agachados para salvar el pellejo. Pero, por si acaso, se trataba de amedrentarlos y a la impotencia. La lucha era desigual, porque las armas del gobierno se habían repartido entre los caciques conservadores, y los liberales carecían de recursos para remontar su gente y dotarla de un armamento eficaz. (Caballero, 1954, pág. 138)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICSAVE-30	<p>—El nuevo gerente es don Próspero y esta mañana me dijo cuando fui a pedirle un visitador para que evalúe la finca del otro lado del río, que la quiero vender cuanto antes... me dijo: "Los liberales que esperen... A mí me pusieron aquí de gerente para prestarles la platica a los conservadores" (Caballero, 1954, pág. 145)</p>	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICSAVE-31	<p>—Exactamente lo mismo. O cada día peor —respondía el interpelado— Con esos médicos que hay en la Caja... Y las drogas que formulan... Tiene uno que hacer una cola más larga que esta para que le receten cinco aspirinas y un sulfato de soda... pero, eso sí, nunca se les olvida descontarnos el 5% de la miserable pensión...! (Becerra, 1976, pág. 8)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICSAVE-32	<p>¿Usted conoce métodos de tortura? —Conozco a través de la lectura —respondí— los que se aplicaban en la época de la Inquisición... Supongo que todavía haya criminales que los usen... —Pues usted va a ser uno de esos criminales...! —dijo el Prefecto y soltó la carcajada—. Porque ha de saber que la tortura es un medio infalible para lograr que los delincuentes confiesen... Es un procedimiento prohibido por la ley, pero usted que sabe de leyes se obedecen, pero no se cumplen. (Becerra, 1976, pág. 58)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

1CSAVE-33	<p>Ellos aspiran, con legítimo derecho, a llevar la representación del pueblo en el Congreso y a nosotros se nos presenta la oportunidad de pagar, al menos parcialmente, la inmensa deuda de gratitud que con ellos tenemos contraída... (Y leyó los nombres de doce personajes, de apellidos sonoros, vinculados a la oligarquía bogotana, quienes durante los veinte años anteriores habían gastado ingentes cantidades de tinta firmando nóminas y cuentas de viáticos). —¡Los mismos de siempre! —gritó un convencionista provinciano—. Además en esa lista no hay un solo representante de la NOS van a dejar por fuera como de costumbre? —¡Cállese guache asqueroso! ¡Que saquen a ese borracho! —gritaron algunos miembros de la nobleza —¡No estoy dispuesto a tolerar que este sagrado recinto sea irrespetado! ¡Ni a permitir que un beodo interfiera con sus estupideces las deliberaciones de esta augusta corporación! —dijo el Presidente en tono enérgico—. Señor Comandante: —agregó dirigiéndose a un oficial de la policía— sírvase ordenar que sea retirado ese saboteador comunista! (Becerra, 1976, pág. 104)</p>	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
1CSAVE-34	<p>Al oír los gritos de los soldados, dirige la mirada en aquella dirección. Levanta su bandera en alto y da un viva al partido liberal. Luego, insensatamente avanza en dirección a la emisora, a los bultos de arena y a la tropa apostada detrás, tambaleante y agitando su bandera. Disparen, les dice, dispare, ya mataron al jefe, ahora puede seguir conmigo. ¡me importa un carajo! Con la misma mano que sujeta la bandera, se abre el saco para enseñarle el pecho a los soldados.</p> <p>Disparen, repite con voz e borracho. Desde una ventana una mujer le está gritando algo: quizá que se devuelva, que no sea loco. El hombre la mira, como perplejo, y casi al mismo tiempo oímos el grito de Beatriz y el disparo. El hombre ha caído sentado. Desde el suelo sigue agitando su bandera y gritándole insultos a los soldados. Otro disparo lo silencia. (Mendoza, 1980, pág. 338)</p>	Mendoza Plinio (1980) Años de fuga, Bogotá, Editores Colombia Ltda.
1CSAVE-35	<p>Pues endespuesito de estar mandando en el cabildo, los echaban a pelear a los hombres en el campo con los de otro color, y jamás les hicieron nada, sino que casi siempre algo les robaron, aun cuando fuera la reputación de hombres tranquilos y buenos. Por ahí una vez hicieron un chiro de edificio, dizque para un hospital de pobres; y con eso tuvieron unos para decir a todos los vientos, que ellos sí sabían hacer caridad pública, óiga bien: caridad pública... Pues irás a ver que hasta ahora, hace no más que dos años, se vino a terminar ese chiro de edificio. Jamás sirvió antes para nada, porque ni camas tuvieron los campesinos para pasar sus enfermedades; aquí, en mi casa, seguía yo atendiéndolos a varios que me pedían posada. ¿Así te digo, pues, que “los de arriba? ahora sí están sabiéndolo hacer (Florez, 1975, pág 130)</p>	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.

1CSAVE-36	<p>Ya estaban un poco ancianos, después de haber trabajado el mismo rastrojo, y de haber ganado el mísero jornal, después de haber puesto millares de cafetos en toda la región, jornaleando, y que eran cafetos que perdurarían por los años, y ya casi para cuando el rancho se componía de dos bloques, pues su taita había iniciado la hechura de otro, murieron, sí nono, su tío y su taita, murieron en el fondo del cañon, y fueron comidos por los cuervos. Muchos cuerpos humanos, como a un rosario cayeron a ese abismo, entre las dos peñas, asesinos por la metralla de quienes entonces eran “los de arriba” (Florez, 1975, pág 165)</p>	Florez Esguerra Carlos (1975) Tierra Verde.Bogotá, Iqueima.
1CSAVE-37	<p>El agente se despojaba de la chaqueta. —i Ajá! ¿Y por qué está ahora por aquí, en estos hoteles! —Jue que mi señora creyó que yo le había robao una cadenita... Y me echó pa la calle. —iAh! ¿Con que ratera también? Hágase pa allá y quítese las naguas si no quiere que se las vuelva una porquería. —Señor agente, por vida suyita, por su mamacita, por la Virgen, señor agente. No mi haga nada. Yo no soy de ésas. Le juro que yo no cogí la cadenita. Y también que yo andaba buscando ónde quedarme. Fluían las lágrimas en torrentes. Pero el agente, despojado de su uniforme, no era agente, sino una bestia sexual y poderosa. Apagó la luz y se arrojó sobre la desdichada. La lucha fue intensa, pero al fin Tránsito quedó vencida y sintió sobre sí la más horrenda de las humillaciones. (Osorio, 1979, pág. 25)</p>	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
1CSAVE-38	<p>Pero es que los ladrones muchachos eran tan endemoniados, y además, ¿cómo se les iba a dejar así, sin las sanciones indispensables para enderezar sus bajos instintos? Porque era preciso educar a los desdichados cuya falta consistía en no haber conocido jamás una ternura ni un afecto, ni haber tenido nunca su vientre saciado, ni sus carnes cubiertas, ni sus instintos orientados. ¿Quién se iba a preocupar por crearles una sensación de hogar, base de todas las otras sensaciones ciudadanas? ¿Quién por enseñarles que en el mundo existe algo que se llama misericordia y amor? A esos chinos vagabundos, disciplina, palo, hambre y desnudez, porque no merecían más, porque son los productos tarados del vicio y de la miseria (Osorio, 1979, pág. 85)</p>	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
1CSAVE-39	<p>Pero el Estado no abandona del todo estas barriadas miserables. En seguida acude con mano paternal a abrir un estanco y a autorizar las chicherías que sean necesarias. Alguna vez, en un tiempo impreciso, cuando los obreros puedan construir un local adecuado, nombrará un maestro y hará una ficción de escuela. Pero eso puede esperar, y mientras tanto, los pobres necesitan su chichita y su traguito oficiales para adormecer en la anestesia alcohólica las mordeduras del hambre y el sentimiento de su abyección. (Osorio, 1979, pág. 174)</p>	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores

401CSAVE	Un ambiente de paz artificial se construía sobre el engaño, la matanza y la arbitrariedad, imperantes desde tiempo atrás. Para decorar de obras suntuarias el sector central se crearon Impuestos nuevos, que, dada la estructura capitalista del país, recayeron sobre los pequeños consumidores, porque las empresas practicaron siempre sus argucias para salir indemnes de los excesos de la tributación. Para ofrecer la ficticia sensación de abundancia ante los visitantes extranjeros, el gobierno acaparó los víveres, fundó depósitos inmensos y retiró del mercado los artículos de primera necesidad. En los edificios públicos, en los despachos de los ministros y otros dignatarios se guardaban millares de botellas de champaña, whisky y otros licores importados, para agasajar a los huéspedes oficiales; entre tanto, el pueblo no tenía pan. (Osorio, 1979, pág. 222)	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
411CSAVE	Padre, si usted pese a las amenazas del Gobierno, administra los servicios religiosos a quienes fueron creyentes católicos, yo costearé los gastos para que tengan un entierro más humano que sus muertes. Sus ojos bailotearon sin saber dónde posar la mirada. Bostezó. Era un modo de ahorrar palabras. De repente tuvo el valor de mirarme y con actitud comprensiva, me dio a entender que la misericordia y la catolicidad no podían cobijar en su seno a mis difuntos. -No me exija una respuesta, estoy impedido de dársela. Si después de sepultados por las autoridades, usted desea una misa, yo la oficiaré gustoso..., pero eso sí, sin bombos ni platillos. Le aseguro que para la salvación de sus almas convendría un poco de silencio (Zapata, 1963, pág. 62)	Zapata Olivera Manuel (1963) Detrás del rostro. Madrid. Alianza.
	<i>ICSPD objetivo 1 crisis social, prácticas desestitucionalizadas.</i>	
1CSPD- 1	Bueno dé un vistazo a esas estadísticas, a esos periódicos. Dicen que la desnutrición acaba con nuestras gentes, que los campesinos viven una vida infrahumana. Saboreó el nuevo vocablo, continuo con asco fatigado: —Dicen que somos una raza degenerada, que aquellas gentes ni merecían vivir en tales condiciones. Descolgó un índice como cosa ajena. —Al exterminarlos quizá les estén haciendo un favor. (Mejía, 1963, pág. 97)	Mejía Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino
1CSPD- 2	—A una campesina le abrieron el vientre con un y llevó la hoja de la navaja a la punta del cigarro. Los ojos se quedaron dormidos un momento. —Tremendismo — comentó fastidiado. Tremendismo otro vocablo para... —Si en esas gentes vemos no ya seres humanos sino fieras, el problema cambia de aspecto. Una fiera nunca es perversa, amigo mío. Y esas gentes son fieras; ¿ve usted? Todo depende del ángulo de enfoque. El otro miró incrédulo. El hombre de la silla bajó los ojos, arqueó las cejas como para decir: "¿Qué me importa?" o ¿Qué hicieron después con la campesina?" —Le metieron en el vientre un gallo vivo. (Mejía, 1963, pág. 106)	Mejía Vallejo Manuel (1963). El día señalado, Barcelona, Ediciones destino

ICSPD- 3	—Por Dios que todavía me quedaron fuerzas para agradecer que no pusieran un machete en mi nuca, en lugar de ese fusil. ¿A cuántos no han tasajeado sin que después se les encuentre un tiro de gracia, por lo menos? —A casi todos. —A todos, Ismael. —Debe ser más agradecido morir de un tiro que a machete. (Rosero, 2007, pág. 48)	Rosero Evelio (2007) Los ejércitos, Barcelona, Tusquets Editores.
ICSPD- 4	El día que salimos al Orinoco, un niño de pechos lloraba de hambre. El Matacano, al verlo lleno de llagas por las picaduras de los zancudos, dijo que se trataba de la viruela, y, tomándolo de los pies, volteólo en el aire y lo echó a las ondas. Al punto, un caimán lo atravesó en la jeta, y la madre salto a rescatarlo, poniéndose a flote, buscó la ribera para al agua y tuvo igual suerte que la criaturilla. Mientras los centinelas aplaudían la diversión. (Rivera, 1958, pág. 140)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
ICSPD- 5	A pesar de nuestro recato, un gomero del Ecuador a quien llamábamos El Presbítero, le sopló al vigilante lo que ocurría, y sorprendieron cierta mañana, entre unos palmares de chiquichiqui, a un lector descuidado y a sus oyentes, tan distraídos en la lectura, que no se dieron cuenta del nuevo público que tenían. Al lector le cosieron los párpados con fibras de cumare y a los demás les echaron en los oídos cera caliente. (Rivera, 1958, pág. 182)	Rivera Jose Eustacio (1958) la Vorágine, México, Editorial Diana.
ICSPD- 6	—Doscientos mil pesos por diez minutos, y trato hecho —dijo. —Cien mil y matrimonio —regateó el papá. Nando comprendió que no había nada que hacer, y como estaba decidido a comerse a esa muchacha al precio que fuera, gritó con impaciencia: —Está bien, maldita sea. Traigan al cura. (Restrepo, 1997, pág. 51)	Restrepo Laura (1997) Leopardo al sol, Bogotá, Grupo editorial Norma.
ICSPD- 7	—No mientas —ruge Nando—, entregarías a tu madre con tal de tenerlo. Te voy a dar la oportunidad. Que te traigan plato, tenedor, cuchillo y servilleta. Si te comes tu propia mierda, despacio y sin aspavientos, con buenos modales y sin chasquear, te regalo el reloj. (Restrepo, 1997, pág. 62)	Restrepo Laura (1997) Leopardo al sol, Bogotá, Grupo editorial Norma.
ICSPD- 8	... Yo soy malo, yo soy borrachín... Y todo el mundo sabe que maté a mi mujer. Porque la maté me llaman reo. Pero yo la maté por puta. Tuve el valor de despacharla, cuando los buenos se rascan las gúevas... ¡Cabrones!... ¡Gach!... ». El maestro Rícar, todo nervioso, golpeó la mesa con la copa. (Palacios, 1949, pág. 44)	Palacios Arnoldo (1949) Las estrellas son negras. Bogotá. Iquema.
ICSPD- 9	Lo asaltó el pensamiento de que sí podía y debía matar al intendente... «Puedo matarlo... El gobierno es el culpable del hambre». (Palacios, 1949, pág. 87)	Palacios Arnoldo (1949) Las estrellas son negras. Bogotá. Iquema.
ICSPD- 10	Mi madre misma me va a cortar la cabeza... Sí... Es capaz... Ha dicho que para verme casada con un negro preferiría verme tendida en una mesa, con cuatro velas encendidas... (Palacios, 1949, pág. 128)	Palacios Arnoldo (1949) Las estrellas son negras. Bogotá. Iquema.

ICSPD- 11	Donde los atajaban con la barriga a reventar, la cara mordisqueada por los peces y las extremidades casi siempre quebradas a palo, ninguno de los muertos llevaba papeles de identificación y como resultaba tan embarazoso cargar con esas pestilencias, apenas los sacaban los enterraban en la fila de los que como NN crecieron tantos cementerios de Colombia. (Álvarez, 1985, pág.66)	Álvarez Gardeazábal Gustavo (1885) Cóncores no entierran todos los días, Bogotá. Editorial la Oveja negra
ICSPD- 12	Siervo se desató la gruesa correa de sus tiempos de soldado, con que se sujetaba los calzones, se escupió las manos para agarrarla mejor y se fue encima a Tránsito. No descansó hasta verla tendida en tierra, con la ropa desgarrada y el rostro vertiendo sangre. — para eso quería casarse! —exclamó ella entre sollozos, Luego Se levantó a encender el fogón y a desgranar el maíz para la mazamorra, igual que todas las noches, como habría de hacerlo de allí en adelante toda la vida y por obligación, pues la habían casado "a juro", ala fuer-za, y aunque quisiera ya no podría largarse. (Caballero, 1954, pág. 65)	Caballero Calderon Eduardo (1954) Siervo sin tierra, Bogotá, Editorial Oveja negra
ICSPD- 13	Ciento cincuenta iglesias tienen Medellín, mal contado, casi como cantinas, una exageración, y descontando las de las comunas a las que sólo sube mi Dios con escolta, las conozco todas. Todas, todas, todas. A todas he ido a buscarlo. Por lo general están cerradas y tienen los relojes parados a las horas más dispares, como los del apartamento de mi amigo José Antonio donde conocí a Alexis. Relojes que son corazones muertos, sin su tic-tac. Ha de saber Dios que todo lo ve, lo oye y lo entiende, que en su Basílica Mayor, nuestra Catedral Metropolitana, en las bancas de atrás se venden los muchachos y los travestis, se comercia en armas y en drogas y se fuma marihuana. . (Vallejo, 1994, pág 62)	Vallejo Fernando (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá . Distribuidora y Editora Aguilar. Altea. Taurus. Alfaguara. S.A.
ICSPD- 14	Siendo muy niña había caído en los brazos de un gamonal de su pueblo nativo y a la primera caída sucedido muchas más. Empujada en parte por la necesidad y en parte por la vocación había escogido la profesión más antigua del mundo y, después de ejercerla con notorio éxito en diferentes plazas del país, se había instalado en Bogotá. Su casa fue durante muchos años el refugio de solterones ávidos de amor, de maridos insatisfechos y viudos anhelantes de consuelo. (Becerra, 1976, pág. 8)	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
ICSPD- 15	Un taxi nos condujo al lenocinio de las amigas de Fermín NOS abrió Joselito, un hombre joven de voz aflautada y dengues feminoides, con la cara empolvada y los labios pintados de rouge, quien desempeñaba las funciones de administrador y eventualmente complacía a los clientes de tendencias homosexuales. (Becerra, 1976, pág. 75)	Becerra Álvaro Salom (1976) Un tal Bernabe Bernal , Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

1CSPD- 16	<p>—i Vusté se va di aqui Orita mismo! ¿Y luego no me ¿Pero yo p'ónde? —gimió ella— trujo pa vivir con yo unos díftas? ¿Y no toy aqui esperán. dolo tóo el dia ? —insistió el facinero. —i Vusté se va Orita mismo! so—. Y me deja el pañolón que le empresté. Del fondo de su temor extrajo Tránsito una leve energía: —Güeno, pero no me voy desnuda. Anoche dormi con vusté y ora me quit' el mugre pañolón. El hombre avanzó sobre ella, que retrocedió hasta que la pared la detuvo. Un odio asesino le nublabla las pupilas, que reflejaban una crueldad carnicera. Cuando la tuvo a su alcance extendió la mano con rápido ademán y le cruzó el rostro de un puñetazo. Tránsito rodó por el suelo y se puso a llorar. —¿Y yo qué l'hecho pa que me pegue ansina? ¡Ay, mi caritica! ¡Cómo me la golvió! Al verla tirada sobre el pavimento, tratando de protegerse el rostro con el pañolón, el Alacrán le dio de puntapiés, enceguecido por la cólera. Ella trató de levantarse y huir hacia la puerta, pero la mano férrea logro sujetarla por la ropa y atraerla para golpearle de nuevo la cara con el puño. (Osorio, 1979, pág. 120)</p>	Osorio Lizarazo Juan (1979) El día del odio. Bogotá. Carlos Valencia Editores
1CSPD- 17	<p>El adolescente haraposo, encogido, tirado en el suelo, le recordaba a alguien. Uno de tantos. La leyenda de la fotografía explicaba menos. La Policía lo encontró así acurrucado, febril. El “caso” comenzó a complicarse, a convertirse en una choz periodística, por tener incrustado un proyectil en la cabeza. La bala, según los médicos, tenía cinco días de estar alojada en el cerebro. ¿Permaneció todo ese tiempo tirado en la calle? Cruzaban indiferentes junto a él, sin comprobar que agonizaba. Los zapatos de los transeúntes, las botas del policía, las llantas de los automóviles, todo el trajín de la ciudad pisoteándolo, marginándolo en la acera, de la vida. (Zapata, 1963, pág. 19)</p>	Zapata Olivera Manuel (1963) Detrás del rostro. Madrid. Alianza.

<p>ICSPD- 18</p>	<p>El tronar de las bocinas. El tránsito se había detenido. Golpeaban contra algo metálico. Susana temió que estuvieran apedreando a los vehículos. Los gritos se repetían cada vez más cerca.</p> <p>-Es una manifestación, mamá.</p> <p>Un cartel se asomaba en mitad de la calle. Otilia se incorporó en el asiento para mirarlo. Aunque lo llevaban en alto, apenas sobresalía del techo de los coches. Estaría sostenido por un enano. Bruscamente apareció por entre los carros un grupo de muchachos.</p> <p>-¡Gamines, hija!</p> <p>-¡Pobrecitos!</p> <p>Nunca había visto niños así. Pegajosos como payasos de circo. Las chaquetas largas. Los pantalones remangados y rotos. Traían los pies embarrados como si acabaran de cruzar algún lodazal. Jugaban a los soldaditos con sus carteles al hombro. Ahora podía leer: “Los gamines también somos colombianos, ayúdenos.” Otro: “No es huelga ni manifestación... solo pedimos ayuda a la sociedad.”</p> <p>-¿Qué quieren, mamá?</p> <p>Coreaban con voz dolorosa:</p> <p>-Tenemos frío. Necesitamos ropa. Queremos trabajar. Embolar. ¡Vender periódicos o cuidar carros!</p> <p>Entre dos sujetaban la tapa de una caneca de basura donde habían escrito: “Pasamos hambre. (Zapata, 1963, pág. 147)</p>	<p>Zapata Olivera Manuel (1963) Detrás del rostro. Madrid. Alianza.</p>
------------------	---	--

